

GAUTIER

LOS AMORES
DE UN TORERO

AVATA

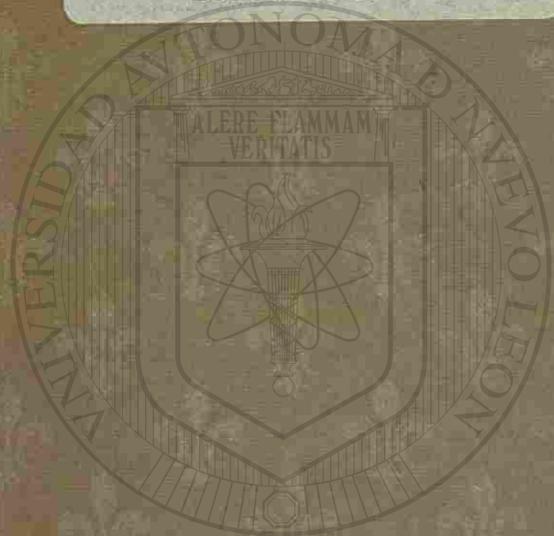
PQ2258

.A4

S6



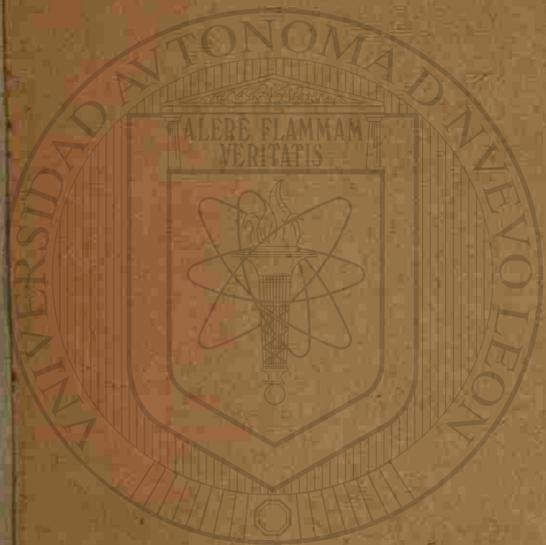
1020026518



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

®

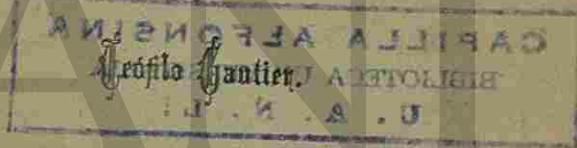


BIBLIOTECA DE LAS PEQUEÑAS NOVELAS.

LOS AMORES

DE UN FORERO

POR



14509

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

Imp. de EL PERRO GRANDE, Isabel la Católica, 27.

1875.

099026

30241

843

L.



PQ2258

AH

56

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO F. RDO. COVARRUBIAS
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEXSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MILITONA.

I.

Un lunes del mes de junio de 184....., *dia de toros*, como se dice en España, un joven de buena traza, pero que parecia encontrarse de bastante mal humor, se dirigia hácia una casa de la calle de San Bernardo, en la muy noble y muy heróica villa de Madrid.

De una de las ventanas de esta casa se escapaban los acordes sonidos de un piano, los cuales aumentaron de una manera sensible el descontento que se veia pintado en el semblante del joven: se detuvo delante de la puerta como dudando entrar; pero bien pronto pareció tomar una violenta determinacion, y, venciendo su repugnancia, levantó el llamador, á cuyo golpe respondió en la escalera el ruido de los pasos tardos y poco diligentes del gallego que iba á abrir.

Cualquiera hubiese podido creer que algun asunto desagradable, un préstamo oneroso que contra-

843

L.



PQ2258

AH

56

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO F. RDO. COVARRUBIAS
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MILITONA.

I.

Un lunes del mes de junio de 184....., *dia de toros*, como se dice en España, un joven de buena traza, pero que parecia encontrarse de bastante mal humor, se dirigia hácia una casa de la calle de San Bernardo, en la muy noble y muy heroica villa de Madrid.

De una de las ventanas de esta casa se escapaban los acordes sonidos de un piano, los cuales aumentaron de una manera sensible el descontento que se veia pintado en el semblante del joven: se detuvo delante de la puerta como dudando entrar; pero bien pronto pareció tomar una violenta determinacion, y, venciendo su repugnancia, levanto el llamador, á cuyo golpe respondió en la escalera el ruido de los pasos tardos y poco diligentes del gallego que iba á abrir.

Cualquiera hubiese podido creer que algun asunto desagradable, un préstamo oneroso que contra-

tar, una deuda que saldar, ó un sermón que iba á sufrir por parte de algún pariente viejo y gruñón, era lo que extendía esta nube sobre la fisonomía naturalmente alegre de D. Andrés de Salcedo.

Pero no era nada de esto.

Don Andrés de Salcedo, no teniendo deudas, no tenía necesidad de pedir, y como, además, todos sus parientes habían muerto, no esperaba herencia alguna y no temía las reprensiones de ninguna tía indigesta ni de ningún tío caprichoso.

Aunque esto no hable muy alto en favor de su galantería, D. Andrés iba simplemente á hacer á doña Feliciano Vazquez de los Ríos su cotidiana visita.

Doña Feliciano Vazquez de los Ríos era una joven de buena familia, bastante bella y suficientemente rica, con quien D. Andrés debía casarse en breve.

En esto, no había ciertamente nada que pudiese nublar la frente de un joven de veinticuatro años; y la perspectiva de una ó dos horas pasadas al lado de una *novia* «que no tenía más de diez y seis abriles» no debía ofrecer nada de pavoroso á la imaginación.

Como el mal humor no impide la coquetería, Andrés, que había tirado su cigarro al entrar, sa-

cuidió, á medida que subía, las cenizas que ensuciaban las solapas de su levita; pasóse la mano por los cabellos y atusó las puntas de su bigote; desechó también, ó hizo como que desechaba, su mal humor, y atrajo á sus labios una sonrisa que disimulaba perfectamente su contrariedad.

«Con tal que, dijo al franquear la puerta de la habitación, no se le ocurra la idea de hacerme repetir con ella ese abominable dúo de Bellini, que no tiene fin y que hay siempre que volver á empezar veinte veces..... Faltaría entonces al principio de la corrida y no podría ver las muecas del alguacil cuando abran la puerta al toro.»

Tal era el temor que preocupaba á D. Andrés, y, á decir verdad, no era mal fundado.

Feliciano, sentada sobre un taburete y ligeramente inclinada, descifraba la horrorosa partitura abierta por el sitio temible; con los dedos separados y los codos formando ángulos con su cintura, sacaba confusos acordes y volvía á empezar, por centésima vez sin duda, un trozo difícil con una perseverancia digna de mejor suerte.

Tan embebida se hallaba en su trabajo, que no se apercebía de la entrada de D. Andrés, á quien la criada había dejado pasar sin anunciarle, como amigo de confianza de la casa y futuro de su señorita.

Andrés, cuyos pasos ensordecía la estera de paja de Manila que cubría las baldosas del pavimento, llegó hasta en medio de la habitación sin haber llamado la atención de la joven.

Mientras que doña Feliciano lucha con su piano y D. Andrés está de pie detrás de ella, no sabiendo si debe interrumpir francamente esta zambra íntima ó revelar su presencia por medio de una tos indiscreta, no será fuera de propósito echar una ojeada por el lugar en que pasa la escena.

Las paredes estaban pintadas al temple con un color bastante bajo. Varias molduras, pintadas de un color gris, rodeaban las ventanas y las puertas. Algunos grabados en negro, hechos en París, tales como *Ayer y Hoy*, *Los cazadores de pájaros*, *D. Juan y Haydée*, *Mina y Brenda*, estaban colgados, con la mayor simetría, con unos cordones de seda verde. Canapés rellenos de crin y forrados de damasco negro, sillas de espaldar abierto en forma de lira, una cómoda y una mesa de caoba adornadas de cabezas de esfinges, recuerdos de la conquista de Egipto, un relój representando á la Esmeralda haciendo escribir á su cabra el nombre de Febo, y á cuyos lados tenía dos candeleros, completaban este mueblaje de buen gusto.

Cortinas de muselina suiza de ramos ordinaria-

mente tejidos y realzados con toda suerte de estampados adornaban los huecos y reproducían de una manera desastrosamente exacta los dibujos que las tapicerías de París presentan en los periódicos de modas ó en cuadernos litografiados.

Estas cortinas, preciso es decirlo, excitaban la admiración y la envidia de cuantos las veían siquiera una sola vez.

Sería injusto pasar en silencio una multitud de pequeños perros de cristal, grupos de porcelana moderna, canastillos de filigrana, guarnecidos de flores de vidrio, y cajas de Spá sobrecargadas de colorines que cubrían los diversos muebles, brillantes superfluidades todas destinadas á descubrir la pasión de Feliciano por el arte.

Porque Feliciano Vazquez había sido educada á la francesa y en el respeto más profundo á la moda del día; así es que, por sus instancias, todos los muebles antiguos habían sido relegados al desván, con gran sentimiento de D. Jerónimo Vazquez, su padre, hombre de muy buen sentido, pero harto débil.

Las arañas de diez brazos, los velones de cuatro mecheros, los sillones forrados de cuero de Rusia, las colgaduras de damasco, los tapices de Persia, los floreros de China, los relojes de caja, los sillo-

nes de terciopelo escarlata, las papeleras de madera tallada, los ennegrecidos cuadros de Oriente y de Menendez, las macizas mesas de nogal, los aparadores de cuatro hojas, los armarios de doce cajones, en una palabra, todo el antiguo lujo español había tenido que ceder su puesto á esta moderna elegancia de tercer orden que fascina á las sencillas poblaciones prendadas de ideas civilizadoras y que rechazaria la última de las camareras inglesas.

Doña Feliciano estaba vestida á la moda de dos años atrás; no hay que decir que su traje y su tocado no tenían nada de español; poseía en alto grado ese supremo horror de todo lo que es pintoresco y característico, que distingue á las mujeres de alto rango; su vestido, de un color indefinido, estaba sembrado de ramillos invisibles; la tela había sido fabricada en Inglaterra y traída fraudulentamente por los atrevidos contrabandistas de Gibraltar; la más fea y la más mojígata de las quintañonas no hubiese elegido otro para su hija. Una peregrina guarnecida de encajes cubría modestamente los tímidos encantos que la escotadura del corsé, exigida por el rigor de la moda, hubiese podido dejar descubiertos. Un zapatito estrecho aprisionaba un pié que, por su pequeñez y su combadura no desmentía su origen.

Este era, por lo demás, el único indicio de su raza que conservaba doña Feliciano; se la hubiese podido tomar por una alemana ó una francesa de las provincias del Norte; sus ojos azules, sus cabellos rubios, su tez uniformemente sonrosada, no tenían nada de la idea que se suele formar generalmente de los españoles despues de haber leído las novelas y los romances. No usaba nunca mantilla ni llevaba en la liga el más inofensivo verduguillo. El fandango y la cachucha le eran completamente desconocidos; pero, en cambio, era una verdadera notabilidad en la contradanza, el rigodon y el minué; jamás iba á las corridas de toros por parecerle esta diversión «bárbara»; pero no faltaba nunca á las primeras representaciones de los sainetes traducidos de Scribe en el Teatro del Príncipe, y á las de los cantantes italianos en el Teatro del Circo. Por la tarde solía ir al Prado en una calesa y pasear por él adornada su cabeza con un sombrero que le habían traído directamente de Paris.

Como se vé, doña Feliciano Vazquez de los Rios era, bajo todos aspectos, una jóven verdaderamente aceptable.

Esto mismo era lo que se decía D. Andrés; solamente que no se atrevía á formularse á sí mismo el

complemento de esta opinión: verdaderamente aceptable, pero bastante enojosa!

Se preguntará por qué hacia D. Andrés la córte con miras matrimoniales á una mujer que sólo le agradaba á medias. ¿Era esto por codicia? No; el dote de Felicianá, aunque bastante crecido, no era para tentar á Andrés de Salcedo, cuya fortuna, por lo menos, era tan considerable como la de ella; este casamiento habia sido arreglado por los padres de ambos jóvenes, los cuales habian dejado hacer sin replicar; la fortuna, el nacimiento, la edad, las relaciones de intimidad, la amistad contraída desde la infancia, todo esto encontraba allí reunido. Andrés se habia ido poco á poco acostumbrando á mirar á Felicianá como su mujer. Así es que le parecia entrar en su casa cuando entraba en la de ella; ¿y qué es lo que puede hacer un marido en su casa, más que desear salir cuanto antes? El encontraba, por otra parte, en doña Felicianá, todas las cualidades esenciales: era linda, blanca y rubia; hablaba francés é inglés, hacia bien el thé; pero es verdad que D. Andrés no podia sufrir esta horrible mistura. Bailaba, tocaba el piano y dibujaba bastante bien á la aguada. En verdad, que el hombre más descontentadizo no hubiera podido exigir más.

— ¡Ah! ¿Es V., Andrés? dijo sin volverse Feli-

ciana, que habia reconocido la presencia de su amante en el crujido de sus botas.

Nadie debe asombrarse porque una señorita tan bien educada como Felicianá interpele á un joven por su nombre; esta es una costumbre que hay en España al cabo de algun tiempo de intimidad, y el uso del nombre no tiene la misma extension amorosa que entre nosotros.

— Llega V. á la mejor hora; tenia ganas de repasar este duo, que debemos cantar esta noche en la tertulia de la marquesa de Benavides.

— Me parece que estoy un poco ronco, respondió Andrés.

Y como para justificar su aserto, trasó de toser; pero su tos no tenia nada de convincente, y doña Felicianá, poco conmovida de su excusa, le dijo con un tono bastante inhumano:

— Eso no es nada; tenemos todavía que cantarlo juntos una vez para estar más seguros de nuestro éxito. ¿Quiere V. ocupar mi lugar en el piano y hacer el favor de acompañarme?

El pobre joven dirigió una melancólica mirada al relój; eran ya las cuatro; no pudo reprimir un suspiro, y dejó caer con desesperacion sus manos sobre el teclado.

Terminado el duo, lanzó Andrés hácia el relój

en que la Esmeralda continuaba impassiblemente instruyendo á su cabra, una furtiva mirada que fué sorprendida al paso por Feliciano.

—Parece que le interesa á V. mucho la hora de hoy, dijo Feliciano; no quita V. los ojos del cuadrante.

—Es una mirada vaga y maquinal... ¿Qué me importa la hora cuando estoy junto á V.?

Y se inclinó galantemente sobre la mano de Feliciano para depositar en ella un beso respetuoso.

—Los demás días de la semana estoy persuadida que la marcha de las agujas le es á V. completamente indiferente; pero el lunes es otra cosa...

—¿Y por qué, alma de mi vida? ¿Acaso no corre el tiempo siempre con la misma rapidez, sobre todo cuando se tiene la felicidad de cantar con V.?

—El lunes es el día de los toros, y, mi querido D. Andrés, no trate V. de negarlo; le gustaría á usted mucho más estar en este momento en la puerta de Alcalá, que aquí delante de mi piano. La pasión de V. por ese horrible espectáculo, ¿es, pues, incorregible? ¡Oh! cuando nos casemos yo sabré inculcar en V. sentimientos más civilizados y más humanos.

—No tenía hecho propósito de ir... sin embargo, confieso que, si no le desagradara á V..... Ayer fuí

al Arroyo Abroñigal, y había, entre otros, cuatro toros de Gaviria... buenos bichos; una cabeza enorme, unas piernas delgadas y cortas, unos cuernos como los de la luna; y tan bravos, que habían herido á uno de los cabestros. ¡Oh! ¡qué buenas cosas se van á ver esta tarde en la plaza, si los toreros tienen corazón y buenos puños! exclamó impetuosamente Andrés, llevado de su entusiasmo de aficionado.

Feliciano, que durante este relato había tomado un aire soberanamente desdenoso, dijo á don Andrés:

—No será V. nunca otra cosa más que un bárbaro á medio civilizar; me va V. á atacar á los nervios con esas descripciones de bestias feroces y esas historias de despanzurramientos..... y dice V. todos esos horrores con un aire tal de júbilo, como si fuesen las cosas más bellas del mundo.

El pobre Andrés bajó la cabeza, porque había leído, como otros españoles, las disertaciones filantrópicas que los cobardes y las almas sin energía han escrito contra las corridas de toros, uno de los más nobles espectáculos que le es dado al hombre contemplar, y se encontraba algo romano de la decadencia, algo canibal; pero, sin embargo, hubiese dado con gusto cuanto dinero llevaba al que le hu-

biese proporcionado los medios de hacer una retirada honrosa y llegar á tiempo para la corrida.

—Vamos, mi querido Andrés, dijo Feliciano con una sonrisa medio irónica; no tengo la pretension de luchar contra esos terribles toros de Gaviria; no quiero privarle á V. de un placer tan grande: su cuerpo de V. está aquí, pero su alma está en el circo. Vaya V.; soy elemento, y le vuelvo á V. su libertad á condicion de que ha de estar temprano en casa de la marquesa de Benavides.

Por una delicadeza de sentimiento, que revelaba su bondad, no quiso Andrés aprovecharse en el momento del permiso otorgado por Feliciano; se detuvo hablando algunos minutos y salió con lentitud, como retenido á su pesar por el encanto de la conversacion.

Caminó con paso mesurado hasta que volvió la esquina de la calle Ancha de San Bernardo para tomar la calle de la Luna: entonces, seguro de no ser visto desde el balcon de su prometida, tomó un paso que le condujo bien pronto á la calle del Desengaño.

Un extranjero se hubiese sin duda sorprendido al ver que todos los transeuntes se dirigian hácia el mismo sitio: todos iban, ninguno venia. Este fenómeno en la circulacion de la villa tiene lu-

gar todos los lunes de cuatro á cinco de la tarde.

En pocos minutos se halló Andrés en la fuente que está en medio de la encrucijada en que se encuentran la Red de San Luis, la calle de Fuencarral y la calle de Hortaleza.

Se aproximaba.

Franqueada la calle del Caballero de Gracia, desembocó en la magnífica calle de Alcalá, que se ensancha descendiendo hácia la puerta de la villa, como un rio que entra en el mar, engrosado por los afluentes que en él desaguan.

A pesar de su inmensa anchura, esta hermosa calle, que Paris y Lóndres envidiarían á Madrid, y cuya pendiente se halla limitada por ambos lados por edificios de una deslumbrante blancura, estaba llena, de bote en bote, de una apiñada multitud, que iba aumentándose cada vez más.

Los peones, los caballeros, los carruajes se cruzaban, se atropellaban, se envolvían en una nube de polvo, en medio de alegres gritos y vociferaciones; los caleseros juraban como condenados; los palos sonaban sobre los lomos de los rezagados matalones; los cascabeles, colgados á racimos en las cabezadas de las mulas, producian un ruido verdaderamente atronador; las dos palabras sacramentales de la

lengua española se cruzaban de un grupo á otro, á manera de cariñoso saludo.

En este Océano de cabezas humanas aparecían de cuando en cuando, cual monstruosos cetáceos, algunas carrozas del tiempo de Felipe IV, de ennegrecidos dorados y abigarrados colores, tiradas por cuatro bestias antdiluvianas; algunas berlinas, que habían sido muy elegantes en tiempo de Manuel Godoy, se hundían sobre sus enmohecidos muelles, más vergonzosamente descuidados que los cuclillos de las cercanías de París, reducidos á la inacción á causa de los caminos de hierro.

En cambio, como en representación de la época moderna, los ómnibus, tirados por seis ú ocho mulas, sostenidas en un constante galope por una continuada descarga de latigazos, atropellaban á la multitud, que se guarecía, aterrorizada, debajo de los desmochados árboles con que está limitada la calle de Alcalá, á partir de la fuente de Cibeles hasta la puerta triunfal edificada en honor de Carlos III.

Jamás postillon alguno con cinco francos de propina, en tiempos en que había sillas de posta, recorrió con tanta velocidad un trayecto semejante. Los ómnibus madrileños, lo que explica esta velocidad fenomenal, no tienen más que dos horas por

semana, la hora que precede á la corrida y la que le sigue: la necesidad de hacer muchos viajes en poco tiempo obliga á los conductores á extraer de sus mulas, á fuerza de trallazos, toda la velocidad posible; y, preciso es decirlo, esta necesidad concuerda bastante bien con sus inclinaciones.

Andrés proseguía su camino con ese paso corto y lijero, peculiar de los españoles, los primeros andadores del mundo, haciendo saltar alegremente en su bolsillo, entre algunos duros y pesetas, su billete de *sombra*, junto á la barrera; porque, desdeñando la elegancia de los palcos, prefería apoyarse en las cuerdas que están colocadas para impedir que el toro salte á donde se hallan los espectadores, áun á riesgo de tener que servir de apoyo á algun paleta y aspirar el humo del aromático cigarro de un manolo, porque en este sitio no se pierde un sólo detalle de la lidia y pueden apreciarse los golpes en su justo valor.

A pesar de su proyectado casamiento, D. Andrés no se privaba nunca de la inocente distracción de mirar las lindas caras, más ó menos cubiertas por las mantillas de encajes, de terciopelo ó de tafetan. Y áun si pasaba alguna beldad con el abanico abierto sobre la mejilla, á manera de quitasol, para preservar del cálido ambiente la frescura

palidez de una delicada tinta, apresuraba el paso y, volviéndose en seguida sin afectación, contemplaba á su placer las facciones que le habian ocultado.

Aquel día hacia D. Andrés su revista con más cuidado que de ordinario; no dejaba pasar ningún palmito sin dirigirle su mirada inquisitorial. Se hubiera podido decir que buscaba á alguien entre aquella multitud.

Un novio no debería, hablando en sana moral, acordarse de que existen otras mujeres en el mundo más que su novia; pero esta escrupulosa fidelidad no se encuentra sino en las novelas, y D. Andrés, si bien no descendía de D. Juan Tenorio ni de don Juan de Marana, no iba á la Plaza de Toros por el sólo atractivo de las maestras estocadas de Lucas Blanco y del sobrino de Montes.

El lunes anterior habia visto en la corrida, sentada en uno de los tendidos, una jóven de rara belleza al par que de extraña expresion. Las facciones de aquella cara se habian grabado en su memoria con una fuerza extraordinaria para el poco tiempo que habia podido emplear en contemplarlas. Este no fué sino un encuentro casual que no debia haber dejado más recuerdo que el que deja una pintura que se mira al paso, puesto que ninguna

palabra, ningún signo de inteligencia se habia podido cambiar entre Andrés y la jóven manola (ella parecia pertenecer á esta clase), separados como estaban por el intervalo de muchos bancos. Andrés no tenia tampoco ningún motivo para creer que la jóven le hubiese visto y hubiese notado su admiracion. Sus ojos, fijos en el redondel, no se habian separado ni por un instante del espectáculo, en el que parecia tomar un particular interés.

Este era, pues, un incidente que hubiera debido olvidar en el mismo sitio en que nació. Sin embargo, despues de muchas vueltas, la imagen de la jóven se habia diseñado nuevamente en la imaginacion de Andrés con más vivacidad y persistencia que él mismo hubiese querido.

Por la tarde, sin tener conciencia de ello sin duda, prolongaba su paseo, por lo regular limitado al salon del Prado, en el que se exhibe sentada en largas filas de sillas la aristocracia de Madrid, más allá de la fuente de la Alcachofa, á las alamedas más comunmente frecuentadas por las manolas de la Plaza de Lavapiés. Una vaga esperanza de encontrar á su desconocida le hacia faltar á sus elegantes costumbres.

Además, se habia apercebido, lo cual era un síntoma bastante significativo, que los rubios cabellos

de Feliciano tomaban, al trasluz, cierto color subido, disimulado con gran trabajo por los cosméticos (nunca hasta aquel día había hecho semejante descubrimiento), y que sus ojos, orlados de pálidas pestañas, no tenían ninguna expresión, si no era la del modesto enojo que tan bien sienta en una joven bien educada, y bostezaba involuntariamente pensando en las dulzuras que le reservaba el himeneo.

En el momento en que Andrés pasaba bajo uno de los tres arcos de la Puerta de Alcalá, un calesin se abría paso entre la multitud, en medio de un concierto de maldiciones y silbidos; porque así es como el pueblo acoge en España todo lo que le interrumpe en medio de sus placeres y parece atentar á la soberanía del peon.

Este calesin era de una graciosa extravagancia; su caja, colocada sobre dos enormes ruedas pintadas de color escarlata, desaparecía bajo una infinidad de amercillos y tributos anacreónticos, tales como liras, tamboriles, gaitas, corazones atravesados de flechas, palomas picoteándose, dibujados en otro tiempo por un pincel más atrevido que correcto.

La mula, esquilada la mitad del cuerpo, sacudía su empenachada cabeza, agitando al mismo tiempo su collar de cascabeles y campanillas, que producían un alegre ruido. El guarnicionero que había

confeccionado aquellos arreos se había excedido en las pasamanerías, los respuntes, las borlas y las motas de todos colores. Desde lejos, sin las largas orejas que salían de entre aquellos adornos, hubiese podido tomarse la cabeza de la mula por un ramo de flores ambulante.

Un calesero de cara feroz, en mangas de camisa y con la zamarra de piel de Astracán colgada del hombro, sentado sobre el varal, acariciaba con el mango de la fusta las huesosas ancas de la bestia, que, doblándose á cada golpe sobre sus corbejones, se lanzaba hácia adelante con nueva furia.

Una calesa el lunes en la Puerta de Alcalá no tiene en sí nada que merezca una particular descripción, ni debe llamar la atención; y si hemos hecho mención de esta, ha sido porque á su vista se dibujó en el semblante de Andrés la más agradable sorpresa.

No es costumbre que un carruaje, de cualquier clase que sea, vaya desocupado á la plaza de toros; así es que el que nos ocupa conducía dos personas.

La primera era una vieja, pequeña y gordiflona, vestida de negro, á la antigua usanza, y cuyo vestido, un dedo más corto que lo regular, dejaba ver la bastilla de un zagalejo de bayeta amarilla, como el que usan en Castilla las labradoras; esta

venerable criatura pertenecía á esa especie de mujeres que se llaman en España la tía Pelona, la tía Blasa, según su nombre, como aquí se dice la madre Michel, la madre Godichon, en el mundo tan bien descrito por Paul de Kock. Su cara larga, chata, lívida, hubiese sido de las más comunes si dos ojos tiznados y rodeados de una larga aureola de hollín, y dos puntas de bigotes que sombreaban las comisuras de los labios, no hubiesen sustituido esa trivialidad por cierto aire salvaje y feroz, peculiar de las dueñas del buen tiempo. Goya, el inimitable autor de los *Caprichos*, hubiese grabado en dos minutos esta fisonomía. Aunque la edad de los amores había pasado hacia mucho tiempo para ella, si es que había existido alguna vez, no por eso se ponía menos en jarras debajo de su mantilla de sarga, guarnecida de terciopelo, con cierta coquetería, y manejaba con bastante pretension un gran abanico de papel verde.

No es probable que fuese la vista de esta amable tarasca la que pintó tal satisfacción en el semblante de D. Andrés.

La otra era una jóven de diez y seis á diez y ocho años, más bien de diez y seis que de diez y ocho; una lijera mantilla de tafetan, colocada sobre una alta peina de concha, que sujetaba una lar-

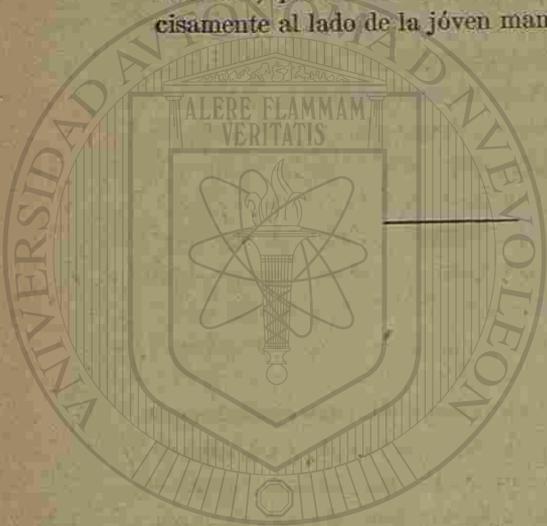
ga trenza de cabellos, dispuesta en forma de canastillo, daba á su cara una palidez imperceptiblemente azulada. Su pié, extendido sobre la delantera del calesin, y de una pequeñez casi chinesca, mostraba un zapatito de satin encintado y el principio de una media de seda, con listas de color, bien estirada. Una de sus manos, delicadas y finas, aunque un poco curtidas, jugaba con las dos puntas de la mantilla, y la otra, que sostenía un pañuelo de batista, hacía brillar algunos anillos de plata, el más rico tesoro de su joyero de manola; dos botones de azabache relucían en sus mangas y completaban este traje rigurosamente español.

Andrés había reconocido la deliciosa cabeza cuyo recuerdo le perseguía desde hacia ocho días.

Apretó el paso y llegó al mismo tiempo que el calesin á la entrada de la Plaza de Toros: el calesero había puesto una rodilla en tierra como para servir de estribo á la bella manola, que bajó apoyándole ligeramente la punta de los dedos sobre el hombro: la extracción de la vieja fué más laboriosa; pero, por fin, se llevó á cabo con toda felicidad, y las dos mujeres, seguidas de Andrés, se dirigieron hácia la escalera de madera que conduce á las gradas.

La casualidad, por una galantería de buen gus-

to, había distribuido los números de los asientos de tal modo, que D. Andrés se encontró sentado precisamente al lado de la joven manola.

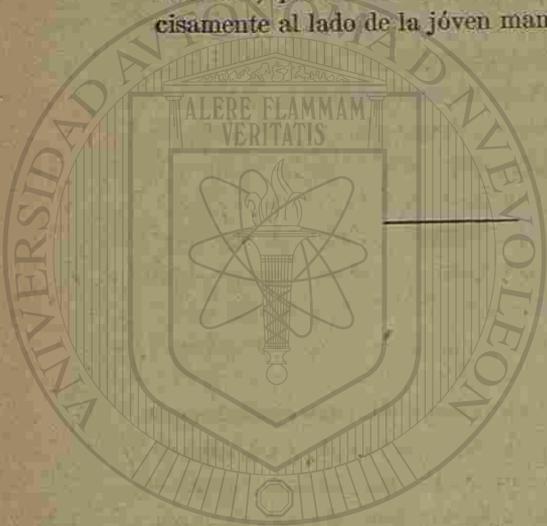


II.

Mientras que el público invadía tumultuosamente la plaza, y el vasto círculo de las gradas se ocupaba por una multitud cada vez más compacta, iban llegando los toreros unos después de otros y entrando por una puerta de la espalda, en el sitio que tienen destinado para esperar la hora de la *función*.

Este es una gran sala blanqueada con cal, de aspecto triste y desnudo. Algunas bugías encendidas alumbran una ahumada imagen de Nuestra Señora, colgada en la pared; porque los toreros, como todos los que por su estado se hallan en un constante peligro de muerte, son muy devotos, ó al me-

to, había distribuido los números de los asientos de tal modo, que D. Andrés se encontró sentado precisamente al lado de la joven manola.



II.

Mientras que el público invadía tumultuosamente la plaza, y el vasto círculo de las gradas se ocupaba por una multitud cada vez más compacta, iban llegando los toreros unos después de otros y entrando por una puerta de la espalda, en el sitio que tienen destinado para esperar la hora de la *función*.

Este es una gran sala blanqueada con cal, de aspecto triste y desnudo. Algunas bugías encendidas alumbran una ahumada imagen de Nuestra Señora, colgada en la pared; porque los toreros, como todos los que por su estado se hallan en un constante peligro de muerte, son muy devotos, ó al me-

nos bastante supersticiosos; cada uno de ellos posee un anillito en el que tiene plena confianza; ciertos presagios les abaten ó les dan ánimos, y, según dicen ellos mismos, saben las corridas que les han de ser funestas. Sin embargo, un ciervo ofrecido é inmolado antes puede corregir la suerte y prevenir el peligro. En el día que nos ocupa estaban encendidas lo menos una docena de velas más que lo rigurosamente de costumbre, lo cual probaba la justicia de la opinión de D. Andrés sobre la fuerza y ferocidad de los toros de Gaviria que había visto la víspera en el Arroyo, y cuyas cualidades había descrito con tanto entusiasmo á su prometida Felliciana, mediana apreciadora de semejantes méritos.

Poco despues llegaron una docena de toreros, chulillos, banderilleros, espadas, embozados en sus capas de lustrosa percalina. Todos, al pasar por delante de la imágen, hicieron una inclinacion de cabeza más ó menos acentuada. Cumplido este deber, se dirigieron á *la copa de fuego*, pequeña copa de metal con mango de madera y llena de carbon, dispuesta allí expresamente para la mayor comodidad de los fumadores de cigarrillos y de puros, y se pusieron á echar humo al aire, paseándose por aquello que podríamos llamar su campamento.

Uno sólo pasó por delante del reverenciado cuadro sin tributarle esta muestra de respeto, y fué á sentarse sólo, separado de los demás, cruzando una sobre otra sus nerviosas piernas, á las que las lucientes medias de seda parecían hacer de mármol. Sus dedos pulgar é índice, amarillos como el oro, salían por debajo de su capa, apretando un cigarrillo de papel consumido en sus tres cuartas partes. El fuego se iba aproximando á la epidermis de manera de llegar á quemar los dedos más delicados; pero el torero no ponía atencion en ello, absorto, como parecia estar, en un profundo pensamiento.

Era un hombre de veinticinco á veintiocho años. Su color moreno, sus ojos negros como el azabache y sus cabellos rizados demostraban su origen andaluz. Debía ser de Sevilla, esa tierra de la gracia, esa pátria natural de los valientes, de los bien plantados, de los buenos mozos, de los tocadores de guitarra, de los domadores de caballos, de los picadores de toros, de los tiradores de navaja, de los del brazo de hierro y de la mano ligera.

Hubiese sido difícil encontrar un cuerpo más robusto ni más bien formado. Era tan á propósito para la lucha como para la lidia, y si se pudiera suponer en la naturaleza la expresa intencion de crear toreros, jamás había cumplido mejor su ob-

jeto que modelando este Hércules de proporciones delicadas.

La capa, un poco terciada, hacia que se vieran brillar en la sombra algunas lentejuelas de su chupa encarnada y plata, y el engarce de la *sortija* que sujetaba su corbata; la piedra de este anillo era de bastante valor y daba á conocer, como el resto del traje, que su dueño pertenecía á la aristocracia de su profesion. Su *moño* de cintas de seda, atado á la pequeña trenza de cabello, dedicada expresamente para este objeto, caía por detrás de su nuca formando graciosos tirabuzones; su *montera* de terciopelo negro desaparecía bajo una verdadera profusion de agremanes de seda del mismo color; sus escaarpines, de una pequenez extraordinaria, hubieran hecho honor al más hábil zapatero de París, y podido servir á una bailarina de la Opera.

Sin embargo, Juanelo, tal era su nombre, no tenia el semblante franco y alegre que es natural en un buen mozo bien vestido y que saborea de antemano los aplausos que va á recibir de las mujeres: ¿era el temor de la próxima lucha lo que así turbaba su serenidad? Los peligros que corren los combatientes en la arena, y que son mucho menores que lo que generalmente se cree, no podian inquietar en lo más mínimo á un diestro tan valiente

como Juanelo. ¿Había visto acaso en sueño á algun toro infernal con cuernos de enrojecido acero y llevando ensartado en ellos á un matador?

¡Nada de eso! Esta actitud era habitual en Juanelo, sobre todo desde hacia un año; y, sin que fuese precisamente adusto con sus compañeros, no existía entre ellos y él esa familiaridad franca y jovial, tan comun entre los que corren juntos los mismos peligros; no rechazaba las bromas, pero no daba ninguna, y, aunque andaluz, tenia un carácter taciturno. Sin embargo, algunas veces parecia querer huir de su melancolía y se entregaba á las desordenadas vehemencias de una alegría ficticia. Bebía sin tasa, y tan dueño de sí mismo ordinariamente, armaba zambras en las tabernas, bailaba como un condenado y acababa por provocar absurdas pendencies, en las que más de una vez salía á relucir la navaja; despues, pasado este acceso, volvía á caer en su natural ensimismamiento.

Los toreros, distribuidos en grupos, mantenían entre sí variados diálogos; hablaban de amor, de política; pero, sobre todo, de toros,

—¿Qué piensa su merced, decía un torero á otro, con esas bellas fórmulas ceremoniosas de la lengua española, del toro negro de Mazpule? ¿Tiene la vista corta, como cree Arjona?

—Es miope de un ojo y presbita del otro; no hay que fiarse.

—Y el toro de Lizaso, sabe V., ese de color pio, ¿por qué lado embestirá?

—No puedo decirlo, no le he visto en el Arroyo; ¿cuál es su parecer de V., Juanelo?

—Por el lado derecho, respondió éste, como despertando de un sueño y sin mirar siquiera al joven que tenía delante.

—¿Por qué?

—Porque mueve incesantemente la oreja derecha, lo que es un síntoma infalible.

Dicho esto, llevó Juanelo á los labios la punta del cigarro, que no se veía ya entre sus dedos.

La hora prefijada para dar principio á la corrida se iba aproximando; todos los toreros, á excepción de Juanelo, se habían levantado; las conversaciones languidecían y se escuchaba el sordo ruido de las lanzas de los picadores que se ejercitaban en la pared de un patio interior, para habituar la mano y adiestrar á sus caballos. Los que no habían acabado sus cigarros los tiraron; los chulillos arreglaron con coquetería sobre el brazo los pliegues de sus capas de brillantes colores y se pusieron en fila. Un absoluto silencio reinaba entre ellos, porque siempre la entrada en la plaza es un momento so-

lemne, y que les hace concebir á cada uno los más risiueños pensamientos.

Juanelo se levantó por fin, tiró la capa sobre el banco, tomó su espada y su muleta y fué á mezclarse en el abigarrado grupo.

La nube que cubría su semblante se había disipado por completo; su nariz dilatada aspiraba el aire con fuerza. Una singular expresión de audacia animaba sus nobles facciones. Se doblaba y se estiraba como para prepararse á la lucha. Su pié se apoyaba fuertemente en el suelo, y bajo las mallas de seda se veían estremecerse sus nervios, como las tirantes cuerdas de una guitarra. Hacía jugar sus armas para asegurarse de ellas, ni más ni menos que lo hace un soldado antes de la batalla.

Era verdaderamente Juanelo todo lo que se llama un buen mozo, y su vestido hacía resaltar maravillosamente sus gracias: una larga *fuja* de seda negra sujetaba su delgada cintura; los alamares de plata que caían á lo largo de su chupa formaban en el cuello, en las mangas, en los bolsillos ciertos huecos en que el arabesco bordado redoblaba sus complicaciones, haciendo desaparecer en un todo la tela. No era una chupa de grana bordada de plata, sino una chupa de plata bordada

de grana. De los hombros colgaban tantos flecos, globulillos de filigrana y adornos de todas clases, que los brazos parecían salir por debajo de dos coronas. Los calzones de satén, bordados también de plata por las costuras, ajustaban, sin comprimirlos, unos músculos de hierro y unas formas robustas al par que elegantes. Este traje era la obra maestra de Zapata de Granada, de Zapata, ese célebre Cardillac de los vestidos de majo, que llora siempre que se llevan un traje, y ofrecí por volverlo á tener más dinero que el que pidió por hacerlo. Los inteligentes no lo encontraban caro en 10.000 rs. ¡Llevado por Juanelo valía 20.000!

Dejóse oír la última tocata; la arena estaba ya limpia de perros y de muchachos. Este era el momento. Los picadores, bajando sobre el ojo derecho de sus monturas el pañuelo que les impide ver llegar al toro, se unieron al cortejo, y la cuadrilla apareció con el mayor orden en la Plaza.

Un murmullo de admiración acogió á Juanelo cuando fué á arrodillarse delante del palco de la reina; dobló la rodilla con tanta gracia, con un aire tan humilde y tan soberbio al mismo tiempo, y se levantó con tal agilidad, sin hacer esfuerzo alguno, que los más viejos aficionados no pudieron

menos de decir: «Ni Pepe-Hillo, ni Romero, ni José Cándido, lo hubieran hecho mejor.»

El alguacil á caballo, vestido con su traje negro de familiar de la Santa Hermandad, fué, según costumbre, en medio de una salva de silbidos, á llevar la llave del toril al mozo encargado de este servicio; y, llenada esta formalidad, se salió á todo el galope de su caballo, vacilando sobre la silla, perdiendo los estribos, abrazándose al cuello de su montura y representando ante los espectadores esta comedia del terror, tan divertida siempre para los que se hallan al abrigo de todo peligro.

Andrés, feliz con el encuentro que había tenido, no ponía ninguna atención en los preliminares de la corrida, y el toro había ya despachado á un caballo sin que él hubiese todavía mirado una sola vez al circo.

Contemplaba á la joven que estaba sentada á su lado con una fijeza, que sin duda le hubiese mortificado si se hubiese apercibido de ello. Le pareció más encantadora aún que la primera vez que la vió. El trabajo de idealización, que va siempre unido al recuerdo y nos hace á menudo encontrar decepciones cuando nos encontramos en presencia del objeto soñado, no había podido añadir nada á la belleza de la desconocida; preciso es confesar

tambien que jamás tipo más perfecto de la mujer española se había sentado sobre las gradas de granito del circo de Madrid.

El jóven, sumido en un delicioso éxtasis, admiraba aquel perfil tan correcto, aquella nariz noble y delicada, aquellas sienas en que, bajo un ligero adorno de ámbar, se cruzaba una imperceptible red de venas azules; aquella boca fresca como una flor, entreabierta por una ligera sonrisa, que dejaba ver unos diminutos dientes, más bien de nácar que de marfil, y, sobre todo, aquellos ojos cuyas pupilas, rodeadas de negras y largas pestañas, lanzaban irresistibles efluvios.

Aquel era el verdadero tipo griego en su mayor pureza, pero aumentado con el carácter árabe; la misma perfección con un acento más salvaje; la misma gracia, pero más cruel; las cejas dibujaban un arco tan atrevido sobre el áureo mármol de su frente, sus negras pupilas realizaban de tal modo el acento de su mirada, que una belleza semejante no hubiera podido menos que producir una gran alarma en cualquier salon de París ó de Lóndres: pero ella se encontraba perfectamente en su sitio en la corrida de toros, y bajo el ardiente cielo de España.

La vieja, que no ponía á las peripecias de la

corrida la misma atencion que la jóven, observaba á Andrés con una mirada oblicua y cierto aire de perro mastin. Risueña, aquella fisonomía era horrible; ceñuda, era repugnante; sus arrugas parecían más profundas, y la negra aureola que circua sus ojos se agrandaba y hacia recordar vagamente los círculos de pluma que rodean los de los mochuelos; su colmillo de jabalí se apoyaba con más fuerza sobre su calloso lábio, y algunos estremecimientos nerviosos contraían horrorosamente su semblante.

A medida que Andrés persistía en su contemplacion se iba aumentando la cólera sorda de la vieja; se movía con impaciencia sobre su asiento, hacia silbar su abanico, daba frecuentes codazos á su bella compañera y le dirigía toda clase de preguntas para obligarla á volver la cabeza hácia su lado; pero, sea que esta no comprendiese, ó que no quisiese comprender, respondía dos ó tres palabras y volvía á tomar su actitud grave y atenta.

—¡Maldita bruja, se decía por lo bajo Andrés, y qué lástima que se haya abolido la Inquisicion! Con la cara que tiene la hubiesen paseado, desde luego, sin formacion de causa, á caballo sobre un asno, cubierta la cabeza con el sambenito y vestida con la camisa de brea, porque esta sale sin duda del

seminario de Barahona, y debe lavar á las jóvenes para el sábado.

Juanelo, á quien todavía no le habia tocado su turno para matar, estaba desdeñosamente en medio de la plaza, sin tener con los toros más cuidado que si hubiesen sido carneros; apenas hacia el más ligero movimiento y daba dos ó tres pasos, cuando la fiera se le plantaba delante y daba muestras de querer embestirle.

Sus ojos recorrían los palcos, las galerías y las gradas, en que se movía incesantemente una multitud de abanicos de todos colores; se hubiese dicho que buscaba á alguien entre los espectadores. Cuando su mirada se fijó en la grada en que estaban sentadas la joven y la vieja, un relámpago de alegría iluminó su moreno rostro é hizo un imperceptible movimiento de cabeza, especie de saludo de inteligencia, como los que se suelen permitir algunas veces los actores en escena.

—Melitona, dijo la vieja en voz baja, Juanelo nos ha visto; ten cuidado en estar bien; ese joven no separa los ojos de tí, y Juanelo es celoso, bien lo sabes.

—¿Qué me importa eso? respondió Melitona en el mismo tono.

—Ya sabes que es hombre capaz de hacerle sacar

tres varas de lengua á cualquiera que tenga la desgracia de desagradarle.

—Yo no he mirado á ese caballero; y además, ¿no soy acaso dueña de mi voluntad?

Al decir que no habia mirado á Andrés cometía Melitona una pequeña mentira. No lo habia mirado; las mujeres no tienen necesidad de eso para ver; pero hubiera podido hacer de su persona la más minuciosa descripción.

A fuer de historiadores verídicos, debemos decir que encontraba á D. Andrés de Salcedo lo que en efecto era, un caballero bastante guapo.

Andrés, para tener un medio de trabar conversacion, hizo señas á uno de los vendedores de naranjas, caramelos, pastillas y otros dulces, que se pasean por el corredor de la plaza y que ofrecen sus mercancías á los espectadores que á ellos les parece que son galantes. La vecina de Andrés era tan linda, que uno de estos vendedores se habia parado allí cerca, contando con una venta segura.

—Señorita, ¿quiere V. pastillas? dijo Andrés á su vecina con una amable sonrisa, presentándole la caja abierta.

La joven se volvió vivamente y miró á Andrés con un aire de inquieta sorpresa.

—Son de limon y de menta, añadió Andrés como para decidirla.

Melitona, tomando de pronto su resolución, introdujo sus sonrosados dedos en la caja y sacó una pastilla.

—Felizmente, está Juanelo vuelto de espaldas, murmuró un hombre que estaba detrás.

—¿Y V., señora, quiere? continuó Andrés con la más exquisita finura, presentando la caja á la horrible vieja, á quien este atrevimiento desconcertó hasta el punto que tomó, en su tentación, todas las pastillas sin dejar siquiera una.

Al vaciar la caja en la palma de su mano, negra como la de una momia, dirigió una furtiva y aterradora mirada al circo y exhaló un enorme suspiro.

En este momento dió la orquesta (1) la señal de la muerte: le tocaba matar á Juanelo. Se dirigió al palco del ayuntamiento, pidió el permiso de rigor,

(1) Como observarán nuestros lectores, hay bastantes inexactitudes en la descripción de la corrida de toros que nos pinta Mr. Teófilo Gautier; pero, si se atiende á que la acción pasa en el año 1815 y al desconocimiento relativo que de nuestras costumbres tienen los escritores franceses, fácilmente pasará el lector esta ligera falta, que no empeña el mérito de esta notable obra.

(N. DEL T.)

y tiró por el aire su montera con la mayor gracia del mundo. El más absoluto silencio reinó entonces en aquella asamblea, ordinariamente tan tumultuaria; la ansiedad oprimía todos los corazones.

El toro que iba á matar Juanelo era de los más valientes; dispénsennos nuestros lectores si, ocupados con Andrés y Melitona, no le hemos referido en detalle sus proezas: siete caballos yacian tendidos sobre la arena en los diferentes lugares en que la agonía les habia hecho caer; la débil silueta de sus cadáveres demostraba más que nada la fuerza y la furia de la fiera. Dos picadores se habian retirado molidos por las caídas que habian sufrido, casi lisiados, y el sobresaliente esperaba en su puesto, y lanza en ristre dispuesto á reemplazar á sus jefes de empleo fuera de servicio.

Los chulillos se habian retirado prudentemente á la barrera y tenían el pié puesto sobre el estribo de madera que sirve para franquearla en caso de peligro; y el toro vencedor vagaba libremente por la plaza, manchada de largos regueros de sangre, sobre la que no se atrevían los mozos ir á echar tierra, dando cornadas en las tablas y tirando por el aire los caballos muertos que encontraba á su paso.

—Diviértete, muchacho, decía un aficionado di-

30241

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

rigiéndose al toro; goza de lo que te queda, salta, brinca, no estarás tan alegre dentro de poco: Juanelo te va á calmar.

En efecto, Juanelo se dirigia hácia la monstruosa fiera con ese paso firme y sereno que hace retroceder hasta á los mismos leones.

El toro, asombrado de verse aún un adversario, se detuvo, dió un sordo rugido, sacudió la espuma que salia de su boca, escarbó la tierra con la pazuña, movió dos ó tres veces la cabeza y retrocedió algunos pasos.

Juanelo estaba admirable; su figura expresaba la más inmutable resolución; sus ojos fijos, cuyas pupilas rodeadas de blanco parecían dos estrellas de azabache, lanzaban invisibles rayos, que acribillaban al toro cual si fuesen aceradas flechas; sin tener conciencia de ello, le hacia sufrir esa especie de magnetismo por medio del cual Van Ambourg hacia retroceder á los tigres hasta el fondo de sus jaulas.

Cada paso que daba hácia adelante, lo daba la fiera hácia atrás.

A este triunfo de la fuerza moral sobre la fuerza física, el público, sobrecogido de un indescribible entusiasmo, prorumpió en frenéticos trasportes; los aplausos, los gritos, á los que se unian los

cencerros y las castañuelas, que acostumbran á llevar los aficionados para meter el mayor ruido posible, hacian que nadie se entendiera. Los techos crugian bajo los golpes con que expresaban su admiración los que estaban encima, y la pintura, desprendida, volaba formando torbellinos de películas blanquecinas.

El torero así aplaudido, lleno el corazon de una alegría inefable, levantó la cabeza hácia el sitio en que estaba Melitona, como para dedicarle los bravos que de todas partes le gritaban.

El momento estaba mal elegido. Melitona habia dejado caer su abanico, y D. Andrés, que se habia bajado á cogerlo con esa precipitación, por aprovechar las menores circunstancias, que caracteriza á los que desean fortificar con un eslabon más la cadena todavía débil de una amistad nueva, se lo entregaba con la más exquisita galanteria.

La jóven no pudo menos que agradecer con una linda sonrisa y una graciosa inclinacion de cabeza la política atencion de Andrés.

Esta sonrisa fué cogida al vuelo por Juanelo; palidiecion sus lábios, su tez se puso lívida, las órbitas de sus ojos se tuvieron de un color de púrpura, su mano se contrajo sobre el mango de la muleta, y la punta de su espada, que tenia hácia

el suelo, se clavó convulsivamente en la arena.

El toro, no estando ya dominado por la fascinadora mirada de su adversario, se acercó algunos pasos, sin que este soñase siquiera el ponerse en guardia. La distancia que separaba á la fiera del hombre disminuía terriblemente.

—Vaya un tunante que no se alarma, dijeron algunos más fuertes á las emociones.

—Juanelo, tén cuidado, decían otros más humanos; Juanelo de mi vida, Juanelo de mi alma, Juanelo de mi corazón, que tienes al toro encima!

En cuanto á Melitona, sea que, acostumbrada á las corridas, tuviese embotada su sensibilidad, sea que tuviese completa confianza en la habilidad de Juanelo, ó bien que le inspirase nada más que un medianó interés aquel á quien ella turbaba tan profundamente, ello es que su semblante permaneció tranquilo y risueño como si nada pasase; únicamente se tiñeron sus mejillas de un ligero carmin, y su pecho levantó con un movimiento más rápido los encages de su mantilla.

Los gritos de los espectadores sacaron á Juanelo de su estupor; retiró bruscamente el cuerpo y agitó los pliegues escarlata de su muleta delante de los ojos del toro.

El instinto de la conservación, el amor propio

del gladiador luchaban en el alma de Juanelo con el deseo de observar lo que hacia Melitona; una mirada distraída, un olvido de un segundo podían poner su vida en peligro en aquel momento supremo. ¡Terrible situación! ser celoso, ver cerca de la mujer amada un jóven atento y de buen porte, y hallarse en medio de un circo, bajo la presión de las miradas de doce mil espectadores, teniendo á dos pulgadas del pecho los ardientes cuernos de una fiera á la que no se puede matar más que con cierto arte y de cierta manera, so pena de quedar deshonrado.

El torero, que había vuelto á ser dueño de la *jurisdicción*, como se dice en jerga tauromáquica, se afirmó sobre sus talones y pasó muchas veces al toro con la muleta para obligarle á bajar la cabeza.

—¿Qué le diría ese jóven, para que ella se sonriera tan dulcemente? pensaba Juanelo, olvidando que tenía delante un temible adversario; y levantó involuntariamente los ojos.

El toro, aprovechando esta distracción, se arrojó sobre el hombre; este, sorprendido, dió un salto hácia atrás y le dirigió maquinalmente una estocada; el hierro entró algunas pulgadas; pero encontró hueso, y, sacudido por la fiera, saltó de la

herida y fué á caer á algunos pasos de distancia. Juanelo estaba desarmado y el toro lleno de vida, porque este golpe no habia hecho más que exasperar su rabia. Los chulillos acudieron entonces, haciendo ondular sus capas de colores.

Melitona habia palidecido ligeramente; la vieja exhalaba lastimeros ayes y gemia, como pudiera hacerlo un ballenato.

El público, al ver la incomprensible torpeza de Juanelo, manifestó su desagrado produciendo uno de esos alborotos en los que siempre sobresale el pueblo español: aquello era una verdadera lluvia de injuriosos epitetos, de gritos y de maldiciones.

—¡Fuera, fuera, gritaban de todas partes, perro, ladrón, asesino! ¡A presidio! ¡á Ceuta! ¡Echar á perder así un toro como ese! Eres un carnicero, y ¡torpe! ¡burro! y todo lo que puede sugerir en ocasiones semejantes la imaginación meridional, inclinada siempre á los extremos.

Sin embargo, Juanelo se mantenía firme debajo de este diluvio de injurias, mordiéndose los labios y desgarrando con la mano que le habia quedado libre los encajes de su chorrera. La manga de su chupa, desgarrada por el cuerno del toro, dejaba ver sobre su brazo una larga línea de color violado. Vaciló un momento, y se hubiese podido creer que

iba á caer sofocado bajo la violencia de su emoción; pero se repuso instantáneamente, corrió á su espada, como tomando una rápida determinación, la alzó del suelo, apoyó en ella el pié para enderezar la hoja que se habia torcido algo, y se colocó de espalda á la parte de la plaza en que se encontraba Melitona.

A una señal suya le llevaron los chulillos el toro corriendo con las capas, y esta vez, desembarazado de toda preocupacion, dió al animal una soberbia estocada por todo lo alto, con todas las reglas del arte, y que el gran Montes, de Chiclana, no hubiese podido menos de aplaudirle.

La espada, clavada á raíz del cuello, asomaba su empuñadura en forma de cruz por entre los cuernos del toro y recordaba esos grabados góticos en que se ve á San Huberto arrodillado delante de un ciervo que lleva un crucifijo entre las astas.

El animal se arrodilló pesadamente delante de Juanelo, como rindiendo homenaje á su superioridad, y despues de una corta convulsion rodó por la arena.

—Juanelo se ha desquitado brillantemente. ¡Qué gran estocada! Me gusta más que Arjona y que el Chiclanero; ¿qué dice V. de eso, señorita? dijo Andrés á su vecina lleno de entusiasmo.

—Por Dios, caballero, no me vuelva V. á dirigir la palabra, respondió Melitona rápidamente, casi sin mover los labios y sin volver la cabeza.

Estas palabras fueron dichas con un tono tan imperativo y tan suplicante al mismo tiempo, que Andrés comprendió bien que no era el «cállese usted» de una muchacha que desea que se continúe.

No era el recato el que había dictado á la jóven estas palabras; las pocas frases que habia pronunciado Andrés no tenían nada que mereciese semejante rigor, y las manolas, que son las grisetas de Madrid, sin tratar con esto de ofenderlas, no son, en general, de una susceptibilidad tan delicada.

Un verdadero miedo, el sentimiento de un peligro que Andrés no podia comprender, vibraban en aquella frase breve, pronunciada con disimulo y que parecia ser ella, por sí sola, un peligro más.

—¿Será esta una princesa disfrazada? se dijo Andrés bastante turbado é incierto del partido que debia tomar. Si me callo, pareceré un tonto ó á lo menos un D. Juan nada más que mediano; si persisto, tal vez ocasione á esta bella niña algun grave disgusto. ¿Tendrá acaso miedo á la dueña? No, puesto que esa amable tarasca ha devorado todas mis pastillas, es un poco cómplice y no puede ser á ella á quien tema mi infanta. ¿Habrà por aquí cerca

algun padre, algun hermano, algun marido ó algun amante celoso?

Nadie de entre las personas queredeban á Melitona podia ser incluido en ninguna de estas categorías; todas tenían un aire indiferente para todo lo que no fuesen los toreros y los toros: evidentemente ningun lazo les unia á la bella manola.

Hasta el fin de la corrida no volvió Juanelo á mirar siquiera una sola vez al tendido, y despachó los dos toros que le quedaban con una maestría sin igual; le aplaudieron tan furiosamente como le habian silbado.

Andrés, sea que no juzgase prudente renovar la conversacion despues de aquella frase, sea que no encontrase un medio á propósito para ello, no volvió á dirigir una palabra á Melitona, y aún se levantó algunos minutos antes que terminase la corrida.

Al atravesar las gradas para retirarse, dijo en voz baja algunas palabras á un muchachuelo de fisonomía inteligente y viva, y desapareció.

El muchacho, cuando el público empezaba á salir, tuvo cuidado de caminar entre la multitud, sin afectacion y con el mayor disimulo del mundo, detrás de Melitona y de la dueña. Las dejó subir á las dos en su calesin, y despues, cuando este se

puso en movimiento sobre sus grandes ruedas encarnadas, se suspendió de la caja con los piés y las manos como lo hacen los pilletes, cantando con toda su voz la canción popular de los toros del Puerto.

La calesa se alejó entre un torbellino de ruido y de polvo.

—Bueno, se dijo Andrés, que vió desde una de las alamedas del Prado, en donde estaba ya paseándose, pasar al calesin á todo escape con el muchacho encaramado detrás; yo sabré esta noche en dónde vive esa encantadora criatura, y que el duo de Bellini me sea ligero.

III.

El muchacho debía volver á dar cuenta de su misión á D. Andrés, que le esperaba fumando un cigarro en una de las calles del Prado, cerca del monumento erigido á las víctimas del Dos de Mayo.

Contemplando las azules espirales que formaba el humo del cigarro, hacia Andrés su exámen de conciencia, y no podía menos de reconocer que estaba, si no enamorado, al menos vivamente preocupado con la bella manola. Aun cuando la belleza de la jóven no hubiese sido suficiente para prender fuego en el corazon menos inflamable, la espe-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puso en movimiento sobre sus grandes ruedas encarnadas, se suspendió de la caja con los piés y las manos como lo hacen los pilletes, cantando con toda su voz la canción popular de los toros del Puerto.

La calesa se alejó entre un torbellino de ruido y de polvo.

—Bueno, se dijo Andrés, que vió desde una de las alamedas del Prado, en donde estaba ya paseándose, pasar al calesin á todo escape con el muchacho encaramado detrás; yo sabré esta noche en dónde vive esa encantadora criatura, y que el duo de Bellini me sea ligero.

III.

El muchacho debía volver á dar cuenta de su misión á D. Andrés, que le esperaba fumando un cigarro en una de las calles del Prado, cerca del monumento erigido á las víctimas del Dos de Mayo.

Contemplando las azules espirales que formaba el humo del cigarro, hacia Andrés su exámen de conciencia, y no podía menos de reconocer que estaba, si no enamorado, al menos vivamente preocupado con la bella manola. Aun cuando la belleza de la jóven no hubiese sido suficiente para prender fuego en el corazon menos inflamable, la espe-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cie de misterio que parecia indicar su terror cuando Andrés le habia dirigido la palabra despues del accidente acaecido á Juanelo, no podía dejar de picar la curiosidad á cualquier jóven un poco aventurero: á los veinticinco años, sin necesidad de ser un D. Quijote de la Mancha, se está siempre pronto á defender á las princesas á quien se supone oprimidas.

Feliciana, la señorita tan bien educada, ¿merecia este comportamiento? Andrés estaba bastante preocupado con esto; pero se dijo que su casamiento con ella no tendria lugar sino de allí á seis meses; que, por tanto, este ligero amorcillo tendria tiempo de acabarse y aun hasta de olvidarse antes del término fatal; y que, por otra parte, nada era más fácil que ocultar una intriga de este género, viviendo Feliciana y la jóven en esferas distintas, que jamás llegarían á encontrarse. Esta seria su última locura de soltero; porque en el mundo se llama locura á amar á una jóven graciosa y linda, y razon á casarse con una mujer fea, indigesta y desagradable; despues viviria como un ermitaño, en verdadero martirio conyugal.

Arregladas así las cosas en su cabeza, se abandonó Andrés á los más agradables pensamientos. Estaba sometido por doña Feliciana Vazquez de los

Rios á un régimen de buen tono y de diversiones de buen gusto que le era insoportable, si bien no se atrevia á protestar; tenia que resignarse á sufrir una multitud de costumbres inglesas, al thé, al piano, á los guantes amarillos, á las corbatas blancas sin circunstancia atenuante, á los lanceros, á las conversaciones sobre las últimas modas, á los grandesaires italianos, cosas que repugnaban á su carácter naturalmente franco y jovial. A pesar suyo, la vieja sangre española se insurreccionaba en sus venas contra la invasion de la civilización del Norte.

Suponiéndose ya el amante feliz de la manola, —porque, ¿qué hombre no es un poco fátuo, al menos en pensamiento?— se veia en la pequeña habitacion de la jóven desembarazado de su frac y haciendo una colacion de pastelillos y dulces, rociados con copas de vino de Peralta y de Pedro Gimenez más ó menos legítimos, que la tia habria ido á comprar á la tienda de vinos generosos más próxima.

Tomando luego un *papel de hilo* teñido con zumo de regalíz, la bella niña echaba algunas briznas de tabaco cortadas de un habano, y le ofrecia un cigarrillo liado con la más clásica perfección.

Despues, desviando la mesa con el pié, iba á

descolgar de la pared una guitarra, que entregaba á su galán, y un par de castañuelas de madera de granado, que se ajustaba á sus pulgares cerrando la presilla que las une con sus dienteitos de nácar, y se ponía á bailar, con una flexibilidad y una expresión admirables, uno de esos antiguos bailes españoles en que la Arabia ha dejado su indolente languidez y su voluptuosa pasión, murmurando con voz temblorosa alguna copla de seguidilla caprichosa é incoherente, pero de una penetrante poesía.

Mientras que Andrés se abandonaba á sus voluptuosos ensueños con tan buena fé, que hasta oía el sonido de las castañuelas, el sol bajaba rápidamente y la luz se extinguía de una manera sensible. La hora de comer se aproximaba, porque hoy, en Madrid, las personas de elevada clase se sientan á la mesa á la hora de París ó Londres, y el mensajero de Andrés no llegaba; áun cuando la joven hubiese vivido en la extremidad opuesta de la villa, en el portillo de Gilimon ó en el de Embajadores, el pillete había tenido tiempo, y de sobra, de hacer dos veces el camino; sobre todo, considerando que en la primera parte del viaje iba encaramado en la trasera de la calesa.

Esta tardanza asombró y contrarió vivamente á

Andrés, que no sabía en dónde podía encontrar á su emisario, y que veía terminarse al principio una aventura que prometía ser agradable. ¿Cómo volver á ponerse sobre la pista, una vez perdida, cuando no se tiene el más pequeño indicio que pueda guiar, ni un detalle, ni áun siquiera un nombre, y hay que esperar en la casualidad, siempre rara, de los encuentros?

—Puede ser que haya sucedido algún incidente de que yo no pueda darme cuenta; esperemos todavía algunos minutos, se dijo Andrés.

Aprovechando el permiso de ubiquidad concedido á los narradores, seguiremos al calesin en su rápida carrera. Había recorrido primeramente todo el Prado, después había entrado por la calle de San Juan, llevando siempre al emisario de Andrés agarrado de piés y manos á sus muelles; y ganado en seguida la calle de los Desamparados. Iria sobre poco más ó ménos por la mitad de esta calle, cuando sintiendo el calesero la sobrecarga, envió al pobre Perico un latigazo con una destreza suma, á través de la capota de la calesa, que le hizo saltar á tierra.

Cuando después de haberse frotado los ojos, que le lloraban de dolor, hubo recobrado la facultad de ver, el calesin estaba ya al final de la calle de la

Fé, y el ruido de sus ruedas sobre el empedrado iba debilitándose. Perico, excelente corredor, como lo son todos los jóvenes españoles, y penetrado de la importancia de su misión, había salido en persecución del carruaje, y sin duda le hubiese dado alcance, si este hubiese seguido en línea recta; pero, á la extremidad de la calle volvió, y Perico le perdió de vista un instante. Cuando á su vez dobló la esquina, la calesa había desaparecido. Había entrado en esa red de calles y callejuelas que lindan con la plaza de Lavapiés. ¿Había tomado la calle del Povar, ó la de Santa Inés; la de San Dámaso, ó la de San Lorenzo? Esto es lo que Perico no pudo llegar á saber; las recorrió todas, esperando ver á la calesa parada delante de alguna puerta; pero se engañó en su esperanza; solamente vió el carruaje en la plaza, que volvía desocupado, y cuyo conductor, haciendo crujir el látigo como una especie de amenaza irónica, se apresuraba á ir por otro cargamento.

Despechado Perico por no haber podido hacer lo que Andrés le había encargado, se había paseado algun tiempo por las calles en que presumía que el calesín había dejado á sus dos parroquianas, pensando, con esa precoz inteligencia de las pasiones que tienen los niños meridionales, que una jó-

ven tan linda no podía menos de tener un galán; y siendo así, no dejaría de ponerse á la ventana para verlo venir, ó salir para ir á buscarle si él no iba, pues el día de los toros está dedicado en Madrid á los paseos y á las diversiones. Este cálculo no era descabellado; en efecto, muchas lindas cabezas sonreían, asomadas á las ventanas, y se inclinaban sobre los balcones; pero ninguna era la de la manola que le habían encargado seguir. Cansado de buscar, despues de haberse lavado los ojos en la fuente de Lavapiés, se encaminó hácia el Prado para dar á D. Andrés cuenta de su misión. Si no llevaba las señas exactas, estaba al menos casi cierto de que la jóven vivía en una de las cuatro calles cuyos nombres hemos citado anteriormente; y, como son muy cortas, era ya menos vago que tener que buscarla por todo Madrid.

Si hubiera permanecido algunos minutos más hubiese visto á un segundo calesín detenerse delante de una casa de la calle del Povar, y á un hombre, con el embozo de su capa subido hasta los ojos, saltar ligeramente á tierra y entrar en el portal. El movimiento del salto hizo revolotear la capa, que dejó brillar los adornos de plata del traje, y descubrió unas medias de seda manchadas

con algunas gotas de sangre y que cubrían una bien formada pierna.

Nuestros lectores habrán ya reconocido á Juanelo. En efecto, era él. Pero para Perico ningun lazo unia á Juanelo con Melitona, y su presencia no hubiese sido para él indicio de la casa en que habitaba la jóven. Por otra parte, Juanelo podia entrar en su propia casa. Esta era, si se quiere, la version más verosímil. Despues de una corrida tan dramática como aquella, debía tener necesidad de reposo y de aplicar algunas compresas sobre el rasguño de su brazo, porque los cuernos del toro son venenosos y las heridas que hacen son muy lentas de curar.

Perico se dirigió con paso lijero hácia el obelisco del Dos de Mayo, en el que habia quedado citado con Andrés. Otro tropiezo. Andrés no estaba sólo. Doña Feliciana, que habia salido á hacer algunas compras con una de sus amigas, habia visto desde su carruaje á su prometido, que estaba paseándose con una impaciencia nerviosa; se habia apeado, acompañada de su amiga, y, acercándose á Andrés, le habia preguntado si era para componer un soneto ó un madrigal para lo que se habia ido á pasear bajo los árboles á la hora en que los mortales menos poéticos se entregaban á la prosa

de la mesa. El desgraciado Andrés, cogido en flagrante delito, se ruborizó un poco y balbuceó algunas frases sin sentido; rabiaba interiormente, á pesar de que su boca sonreia. Perico, incierto del partido que debía tomar, describia alrededor del grupo multitud de círculos; no obstante lo jóven que era, habia comprendido que no debía dar á Andrés las señas de una manola delante de una jóven tan perfectamente vestida á la francesa. Unicamente se asombraba de que un caballero que conocia tan lindas damas de sombrero tomase interés por una manola de mantilla.

—¿Qué nos quiere ese muchacho que le mira á usted con unos ojos como si quisiera tragarnos?

—Esperará sin duda á que le tire la punta de este cigarro, respondió Andrés juntando la accion á la palabra y haciendo una seña imperceptible que queria decir: «Vuelve cuando esté solo.»

El muchacho se alejó, y sacando un eslabon de su bolsillo, encendió yesca y se puso á fumar el habano con la maestría de un perfecto fumador.

Pero Andrés no estaba al fin de sus penas. Feliciana se dió un pequeño golpe en la frente con su mano, aprisionada en estrechísimo guante, y dijo, como saliendo de un sueño:

—Dios mío, estaba tan preocupada con nuestro

duo de Bellini, que me he olvidado de decirle á usted que mi padre, D. Gerónimo, le espera á comer. Él quería haberle escrito á V. esta mañana; pero como yo debía verle al medio día, le dije que yo podía decirselo. Es ya bastante tarde, dijo, consultando su diminuto relój; suba V. en el carruaje con nosotras, llevaremos á Rosa á su casa y nos volveremos juntos á la mia.

Sí por acaso alguno se asombra de ver que una señorita tan bien educada invite á subir en su carruaje á un jóven, haremos observar que iba sentada al vidrio una aya inglesa, tiesa como una estaca, encarnada como un cangrejo, y fuertemente encorsetada, cuyo solo aspecto bastaba para poner en fuga á los enamorados y á los entrometidos.

No habia medio de retroceder; despues de haber ofrecido la mano á Feliciana y á su amiga para ayudarlas á montar, tomó asiento al lado de la señora Sarah, furioso por no haber podido saber la noticia que Perico le llevaba, pues le suponía mejor enterado de lo que en realidad lo estaba, y con la perspectiva de una *soirée* musical indefinidamente prolongada.

Como creemos que la descripción de una comida de confianza será poco interesante para el lector, iremos en busca de Melitona, esperando ser

más felices en nuestras investigaciones que lo fué Perico.

Melitonia vivía, en efecto, en una de las calles sospechadas por el jóven espía de Andrés. Decir el género de arquitectura á que pertenecía la casa que habitaba con otros muchos vecinos, seria muy difícil, á menos que no fuese al órden compuesto. El mayor capricho habia presidido á la abertura de los huecos, de los cuales ni uno siquiera era parecido á otro. El arquitecto parecia haberse propuesto como objeto la simetría inversa, porque nada se correspondía en aquella desordenada fachada; los muros, casi todos fuera de su base, presentaban en su parte media una superficie convexa y parecían hundirse bajo su peso; varias eses y cruces de hierro la sostenian trabajosamente, y sin las dos casas contiguas, algo más sólidas, en que se apoyaba, se hubiera hundido infaliblemente; en la parte inferior, el yeso, despegado en su totalidad, dejaba ver el cimiento de los muros; la parte superior, mejor conservada, ofrecía algunos vestigios de una antiquísima pintura de color de rosa, que parecia como el rubor de esta pobre casa, avergonzada de su miseria.

Cerca del tejado un ancho feston negro, formando puntas, rodeaba una pequeña ventana, que

se conocía había sido blanqueada recientemente; á la derecha de ella estaba colgada una jaula que encerraba una codorniz; á la izquierda otra de una dimension casi imperceptible, adornada de perlas de vidrio amarillo y rojo, servía de palacio y de celda á un grillo; porque los españoles, á quienes los árabes han dejado el gusto de los ritmos persistentes, les agrada mucho los monótonos cantos, armonizados en tiempos iguales, de la codorniz y del grillo. Una jarra de barro colgada por las asas con una guita refrescaba el agua á la brisa naciente de la noche, y dejaba escapar por sus poros algunas gotas que caían sobre dos macetas de albaea colocadas debajo. Esta ventana era la de la habitación de Melitona. Desde la calle el más indiferente observador hubiese adivinado en seguida que este nido estaba habitado por una paloma; la juventud y la belleza ejercen su imperio á un sobre las cosas más inanimadas, é imprimen en ellas su sello.

Si el lector no teme subir con nosotros por esta escalera, oscura y dificultosa por más de un concepto, seguiremos en ella á Melitona, que sube saltando los rotos escalones con toda la elasticidad de una pantorrilla de diez y ocho años; nada ya ella en la luz de los pisos superiores, mientras que la tía Aldonza, retenida en los limbos oscuros de los

primeros peldaños, respirando con trabajo, invoca á San José y se agarra con las dos manos al graso pasamanos.

La jóven, levantando un pedazo de estera que estaba tirada delante de una de esas puertas de pino, de tableros pequeños é innumerables, tan comunes en Madrid, tomó su llave y abrió.

Una vivienda tan pobre era imposible que tentara á los ladrones, y no exigía, por tanto, grandes precauciones de seguridad; ausente, Melitona la solía dejar abierta; pero cuando estaba, la cerraba cuidadosamente. Había entonces un tesoro en aquel chiribitil, si no para los ladrones, al menos para los enamorados.

Una simple agua de cal reemplazaba en la pared al papel y á la pintura; un espejo, cuya luna rayada no reflejaba sino muy imperfectamente la encantadora figura que le consultaba; una figura de yeso representando á San Antonio, acompañada de dos vasos de cristal azul conteniendo algunas flores artificiales; una mesa de pino, dos sillas y una cama cubierta con una colcha de muselina con tiras sobrepuestas de puntillas anchas, constituían todo el mueblaje. Olvidábamos algunas imágenes de la Virgen y de varios santos, pintadas y doradas sobre vidrio con una sencillez bizantina ó rusa, un gra-

bado del Dos de Mayo, el entierro de Daoiz y Velarde, un picador á caballo, copia de Goya, más un tamboril y una guitarra; por una mezcla singular de lo sagrado y de lo profano, de lo que no se alarma la ardiente fé de los países verdaderamente católicos, entre estos dos instrumentos de alegría y de placer descollaba una palma rizada y adornada con flores artificiales, traída de la iglesia el Domingo de Ramos.

Tal era la casa de Melitona, y, si bien no encerraba más que las cosas estrictamente necesarias para la vida, no tenía el aspecto árido y frío de la miseria; un rayo alegre de luz la iluminaba; el vivo encarnado de los ladrillos que cubrían el suelo era agradable á la vista; ningún espectro disforme encontraba en donde agarrarse con sus uñas un murciélago; en aquellos ángulos, de una brillante blancura, ninguna araña tegía su tela entre las vigas del techo; todo era alegre y brillante en aquella habitación amueblada con cuatro paredes.

En Inglaterra hubiese sido una absoluta miseria; en España era casi la comodidad, y más aún que lo que se necesita para ser tan feliz como en un paraíso.

La vieja había llegado por fin hasta arriba; entró en la reducida habitación y se dejó caer sobre una

de las dos sillas, á la que su peso hizo crugir de una manera alarmante.

—Hazme el favor, Melitona, descuélgame la jarra, que yo beba un poco; estoy seca, me ahogo; el polvo de la plaza y esas condenadas pastillas de menta me han dejado fuego en la garganta.

—No había necesidad de comerlas á puñados, tía, respondió la jóven inclinando el vaso sobre los labios de la vieja.

Aldonza bebió tres ó cuatro tragos, se limpió la boca con el dorso de su mano, y se puso á abanicar en silencio, con un compás bastante ligero.

—A propósito de las pastillas, dijo despues de haber dado un enorme suspiro; ¡qué miradas tan furiosas dirigía Juanelo hácia nosotras! estoy segura que no mató bien á aquel toro porque el caballero te estaba hablando; es celoso como un tigre ese Juanelo, y si ha podido encontrarle, le habrá hecho pasar un mal cuarto de hora. No daría yo mucho dinero por la piel de ese jóven, porque corre peligro de ser abierta por algunas buenas cuchilladas. ¿Te acuerdas de la agujeta que le dió á Lúcas, porque quería ofrecerte un ramo en la romería de San Isidro?

—Espero que Juanelo no llevará las cosas hasta esos horribles extremos; dije á aquel jóven que no

me volviese á dirigir más la palabra, con un tono tan suplicante y tan absoluto, que no me dijo nada ya desde aquel momento; comprendió mi terror y se compadeció de él. ¡Qué horroroso es verse perseguida así por un amor tan feroz!

—Tu tienes la culpa, dijo la vieja; ¿por qué eres tan bonita?

Un golpe seco, dado en la puerta como por una mano de hierro, interrumpió la conversacion de las dos mujeres.

La vieja se levantó y fué á mirar por la trampilla enrejada y cerrada con un postigo de madera, practicado en la puerta, á la altura de un hombre, segun el uso español.

Apenas la abrió apareció la cabeza de Juanelo, pálida bajo el tinte bronceado de que el sol y la arena la habian revestido.

Aldonza entreabrió la puerta y Juanelo entró. Su cara revelaba las distintas emociones que le habian agitado en el circo; en ella se leía una rabia reconcentrada, porque para esta alma, en la que no dejaba de haber cierto puntillo de honor, los aplausos no borraban los silbidos; se consideraba como deshonorado y obligado á las más temerarias proezas para rehabilitarse ante la opinion pública y ante sí mismo.

Pero lo que le preocupaba sobre todo, y lo que aumentaba su furor hasta un punto inconcebible, era no haber podido abandonar la arena bastante pronto para alcanzar al jóven que parecia haber estado tan galante con Melitona; ¿en dónde encontrarle ahora? Sin duda habia seguido á la jóven, le habia hablado una vez más.

A esta idea, su mano tentaba maquinalmente su faja como para buscar el cuchillo.

Se sentó en la otra silla; Melitona, apoyada en la ventana, deshojaba distraidamente un clavel; la vieja se abanicaba tambien por hacer algo; un silencio general reinaba entre los tres personajes; la vieja fué la primera en romperlo.

—Juanelo, dijo, ¿le duele á V. mucho el brazo?

—No, respondió el torero, fijando su profunda mirada en Melitona.

—Seria preciso poner en él algunas compresas de agua y sal, continuó la vieja, para no dejar caer tan pronto la conversacion.

Pero Juanelo no respondió, y, como dominado por una idea fija, dijo á Melitona:

—¿Quién era ese jóven que estaba sentado junto á V. en la plaza?

—Ha sido la primera vez que le he visto; no le conozco.

—Pero, ¿quería V. conocerle?

—La suposición es política. Bueno, ¿qué le haría eso?

—Si eso fuese, mataría yo á ese jóven de botas de charol, guantes y frac.

—Juanelo, habla V. como un insensato. ¿Le he dado á V. derecho para que sea celoso conmigo? Me ama V., dice, esa es mi falta; ¿y acaso porque le ha dado la manía de encontrarme linda, tengo yo obligación de adorarle á V. inmediatamente?

—Es verdad, no está obligada á ello, dijo la vieja; pero, no obstante, harían VV. los dos una bella pareja. Jamás mano más fina se habría apoyado sobre un brazo más vigoroso; y si llegaran á bailar juntos una cachucha en el jardín de Las Delicias, sería cosa de subirse sobre las sillas.

—¿He hecho yo la coqueta con V., Juanelo? ¿Le he dirigido á V. miradas, sonrisas ni nada que pudiera V. interpretar en su favor?

—No, respondió el torero con voz opaca.

—No le he hecho á V. nunca promesas ni le he dado permiso de que conciba esperanzas; siempre le he dicho: «Olvídeme V.» ¿Por qué atormentarme y ofenderme con esas violencias que no hay nada que las justifique? ¿Será preciso, porque le haya

gustado á V., que no pueda fijar en nadie una mirada que no sea una sentencia de muerte? Ha estropeado V. á ese pobre Lúcas, que era un buen muchacho que me divertía y me hacía reír, y herido gravemente á su amigo Ginés, porque me había estrechado un poco la mano; ¿cree V. que con todas estas cosas adelanta V. mucho? Hoy ha cometido V. extravagancias en la plaza; mientras me espiaba, dejaba V. venirse encima el toro, y ¡dió usted una primera estocada!.....

—Es que te amo, Melitona, con todas las fuerzas de mi alma, con todo el fuego de esta sangre que calcina mis venas; es que no veo más que á tí en el mundo, y que el cuerno de un toro entrándome por la espalda no me haría volver la cabeza cuando veo que sonries á otro. No tengo las maneras finas, es verdad, porque he pasado mi juventud luchando cuerpo á cuerpo con las fieras; todos los días mato y me expongo también á ser muerto; no puedo tener la dulzura de esos jóvenes, delicados como mujeres, que pierden el tiempo en hacerse rizar el cabello y en leer los periódicos. Al menos, si no eres mía, tampoco serás de otro, repuso Juanelo después de una pausa, dando con el puño un fuerte golpe sobre la mesa, y como reasumiendo con él su monólogo anterior.

A poco se levantó bruscamente y salió diciendo:
—Yo sabré encontrarle y meterle tres pulgadas de hierro en el vientre.

Volvamos ahora cerca de Andrés, quien, compungidamente plantado delante del piano, cantaba su parte en el duo de Bellini con tal lujo de notas falsas, que hacia desesperar á Feliciana. Nunca ninguna elegante *soirée* le habia inspirado más enojo; daba á todos los diablos á la marquesa de Benavides y su tertulia.

El perfil tan correcto y tan fino de la jóven manola, sus cabellos de azabache, sus rasgados y expresivos ojos, su traje pintoresco, hacian que le repugnaran doblemente las compuestas vejanconas que adornaban el salon de la marquesa. Encontró á su prometida decididamente fea, y salió enamorado del fodo de Melitona.

Al bajar por la calle de Alcalá, para volver á su casa, se sintió tirar de la levita; era Perico que, habiendo hecho nuevos descubrimientos, iba á darle cuenta de su mision, y tambien, quizás, á recoger el duro prometido.

—Caballero, dijo el muchacho, vive en la calle del Povar, la tercera casa á la derecha. La he visto en su ventana; estaba descolgando la jarra de refrescar el agua.

IV.

—No basta conocer el nido de la paloma, se dijo Andrés despertando de un sueño en que la graciosa imágen de Melitona se le habia aparecido más de una vez; es preciso llegar hasta ella. ¿Cómo hacerlo? No encuentro otro medio que ir á establecerme en crucero delante de su casa y observar á los que salgan y entren. Pero si voy de este modo, vestido como estoy, esto es, á la última moda de París, llamaré la atencion y esto no favoreceria en nada mis operaciones de reconocimiento. En un espacio de tiempo más ó menos largo debe ella salir ó entrar, porque no creo que tenga en su casa provisiones para seis meses; le saldré al paso con alguna frase

A poco se levantó bruscamente y salió diciendo:
—Yo sabré encontrarle y meterle tres pulgadas de hierro en el vientre.

Volvamos ahora cerca de Andrés, quien, compungidamente plantado delante del piano, cantaba su parte en el duo de Bellini con tal lujo de notas falsas, que hacia desesperar á Feliciana. Nunca ninguna elegante *soirée* le habia inspirado más enojo; daba á todos los diablos á la marquesa de Benavides y su tertulia.

El perfil tan correcto y tan fino de la jóven manola, sus cabellos de azabache, sus rasgados y expresivos ojos, su traje pintoresco, hacian que le repugnaran doblemente las compuestas vejanconas que adornaban el salon de la marquesa. Encontró á su prometida decididamente fea, y salió enamorado del fodo de Melitona.

Al bajar por la calle de Alcalá, para volver á su casa, se sintió tirar de la levita; era Perico que, habiendo hecho nuevos descubrimientos, iba á darle cuenta de su mision, y tambien, quizás, á recoger el duro prometido.

—Caballero, dijo el muchacho, vive en la calle del Povar, la tercera casa á la derecha. La he visto en su ventana; estaba descolgando la jarra de refrescar el agua.

IV.

—No basta conocer el nido de la paloma, se dijo Andrés despertando de un sueño en que la graciosa imágen de Melitona se le habia aparecido más de una vez; es preciso llegar hasta ella. ¿Cómo hacerlo? No encuentro otro medio que ir á establecerme en crucero delante de su casa y observar á los que salgan y entren. Pero si voy de este modo, vestido como estoy, esto es, á la última moda de París, llamaré la atencion y esto no favoreceria en nada mis operaciones de reconocimiento. En un espacio de tiempo más ó menos largo debe ella salir ó entrar, porque no creo que tenga en su casa provisiones para seis meses; le saldré al paso con alguna frase

galante, y veré si es tan huraña en la conversacion como lo estaba en la Plaza de los Toros. Vamos al Rastro á comprar con qué trasformarnos de elegante en manolo; disfrazado de este modo, no despertaré las sospechas de ningun amante celoso ni de ningun hermano bravucon, y podré, así como que no hago nada, tomar informes de mi niña.

Adoptado este proyecto, se levantó Andrés, tomó precipitadamente su jícara de chocolate, y se encaminó hácia el Rastro, que es, como el Temple de Paris, el sitio en que se encuentra todo, á excepcion de una cosa que sea nueva.

Se sentia feliz y alegre; la idea de que la jóven podia no amarle ó amar á otro no se le habia ocurrido siquiera una sola vez: tenia esa confianza que raramente engaña, porque es la adivinacion de la simpatía; el antiguo espíritu de aventura español se despertaba en él. Aquel disfraz le divertia, y, aunque la dama que iba á conquistar no fuese sino una manola, por nada en el mundo hubiese cambiado el placer de pasearse bajo su ventana embozado en una airosa capa; el peligro que el terror de la jóven hacia presentir quitaba á esta aventura lo que podia tener de vulgar.

Fraguando esas mil y mil stratagemas que se desechan antes de ultimarlas, porque nin-

guna parece ser á propósito, llegó Andrés al Rastro.

El Rastro es un sitio bastante curioso. Figúrense nuestros lectores un terraplen montuoso, una especie de cerrillo rodeado de casas miserables y mal sanas, en que se practican toda suerte de industrias sospechosas.

En este otero y en las calles adyacentes colocan sus tiendas ambulantes un sinnúmero de comerciantes de baja estofa, tales como ropavejeros, baratilleros, etc., que sólo venden objetos viejos, súcios, rotos y completamente inservibles. Todos estos objetos encuentran allí compradores. Su variedad, la extraña mezcla en que se exhiben es una de las cosas que más llaman la atencion y que hasta suelen ingerir áun á los más positivistas. ideas filosóficas. El antiguo traje de corte, con sus galones cobrizos está junto á la chupa del labriego de adornos multicolores; el vestido de la bailarina se halla colgado al lado de una sotana súcia y remendada. Estribos de picador se encuentran mezclados con flores artificiales, con fragmentos de libros, con retratos que á nadie interesan. Rabelais ó Balzac harian de todo esto una descripcion de cuatro páginas.

Sin embargo, subiendo hácia la plaza, hay al-

gnas tiendas de más categoría en las que se encuentran vestidos que, sin ser nuevos, están aún en un estado que, puestos, no desmerecen su procedencia.

En una de estas tiendas fué en la que Andrés entró.

Eligió un traje de manolo en bastante buen uso todavía, y que sin duda había debido proporcionar á su feliz poseedor algunas bellas conquistas en la red de San Luis, en la calle del Barquillo y en la plaza de Santa Ana; este traje se componía de un sombrero calañés de alas anchas y guarnecidas de terciopelo; de una chupa de color de tabaco de España, con muchos y pequeños botones; de unos pantalones largos; de una gran faja de seda, y de una capa de color verde oscuro. Todo esto estaba usado, hasta el punto de haber perdido su brillo; pero no carecía de cierta elegancia.

Andrés, despues de contemplarse delante de un espejo de Venecia, rodeado con una magnífica moldura y cubierto con una gasa verde que había ido á parar allí no se sabe cómo, se encontró á su gusto. En efecto, vestido de este modo tenía una figura tan gallarda y tan esbelta, que parecía hecha á propósito para encantar los corazones sensibles de Lavapiés.

Despues de haber pagado y hecho apartar los vestidos, dijo al comerciante que volveria por la tarde á vestirse en su tienda, no queriendo que le viesen salir de su casa disfrazado.

De vuelta, pasó por la calle del Povar, reconoció en seguida la ventana y la jarra de que Perico le había hablado; pero nada parecia indicarle la presencia de nadie en la habitacion: unos visillos de muselina cuidadosamente corridos cerraban el paso á las importunas miradas de los vecinos, y por consiguiente á las de los transeuntes.

—Sin duda ha salido á su trabajo; no volverá hasta la caída de la tarde, porque debe ser costurera, cigarrera, bordadora ó alguna cosa por el estilo, se dijo Andrés, y continuó su camino.

Melitona no había salido, inclinada sobre la mesa se ocupaba en hilvanar el talle de un vestido, en cuya obra parecia no poner un gran cuidado. Aunque lo que hacia no era nada misterioso, el cerrojo de su puerta estaba corrido, sin duda por el temor de alguna súbita invasión de Juanelo, que la ausencia de la tía Aldonza hacia más peligrosa.

Mientras trabajaba, no cesaba de pensar en el jóven que la vispera le había dirigido en la plaza aquellas miradas tan ardientes y tan expresivas, y

le había dicho algunas palabras con una voz que resonaba aún dulcemente en su oído.

— ¡Está visto que no trata de volverme á ver! Y sin embargo, casi me alegraría de que así fuese. Juanelo armaría con él alguna de esas horribles contiendas, y le mataría ó le heriría gravemente, como á todos los que han querido agradarme; y aún cuando yo pudiera sustraerme á la tiranía de Juanelo, que me ha seguido de Granada á Sevilla, de Sevilla á Madrid, y que me perseguirá hasta el fin del mundo para impedirme dar á otro el corazón que á él le rehusó, ¿qué adelantaría con esto? Ese jóven no es de mi clase; en su traje se ve que es noble y rico; no puede tener por mí más que un capricho pasajero; tal vez me habrá olvidado ya.

Aquí la verdad nos obliga á confesar que una ligera nube oscureció el semblante de la jóven, y que una respiración prolongada, que podía tomarse por un suspiro, se escapó de su pecho.

— Sin duda tendrá alguna amante, alguna prometida jóven, bella, elegante, con lindos sombreros y buenos chales. ¡Qué bien estaría él con una chupa bordada de seda de color, con botones de filigrana de plata, con unas bonitas botas de Ronda, y un sombrero andaluz! ¡Qué cintura tan delgada tendría, ajustada con una buena faja de seda

de Gibraltar! se decía Melitona conduciendo su nonólogo á donde, por un inocente subterfugio del corazón, revestía á Andrés con un traje que le acercaba á ella.

Hallábase en esta parte de su meditación, cuando Aldonza, que habitaba en la misma casa, llamó á la puerta.

— ¿No sabes, querida? dijo á Melitona; ese diablo de Juanelo, en lugar de ir á cuidar de la herida, se ha estado paseando toda la noche por delante de tu ventana, sin duda para ver si el jóven de ayer tarde rondaba por aquí: se le había metido en la cabeza que le habías dado una cita. ¡Si eso hubiese sido verdad, cómo se hubiera puesto! ¿Por qué no quieres á ese pobre Juanelo? te dejaría tranquila.

— No hablemos de eso; yo no soy responsable del amor que en nada he provocado.

— No es esto decir, prosiguió la vieja, que el caballerito de la Plaza de los Toros no sea muy guapo y muy galante; me ofreció la caja de las pastillas con mucha gracia, y con todos los miramientos debidos á mi sexo; pero Juanelo me interesa, ¡y le tengo un miedo de todos los diablos! me creé tu consejera, y sería capaz de hacerme responsable de tu preferencia por otro. Te espía tan de cerca, que será muy difícil ocultarle la menor cosa.

—Cualquiera que la oyese á usted creería que es ya asunto hecho con ese caballero, y apenas si me acuerdo de sus facciones, respondió Melitona ruborizándose un poco.

—Si tú le has olvidado, en cambio él se acuerda bien de tí, respondo de ello; podría hacer tu retrato de memoria; no cesó un momento de mirarte en toda la corrida; parecía que estaba en éxtasis delante de una Virgen.

Al escuchar estas palabras, que confirmaban el amor de Andrés, Melitona se inclinó sobre su obra sin responder nada; una felicidad, hasta entonces desconocida para ella, dilataba su corazón.

Juanelo estaba bien lejos de estos sentimientos tiernos; encerrado en su habitación, guarnecida de espadas y de divisas de toros que había cogido con peligro de su vida para ofrecerlas á Melitona, que las había rehusado, se entregaba á esa repetición inútil de preguntas que se hacen interiormente los amantes despreciados; no podía comprender el por qué Melitona no le amaba; esta aversión era para él un problema insoluble cuya incógnita trataba de despejar en vano. ¿No era jóven, buen mozo, fuerte y valiente hasta rayar en temerario? ¿Las manos más finas y más blancas de España no le habían aplaudido mil veces? ¿Sus vestidos no eran

tan buenos y bordados con tanto oro como los de los más espléndidos toreros? ¿Su retrato no se vendía litografiado por todas partes, impreso en los pañuelos y rodeado de una guirnalda de coplas que referían sus más brillantes hazañas, como los de los maestros del arte? ¿Quién, exceptuando á Montes, daba mejor una estocada y hacía arrodillar más pronto á un toro? Nadie. El oro, precio de su sangre, se escapaba de sus manos como si fuera azogue. ¿Qué le faltaba, pues? Se buscaba con buena fé un defecto que no se encontraba; y no podía explicarse esta antipatía, ó á lo ménos esta frialdad, más que por amor hácia otro. Este otro era su constante pesadilla, le perseguía en todas partes; el motivo más frívolo excitaba sus celos y su rabia; él, que hacía retroceder á las fieras, se estrellaba contra la glacial persistencia de la jóven. La idea de matarla para hacer cesar el encanto se le había ocurrido más de una vez. Este frenesí duraba hácia más de un año, es decir, desde el día en que vió á Melitona por primera vez, porque su amor, como todas las grandes pasiones, había adquirido en un instante todo su desenvolvimiento: lo que es inmenso no puede aumentarse.

Habíase dicho que para encontrar á Andrés, necesitaba frecuentar el Prado, los teatros del Circo

y del Príncipe, los cafés elegantes y los demás sitios en que se suelen reunir los que pertenecen á la aristocracia; y, á pesar de que profesaba un profundo desden por el traje de caballero, y fuese ordinariamente vestido de majo, un sobretodo, un pantalon negro y un sombrero de copa estaban colocados sobre una silla: habia ido á comprarlos aquella misma mañana debajo de los portales de la calle Mayor, precisamente á la hora en que Andrés hacia tambien su compra en el Rastro: el uno para llegar al objeto de su ódio, el otro para acercarse al objeto de su amor; ambos habian adoptado el mismo medio.

Feliciana, á quien D. Andrés no dejó de ir á hacer su visita á la hora de costumbre con la exactitud de un amante criminal, le hizo amargos reproches por las notas falsas y las distracciones sin número que habia cometido la noche anterior en casa de la marquesa de Benavides. No valia la pena haber repetido tan cuidadosamente el duo, haberlo cantado todos los dias, para hacer un fiasco en el momento solemne. Andrés se excusó lo mejor que pudo. Sus faltas habian hecho brillar más vivamente el incomparable talento de Feliciana, que jamás habia estado mejor en voz, y que habia cantado con una expresion y un sentimiento capaces

de causar celos á la Ronconi del teatro del Circo; con esto no le costó gran trabajo contentarla; se separaron los mejores amigos del mundo.

La noche habia llegado, y Juanelo, disfrazado con su nuevo traje, que le hacia desconocido, recorria con paso ligero y febril las calles del Prado, mirando á todos á la cara, yendo, viniendo y tratando de estar en todas partes á la vez; entró en todos los teatros, recorrió con su mirada de águila la orquesta, las butacas y los palcos; tomó toda clase de helados en los cafés, se mezcló en todos los grupos de politiquillos y de poetas que disertaban sobre la pieza que se estrenaba, sin poder descubrir á nadie que se pareciese á aquel jóven que hablaba tan tiernamente á Melitona el dia de los toros, por lá sencilla razon de que Andrés, que habia ido á vestirse á casa del comerciante, tomaba muy cómodamente á aquella hora un vaso de limon helado en una *Orchateria de chufas*, segun rezaba el letrero al pié de la letra, situada casi frente por frente á la casa de Melitona, donde habia establecido su cuartel de observacion, llevando á Perico de explorador. Por otra parte, Juanelo hubiera pasado por delante de él sin mirarle; no se le hubiese ocurrido nunca la idea de ir á buscar á su rival bajo la chupa corta y el sombrero calañé de un manolo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Melitona, oculta detrás de su ventana, no se habia engañado siquiera un sólo instante; pero el amor es más perspicaz que el ódio. Víctima de la más viva ansiedad, se preguntaba cuáles eran los proyectos del jóven al establecerse así en aquella tienda, y temia la escena terrible que indefectiblemente tendria lugar al encontrarse Juanelo y él.

Andrés, apoyado de codos sobre la mesa, examinaba con la misma atencion con que un polizonte puede espiar un complot, á todos los que entraban en la casa. Pasó revista á mujeres, hombres, niños, personas de todas edades, primero en gran número, porque la casa estaba habitada por muchas familias, y despues en intervalos más largos; ya era tarde, y no quedaba sin duda que entrar más que alguno que otro rezagado. Melitona no habia parecido.

Andrés comenzaba á dudar de la bondad de las noticias de su emisario, cuando la ventana se iluminó de repente é hizo ver que el aposento estaba habitado.

Tenia la certidumbre de que Melitona estaba en su habitacion; pero esto no le bastaba; escribió con lápiz algunas palabras sobre un papel, y llamando á Perico, que rondaba por los alrededores, le encargó fuese á llevarlo á la bella manola.

Perico, deslizándose detrás de un inquilino que entraba, empezó á subir la oscura escalera, y tentando las paredes, llegó por fin al último piso. La luz que se filtraba á través de los intersticios de los tableros le permitió descubrir la puerta, que le pareció ser la de Melitona; llamó discretamente con dos golpes; la jóven entreabrió el ventanillo, tomó la carta y volvió á cerrar.

—¡Con tal que sepa leer! dijo Andrés apurando su vaso de limon y pagando al valenciano, dueño de la horchatería.

Se levantó y se dirigió lentamente bajo la ventana. Hé aquí lo que decia la carta:

«Un hombre que no puede olvidarla á V. y que tampoco querria, desea volverla á ver; pero despues de aquellas palabras que le dijo V. en la plaza, y no sabiendo el misterio que envolvian, teme, al acercarse, causarle á V. algun disgusto. Si el peligro no fuese más que para él, nada le detendria. Apague V. la luz y hágame el favor de tirar la respuesta por la ventana.»

Al cabo de algunos minutos desapareció la luz, se abrió la ventana, y Melitona, descolgando la jarra, hizo caer una de las pequeñas macetas de alba-ca, que fué á estrellarse á alguna distancia del sitio en que se encontraba D. Andrés.

En la tierra húmeda que se había esparcido por la acera, brillaba una cosa blanca: era la respuesta de Melitona.

Andrés llamó á un sereno que pasaba con su farol colgado en la punta de la lanza, y le suplicó que tuviese la bondad de alumbrarle; el sereno acudió, y á la luz de su farol leyó lo que sigue, escribió con mano temblorosa y en grandes caracteres desordenados:

«Retírese V..... no tengo tiempo de escribirle más. Mañana estaré á las diez en la iglesia de San Isidro. Pero, por favor, retírese V.: va en ello su vida.»

—Gracias, amigo, dijo Andrés, poniendo un real en la mano del sereno; puede V. continuar su camino.

La calle estaba completamente desierta, y Andrés se retiraba á pasos lentos, cuando la aparición de un hombre envuelto en una capa, bajo la cual el mango de una guitarra diseñaba un ángulo agudo, despertó su curiosidad y le hizo esconderse en un rincón.

El hombre se terció la capa, apoyó la guitarra sobre su pierna, y comenzó á sacar de las cuerdas ese zumbido candencioso que sirve de preludeo y de acompañamiento á las melodías de las serenatas y de las seguidillas.

Era evidente que estos ruidosos preludios tenían por objeto despertar á la bella en honor de la cual iba á tener lugar la serenata; y como la ventana de Melitona permanecía cerrada, el hombre, obligado á contentarse con un auditorio invisible, á pesar de ese dicho español que pretende que no hay mujer tan bien dormida á quien la repercusión de una guitarra no haga asomar la nariz á la ventana, después de dos bordonazos profundamente sonoros, comenzó á cantar las siguientes coplas con un marcado acento andaluz:

Niña de mirar altivo
y de gallarda presencia,
vengo á verte á la ventana
aunque sé que me desdeñas.

—
Encantado en tu figura
y absorto por tu belleza,
contemplo la luz radiante
que tus pupilas me niegan.

—
No sonará otra guitarra
más que la mía que suena
en esta calle en que habitas
para cantarte mis penas.

Si alguno á cantar se atreve
por debajo de tu reja,
cante bien ó cante mal,
le cortaré las orejas.

Con la navaja en la mano,
si hay alguien que á mí se atreva,
venga al punto á disputar
conmigo su amor y fuerza.

No formó Dios nuestra sangre
para dormir en las venas;
¡vive Cristo! ¿quién se atreve
á entrar conmigo en pelea?

Venid, valientes, al brazo
arrollada la chaqueta,
y esconderé en vuestro pecho
mi navaja albaceteña.

Que lleguen solos ó en grupo,
que el que á la lucha les reta
á pié firme en esta calle,
uno ó muchos, les espera.

En la calle que tu pisas

cuando gentil te paseas,
haré un arco con los huesos
de los amantes que tengas.

Para probarte mi amor
yo mataré á quien tu quieras,
y hasta al mismo Satanás,
si tu amor es mi bandera.

¡Puerta y ventana calladas!
mas debes tu oír mis quejas,
que mujo cual toro herido
ante los perros de presa.

Si al menos hubiera un clavo
en el marco de tu puerta,
clavado en él dejaría
el corazón que desdeñas.

—Peste, y ¡qué poesía tan feroz! pensó Andrés; ¡lo que es estas coplillas no pecan por lo insulsas! Veamos si Melitona, porque no hay duda que ha sido en honor de ella este zipizape nocturno, es sensible á estos versos elegiacos, compuestos por Matamoros, D. Spavento, Fracassi ó Franchemontagne. Ese es probablemente el terrible galán que le inspira tanto miedo. Al menos se asustará.

D. Andrés, que había sacado un poco la cabeza del rincón en que se ocultaba, fué iluminado por un rayo de luna y denunciado á las miradas vigilantes de Juanelo.

—¡Bueno! estoy cogido, dijo Andrés; tengamos serenidad.

Juanelo, tirando al suelo su guitarra, que produjo al caer un sonido lúgubre, corrió y se lanzó sobre Andrés, á quien, á favor de la claridad de la luna, reconoció en seguida.

—¿Qué viene V. á hacer aquí á esta hora? dijo con voz trémula de cólera.

—Vengo á oírlo á V. cantar, es un placer delicioso.

—Si me ha escuchado V. bien, debe haber entendido que prohibo á quien quiera que sea estar en esta calle cuando yo canto.

—Soy muy desobediente por naturaleza, respondió Andrés con una flema perfecta.

—Hoy cambiarás de carácter.

—Ni por pienso, estoy muy contento con mis costumbres.

—¡Pues bien! defiéndete ó muere como un perro, gritó Juanelo, tirando de su navaja y arrollando su capa sobre su brazo.

Estos movimientos fueron imitados por Andrés,

quien se puso en guardia con una prontitud que demostraba un buen método y que sorprendió un poco al torero, porque Andrés había trabajado mucho tiempo bajo la dirección de uno de los más hábiles maestros de Sevilla, lo mismo que se ve en París á los jóvenes elegantes estudiar la barra y el palo, reducidos á principios matemáticos por Lecour y Boucher.

Juanelo giraba alrededor de su adversario, adelantando como un esueto su brazo izquierdo; defendido por los dobleces de la capa, y el derecho retirado hácia atrás para dar más tiro y fuerza al golpe: se levantaba y se agachaba sucesivamente, sobre sus piernas plegadas, creciéndose como un gigante, ó encogiéndose como un enano; pero la punta de su navaja encontraba siempre la capa de Andrés pronta á la parada.

Tan pronto hacia una brusca retirada, como daba un ataque impetuoso; saltaba á derecha y á izquierda, esgrimiendo su arma como si fuese un venablo, y hacia ademan de lanzarlo.

Andrés, con una serenidad pasmosa, respondió á estos ataques con unos golpes tan rápidos, tan bien dirigidos, que otro que Juanelo no hubiese podido pararlos. Era un combate magnífico y digno de ser presenciado por espectadores eruditos;

pero, por desgracia, todas las ventanas estaban cerradas y la calle completamente desierta. Académicos de la playa de San Lúcar, del Pótro de Córdoba, del Albaycín de Granada y del barrio de Triana, ¡qué lástima no hubiesen VV. estado allí para juzgar tan grandes golpes!

Los dos adversarios, no obstante lo fuertes que eran, comenzaban á fatigarse; el sudor corría por sus sienes, de sus pechos se escapaba una respiración trabajosa, sus piés se movían más pesadamente, sus saltos tenían menos elasticidad.

Juanelo había sentido la punta del cuchillo de Andrés penetrar en su brazo, y su rabia se había aumentado; tentando un supremo esfuerzo, á riesgo de hacerse matar, se lanzó como un tigre sobre su enemigo.

Andrés cayó de espaldas, y su caída hizo abrir la mal cerrada puerta de la casa de Melitona, ante la cual había tenido lugar el combate. Juanelo se alejó con paso tranquilo. El sereno, que pasaba por el extremo de la calle, gritó: «¡Las once y media y sereno!»

V.

Juanelo se alejó al oír la voz del sereno, sin cerciorarse de si Andrés estaba muerto ó solamente herido; él creía que lo había muerto, tal confianza tenía en aquel golpe, por decir así, infalible. La lucha había sido legal, y no sentía ningún remordimiento: el triste placer de haberse desembarazado de un rival dominaba en él toda otra consideración.

Imposible es describir la ansiedad que experimentó Melitona durante esta lucha, cuyo sordo ruido la había atraído á la ventana: quería gritar, pero el terror no la permitía articular el más leve sonido; delirante, frenética, medio loca, se dirigió

pero, por desgracia, todas las ventanas estaban cerradas y la calle completamente desierta. Académicos de la playa de San Lúcar, del Pótro de Córdoba, del Albaycín de Granada y del barrio de Triana, ¡qué lástima no hubiesen VV. estado allí para juzgar tan grandes golpes!

Los dos adversarios, no obstante lo fuertes que eran, comenzaban á fatigarse; el sudor corría por sus sienes, de sus pechos se escapaba una respiración trabajosa, sus piés se movían más pesadamente, sus saltos tenían menos elasticidad.

Juanelo había sentido la punta del cuchillo de Andrés penetrar en su brazo, y su rabia se había aumentado; tentando un supremo esfuerzo, á riesgo de hacerse matar, se lanzó como un tigre sobre su enemigo.

Andrés cayó de espaldas, y su caída hizo abrir la mal cerrada puerta de la casa de Melitona, ante la cual había tenido lugar el combate. Juanelo se alejó con paso tranquilo. El sereno, que pasaba por el extremo de la calle, gritó: «¡Las once y media y sereno!»

V.

Juanelo se alejó al oír la voz del sereno, sin cerciorarse de si Andrés estaba muerto ó solamente herido; él creía que lo había muerto, tal confianza tenía en aquel golpe, por decir así, infalible. La lucha había sido legal, y no sentía ningún remordimiento: el triste placer de haberse desembarazado de un rival dominaba en él toda otra consideración.

Imposible es describir la ansiedad que experimentó Melitona durante esta lucha, cuyo sordo ruido la había atraído á la ventana: quería gritar, pero el terror no la permitía articular el más leve sonido; delirante, frenética, medio loca, se dirigió

á la escalera, por la que, más bien que bajar, rodó como un cuerpo inerte. Llegó justamente en el momento en que Andrés caía, rechazando con el golpe las mal cerradas hojas de la puerta.

Felizmente, Juanelo no vió el movimiento, lleno de desesperación y al mismo tiempo de pasión, con que la jóven se precipitó sobre el cuerpo de Andrés, porque, en vez de un crimen, hubiese cometido dos.

Puso la mano sobre el corazón de Andrés y creyó que latía débilmente; el sereno pasaba entonces repitiendo su monótono canto; Melitona le llamó en su ayuda. El honrado gallego acudió instantáneamente, y acercando su farol al rostro del herido, exclamó:

— ¡Calle! es el jóven á quien hace un momento alumbro para leer una carta.

Y se inclinó para reconocer si estaba muerto ó vivo.

Aquel sereno, de facciones fuertemente pronunciadas, de fisonomía ruda, pero franca; aquella jóven, de una blancura de cera y cuyas negras pestañas hacían resaltar aún más la mortal palidez que cubría su semblante; aquel cuerpo exánime, cuya cabeza sostenía amorosamente sobre sus rodillas, formaban un grupo digno del pincel de Rem-

brandt. La amarillenta luz de la linterna derramaba sobre aquellas tres figuras fantásticos reflejos, y formaba en el centro de la escena esa estrella centelleante que al pintor holandés le gusta tanto hacer brillar en sus rojizas tinieblas; pero quizá se hubiese necesitado un pincel más puro y correcto que el suyo para retratar la incomparable belleza de Melitona, que parecía una estatua del Dolor arrodillada ante un sepulcro.

— Respira, dijo el sereno despues de algunos minutos de exámen; veamos la herida. Y desabrochó el chaleco de Andrés, que continuaba desvanecido. ¡Ah! Esto sí que es un gran golpe, exclamó con una especie de asombro respetuoso, dado de abajo á arriba, segun las reglas del arte: es un golpe maestro. Si no me engaño, esto debe ser obra de una mano sevillana. Soy inteligente en esto de navajazos; ¡tengo vistos tantos! Pero, ¿qué vamos hacer? No está en estado de ser conducido á ninguna parte, y, además, ¿á dónde lo llevaríamos? No puede decirnos en dónde vive.

— Subámosle á mi casa, dijo Melitona; puesto que he sido la primera en acudir á su socorro..... me pertenece.

El sereno llamó entonces con su silbato, acudió en seguida su compañero, y cogiendo á Andrés em-

pezaron á subir con precaucion la oscura y tortuosa escalera. Melitona les seguia sosteniendo el cuerpo con su pequeña mano, y procurando evitar las sacudidas al pobre herido, que fué colocado dulcemente sobre el lecho virginal de colgaduras de blanca muselina.

Uno de los serenos fué á buscar á un cirujano, y el otro, mientras que Melitona se ocupaba en hacer hilas y vendas para la próxima cura, buscaba en los bolsillos de Andrés por ver si encontraba alguna carta ó alguna otra cosa que pudiese servirle para comprobar su identidad. Pero no encontró absolutamente nada. El papel en que Melitona habia prevenido á Andrés del peligro que corria se habia salido de su bolsillo durante la lucha, y el viento le habia arrastrado bien lejos; así, pues, hasta que el herido volviese en sí no podia averiguar nada la policía.

Melitona dijo que habia oido así como una riña, y despues el ruido de un cuerpo al caer, pero nada más. Aunque no amaba á Juanelo, por nada en el mundo lo hubiese denunciado de un crimen de que ella era la causa involuntaria. Las violencias del torero, si bien la aterrorizaban, demostraban una pasion sin límites, y la mujer, por regla general, áun cuando no corresponda á ella,

está siempre en secreto orgullosa de inspirarla.

El cirujano llegó por fin y examinó la herida de Andrés que no tenia nada de grave: la hoja del cuchillo habia resbalado sobre una cóstilla. La fuerza del golpe y la rudeza de la caída, unidas á la pérdida de sangre, habian aturdido á Andrés, que volvió en sí apenas la sonda tocó los bordes de la herida. El primer objeto que apercibió al abrir los ojos fué á Melitona, que tendia una venda al cirujano. La tia Aldonza, que habia acudido al ruido, se hallaba de pié al otro lado de la cabecera y murmuraba en voz baja esas frases de circunstancias que las mujeres como la tia Aldonza no son las que más suelen economizarlas.

Despues de haber lavado la herida y hecho la primera cura se retiró el cirujano, no sin tranquilizar cuanto pudo á la jóven y prometiendo volver á la mañana siguiente.

Andrés, cuyas ideas comenzaban á desembrollarse, paseaba una mirada todavía vaga en torno de cuanto le rodeaba; admirábase de hallarse en aquella habitación, blanca como el armiño, y sobre aquel casto lecho, entre un ángel y una bruja; su desvanecimiento formaba una laguna en sus recuerdos, y no acertaba á explicarse la transicion que le habia conducido desde la calle, en donde

hacia un momento se defendía de la navaja de Juanelo, al delicioso nido habitado por Melitona.

—Bien te había yo dicho que Juanelo haría alguna de las tuyas. ¡Qué miradas tan furiosas nos dirigía! No podía por menos que suceder esto. ¡En buena estamos metidas! Y cuando sepa que has recogido en tu casa á ese jóven, ¿cómo se va á poner!

—¿Podía dejarle morir á mi puerta, respondió Melitona, yo que soy la causa de su desgracia? Y además, Juanelo no dirá nada; bastante tiene que hacer si quiere sustraerse del castigo que merece.

—¡Ah! ya vuelve en sí, dijo la vieja; mira, sus ojos se entreabren y el color vuelve á sus mejillas.

—No trateis de hablar, lo ha prohibido el cirujano, dijo la jóven viendo que Andrés movía los labios como para balbucear algunas palabras; y con ese donoso aire de autoridad que toman las enfermeras, colocó su mano sobre los pálidos labios del jóven.

Cuando la luz de la aurora, saludada por el canto de la codorniz y del grillo, penetró en la habitación, iluminó un cuadro, que, á ser visto por Juanelo, le hubiese hecho rugir de cólera: Melitona, que había velado toda la noche á la cabecera del herido, rendida por la fatiga y las emociones, se había dormido, y su cabeza había buscado instinti-

vamente un punto de apoyo en el extremo de la almohada sobre que reposaba la de Andrés. Sus hermosos cabellos se habían desatado y se esparcían en negras ondas sobre las sábanas, y Andrés, que hacia un rato no dormía, enlazaba un bucle alrededor de sus dedos.

Es verdad que la herida del jóven y la presencia de la tía Aldonza, que roncaba en el otro extremo de la habitación hasta dar envidia á los cañones del órgano de la catedral de Sevilla, quitaban todo motivo de temor.

Si Juanelo hubiese podido siquiera pensar que en vez de matar á su rival le había proporcionado un medio para entrar en casa de Melitona, y ser depositado sobre aquel lecho al que nunca miraba sin temblar ni palidecer, él, el hombre de corazón de acero y brazo de hierro, que apenas era admitido de día en aquella casa, por delante de la cual rondaba en la oscuridad; irritado y furioso, al saber que el jóven pasaba en ella la noche, á buen seguro que se hubiera tirado al suelo de rabia y desgarrado el pecho con las uñas.

Andrés, que tanto deseaba aproximarse á Melitona, no había pensado en este medio en todas sus estratagemas.

Por fin despertó la jóven, recogió sus cabellos

llena de rubor, y preguntó al enfermo cómo se encontraba.

—Bien, respondió este fijando en la joven una mirada llena de amor y de reconocimiento.

Los criados de Andrés, viendo que su amo no volvía, creyeron que estaría en algún festín de esos que los jóvenes á la moda improvisan tan á menudo, ó que habría marchado al campo, y no se inquietaron gran cosa.

Feliciana esperó en vano la visita acostumbrada. Andrés no se presentó. El piano fué el que sufrió las consecuencias. Feliciana, contrariada con esta ausencia, hería las teclas con movimientos rudos y nerviosos; porque en España, no ir un joven á ver á su novia á la hora prefijada es una falta grave que le hace acreedor á ser llamado pérfido é ingrato. No se crea por esto que Feliciana tuviese un grande amor á D. Andrés; su naturaleza era completamente refractaria á ese sentimiento, que, por otra parte, le hubiese parecido una inconveniencia: pero tenía costumbre de verle diariamente, y á título de futuro esposo, le consideraba ya una propiedad suya. Fué veinte veces del piano al balcon, y faltando á la moda inglesa, que no permite que una mujer se asome siquiera á la ventana, se decidió á salir á la calle para ver si encontraba á D. Andrés.

—Le veré sin duda en el Prado esta tarde, se dijo Feliciana por vía de consuelo, y ya puede prepararse.

El Prado, á las siete de la tarde en verano es seguramente uno de los más bellos paseos del mundo: no es decir eso que no haya en otras partes alamedas más frescas y sitios más pintorescos; pero en ninguna existe una animación más viva, ni más alegre y bullicioso movimiento.

El Prado se extiende desde el paseo de Recoletos á la puerta de Atocha; pero lo más frecuentado de él es la parte comprendida entre la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo. Esta parte se llama el Salon, nombre á la verdad, bien poco á propósito para un paseo. Grandes filas de añosos árboles, que se desmochan para hacer que las hojas se extiendan, arrojan una sombra avara sobre los paseantes.

El arrecife destinado á los carruajes está limitado por sillas como el boulevard de Gand, y candelabros por el estilo de los de la plaza de la Concorde en París, que han sustituido á las torneadas columnas de hierro, que apenas si podían soportar el peso de las farolas.

En este arrecife se pavonean los carruajes de Londres y Bruselas, los tilburys, las calesas, los lan-

dósde blasonadas portezuelas, y alguna que otra de esas antiguas carrozas españolas arrastradas por cuatro potentes y rollizas mulas.

Los elegantes se inclinan sobre sus trotones ingleses ó hacen piafar sus hermosos caballos andaluces de rizada crin y recogida cola, cuyos ondulosos movimientos tienen algo de la bailarina árabe. De tiempo en tiempo, pasa al galope un soberbio caballo cordobés, negro como el ébano y digno de comer la cebada mondada en un plato de alabastro en las caballerizas de los califas, ó algun prodigio de belleza, una vírgen de Murillo destacada de su cuadro y entronizada en su carruaje con un sombrero de Beaudraud por aureola.

En el Salon propiamente dicho bulle una multitud que se renueva incesantemente, un mar de cabezas humanas con corrientes en todos sentidos, formando remolinos y torbellinos, que se extiende entre dos calles formadas de sillas, constantemente ocupadas.

Las mantillas de encages blancos ó negros rodean con sus ligeros pliegues los rostros más encantadores que imaginarse puede. La fealdad allí es un accidente raro. En el Prado, las feas no son sino lindas; los abanicos se cierran y se abren sin cesar su rápido chasquido, y los *abur* cambiados

al paso van acompañados de graciosas sonrisas ó de imperceptibles señas de mano; aquello es como el teatro de la Opera en Carnaval, como un baile de máscaras sin antifaz.

Cuando llegaron á su casa, dijo Feliciana á su padre:

— En todo el día hemos visto hoy á Andrés.

— Es verdad, dijo D. Jerónimo, voy á enviar á su casa. Fuerza será que esté malo.

El criado volvió al cabo de una media hora y dijo:

— Don Andrés de Salcedo no ha parecido por su casa desde ayer.

Don Jerónimo quedóse perplejo al oír esto, y dijo que era necesario inspeccionar el gabinete de Andrés para ver si había dejado alguna carta en que explicase su desaparición.

Pero en toda la casa había más papel que de fumar.

¿Cómo justificar esta ausencia incomprensible?

¿Por un suicidio?

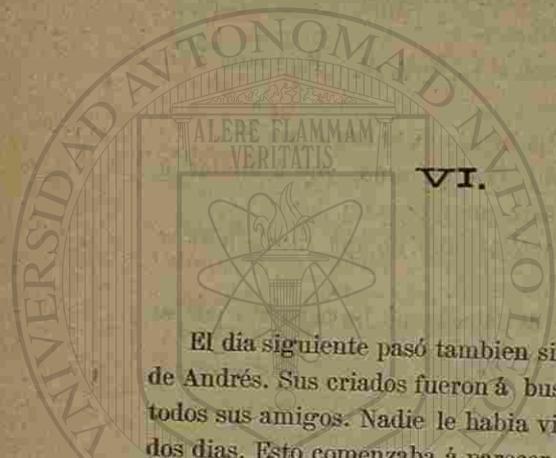
Andrés no tenía ni penas de amor ni de dinero, puesto que se debía casar dentro de poco tiempo con la que amaba, y disfrutaba de cien mil reales de renta perfectamente asegurados. Además ¿cómo era posible que se hubiese arrojado en el mes de junio al Manzanares, cuando en el mismo invierno está seco?

¿Por un asesinato?

Andrés no tenía enemigos, ó al menos no se le conocía ninguno. Su dulzura y su moderación hacían imposible la idea de un duelo ó de una riña en la que hubiera sucumbido; aun esto mismo se hubiese sabido, y, muerto ó vivo, Andrés hubiese sido conducido á su casa.

En todo esto había un misterio que sólo la policía podía aclarar.

Don Jerónimo, con la sencillez de los hombres honrados, creía en la omnisciencia y en la infalibi-



El día siguiente pasó también sin tener noticias de Andrés. Sus criados fueron á buscarle á casa de todos sus amigos. Nadie le había visto desde hacía dos días. Esto comenzaba á parecer extraño. Supusieron que tal vez había emprendido un viaje repentino para algún asunto de importancia. Los criados, preguntados por D. Jerónimo, respondieron que su señorito había salido la antevíspera, á las seis de la tarde, después de haber comido como de costumbre, sin haber hecho ningún preparativo ni dicho nada por lo que se pudiese sospechar que pensaba partir. Iba vestido con levita negra, un chaleco mahon de piqué inglés, y pantalón blanco, como para ir al Prado.

lidad de la policía; recurrió, por tanto, á ella.

La policía, personificada en el alcalde de barrio, púsose sus gafas sobre la punta de la nariz, consultó sus registros, y no encontró nada, á datar desde la tarde de la desaparición de Andrés, que pudiese referirse á él. La noche había sido de las más tranquilas en la muy noble y muy heroica villa de Madrid: si se exceptúan algunos robos con fractura ó escalo, alguno que otro escándalo en los malos sitios y diez ó doce riñas de borrachos en las tabernas, no había sucedido nada.

—Hay también, dijo el grave magistrado antes de cerrar su libro, un insignificante caso de tentativa de asesinato por los alrededores de la plaza de Lavapiés.

—Oh! señor, exclamó D. Jerónimo un tanto alarmado; ¿podeis darme algunos detalles de ese hecho?

—¿Qué traje llevaba D. Andrés de Salcedo la última vez que salió de su casa? preguntó el alcalde con aire de profunda reflexión.

—Llevaba levita negra, respondió D. Jerónimo lleno de ansiedad.

—¿Podría V. afirmar que fuese negra precisamente, continuó el alcalde, y no azul, verde oscuro, ó marrón, por ejemplo? El color de la mezcla es muy importante.

—Era negra, estoy seguro de ello, lo juraría hasta por mi honor. Sí, por los santos Evangelios juro que la levita de mi futuro yerno era de ese color... distinguido, como dice mi hija Felicianita.

—Vuestras palabras revelan una esmerada educación, añadió el magistrado á manera de paréntesis. ¿De modo, que queda sentado que el color de la levita era negro?

—Sí, digno magistrado, negro; tal es mi convicción, y nadie me hará cambiar de ella.

—La víctima llevaba una de esas chaquetas llamadas marsellés y de color de castaña. En rigor, de noche, una levita negra puede pasar por un marsellés oscuro, se decía el magistrado pareciendo consultar consigo mismo. Veamos, D. Jerónimo: ¿se acuerda V. del chaleco que D. Andrés llevaba aquella noche?

—Un chaleco de piqué inglés, color de mahón.

—El herido llevaba un chaleco azul con botones de filigrana; el azul y el mahón no tienen mucho parecido, no pueden confundirse. Y el pantalón, ¿cómo era?

—Blanco, señor alcalde, de dril de hilo, con trabillas, ajustado sobre la bota. Todos estos detalles los he obtenido del ayuda de cámara que ayudó á vestirse á Andrés ese día fatal.

—El proceso verbal dice pantalón de paño gris, zapatos blancos de piel de vaca. Nada, no hay relación ninguna. Este traje es el de un majo, el de un presumido de la clase del pueblo que había tenido alguna cuestión por una doncella de su clase. No obstante nuestro buen deseo, no es posible reconocer á D. Andrés de Salcedo en ese individuo. Hé aquí, por otra parte, las señas personales del herido segun la declaración del sereno: cara oval, barba redonda, frente ordinaria, nariz corta, señas particulares, ninguna. ¿Reconoce V. al señor de Salcedo en este retrato?

—Ni por pienso, respondió D. Jerónimo... Pero ¿cómo encontrar á D. Andrés?...

—Descuide V., la policía vela sobre los ciudadanos; lo ve todo, lo oye todo, está en todas partes; nada se le escapa; Argos tenía cien ojos, pero la policía tiene mil, y por cierto que no se duerme á los armoniosos sonidos de la flauta. Le prometo á usted que hemos de encontrar á D. Andrés, aunque para ello sea preciso bajar á los mismos infiernos. Voy á poner en campaña dos agentes que no tienen iguales, Argamasilla y Covachuelo, y dentro de veinticuatro horas sabremos á qué atañernos.

Don Jerónimo se despidió del alcalde, dándole las más expresivas gracias por el interés que se to-

maba en el asunto, y salió lleno de confianza. Cuando llegó á su casa refirió la conversacion que había tenido con la policía á su hija, la que ni por un instante abrigó la idea de que el manolo herido en la calle del Povar pudiese ser su prometido.

Feliciana lloraba la pérdida de su novio con el disimulo de una señorita bien nacida; porque seria indecente en una jóven el sentir demasiado á un hombre. De cuando en cuando llevaba el pañuelo á sus ojos para enjugar una lágrima que despuntaba entre sus pestañas. Los duos, abandonados por completo, yacian esparcidos en desorden sobre el piano cerrado, signo de gran postracion moral en casa de Feliciana. D. Jerónimo esperaba con impaciencia que trascurriesen las veinticuatro horas señaladas por el alcalde para ver el triunfante éxito de Covachuelo y Argamasilla.

Los dos espirituales agentes fueron primero á casa de Andrés é hicieron con bastante maña que los criados se explicasen sobre las costumbres de su amo. Supieron que D. Andrés tomaba chocolate por la mañana, dormía la siesta al medio dia, se vestia á las tres, iba á casa de doña Feliciana Vazquez de los Ríos, comia á las seis, volvía á acostarse á las doce, despues del paseo ó del teatro, lo cual dió profundamente que reflexionar á los dos agentes.

Supieron también que al salir de su casa Andrés había bajado por la calle de Alcalá hasta la calle Ancha de Peligros; este detalle precioso lo obtuvieron de un costalero asturiano que tenía su parada en la puerta.

Se encaminaron, pues, á la calle de Peligros, y allí supieron que Andrés había pasado efectivamente la antevíspera á las seis y algunos minutos de la tarde; entonces sospecharon que Andrés había seguido por la calle de la Cruz.

Una vez obtenido este importante resultado, fatigados por la violenta tortura en que habían tenido que poner á su magín para conseguirlo, entraron en una ermita, que así se llaman en Madrid las tabernas, y se pusieron á jugar á las cartas, desocupando al mismo tiempo una botella de vino de Manzanilla. La partida duró hasta el amanecer.

Después de un corto sueño volvieron á emprender sus investigaciones y llegaron á seguir retrospectivamente á Andrés hasta las inmediaciones del Rastro; allí perdieron sus huellas; nadie les daba noticia del jóven de levita negra, chaleco de piqué mahon y pantalón blanco. ¡Evaporación completa! Todos le habían visto ir, ninguno le había visto volver... No sabían qué pensar. Sin embargo, Andrés no podía haber sido escamoteado en pleno día

en uno de los barrios más poblados de Madrid; á menos que se hubiese abierto bajo sus piés alguna trampa y cerrado en seguida, no había medio de explicar esta supresión de persona.

Anduvieron largo tiempo por los alrededores del Rastro, preguntaron á algunos vendedores, pero no pudieron sacar nada en limpio. Entraron hasta en la misma tienda en que Andrés se había disfrazado; pero quien los recibió fué la mujer, y era el marido el que había vendido el traje; no pudo darles noticia alguna, y no comprendió tampoco, por otra parte, nada de las ambiguas preguntas que le hicieron; por su mala catadura hasta llegó á tomarlos por ladrones, por más que eran precisamente lo contrario, y les dió con la puerta en las narices, mirando al mismo tiempo si le faltaba algo.

Tal fué el resultado del día. D. Jerónimo volvió á la policía, quien le respondió gravemente que estaba sobre la huella de los culpables, pero que no era caso de comprometer el éxito por obrar con precipitación. El buen hombre, maravillado, repitió la respuesta de la policía á Feliciano, quien levantó los ojos al cielo, exhaló un profundo suspiro y creyó que no se permitía demasiado con lanzar la siguiente exclamación:

—¡Pobre Andrés!

Un hecho bastante incomprensible vino á complicar este tenebroso asunto. Un muchacho de unos quince años, próximamente, habia dejado en casa de D. Andrés un paquete algo voluminoso, y se habia marchado precipitadamente, diciendo estas palabras:

—Para entregar á D. Andrés de Salcedo.

Esta frase, tan sencilla en apariencia, pareció una infernal ironía cuando se abrió el paquete.

Encerraba ¿adivinan nuestros lectores qué? la levita negra, el chaleco de piqué de mahon, el pantalon blanco del infortunado Andrés, y sus elegantes botas de charol con caña de saten.

Se habia llevado el sarcasmo hasta enrollar sus guantes de París el uno dentro del otro.

Ante este hecho extraño y sin ejemplo en los anales del crimen, Argamasilla y Covachuelo se quedaron sobrecogidos de estupor; el uno levantó los brazos al cielo, el otro los dejó caer con abatimiento á lo largo de sus piernas, en una actitud que revelaba el mayor abatimiento; el primero dijo: *¡O tempora!* y el segundo: *¡O mores!*

Para que el lector no se admire de que dos alguaciles sepan hablar en latin, nos apresuraremos á decir que Argamasilla habia estudiado Teología, y

Covachuelo, Derecho; pero habian sido desgraciados. ¿Quién no lo ha sido en este mundo?

Enviar los vestidos de la víctima á su domicilio, doblados, limpios y puestos en el mejor orden, ¿no era un refinamiento de rara perversidad? La burla unida al crimen; ¡qué gran texto para el discurso del fiscal!

Sin embargo, el exámen hecho en los vestidos dejó aún más perplejos, si cabe, á los dignos agentes.

El paño de la levita estaba intacto; ningun agujero triangular ó redondo se veia en ella que pudiera acusar el paso de la hoja de un puñal ó de una bala. Tal vez la víctima habia sido estrangulada. Pero entonces habria habido lucha; el chaleco y el pantalon no estarían tan limpios: estarían sucios, destucidos, desgarrados, pues no podia suponerse que Andrés de Salcedo hubiese tenido la precaucion de desnudarse por sí mismo antes de la perpetracion del crimen y entregarse desnudo al puñal de sus asesinos para evitarles toda molestia: eso hubiese sido una cobardía, y Andrés no era cobarde.

Aquello era verdaderamente una cosa incomprensible y capaz de aturdir á cabezas más firmes que las de Argamasilla y Covachuelo.

Covachuelo, que era el más lógico de los dos,

después de un cuarto de hora de meditación con la cabeza apoyada en las palmas de las manos, sin duda para impedir que la intensidad de la reflexión hiciese estallar su frente de genio, emitió esta brillante idea:

—Si D. Andrés de Salcedo no está muerto debe de estar vivo, porque estos son los modos de ser del hombre; no conozco ningún otro.

Argamasilla movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Si vive, y de esto estoy perfectamente persuadido, no debe estar desnudo; *more ferarum*. Cuando salió de su casa, no llevaba consigo maleta ni bulto alguno; y, como quiera que está aquí su traje, debe de haber comprado otro necesariamente, porque no se puede suponer que en este estado de civilización en que se encuentra ya la humanidad se contente un hombre con el traje de Adán.

Los ojos de Argamasilla parecían querer saltar de sus órbitas; tal era la profunda atención con que escuchaba el razonamiento de su amigo Covachuelo.

—No creo que D. Andrés hubiese hecho preparar de antemano el traje con que más tarde se habría disfrazado en una de las casas del barrio en que hemos perdido sus huellas; debe haber comprado

alguno en casa de un prendero después de haber enviado éste.

—Eres un genio, un Dios, dijo Argamasilla estrechando á Covachuelo contra su corazón; permíteme que te abrace: á datar de este día, dejo de ser tu amigo, seré tu seide, tu perro, tu mameluco. Dispon de mí ¡oh genio! te seguiré á todas partes. ¡Ah! Si el gobierno fuese justo, en vez de ser un simple agente de policía, serias jefe político en una de las más importantes ciudades del reino. ¡Pero los gobiernos no son justos nunca!

—Vamos á recorrer todas las tiendas de prenderos y de ropa hecha que hay en la villa; examinaremos sus libros diarios, y de esta manera volveremos á dar con las huellas del señor de Salcedo. Si el portero hubiese detenido ó hecho detener al muchacho que ha traído el paquete, hubiésemos sabido por él quién le enviaba y de dónde venía. Pero la gente que no es de nuestra profesión no piensa en nada, y nadie podía prever este incidente. Vamos, en marcha, Argamasilla; tú vas á visitar las sastrerías de la calle Mayor; yo confesaré á los prenderos del Rastro.

Pocas horas después daban los dos amigos cuenta al alcalde de sus investigaciones.

Argamasilla refirió minuciosa y compendiosa-

mente el resultado de las suyas. Un individuo vestido de *majo*, que parecía hallarse muy agitado, habia comprado y pagado, sin hacer observacion sobre el precio (signo evidente de una gran preocupacion moral), un frac y un pantalon negros en casa de uno de los principales sastres establecidos debajo de los portales de la calle Mayor.

Covachuelo dijo que un prendero del Rastro habia vendido una chupa, un chaleco y una faja de manolo á un hombre vestido con levita negra y pantalon blanco, quien, segun toda probabilidad, no era otro que D. Andrés de Salcedo en persona.

Ambos se habian desnudado en la trastienda y habian salido de allí con sus nuevos trajes, que, vista la clase de la sociedad á que parecian pertenecer los que los llevaban, no cabia duda de que eran verdaderos disfraces. ¿Con qué fin el mismo dia y casi á la misma hora un caballero habia tomado la chupa del *majo* y un *majo* el frac del caballero? Cosa era esta que las limitadas inteligencias de agentes subalternos, como los pobres Argamasilla y Covachuelo, no podian comprender, pero que lo adivinaria infaliblemente la alta perspicacia del magistrado ante quien habian tenido el honor de hablar.

En cuanto á ellos, salvo mejor parecer, pensa-

ban que aquella desaparicion misteriosa, aquella singular coincidencia de los disfraces, aquellos vestidos enviados á manera de reto, todas aquellas cosas, en fin, de una rareza inexplicable, debian relacionarse con alguna gran conspiracion que tuviese por objeto poner en el trono á Espartero ó al conde de Montemolin. Bajo aquellos fingidos trajes, los culpables habian sin duda partido para reunirse, en Aragon ó Cataluña, á algun centro carlista, ó á algun resto de faccion que tratara de reorganizarse. España estaba sobre un volcan; pero si les concedian una gratificacion, se encargaban ellos, Argamasilla y Covachuelo, de extinguir este volcan, de impedir que los culpables se juntaran con sus cómplices, y prometian, en el término de ocho dias, entregar la lista de los conjurados y los planes del complot.

El alcalde escuchó este notable relato con toda la atencion que merecia, y dijo á los dos agentes.

—¿Tienen VV. algunas noticias sobre los pasos dados por esos dos individuos despues del reciproco disfraz?

—El *majo*, vestido de caballero, fué á pasearse al salon del Prado, entró en el Teatro del Circo, y tomó un helado en el café de la Bolsa, respondió Argamasilla.

—El caballero, vestido de majo, anduvo paseando por la Plaza de Lavapiés y calles adyacentes, mirando y requebrando á las manolas que estaban en las ventanas; despues bebió un vaso de limon helado en una *horchateria de chufas*, depuso Covachuelo.

—Cada uno ha tomado el carácter de su traje; disimulo profundo, infernal habilidad, dijo el alcalde; el uno queria popularizarse y sondear los sentimientos de la clase baja; el otro queria asegurarse de la simpatia de la clase alta y de la cooperacion que está dispuesta á prestar. ¡Pero estamos aquí nosotros! Ya os cogemos en el cepo, señores conspiradores, carlistas ó republicanos, progresistas ó retrógrados. ¡Ah! ¡Ah! Argos tenia cien ojos, pero la policia tiene mil que no duermen.

Esta frase era la muletilla del digno alcalde, su apoyo, su tabla de salvacion. Le parecia, y con razon, que reemplazaba majestuosamente una idea, cuando la idea le faltaba.

—Argamasilla y Covachuelo, tendrán VV. su gratificacion. Pero ¿no saben lo que ha sido de esos dos criminales (porque desde luego lo son) despues de sus idas y venidas para la consecucion de sus funestos planes?

—Lo ignoramos, porque iba ya oscureciendo, y

como no pudimos obtener sobre sus pasos otros testimonios que oculares y poco detallados, perdimos sus huellas apenas llegó la noche.

—¡Diablo! eso es un inconveniente, repuso el alcalde.

—¡Oh! nosotros los encontraremos, exclamaron los dos amigos con entusiasmo.

¶. Jerónimo fué tambien aquel mismo día á saber si se habia averiguado algo.

El magistrado le recibió con semblante adusto; y como D. Jerónimo Vazquez se deshiciese en excusas y pidiese le dispensase de haber sido sin duda inoportuno, le dijo:

—Debiera V. no interesarse tan ostensiblemente por D. Andrés de Salcedo; está metido en una vasta conspiracion, cuyos hilos estamos en visperas de coger.

—¡Conspirar Andrés! exclamó D. Jerónimo; ¡él!

—El, repitió con tono perentorio el alcalde.

—¡Un jóven tan dulce, tan tranquilo, tan alegre, tan inofensivo!

—Fingia la dulzura como Bruto la locura; todo para ocultar sus intenciones y extraviar la opinion. Nosotros, viejos zorros, conocemos ya esa marcha. Lo mejor que podria sucederle era que no se le hallase. Temedlo todo por él.

El pobre D. Jerónimo se retiró muy asombrado y lleno de vergüenza por su poca perspicacia. El, que conocía á Andrés desde su infancia y que mil veces cuando pequeño le había hecho saltar sobre sus rodillas, jamás había pensado que recibía en su casa á un conspirador de tan peligrosa especie. Admiraba con terror la espantosa sagacidad de la policía, que en tan poco tiempo, había descubierto un secreto que nunca había sospechado él, que veía sin embargo todos los días al criminal, y le había desconocido hasta querer hacer de él su yerno.

El asombro de Feliciano llegó á su colmo cuando supo que había sido cortejada con tanta asiduidad por el jefe de un complot carlista de inmensas ramificaciones. ¿Qué poder sobre sí mismo era menester que tuviese Andrés para no dejar traspasar nada de sus grandes preocupaciones políticas y repetir con tanta tranquilidad los duos de Bellini? ¡Fíalos despues de esto en las maneras flemáticas, en los ojos serenos, en las bocas sonrientes! ¿Quién hubiese dicho que Andrés, que no se entusiasmaba sino por las corridas de toros y que no parecía tener otra opinion que la de preferir Sevilla á Rodriguez, el Chiclanero á Cúchares, ocultaba tan vastos pensamientos bajo aquella frivolidad aparente?

Los dos agentes volvieron á hacer nuevas pes-

quisas, y llegaron á descubrir que el jóven herido y recogido por Melitona era el mismo que había comprado el traje en el Rastro. Las señas del sereno y las del prendero concordaban perfectamente. Chupa color de castaña, chaleco azul, faja encarnada: era imposible equivocarse.

Esta circunstancia destruía un tanto las esperanzas de Argamasilla y de Covachuelo relativas á la conspiracion. La desaparicion de Andrés les hubiese sido más favorable. El asunto tenia trazas de reducirse á una simple cuestion amorosa, á una inocente querella de rivales, á un asesinato puro y simple, á la cosa más insignificante del mundo. Los vecinos habían oido la serenata, todo estaba, pues, explicado. Covachuelo dijo suspirando:

—Jamás he tenido suerte en nada.

Argamasilla respondió con tono lacrimoso:

—Yo he nacido bajo un signo fatal.

¡Pobres amigos! ¡olfatear una conspiracion y hallarse con una ruin pendencia, seguida sólomente de heridas graves! Esto era desconsolador.

Volvamos á Juanelo, á quien hemos abandonado desde su combate con Andrés. Una hora despues volvió con paso de lobo al teatro de la lucha, y, con gran sorpresa suya, no encontró el cuerpo en el sitio en que estaba cierto de haberle visto

caer. ¿Se habría levantado su adversario y arrastrado más lejos en las convulsiones de la agonía? ¿Había sido recogido y auxiliado por los serenos? Esto era lo que él no podía saber. ¿Debia él, Juanelo, quedarse, ó huir? Su fuga le denunciaria, y por otra parte, la idea de alejarse de Melitona y dejarla obrar libremente á su antojo, era insoportable á sus celos. La noche era oscura, la calle estaba desierta, nadie le habia visto. ¿Quién podria acusarle?

Sin embargo, el combate habia durado bastante tiempo para que su adversario no le hubiese reconocido; porque los toreros, como los cómicos, tienen figuras notorias, y si no habia muerto al instante, tal vez le habria denunciado. Juanelo, que tenia cuentas pendientes con la policia á causa de su viveza de génio, corria riesgo, si era cogido, de ir á pasar algunos veranos á las posesiones españolas en Africa: á Ceuta ó á Melilla.

Se encaminó, pues, á su casa, sacó de la cuadra un magnífico caballo cordobés, de su propiedad, le echó una manta bordada de seda de colores sobre el lomo, saltó sobre él y partió al galope.

Si un pintor hubiese visto pasar por las calles á aquel robusto ginete apretando con sus nervudas piernas los flancos de su caballo negro, de espesa

crin y ondulante cola, que hacia saltar chispas del desigual pavimento, y corria á lo largo de las calles sin que apenas pudiese seguirse con la vista su sombra sobre las blanqueadas fachadas de las casas, hubiese hecho un cuadro de verdadero efecto; porque aquel rápido galope á través de la silenciosa villa, aquel aceleramiento en medio de la apacible noche, eran todo un drama; pero los pintores estaban acostados.

Hallábase ya á más de cuatro leguas de Madrid, cuando el recuerdo de Melitona se presentó tan vivamente á su imaginacion, que se sintió incapaz de ir más lejos. Creyó que no habia dado como debia su golpe favorito, y que su rival no tenia quizás sino una herida leve; se figuró verle curado, á los piés de Melitona, quien le dirigia una de esas sonrisas por que él tanto suspiraba.

Un sudor frio bañó su frente; sus dientes se apretaron fuertemente; sus rodillas estrecharon, con un movimiento convulsivo, de tal modo los flancos de su caballo, que el noble bruto, con las costillas hundidas, falto de respiracion, se detuvo de pronto. Juanelo sufría como si hubiesen introducido en su corazon mil agujas enrojecidas por el fuego.

Volvió riendas hácia la villa como un huracan.

Cuando llegó, su caballo negro estaba blanco de espuma.

Acababan de dar las tres de la madrugada; Juanelo corrió á la calle de Povar. La luz de Melitona brillaba todavía, casta y temblorosa estrella, en un ángulo de la derruida pared. El torero procuró abrir la puerta de la casa; pero, á despecho de su fuerza prodigosa, no llegó á conseguir su objeto. Melitona había cruzado cuidadosamente las barras de hierro que la afianzaban. Juanelo volvió á su casa cansado, abatido, y en la más horrible incertidumbre, porque había visto dos sombras á través de los cristales de la ventana de Melitona. ¿Se habria, pues, engañado de víctima?

Cuando fué de día, el torero, embozado en su capa, y con el sombrero caído sobre los ojos, fué á escuchar las diferentes versiones que circulaban por la vecindad sobre el suceso de la noche; supo que el jóven no había muerto, y que, no habiéndosele podido trasportar, se hallaba en la habitación de Melitona, que le había recogido, acción caritativa que todas las comadres del barrio alababan con entusiasmo. A pesar de su vigor, sintió que sus rodillas vacilaban y tuvo que apoyarse en la pared para no caer; ¡su rival en la habitación y en la misma cama de Melitona! El noveno círculo del

infierno no hubiera podido inventar para él una tortura más horrible.

Tomando una suprema resolución, entró en la casa y comenzó á subir la escalera con un paso tardo y más siniestramente sonoro que el de la estatua del Comendador.

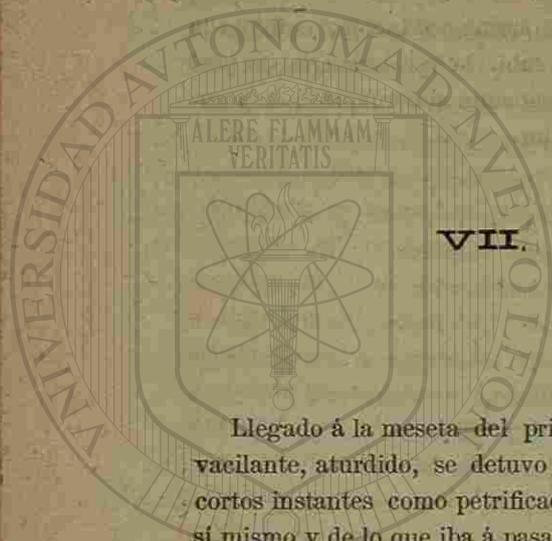
LIV

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VII.

Llegado á la meseta del primer piso, Juanelo, vacilante, aturdido, se detuvo y permaneció unos cortos instantes como petrificado; tenia miedo de sí mismo y de lo que iba á pasar. Cien mil ideas se sucedieron una tras otra en su imaginacion durante un minuto. ¿Se contentaria con pisotear á su rival hasta hacerle exhalar su último aliento? ¿Mataria á Melitona, ó pondria fuego á la casa? Fluctuaba entre un sin fin de proyectos insensatos, horribles, tumultuosos. En un momento de razon estuvo á punto de volverse, y aún llegó á poner el pié en el último escalon que acababa de subir; pero los celos clavaron de nuevo su emponzoñado dardo

en el corazon del desdichado, y, en vez de bajar, continuó subiendo la tortuosa y derruida escalera.

Verdaderamente, hubiese sido difícil hallar una naturaleza más robusta que la de Juanelo; un cuello redondo como una columna y fuerte como una torre sostenia su potente cabeza sobre sus atléticos hombros; nervios de acero se entrecruzaban sobre los músculos de sus brazos; su pecho hubiese desafiado á los pectorales de mármol de los gladiadores antiguos; con una sola mano era capaz de arrancar el cuerno de un toro, y, sin embargo, la violencia del dolor moral abatía toda esta fuerza física. El sudor bañaba sus sienes; sus piernas se doblaban bajo él; la sangre subía á su cabeza á grandes oleadas, y llamas ardientes brotaban de sus ojos. Más de una vez tuvo que apoyarse sobre el pasamanos para no caer y rodar como un cuerpo inerte á lo largo de la escalera; tanto era lo que sufría su alma.

A cada peldaño que salvaba repetía, bramando como un leon calenturiento;

—¡En su habitacion!... ¡En su habitacion!... Y maquinalmente abria y cerraba su larga navaja de Albacete, que habia sacado de entre su faja.

Llegó, por fin, delante de la puerta, y allí, contentiendo la respiracion, se puso á escuchar.

Todo estaba tranquilo en el interior de la habitación, y Juanelo no oyó más que el murmullo de su sangre al correr por las arterias, y los sordos latidos de su corazón.

¿Qué pasaba en aquella habitación silenciosa, detrás de aquella puerta, débil muralla que le separaba de su enemigo? Melitona, compasiva y tiernamente inquieta, se inclinaba sobre el lecho del herido para espiar su sueño y calmar sus sufrimientos.

—¡Oh! se dijo, si yo hubiese sabido que no se necesitaba más que una puñalada en el pecho para agradarte y enternecerte, no á él, sino á mí mismo me la hubiese dado; en ese funesto combate me hubiera descubierto expresamente para caer moribundo delante de tu casa! ¡Pero, quizás, entonces me hubieras dejado retorcerme sobre el suelo sin socorrer mi agonía, porque no soy un señorito de guantes blancos y frac azul!

Esta idea despertó de nuevo todo su furor, y llamó violentamente.

Andrés se estremeció sobre su cama. Melitona, que estaba sentada á la cabecera, se levantó de un brinco, como impulsada por un resorte; la tía Aldonza se puso verde, é hizo la señal de la cruz besando el pulgar.

El golpe había sido tan breve, tan fuerte, tan imperativo, que no había medio de no abrir. Otro golpe como aquel, y la puerta caía abajo.

Así es como llaman los convidados de piedra, los espectros que con nada pueden ahuyentarse, todos los seres fatales que se presentan en los desenlaces: la Venganza con su puñal, la Justicia con su espada.

La tía Aldonza abrió el ventanillo con mano temblorosa, y á través de la rejilla apercibió la cabeza de Juanelo.

La cabeza de Medusa, pálida y coronada por su cabellera viperina y verdosa, no hubiese producido un efecto más terrible sobre la pobre vieja; quiso llamar, pero ningún sonido pudo emitir su seca garganta; se quedó con los dedos encogidos, las pupilas fijas y la boca abierta para gritar, como si se hubiese convertido en piedra.

Es verdad que la fisonomía del torero no tenía nada de tranquilizadora; una aureola rojiza rodeaba sus ojos; estaba lívido, y sus mejillas, abandonadas por la sangre, que toda había afluido á su corazón, formaban dos manchas blancas en medio de su palidez; sus narices dilatadas se movían como las de las fieras al husmear su presa; sus dientes mordían su lábio inferior hasta el punto de en-

clavarse en ellos. Los celos, el furor y la venganza combatían sobre aquella alterada fisonomía.

—¡Virgen de la Almudena! murmuró la vieja; si nos salvais de este peligro, os ofrezco hacer os una novena y regalaros un cirio de seis libras adornado de flores.

Por muy valiente que Andrés fuese, no pudo menos de experimentar ese sentimiento de malestar que los hombres de más valor sienten en presencia de un peligro ante el cual son impotentes; extendió maquinalmente la mano como para buscar algún arma.

Viendo que no le abrían, apoyó Juanelo el hombro derecho contra la puerta y empujó con fuerza; crugió la madera y las hojas empezaron á desprenderse de los goznes produciendo un estridente chirrido.

Melitona, colocándose delante de Andrés, dijo con voz firme y tranquila á la vieja, loca de terror:

—Abra V., Aldonza, yo lo mando.

Aldonza tiró del cerrojo y, arrimándose á la pared, atrajo hácia sí la hoja de la puerta, como hace el mozo del toril al dar libertad á un cornúpeto de Gaviria ó de Colmenar.

Juanelo, que esperaba más resistencia, entró

lentamente, un poco desconcertado por no haber hallado obstáculos. Pero una mirada que dirigió sobre Andrés, acostado en la cama de Melitona, le volvió toda su cólera.

Cogió la hoja de la puerta, á la cual se hallaba aferrada la tia Aldonza, que creía haber llegado su última hora, y la cerró á pesar de los esfuerzos de la pobre mujer; despues se apoyó de espaldas contra la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Dios mio! murmuró la vieja castañeteando los dientes; nos va á matar aquí á los tres. ¡Si yo pudiera pedir socorro desde la ventana!...

Y dió un paso hácia aquel lado. Pero Juanelo, adivinando su intencion, la cogió por el vestido y, con un brusco movimiento, la volvió á pegar á la pared con un pedazo de zagalejo menos.

—¡Bruja, no intentes gritar, ó te retuerzo el pesuezo como á una gallina y te hago dar tu alma al diablo! No te pongas entre mí y el objeto de mi cólera ó te aplastaré en mi camino.

Y diciendo esto, señalaba á Andrés, débil y pálido, que hacia esfuerzos por levantar la cabeza de su almohada.

La situación era horrorosa; esta escena no habia hecho ningún ruido que pudiera haber alarmado á los vecinos. Y por otra parte, contenidos

los vecinos por el terror que inspiraba Juanelo, se hubiesen encerrado más bien en su casa que tratar de intervenir en semejante debate; ir á buscar á la policía, ó á la fuerza armada, exigía mucho tiempo; era preciso prevenir á alguno de fuera, pero no había medio; ni aún siquiera se podía soñar en escapar de la fatal habitación.

Así es que el pobre Andrés, herido y debilitado por la pérdida de sangre, sin arma é imposibilitado de hacer uso de ella aunque la hubiese tenido, se hallaba á merced de un bruto, ébrio de celos y de rabia, sin humano medio de defensa; y todo esto porque había mirado el perfil de una linda manola en la corrida de toros. Séanos permitido creer que en aquel momento echaba de menos el piano, el té y las costumbres prosáicas de la civilización. Sin embargo, dirigió una tierna mirada á Melitona, como para suplicarle no intentase una lucha inútil, y la halló tan radiante de belleza en medio de la palidez de su espanto, que no sintió el haberla conocido aún á tal costa.

Estaba en pié, con una mano apoyada sobre el borde de la cama de Andrés, que parecía querer defender, y la otra extendida en dirección á la puerta con ademán de suprema majestad.

—¿Qué viene V. á hacer aquí, asesino? dijo á

Juanelo con voz vibrante; ¡en donde viene V. á buscar un amante, no hay sino un herido! Retírese usted inmediatamente. ¿No teme V. ver abrirse la herida en su presencia? ¿No tiene V. bastante con matar? ¿Quiere todavía *asesinar*?

La jóven acentuó esta palabra de un modo singular, y la acompañó con una mirada tan profunda, que Juanelo se turbó, enrojeció, palideció, y su fisonomía, de feroz, se tornó inquieta. Después de un minuto de silencio dijo, con voz entrecortada:

—Júrame por tu alma y por la Virgen del Pilar, por tu padre, que fué un valiente, y por tu madre, que fué una santa, que no amas á ese jóven, y me retiro en seguida.

Andrés esperó con ansiedad la respuesta de Melitona.

Pero la manola no respondió.

Sus largas pestañas negras se bajaron sobre sus mejillas, que coloreaba un imperceptible rubor.

Por más que este silencio podía ser la sentencia de muerte de Andrés, que había esperado con viva ansiedad la respuesta de Melitona, sintió su corazón inundado de una satisfacción indecible.

—Si no quieres jurar, continuó Juanelo, afirmalo simplemente. Te creeré; tú no has mentado nunca;

pero no, guardas silencio, es preciso que le mate... Y se encaminó hacia la cama, con su navaja abierta... ¡Le amas!

—Y bien! sí, exclamó la joven con ojos centelleantes y voz temblorosa por una cólera sublime. Si debe morir por mi causa, que sepa al menos que le amo, que lleve consigo esta palabra, que será su recompensa y tu suplicio.

Juanelo, de un salto, se puso al lado de Melitona, cuyo brazo estrechó con fuerza.

—No repitas lo que acabas de decir, ó no respondo de mí, y clavándote mi navaja en el corazón, te arrojé sobre el cuerpo de ese muñeco.

—¿Qué me importa? dijo la valerosa joven. ¿Crees tú acaso que yo viviría si él muriese?

Andrés, haciendo un supremo esfuerzo, procuró incorporarse sobre la cama. Quiso gritar, y una rojiza espuma subió á sus labios; se le había abierto la herida. Su cabeza volvió á caer desvanecida sobre la almohada.

—Si no sales de aquí, dijo Melitona viendo á Andrés en este estado, creeré que eres un vil, un infame y un cobarde; creeré que podías haber salvado á Dominguez cuando el toro se arrodilló sobre su pecho, y que no lo hiciste porque estabas ruimemente celoso.

—¡Melitona! ¡Melitona! está V. en su derecho al odiarme, por más que mujer alguna ha sido amada con la pasión con que yo la amo á V.; pero no tiene usted motivo para despreciarme. ¡Nada en el mundo podía salvar á Dominguez de la muerte!

—Si no quiere V. que le mire como á un asesino, salga V. en seguida.

—Sí, esperaré á que esté curado; respondió Juanelo con tono sombrío; ¡cuídele V. bien!... He jurado que, mientras yo viva, no ha de ser V. de nadie.

Durante este debate, la vieja, entreabiendo la puerta, había cundido la alarma por la vecindad y pedido auxilio.

Cinco ó seis hombres se precipitaron sobre Juanelo, que salió de la casa escoltado por media docena de *muchachos* que se agarraron imprudentemente á sus dos brazos; los sacudió y los arrojó contra la pared, como hace el toro con los perros, sin que ninguno pudiese morderle ni detenerle.

Después se internó con paso tranquilo en el dédalo de calles que rodean la plaza de Lavapiés.

Esta escena agravó el estado de Andrés, que fué acometido de una violenta fiebre, acompañada de delirio, que le duró todo el día, toda la noche y gran parte del día siguiente. Melitona le veló con la más delicada y amorosa solicitud.

Durante este tiempo, Argamasilla y Covachuelo, como ya hemos dicho á nuestros lectores, merced á sus acertados pasos, habian llegado á descubrir que el manolo herido en la calle del Povar no era otro que D. Andrés de Salcedo, y el alcalde de barrio habia escrito á D. Jerónimo noticiándole que el jóven por quien se interesaba habia sido hallado en casa de una manola de Lavapiés, que le habia recogido gravemente herido delante de su puerta, y vestido, no se sabia por qué, con un traje de *majo*.

Feliciana á esta nueva se hizo la siguiente pregunta, á saber: si una jóven prometida podia ir á ver en compañía de su padre ó de otro pariente respetable á su futuro, peligrosamente herido. ¿No era una cosa impropia el que una señorita bien educada viese prematuramente á un hombre en la cama? Este espectáculo, por más que lo hiciese casto la santidad de la enfermedad, ¿no era de los que debia rehusar una virgen pudorosa? Pero, sin embargo, ¿y si Andrés se creia abandonado y moria de pena? ¡Oh, no, seria una cosa bien triste!

—Papá, dijo Feliciana, será preciso que vayamos á ver al pobre Andrés.

—Con mucho gusto, hija mia, respondió el bueno de D. Jerónimo; iba á proponértelo.

VIII.

Gracias á su buena constitucion y á los cuidados de Melifona, Andrés comenzó á adelantar notablemente en su curacion; pudo hablar y sentarse un poco sobre la cama; al querer darse cuenta de su situacion se halló bastante embarazado.

Presumia que su desaparicion debia haber producido en Feliciana, D. Jerónimo y sus amigos una inquietud que se reprochaba no hacer cesar, y, sin embargo, no se daba gran prisa en hacer saber á su novia que estaba en casa de una linda jóven, por quien habia sido herido. Esta confesion era difícil, y no obstante era imposible no hacerla.

La aventura habia tomado proporciones dife-

Durante este tiempo, Argamasilla y Covachuelo, como ya hemos dicho á nuestros lectores, merced á sus acertados pasos, habian llegado á descubrir que el manolo herido en la calle del Povar no era otro que D. Andrés de Salcedo, y el alcalde de barrio habia escrito á D. Jerónimo noticiándole que el jóven por quien se interesaba habia sido hallado en casa de una manola de Lavapiés, que le habia recogido gravemente herido delante de su puerta, y vestido, no se sabia por qué, con un traje de *majo*.

Feliciana á esta nueva se hizo la siguiente pregunta, á saber: si una jóven prometida podia ir á ver en compañía de su padre ó de otro pariente respetable á su futuro, peligrosamente herido. ¿No era una cosa impropia el que una señorita bien educada viese prematuramente á un hombre en la cama? Este espectáculo, por más que lo hiciese casto la santidad de la enfermedad, ¿no era de los que debia rehusar una virgen pudorosa? Pero, sin embargo, ¿y si Andrés se creia abandonado y moria de pena? ¡Oh, no, seria una cosa bien triste!

—Papá, dijo Feliciana, será preciso que vayamos á ver al pobre Andrés.

—Con mucho gusto, hija mia, respondió el bueno de D. Jerónimo; iba á proponértelo.

VIII.

Gracias á su buena constitucion y á los cuidados de Melifona, Andrés comenzó á adelantar notablemente en su curacion; pudo hablar y sentarse un poco sobre la cama; al querer darse cuenta de su situacion se halló bastante embarazado.

Presumia que su desaparicion debia haber producido en Feliciana, D. Jerónimo y sus amigos una inquietud que se reprochaba no hacer cesar, y, sin embargo, no se daba gran prisa en hacer saber á su novia que estaba en casa de una linda jóven, por quien habia sido herido. Esta confesion era difícil, y no obstante era imposible no hacerla.

La aventura habia tomado proporciones dife-

rentes á las que en un principio habia él querido darle; no se trataba ya de una intriga ligera y sin consecuencias con una jóven del pueblo. El sacrificio y el valor de Melitona la hacian cambiar de aspecto. ¿Qué diria ella cuando supiese que Andrés habia querido engañar su buena fé? La idea de la cólera de Feliciana impresionaba menos al jóven herido que la del dolor de Melitona. Para la una se trataba solamente de una *deslealtad*, para la otra de una desesperacion.

Aquella confesion de amor tan noblemente hecha enfrente de un peligro supremo, ¿debia tener tal recompensa? ¿No era preciso que él protegiese en adelante á la jóven contra los furoros de Juanelo, que podia volver á la carga y empezar de nuevo sus violencias?

Andrés se hacia todos estos razonamientos, y muchos más; mientras reflexionaba miraba á Melitona, que, sentada junto á la ventana, se hallaba cosiendo: porque, una vez pasada la turbacion de los primeros momentos, habia vuelto la jóven á su vida laboriosa.

Una luz diáfana y pura la envolvía como una caricia y se reflejaba en sus negros cabellos, recogidos en trenzas detrás de su cabeza; un encendido clavel, colocado al desgaire cerca de la sien, hacia

resaltar más su brillo. Estaba encantadora de aquel modo. Un pedazo de cielo azul, sobre el cual se dibujaban las hojas de la maceta de albaliaca, huérfana de su compañera arrojada á la calle la noche del billete, servía de fondo á su deliciosa figura.

El grillo y la codorniz lanzaban alternativamente sus notas, y una ligera brisa, perfumándose sobre la odorífera planta, esparcía por la habitacion un aroma débil y dulce.

Aquella habitacion de paredes blancas, de las que pendian algunos grabados groseramente pintados, iluminada con la presencia de Melitona, tenia cierto encanto que subyugaba á Andrés. Aquella casta indigencia, aquella honrada pobreza agradaban al alma; nada más poético que aquel delicioso nido. ¡Se necesita tan poco en verdad para la vida de un sér encantador!

Comparando aquella sencilla habitacion con el departamento pretencioso de Feliciana, halló Andrés el relój, las cortinas y los perrillos de algodón de su prometida mucho más ridículos.

Un ruido de campanillas se dejó oír en la calle.

Era producido por los cascabeles de las cabras que pasaban.

—Ya está ahí mi almuerzo, dijo alegremente Melitona, colocando su costura sobre la mesa; voy á

bajar para detenerles al paso; hoy tomaré un jarro más grande, puesto que somos dos y que el médico le permite á V. ya comer alguna cosa.

—No tendrá V. en mí un convidado difícil de satisfacer, respondió Andrés sonriendo.

—¡Bah! El apetito se despierta comiendo, sobre todo, cuando el pan es blanco y la leche pura; y esta que yo tomo es la mejor que hay en Madrid.

Diciendo esto, desapareció tarareando á media voz una antigua canción popular. Al cabo de algunos minutos volvió con las mejillas encendidas, la respiración anhelante de haber subido tan á prisa los noventa escalones de la tortuosa escalera, llevando sobre la palma de la mano el vaso lleno de una leche espumosa.

—Creo, caballero, que no le he dejado á V. solo mucho tiempo. ¡Noventa escalones que bajar y sobre todo que subir!

—Es V. viva como un pájaro. Hace un momento que esa negra escalera debería parecerse á la escalera de Jacob.

—¿Por qué? preguntó Melitona con la mayor sencillez y sin sospechar qué papel representaba en la comparación.

—Porque bajaba un ángel, respondió Andrés,

acercando á sus labios una de las manos de Melitona, que acababa de compartir la leche.

—Vamos, adulator; coma V. y beba lo que tenga gana; sería V. capaz de llamarme arcángel si le dejaran.

Le presentó una taza de porcelana basta, medio llena, con un pedazo de ese riquísimo pan candeal, extremadamente blanco, que sólo lo hay en España.

—Parece que no le agrada á V. mucho, amigo mío; pero, puesto que se ha vestido V. como un hijo del pueblo, preciso es también que se resigne á hacer un almuerzo como el que él hace: eso le enseñará á V. á disfrazarse.

Diciendo esto soplabá la ligera nata que coronaba su taza, y bebía á pequeños sorbos.

—A propósito, dijo; va V. á explicarme, ahora que puede hablar, por qué le ví en la Plaza de los Toros hecho un elegante; vestido á la última moda de París, y luego le he hallado delante de mi puerta vestido de manolo. ¿Cuándo estaba V. disfrazado, aquí ó allí? Aunque no tengo gran conocimiento del mundo, creo que la primera forma bajo la cual le ví á V. era la verdadera. Sólo en las manos se conoce que no ha trabajado V. nunca.

—Tiene V. razón, Melitona; el deseo de volverla á ver á V., y el temor de atraer sobre sí alguna

desgracia, me hicieron tomar esa chupa, esa faja y ese sombrero; con mi traje habitual hubiese llamado muy pronto la atención en estos barrios. Con este otro no era sino sombra entre la multitud, en medio de la cual no podían reconocermé sino los ojos de los celos.

—Y los del amor, repuso Melitona ruborizándose. El disfraz de V. no me engañó un instante; creí que la frase que le dirigí á V. en la Plaza le hubiese contenido; lo deseaba, porque preveía lo que há sucedido, y sin embargo, hubiese sentido mucho el ser del todo obedecida.

—¿Y ese terrible Juanelo? ¿Me permite V. que le haga algunas preguntas sobre él?

—¿No le he dicho á V. ya, teniendo al pecho la punta de su navaja, que le amaba? ¿No he respondido de antemano de ese modo á todo? replicó la jóven, fijando en Andrés sus ojos, en los que se leía la más pura inocencia al par que la mayor sinceridad.

Todas las sospechas que Andrés podía abrigar con respecto á las relaciones de la jóven con el torero se desvanecieron como el humo.

—Además, si con ello puedo distraerle á V., le referiré mi historia y la suya en cuatro palabras. Comencemos por mí. Mi padre, oscuro soldado,

murió en la guerra civil combatiendo como un héroe por la causa que creía mejor. Sus grandes hechos hubiesen sido sin duda cantados por los poetas, si en lugar de haber tenido por teatro la estrecha garganta de una montaña de Aragón, hubiesen tenido lugar en un ilustre campo de batalla. Mi pobre madre no pudo consolarse de la pérdida de su adorado esposo, y murió al poco tiempo, quedando yo, por tanto, huérfana á los tres años, sin otros parientes en el mundo que Aldonza, la que hallándose en un estado extremadamente precario, no podía servirme de ayuda alguna.

Sin embargo, como mis necesidades son bien pocas, he vivido del trabajo de mis manos bajo este cielo benéfico de España, que no abandona á ninguno de sus hijos; mi única distracción y lo que me ocasionaba un gasto mayor, era la de ir á ver los lúnes la corrida de toros; porque nosotras, que no tenemos, como las señoritas de alta alcurnia, el libro, el piano, el teatro y las reuniones, tenemos casi una pasión por esos espectáculos, á la vez sencillos y grandiosos, en que el valor del hombre lucha con la ciega impetuosidad de la fiera. En una de ellas me vió Juanelo, y al punto sintió por mí un amor insensato, una pasión frenética. A pesar de su varonil belleza, sus brillantes trajes, su ex-

cesiva generosidad, jamás me inspiró nada... Todo lo que hacía, y que á otra pudiera haber conmovido, aumentaba más la aversion que sentía hácia él.

Al ver la adoracion que me tributaba, yo misma me consideraba ingrata no correspondiendo á ella; pero el amor es independiente de nuestra voluntad: Dios nos lo hace sentir cuando á bien tiene. Viendo Juanelo que no le amaba, comenzó á perseguirme, me vigiló, me espió y buscó en todas partes rivales imaginarios. Me vi precisada á estar siempre sobre mí y no dejar asomar á los ojos ni á los lábios la satisfaccion ó simplemente la simpatía que cualquiera pudiera inspirarme: una mirada, una palabra, eran para Juanelo motivo de cuestion en la que siempre corria sangre; habíame rodeado de un círculo de espanto que pronto nadie se hubiese atrevido á traspasar.

—Y que creo que he roto ya para siempre, porque no puedo suponer que Juanelo vuelva más.

—Yo creo también que será así, al menos por ahora, porque debe ocultarse para evitar la persecucion de la justicia hasta que se halle V. curado. Pero, y V., ¿quién es? Me parece que ya es tiempo de preguntarlo, ¿no es verdad?

—Me llamo Andrés de Salcedo. Soy bastante rico y no dependo de nadie en el mundo.

—¿Y no tiene V. alguna novia bella, rica y elegante? dijo Melitona con inquieta curiosidad.

Andrés hubiese querido no mentir, pero le era sensible decir la verdad. Dió, pues, una respuesta vaga.

Melitona no insistió, pero palideció un poco y se quedó pensativa.

—¿Podrá V. darme una pluma y papel? Quisiera escribir á algunos amigos que deben estar con cuidado con mi desaparicion y tranquilizarles sobre mi suerte.

La jóven sacó del cajon de su mesa medio pliego de papel de carta, una pluma de ave y un tintero de asta.

Algunas gotas de agua devolvieron á la negra pasta su fluidez primitiva, y Andrés pudo trazar sobre sus rodillas las siguientes líneas, dirigidas á D. Gerónimo Vazquez de los Ríos:

«Mi futuro suegro:

»No esté V. con cuidado por mí; un accidente, que no tendrá graves consecuencias, me retiene por algun tiempo en la casa en que se me ha recogido. Espero, dentro de algunos dias, poder ir á ponerme á los piés de doña Feliciano.

»ANDRÉS DE SALCEDO.»

Esta carta, un tanto maquiavélica, no indicaba las señas de la casa, no precisaba nada y dejaba al que la había escrito en condiciones de colorear más tarde las circunstancias á su antojo; era bastante para calmar los temores del buen hombre y de Feliciano, y dar tiempo á Andrés, quien no suponía á D. Gerónimo tan bien instruido, gracias á la sagacidad de Argamasilla y Covachuelo.

La tía Aldonza llevó la misiva al correo, y Andrés, tranquilo ya por esta parte, se entregó sin reserva á las poéticas y dulces sensaciones que le inspiraba aquella pobre habitación, alegre y deliciosa con la presencia de Melitona.

Experimentaba esa alegría pura é inefable del amor verdadero que no procede de ninguna convención social, en la que por nada entran la satisfacción del amor propio, el orgullo de la conquista y las quimeras de la imaginación; de ese amor hijo del feliz consorcio de la juventud, la belleza y la inocencia, de esta sublime trinidad.

La brusca confesión de Melitona, á decir de los que paladean el amor como un helado, á pequeñas cucharadas, y esperan para saborearle mejor..... á que esté derretido, hubiera debido halagar á Andrés y deleitarle más, haciéndole pasar por esas encantadoras gradaciones, que no con aquella rapidez

casi salvaje. Una mujer del gran mundo hubiese preparado por espacio de seis meses el efecto de esa frase; pero Melitona no pertenecía al gran mundo.

D. Jerónimo, así que hubo leído la carta de Andrés, la llevó á su hija, y la dijo con aire de júbilo:
—Ten, Feliciano, una carta de tu prometido.

salvajes de Australia tienen cosa mejor que esta; la industria se halla aquí muy atrasada; en Londres no se emplea este papel más que para envolver las velas de sebo.

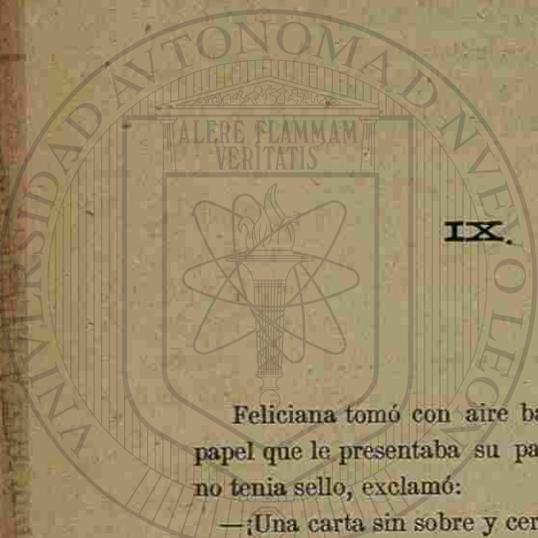
—Hable V. inglés, Eduardo, dijo Feliciano; ya sabe V. que entiendo el idioma.

—No; quiero mejor perfeccionarme en el español, sólo porque es la lengua de V.

Esta galantería hizo sonreír a Feliciano. Eduardo le gustaba bastante. Realizaba mucho mejor que Andrés su ideal de elegancia. Era, si no el más civil, al menos el más civilizado de los hombres. Todo lo que llevaba era de la última novedad. Cada prenda de su traje era un modelo de invención y hecha de una tela impermeable al agua y al fuego.

Tenia cortaplumas que eran al mismo tiempo navajas de afeitar, tirabuzones, cucharas, tenedores y vaso; fosforeras que eran, bujía, tintero, y portamoneda; bastones de los que se podían hacer una silla, un parasol, y hasta una piragua en caso de necesidad, y otros mil inventos de este género, que llevan consigo del polo Artico al Ecuador los hijos de la pérdida Albion, los hombres que más necesitan para vivir.

Si Feliciano hubiese podido ver la mesa de tocador del joven lord, es seguro que se hubiera que-



Feliciano tomó con aire bastante desdenoso el papel que le presentaba su padre, y notando que no tenía sello, exclamó:

—¡Una carta sin sobre y cerrada con una oblea! ¡Qué falta tan garrafal! pero preciso es perdonar algo al rigor de la situación. ¡Pobre Andrés! ¡qué desgraciado debe ser cuando escribe en este papel, y ni aun tiene lacre para cerrar la carta! ¿Ha visto usted nunca papel como este, Eduardo? añadió pasando, después de haberla leído, la carta al joven inglés del Prado, muy asiduo en la casa desde la desaparición de Andrés.

—¡Oh! glosó con dificultad el amable insular; los

dato estática. Los estuches de todos los cirujanos, dentistas y pedicuros del mundo, no tenían más instrumentos de formas alarmantes y singulares. Andrés, no obstante su elegancia, no había llegado á esta sublimidad.

—Papá, si vamos á hacer una visita á nuestro querido Andrés, Eduardo nos acompañará, porque, aunque yo sea su prometida, el hecho de ir á ver á un joven es siempre cosa, ya que no contraria á las conveniencias sociales, que puede dar lugar, al menos, á la murmuración.

—Puesto que yo y Eduardo hemos de ir contigo, ¿qué mal puede haber? respondió D. Jerónimo, que de vez en cuando le solía parecer su hija algo impertinente. Además, si crees que no es regular ir tú misma á ver á Andrés, iré yo sólo y te traeré fielmente noticias tuyas.

—Es preciso hacer un sacrificio por los que se ama, repuso Feliciano, que no le desagradaba poder ver las cosas por sí misma.

Feliciano, por muy bien educada que estuviere, no era por eso menos mujer, y la idea de que su prometido, por el cual no tenía sino una pasión muy moderada, se hallaba en casa de una manola que decían era bonita, le inquietaba más que lo que jamás se hubiese confesado á sí misma. El alma fe-

menina más insensible tiene siempre alguna fibra que palpita, herida por el amor propio y los celos.

Sin poderse dar cuenta de ello, Feliciano empleó aquel día en su tocado más tiempo que de ordinario: presintiendo lucha, se vistió de piés á cabeza con la más sólida armadura que pudo encontrar en su guardarropa, no porque en su orgullo de rica creyese que podía ser vencida por una simple manola, sino porque instintivamente quería derrotarla con solo la ostentación de sus galas, y hacer experimentar á Andrés una amorosa admiración. Eligió un sombrero de gró de Nápoles color de paja, que hacía más oscuro el rubio de sus cabellos, y más insulso su rostro; una mantilla verde esmeralda guarnecida de encajes blancos sobre un vestido azul de cielo; botas lilas y guantes negros bordados de seda celeste; una sombrilla rosa rodeada de encajes y una limosnera cuajada de lentejuelas de acero, completaban el traje.

Todas las costureras y doncellas del mundo le hubiesen dicho: «—Señorita, va V. nublando el sol.»

Así, pues, cuando se miró por última vez al espejo, sonrió llena de satisfacción; jamás se había visto como entonces.

Eduardo, que daba el brazo á Feliciano, no iba menos compuesto que ella; su sombrero casi sin

alas, su chaleco de caprichosos colores, el cuello triangular de su camisa, su corbatín de raso negro, formaban un perfecto juego con las magnificencias ostentadas por la hija de D. Jerónimo.

Jamás pareja más completa había paseado por Madrid; estaban hechos el uno para el otro y se admiraban recíprocamente.

Llegaron así á la calle del Povar, no sin grandes lamentaciones de Feliciano sobre el mal estado del piso, la estrechez de las calles, el aspecto miserable de las casas, lamentaciones á que el joven inglés hacia coro, elogiando las anchas aceras de piedra ó de asfalto, las inmensas calles y las correctas construcciones de su villa natal.

—¡Cómo! ¿Delante de esta casucha ha sido donde recogieron á Andrés disfrazado y herido? ¿Qué vendría á hacer en este miserable barrio? dijo Feliciano con aire de disgusto.

—A estudiar filosóficamente las costumbres del pueblo, ó á ensayar su destreza en la navaja, como hago yo en Londres para aprender nuevos trompis, buscando querrela en el Temple y en Cheapside, respondió el joven lord en su jerga hispano-británica.

—Pronto vamos á saberlo, añadió D. Jerónimo. Nuestros tres personajes penetraron en el portal

de la pobre casa, tan despreciada por la orgullosa Feliciano, y que encerraba sin embargo un tesoro que ordinariamente se buscaría en vano en los aristocráticos palacios.

Llegados al pié de la escalera, Feliciano se estremeció á la sola idea de coger con sus finos guantes la grasienta cuerda que servía de pasamanos, y rogó á Eduardo le prestase de nuevo el apoyo de su brazo.

Una vecina oficiosa abría la marcha. La peligrosa ascension comenzó.

Cuando D. Jerónimo hubo respondido *gente de paz* al autorizado quien vive de la tía Aldonza, siempre en ascuas desde la algarada de Juanelo, abrióse la puerta, y Andrés, turbado ya por el acento de aquella voz conocida, vió entrar primero á Eduardo que formaba la vanguardia, después á D. Jerónimo, y por último á Feliciano, cuyo vestido y almidonadas enaguas producía, al rozar en el suelo, el mismo ruido que un torrente desbordado.

Se había reservado para la última, ya por el instinto de la gradacion de los efectos, ya porque temiese inundar demasiado súbitamente el alma de Andrés de una felicidad superior á sus fuerzas, ó bien quizás por no parecerle conveniente ser la

primera en entrar en una habitacion en que se hallaba un jóven acostado.

Su entrada no produjo el efecto mágico que esperaba. No sólo Andrés no se desvaneció, no pareció inundado de la más pura felicidad, no derramó lágrimas de ternura ante la idea del sacrificio sobrehumano de subir tres pisos, que acababa de hacer por él una jóven tan elegante; sino que una visible contrariedad se pintó en su semblante.

A la llegada de las tres personas, levantóse Melitona, ofreció una silla á D. Jerónimo, con la respetuosa deferencia que tiene siempre una jóven modesta hácia un anciano, é hizo seña á la tia Aldonza de que ofreciese otra á Feliciano.

Esta, despues que hubo recogido la falda de su vestido azul de cielo, como si hubiese temido mancharlo, se dejó caer sobre la silla exhalando un suspiro de cansancio y abanicándose con su perfumado pañuelo.

—¡Qué alto está esto! creí que no iba á llegar nunca, y que me iba á faltar la respiracion.

—La señora vendrá sin duda muy ajustada, dijo Melitona con verdadera sencillez.

Feliciano, que, aunque delgada, se apretaba bien el corsé, respondió con ese tono agrídulce que las mujeres saben tomar en semejantes circunstancias:

—Yo no me ajusto nunca.

Decididamente la cosa empezaba mal. La jóven aristócrata no llevaba la mejor parte.

Melitona, con su vestido de seda negro, con sus torneados brazos descubiertos, y su flor hácia la oreja, hacia parecer aún más ridículos los adornos y el lujo de mal gusto del traje de Feliciano.

La señorita Feliciano Vazquez de los Rios parecia una doncella inglesa con el traje de los domingos; Melitona una duquesa que quiere guardar el incógnito.

Para reparar su descalabro, la hija de D. Gerónimo trató de desconcertar á la manola fijando sobre ella una mirada de supremo desden; pero no pudo conseguirlo, y acabó por bajar la vista ante la mirada firme y modesta de la obrera.

—¿Quién es esta mujer? se dijo Melitona. ¿La hermana de Andrés? ¡Oh! no; se pareceria á él; no tendria ese aire tan insolente.

—Y bien, Andrés, dijo D. Gerónimo con voz afectuosa, aproximándose á la cama, ¿de buena se ha escapado V.! ¿Cómo se encuentra V. ya?

—Bastante bien, respondió Andrés, gracias á los cuidados de esta señorita.

—A quien recompensaremos sus fatigas, interrumpió Feliciano, con algun regalo, un reloj de

oro, una sortija ó la alhaja que más le agrade; eso queda á su eleccion.

Estas frases no tenian otro objeto que el hacer descender á la encantadora jóven del pedestal en que la colocaba su belleza.

Melitona, viéndose atacada así, tomó un aire tan naturalmente altivo, que Feliciano se quedó cortada.

Eduardo no pudo menos de murmurar:

—*It is a very pretty girl* (1), olvidando que Feliciano entendia el inglés.

Andrés respondió con tono adusto:

—Semejantes servicios no se pagan.

—¡Oh! Sin duda, repuso D. Gerónimo. ¿Quién habla de pagar? De lo que se trata es de un simple testimonio de gratitud, de un recuerdo y nada más.

—Debe V. estar muy mal aquí, querido Andrés, continuó Feliciano, detallando con la vista todo lo que faltaba á la pobre habitacion.

—Este caballero ha tenido la amabilidad de no quejarse, dijo Melitona retirándose hacia la ventana, como para dejar libre el campo á la impertinencia de Feliciano y decirle tácitamente: Está V. en mi casa, no la odio á V. porque no puedo; pero tra-

(1) Es una muchacha muy linda.

zo una línea de separacion entre sus insultos y mi paciencia.

No pudiendo contener su despecho, Feliciano golpeaba la punta del pié con el cabo de su sombrilla.

Hubo un momento de silencio.

D. Jerónimo sacó su tabaquera, y tomó de ella entre el pulgar y el índice un *polvo* que llevó á su nariz con un gesto de agrado que sentaba perfectamente á su venerable semblante.

Eduardo, para no comprometerse, tomó un aire de tonto tan bien imitado, que se le hubiera podido creer verdaderamente tal.

La tía Aldonza, con los ojos espantados y la boca entreabierta, admiraba devotamente el vertiginoso tocado de Feliciano; aquel desordenado conjunto de azul, amarillo, verde esmeralda y lila la tenia trastornada. Jamás se habia encontrado frente á frente con semejantes esplendores.

En cuanto á Andrés, envolvía en una profunda mirada de proteccion y de amor á Melitona, la que, de pié en el otro extremo de la habitacion, fijaba en él sus negros ojos, y se admiraba de haber abrigado siquiera por un momento la idea de casarse con Feliciano, á quien juzgaba entonces tal y como realmente era: el producto artístico de una señorita de pension y de una modista.

Melitona se decía:—¡Es singular! yo que no he odiado nunca á nadie, desde que esta mujer ha puesto el pié en la casa, he sentido el mismo estremecimiento que el que se experimenta á la aproximacion de un enemigo desconocido. ¿Qué tengo yo que temer? Andrés no la ama, estoy segura de ello; lo leo en sus ojos. No es bonita y es una tonta; de otro modo, ¿hubiese venido con tantos moños á ver á un enfermo á la casa de una pobre? Un vestido azul de cielo y una mantilla verde esmeralda; ¡qué falta de sentimiento! La detesto... ¿Qué viene á hacer aquí? ¿A ver á su novio? Andrés no me había hablado de eso... ¡Oh, si se casara con ella, sería muy desgraciada! Pero no será, es imposible. Tiene el cabello rubio y pecas en la cara, y Andrés me ha dicho que no le gustan más que los cabellos negros y el color moreno.

Durante este monólogo, Feliciano sostenía otro por su parte. Analizaba minuciosamente la belleza de Melitona con el violento deseo de hallar en ella algun defecto. Pero con gran sentimiento suyo no encontró nada que decir. Las mujeres, como los poetas, se aprecian en su justo mérito, y conocen su verdadera fuerza, salvo el no convenir jamás en ello. Aumentóse su mal humor, y dijo con tono bastante ágrío al pobre Andrés:

—Si el médico no le ha prohibido á V. hablar, cuéntenos V. la aventura; porque todavía ignoramos por qué se halla en tal estado.

—¡Oh! sí, hágalo V., añadió el inglés.

—Quieres hacerle hablar y ya ves que está muy débil, interrumpió D. Jerónimo.

—Eso no le fatigará mucho, y, en caso de necesidad, esa señorita podrá venir en su ayuda; debe saber todos los detalles.

Viéndose interpelada de este modo, Melitona se acercó al grupo.

—Ocurrióseme la idea, dijo Andrés, de disfrazarme de manolo, para recorrer los barrios bajos y gozar de la animacion de las tabernas y de los bailes populares; porque, como V. sabe, Feliciano, al par que admiró los adelantos de la civilizacion, me gustan mucho las antiguas costumbres españolas. Al pasar por esta calle encontré uno de esos feroces trovadores que tanto abundan por aquí, quien me desafió y me hirió en leal combate y con todas las reglas. Caí, y esta señorita me recogió medio muerto á la puerta de su casa.

—¿Sabe V., Andrés, que eso es muy romántico y que se podía sacar mucho partido de ello poetizando un poco las cosas? Dos furiosos rivales se encuentran bajo el balcon de una beldad ..

Y diciendo esto miraba á Melitona y se sonreía con cierta ironía...

—Se rompen la guitarra sobre la cabeza y echan mano á las navajas. Esta escena, grabada en madera y colocada encima de un romance, produciría un gran efecto; haría quizás la fortuna de un ciego.

—Señorita, dijo gravemente Melitona, dos líneas más abajo y la hoja entra en el corazón.

—Ciertamente; pero como siempre sucede, ha deslizado sin hacer más que una herida interesante...

—Que por lo que se ve, no le interesa á V. gran cosa, replicó la jóven.

—No la ha recibido en mi honor y no puedo, por tanto, tomar en ello tan vivo interés como V.; sin embargo, ya vé V. que vengo á visitarle. Si quiere usted, alternaremos en las veladas; eso sería sublime.

—Hasta ahora lo he hecho sola y así continuaré, respondió Melitona.

—Siento que al lado de V. parezca insensible; pero no tengo por costumbre recoger jóvenes en mi casa, ni aun por un simple arañazo en el pecho.

—¿Le hubiera V. dejado morir en la calle por temor de comprometerse?

—Todo el mundo no es libre como V.; hay consideraciones que guardar; las personas que tienen una buena reputacion no están en el caso de perderla.

—Vamos, Feliciana, estás diciendo cosas que no tienen sentido comun; te arrebatas por nada, dijo el conciliador D. Jerónimo. Todo esto es puramente fortuito; Andrés no habia visto á esta señorita antes del accidente; no tienes, pues, por qué encelarte ni mortificarte, no hay motivo para ello.

—Una novia no es una querida, continuó majestuosamente Feliciana sin hacer caso de las palabras de su padre.

Melitona palideció ante este último insulto. Movieronse sus lábios y hubiérase creído por un momento que iba á prorumpir en sollozos; pero se contuvo y sólo respondió con una mirada llena de desprecio.

—Vámonos, papá, mi lugar no este; no puedo permanecer por más tiempo en casa de una mujer perdida.

—Si es eso lo que le obliga á V. á retirarse, puede V. permanecer, señorita; dijo Andrés tomando de la mano á Melitona. Doña Feliciana Vazquez de los Ríos puede prolongar su visita á la señora de Andrés de Salcedo, á quien tengo el honor de pre-

sentar á VV.; siento mucho haberla hecho cometer á V. una inconveniencia.

—¡Cómo! exclamó D. Jerónimo; ¿qué dices, Andrés? ¡Deshacer un casamiento arreglado y acordado desde hace diez años! ¿Estás loco?

—Por el contrario, estoy muy cuerdo, respondió el jóven; conozeo que no hubiera podido hacer la felicidad de su hija de V.

—Quimeras, aberraciones de niño. Estás enfermo, deliras, tienes fiebre, continuó D. Jerónimo, que se había habituado á la idea de tener á Andrés por yerno.

—¡Oh! no se desespere V., dijo el inglés tirando á D. Jerónimo de la manga de la levita. No le faltarán á V. yernos; ¡su hija de V. es tan bella y se viste de un modo tan admirable!...

—Se convenian tan bien vuestras fortunas! prosiguió D. Jerónimo.

—Mejor que nuestros corazones, respondió Andrés. No creo que su hija de V. sienta mucho mi pérdida.

—Es V. modesto, replicó Feliciano; pero para evitarle á V. todo remordimiento, quiero dejarle en esa persuasion. Adios, sea V. feliz con su esposa. Señora, páselo V. bien.

Melitona respondió con una reverencia llena de

dignidad á la irónica inclinacion de cabeza de Feliciano.

—Venga V., papá; Eduardo déme V el brazo.

El inglés acudió presuroso, poniendo el brazo en forma de ánfora, y salieron majestuosamente.

El jóven insular no cabia en sí de gozo. La escena que acabamos de referir le había hecho concebir esperanzas que hasta entonces no se había atrevido siquiera á soñar. ¡Feliciano, por quien se sentia abrasar de amor, estaba libre! Aquel casamiento proyectado desde tanto tiempo acababa de desbaratarse.

—¡Oh! se decia, sintiendo sobre su brazo la mano de la jóven; ¡casarme con una española, este era mi sueño! Una española de alma apasionada, de corazon de fuego y que hace el té tan perfectamente... Soy de la opinion de lord Byron: atrás las pálidas bellezas del Norte; me he jurado á mí mismo no casarme sino con una judia, una italiana ó una española. Me gustan más las españolas á causa del Romancero y de la guerra de la independencia; es verdad que he visto antes á otras tambien muy apasionadas, pero no hacian el té como yo quiero; ¡y además que Feliciano está tan bien educado! ¡Qué efecto hará en Lóndres en los bailes de Almack y en las reuniones elegantes! Nadie querrá

creer que es de Madrid. ¡Oh, que feliz voy á ser! Iremos á pasar los veranos con nuestra pequeña familia en Calcuta ó en el cabo de Buena Esperanza, y nos entretendremos en cazar tigres. ¡Qué felicidad!

Tales eran los sueños de oro á que se entregaba Eduardo mientras acompañaba á Feliciano á su casa.

Esta, por su parte, también soñaba; sin duda experimentaba un vivo despecho por la escena que acababa de pasar, no porque sintiese mucho á Andrés, sino por haber recibido las calabazas. Tiene siempre algo de desagradable para la mujer el ser despreciada por un hombre, aun cuando á este hombre no le ame, y desde que conocía á Eduardo, Feliciano había empezado á mirar con alguna repugnancia el compromiso contraído con Andrés.

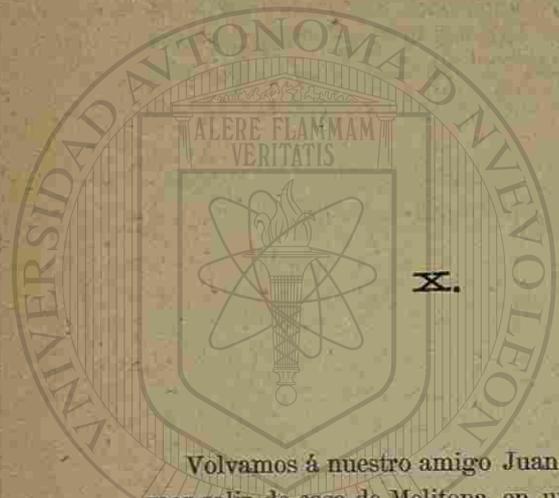
El encuentro de su ideal personificado en Sir Eduardo le había hecho comprender que jamás había amado á Andrés.

Mas dejemos á estos dos seres, verdaderamente criados el uno para el otro, proseguir su camino, y volvamos á la calle del Povar á ver á Andrés y Melitona.

La jóven, despues que hubieron salido Feliciano, D. Jerónimo y Eduardo, se había abrazado al

cuello de Andrés prorumpiendo en sollozos y lágrimas; pero las lágrimas eran de alegría y de felicidad, que rodaban dulcemente en transparentes perlas sobre sus mejillas sin enrojecer sus divinos párpados.

Cuando cerró la noche la cabeza de Melitona reposaba aún sobre el hombro de Andrés.



Volvamos á nuestro amigo Juanelo, á quien vimos salir de casa de Melitona en un estado de desesperación tal, que rayaba en demencia. Murmurando maldiciones y haciendo gestos horribles llegó, sin saber cómo, á la puerta de Hierro, y comenzó á andar por el camino á la ventura.

Al cabo de una ó dos horas de marcha, Juanelo, rindiéndose bajo el peso de sus ideas, se dejó caer boca abajo en una gavia del camino, y apoyándose sobre los codos cubrióse la cara con las manos, y se quedó inmóvil en un estado de completa prostración.

—No me ama, ama á otro, se repetía Juanelo,

para convencerse de esta verdad fatal que su corazón rehusaba admitir. ¿Es esto posible? Ella, tan orgullosa, tan insensible, haberse apasionado de pronto de un desconocido; mientras que yo, que no vivía más que para ella, que venía siguiéndola desde hace dos años continuamente, no he podido obtener de sus labios una palabra de esperanza, ni una sonrisa amistosa. Yo me quejaba entonces; pero aquello era el paraíso en comparación con lo que sufro hoy. Si no me amaba, al menos tampoco amaba á nadie.

Podía verla; me decía que me marchara, que no volviera, que la enojaba, que la fatigaba, que la asediaba, que no podía sufrir por más tiempo mi tiranía; pero al menos, cuando me retiraba, quedaba sola; por la noche rondaba bajo su ventana, loco de amor, ébrio de deseo; sabía que reposaba castamente sobre su lecho; no temía ver dos sombras detrás de los visillos de su ventana; aunque desgraciado, saboreaba esta amarga dulzura, que ninguno gustaba más que yo. No poseía el tesoro, pero tampoco ninguno tenía la llave.

Y ahora todo ha concluido, no me queda ninguna esperanza! Si me rechazaba cuando no amaba á nadie, ¿qué será ahora, que su repulsión hacia mí se aumentará á medida que su amor hacía el otro? ¡Oh!

tanto cuidado como tenía en separar de mi camino á los que atraía su belleza. ¡Al pobre Lucas y á Ginés los despaché por nada! ¡Y he dejado pasar al otro, al verdadero, al peligroso, al que era preciso matar! ¡Oh! ¡imbécil! ¡Oh! ¡torpe!...

Cuando se haya curado, le provocaré por segunda vez, y entonces no erraré el golpe. Pero si lo mato, Melitona no querrá volverme á ver jamás; de todos modos, la he perdido para siempre. Esto es para volverse loco; no hay medio alguno. Si muriera de resultas de alguna catástrofe repentina, un incendio, un terremoto, una peste. ¡Oh! ¡no tendré semejante dicha! ¡Cuando pienso que esa alma tan hermosa, ese cuerpo tan divino, esos ojos, esa sonrisa, esa garganta, ese talle tan esbelto, ese pié de niña, todo es de él! Podrá coger su mano sin miedo de que la retire; atraer hácia sí su hermosa cabeza sin que la vuelva con desden.

El mundo está mal ordenado; sería preciso que cada amor hiciese nacer su semejante; entonces no se experimentarían estas desesperaciones.

Diciendo esto, se levantó de un brinco y volvió á emprender su carrera á través del campo.

Vagó así todo el día, con la cabeza trastornada, los ojos desencajados y los puños fuertemente contraidos; crueles alucinaciones le representaban á

Andrés y Melitona paseando juntos, cogidos de la mano, abrazándose y envolviéndose mutuamente en apasionadas y lánguidas miradas, bajo los aspectos, en fin, más terribles para un corazón celoso. Todas estas escenas se representaban ante su imaginación con colores tan vivos, que más de una vez se lanzó como en persecución de Andrés; pero no tocaba más que aire y se paraba como sorprendido de su visión.

Las formas de los objetos comenzaban á confundirse á su vista; se sentía desfallecido; dolíanle las sienes, como si estuvieran apretadas por un círculo de hierro, centelleaban sus ojos y, á pesar del sudor que corría sobre su rostro y los rayos de un sol de junio, tenía frío.

De pronto sintió Juanelo que le tocaban en el hombro; volvióse y se encontró con un carretero que con afligido tono y mirándole con aire de imbecil, le suplicó le ayudase á levantar su carreta, que había volcado sobre una de las piedras del camino, y para lo cual eran inútiles los esfuerzos de sus bueyes.

Juanelo, sin responder palabra, se encaminó hácia donde se hallaba la carreta, y se preparó para levantarla; pero las manos le temblaban, flaqueaban las piernas, sus músculos se negaban á res-

ponder á aquel intempestivo llamamiento. La levantaba un poco, la dejaba caer, estenuado, jadeante.

—A juzgar por las trazas, le creía á V. con más fuerzas que esas, dijo el boyero asombrado del poco éxito de los esfuerzos de Juanelo.

No tenía fuerzas, estaba malo.

Sin embargo, picado su amor propio por la observacion del boyero, y orgulloso de sus músculos, como un gladiador romano, reunió todo lo que le quedaba de vigor y dió una furiosa acometida.

La carreta se encontró sobre las ruedas como por encanto, sin que el boyero hubiese puesto la mano en ella. El empuje había sido tan violento, que estuvo á punto de volcar al otro lado.

—¡Caramba, mi amo! exclamó maravillado el boyero; desde el hércules de Ocaña, que arrancaba las rejas de las ventanas, y Bernardo del Carpio, que sujetaba con un dedo las ruedas de un molino, no he visto otro parecido.

Pero Juanelo no respondió, y cayó desvanecido sobre el camino, como cae un cuerpo inerte, para servirnos de la fórmula dantesca.

—¿Se habrá roto quizás algún vaso del cuerpo? dijo el boyero aterrizado. No importa; puesto que ayudándome le ha acometido el accidente, voy á

ponerle sobre la carreta y le llevaré á San Agustín de Alcobendas, dejándole en cualquiera posada. El desvanecimiento de Juanelo duró poco, á pesar de no haberle aplicado sales en espíritu, cosas de que los boyeros están generalmente desprovistos; pero el torero no era una dama.

El boyero le cubrió con su manta. Juanelo tenía fiebre y experimentaba una sensacion hasta entonces desconocida para él: ¡la enfermedad!

Llegados á la posada de San Agustín, pidió una cama y se acostó.

Le acometió un profundo sueño, ese sueño invencible que se apodera de los prisioneros indios en medio de las torturas que les impone la ingeniosa crueldad de los vencedores, y del cual gozan los condenados á muerte la mañana del día de la ejecucion.

La debilidad de los órganos enerva el alma.

Este estupor de doce horas salvo á Juanelo de la demencia; se levantó sin fiebre, con la cabeza despejada, pero débil, como en la convalecencia de una enfermedad de larga duracion. El suelo se movia bajo sus piés, la luz lastimaba sus ojos, el menor ruido le aturdió. Un gran cambio se había operado en él. En el lugar donde otras veces existía

su amor, quedaba un vacío, que nada podía ya llenar en adelante.

Estuvo un día en la posada, y encontrándose mejor, porque su robusta naturaleza recobraba pronto su habitual energía, alquiló un caballo y se dirigió hacia Madrid.

Argamasilla y Covachuelo, aquel Orestes y aquel Pilades de la policía, se habían puesto en campaña para descubrir el paradero de Juanelo y prenderle; pero procedían con suma delicadeza, en consideración á las costumbres poco civiles del torero; hasta podía creerse, y algunos envidiosos, recelosos de la posición de los dos amigos lo afirmaban rotundamente, que Covachuelo y Argamasilla tomaban informes para no encontrarse con el que estaban encargados de prender; pero un espía torpe llegó á decir que había visto entrar al culpable en la Plaza de los Toros, con aire tan tranquilo y reposado como si nada tuviera sobre su conciencia.

Fué, pues, preciso obrar. Conforme se dirigían al sitio designado, Argamasilla decía á su amigo:

—Te lo suplico, Covachuelo, no cometas ninguna imprudencia; modera tu heroísmo; ya sabes que el tunante tiene la mano ligera; no expongas la

vida del primer agente de policía que ha existido jamás al furor de un bruto.

—Tranquilízate, respondió Covachuelo, haré todo lo posible para que no pierdas tu amigo. No emplearé la fuerza sino en el último extremo, cuando haya apurado todos los medios parlamentarios.

Juanelo, en efecto, había entrado en la Plaza á fin de ver los toros que acababan de encerrar para la corrida del día siguiente, más bien impulsado por la costumbre que por una idea preconcebida.

Estaba aún en el redondel, cuando Argamasilla y Covachuelo llegaron seguidos de su escolta.

Covachuelo, con la mayor finura y empleando las fórmulas más ceremoniosas, notificó á Juanelo la orden de prisión.

Juanelo se encogió desdeñosamente de hombros y siguió su camino.

A una señal del alguacil, dos agentes se arrojaron sobre el torero, de los cuales se desprendió con un leve esfuerzo.

Toda la escolta cayó entonces sobre Juanelo, quien envió á tres ó cuatro á quince pasos de él, después de hacerles dar unas cuantas vueltas por el aire; pero como el número acaba siempre por vencer á la fuerza personal, y cien pigmeos tienen regularmente más poder que un génio, Juanelo,

rugiendo como un león, se había ido poco á poco acercándose al toril, y allí, desembarazándose con una brusca sacudida de las manos que le sujetaban, abrió la puerta, se precipitó en aquel peligroso asilo y se encerró, como aquel domador de fieras que, perseguido por los gendarmes, se refugió en la jaula de sus tigres.

Los sitiadores trataron de cortarle esta retirada; pero la puerta que querían cercar se abrió de pronto, y un toro, echado del toril por Juanelo, se lanzó con la cabeza baja sobre la aterrorizada banda.

Los pobres diablos no tuvieron más tiempo que el preciso para saltar sobre las barreras; uno de ellos no pudo evitar un ligero varetazo.

—¡Diablo! dijeron Argamasilla y Covachuelo, esto va á convertirse en un sitio en toda regla.

—Tentemos un nuevo asalto.

Esta vez, no uno, sino dos toros salieron juntos y arremetieron á los sitiadores; pero como estos se dispersaron con la ligereza que da el miedo, las fieras, no viendo más enemigos humanos, volviéronse la una contra la otra, cruzaron sus cuernos, y, apoyando fuertemente sus pezuñas en la arena, hicieron prodigiosos esfuerzos para derribarse.

Covachuelo gritó á Juanelo, preparándose con precaucion tras del batiente de la puerta.

—Amigo, tiene V. todavía cinco toros que soltar; ya sabemos cuáles son sus municiones. Despues de eso, no tendrá V. más remedio que rendirse y hacerlo sin condiciones. Salga V. por su propia voluntad, y le llevaré á la cárcel con todos los miramientos posibles, sin cuerdas ni esposas, en un carruaje, y no haré la menor mencion de la resistencia que ha hecho V. á los agentes de la autoridad, lo que agravaria la causa; ¿qué tal, soy ó no generoso?

Juanelo, no queriendo disputar por más tiempo una libertad que le era del todo indiferente, se puso en manos de Argamasilla y Covachuelo, quienes le condujeron á la cárcel de villa con todos los honores de la guerra. Cuando despues del interrogatorio y del registro de ordenanza quedó solo, se tendió sobre su tablado y se dijo:—¡Si yo la matase! no acordándose que se hallaba encerrado en un calabozo. Sí, eso es lo que yo hubiera debido hacer el dia en que encontré á Andrés en su casa. Mi venganza hubiese sido completa; ¡oh, qué atroz martirio hubiese sufrido viendo á su querida asesinada ante su vista; débil, clavado en la cama, siéndole imposible defenderla; porque á él no le hubiese matado, no, no hubiese cometido nunca tal cobardía! Hubiera huido ó me hubiera yo mismo entregado á la justicia. De todos modos ahora estaria ya

tranquilo. Para que yo viva, es preciso que ella muera. Para que ella viva es preciso que muera yo; tuve la navaja en la mano, y con un solo golpe hubiera terminado todo; pero había en sus ojos tal expresión de valor y de desprecio, estaba tan arrebatadoramente bella, que no tuve fuerzas, ni valor, yo que hago bajar la vista á los leones cuando los miro en sus jaulas y retroceder á los toros como si fuesen perros falderos.

Tales eran, con ligeras variantes, las ideas que preocupaban á Juanelo en su prision.

Andrés adelantaba rápidamente en su curacion; se había levantado, y, apoyado en el brazo de Melitona, había podido dar una vuelta por la habitacion y asomarse á la ventana para respirar el aire; pocos días despues pudo ya salir á la calle é ir á su casa á disponer lo necesario para su próximo matrimonio.

Sir Eduardo, por su parte, se había declarado; había pedido en toda forma la mano de Feliciano Vazquez de los Rios á D. Jerónimo, quien se apresuró á concedérsela. Ocupábase del ajuar y hacia venir de Lóndres trajes y aderezos de una riqueza fabulosa y de un gusto raro. Las cachemiras de chillones colores, entre los que abundaba el escarlata y el verde mitis, hubiesen desafiado las investi-

gaciones de M. Biétrey. Habian sido traídos de Lahore, esa metrópolis de los chales, por el mismo Eduardo, que poseía una ó dos quintas en las cercanías; estaban hechos con el vellon de sus corderos: el alma de Feliciano estaba en la más pura alegría.

Melitona, aunque feliz tambien, tenía sobresalto; temia ser despreciada en la sociedad en que por su union con Andrés se iba á ver obligada á entrar. Tenia el sentimiento del bien, de lo bello, de la poesia, del arte y de la naturaleza, pero nada más que el sentimiento. Sus lindas manos jamás habían tocado las teclas de un piano; no leia la música, aunque cantaba con una voz pura y melodiosa; sus conocimientos literarios se limitaban á algunos romances, y, si no cometia faltas al escribir, era á causa de la sencillez de la ortografía castellana.

—¡Oh, se decía, no quiero que Andrés se avergüenze de mí! Estudiaré, aprenderé, me haré digna de él.

Siempre y cuando no suceda alguna desgracia; esta felicidad tan completa, este porvenir tan risueño me espanta. ¿Y Juanelo, qué será de él? ¿No cometerá aún alguna de las suyas?

—¡Oh! en cuanto á eso no hay cuidado, respondió la tía Aldonza á esta última reflexion de Melitona hecha en voz alta. Juanelo está preso, acu-

sado de asesinato alevoso en la persona del señor de Salcedo, y, vistos los antecedentes del mozo, creo que su asunto va á tener mal desenlace.

—¡Pobre Juanelo, le compadezco ahora! Si Andrés no me amase, ¡sería tan desgraciada!...

El proceso de Juanelo tomaba mal giro. El fiscal presentaba el combate nocturno como alevosía y homicidio, no habiendo ocasionado la muerte por causa independiente de la voluntad de Juanelo. El hecho, considerado de este modo, era bastante grave.

Felizmente, Andrés, por las explicaciones é influencias que puso en juego, redujo el asesinato á un simple duelo, con un arma, es cierto, distinta de las empleadas en semejantes casos, pero que podía aceptar por saber manejarla. Por otra parte, la herida no habia sido muy grave; se hallaba ya perfectamente restablecido, y en aquel asunto habia tenido él, en algun modo, la principal culpa. Las consecuencias habian sido demasiado felices para creer haberlas pagado bien con un simple arañazo.

Una acusacion de asesinato en la que la victima se presenta defendiendo al asesino, no puede ser sostenida mucho tiempo, ni aun por el fiscal más sediento de vindicta pública.

Así, pues, Juanelo fué puesto en libertad al cabo de algun tiempo, con el sentimiento de deberla al hombre á quien más odiaba en el mundo, y del que por ningun precio hubiese querido recibir el menor favor.

Al salir de la cárcel dijo con aire sombrío:

—Héme aquí, ahora, miserablemente sujeto por este beneficio. O soy un cobarde y un infame, ó en adelante ese hombre es sagrado para mí. ¡Oh! hubiese preferido ir á presidio; dentro de diez años hubiese vuelto y me habria vengado.

A partir de este dia, Juanelo desapareció. Algunos pretendieron haberle visto galopar en su caballo negro hácia el lado de Andalucía.

Lo cierto es que no volvió á vérsese más en Madrid.

Melitona respiró más á sus anchas; conocia bastante á Juanelo para no temer ya nada por su parte.

Los dos casamientos se verificaron al mismo tiempo y en la misma iglesia. Melitona hizo por sí misma su traje de desposada: era una verdadera obra maestra; no lo hubiera hecho mejor la primera modista de Paris.

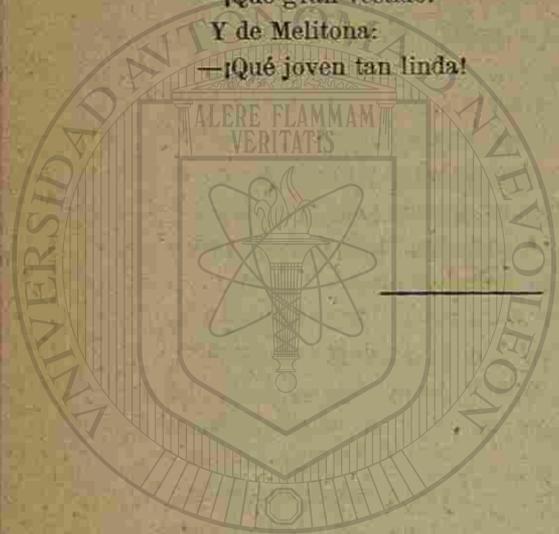
El tocado de Feliciano era riquísimo, pero extravagante.

Al salir de la iglesia, todo el mundo decía de Feliciano:

—¡Qué gran vestido!

Y de Melitona:

—¡Qué joven tan linda!



XI.

No lejos del antiguo convento de Santo Domingo, en el barrio de la Antequeruela de Granada, sobre la pendiente de la colina, se elevaba una casa de brillante blancura, que resaltaba como si fuera de plata entre las verdes hojas de los árboles que la rodeaban.

Por encima de las tapias del jardín salían las hojas de un emparrado y de la enredadera que las tapizaban interiormente.

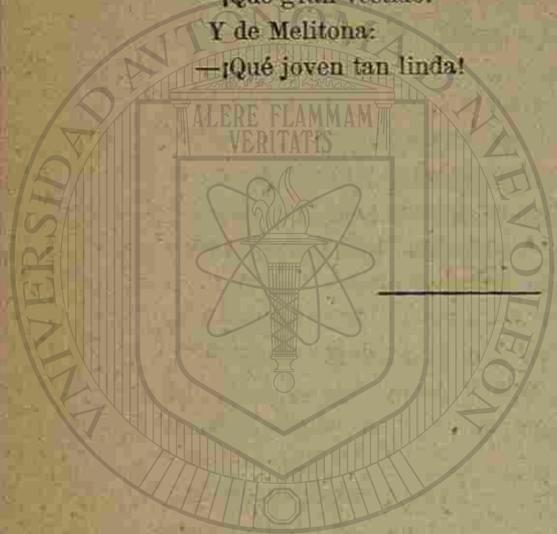
A través de la verja de la puerta se veía: primero, una especie de peristilo adornado de un mosaico de guijarros de diferentes colores; des-

Al salir de la iglesia, todo el mundo decía de Feliciano:

—¡Qué gran vestido!

Y de Melitona:

—¡Qué joven tan linda!



XI.

No lejos del antiguo convento de Santo Domingo, en el barrio de la Antequeruela de Granada, sobre la pendiente de la colina, se elevaba una casa de brillante blancura, que resaltaba como si fuera de plata entre las verdes hojas de los árboles que la rodeaban.

Por encima de las tapias del jardín salían las hojas de un emparrado y de la enredadera que las tapizaban interiormente.

A través de la verja de la puerta se veía: primero, una especie de peristilo adornado de un mosaico de guijarros de diferentes colores; des-

pues, un patio de una arquitectura evidentemente árabe.

Un toldo de lienzo cubria el patio y le convertia en un salon exterior lleno de luz y frescura.

En la pared se veía colgada una guitarra, y sobre un precioso confidente se hallaba un ancho sombrero de paja adornado con cintas verdes.

Cualquiera, al pasar por esta calle y mirar al interior de esta casa, por muy mal observador que fuese, no hubiese podido menos que decir:

—Aquí vive gente feliz.

La felicidad lo ilumina todo, hasta las casas, y las dá un aspecto que no tienen las demás. Las paredes saben reír y llorar; se alegran ó se enojan; son egoistas ú hospitalarias, segun el carácter del habitante que les sirve de alma: la que nos ocupa no podia estar habitada sino por jóvenes amantes ó nuevos esposos.

Puesto que la verja no está cerrada, empujémosla y penetremos en el interior.

En el fondo del patio otra puerta, abierta tambien, nos dará entrada á un jardin que no es ni francés ni inglés, y cuya forma es peculiar de Granada; una verdadera selva virgen de mirtos, naranjos, granados, laureles-rosas, jazmines, sicomoros y terebintos, dominada por algun ciprés

secular, elevándose silenciosamente hácia el cielo, como un pensamiento melancólico en medio de la alegría.

A través de esta multitud de flores y perfumes se lanzaban en argentadas olas las aguas del Darro, traídas allí de la cima de la montaña por los misteriosos trabajos hidráulicos de los árabes.

Pero lo que habia más notable era una alameda de laureles, de lustrosos troncos, en la cual habia dos bancos de mármol rojo, al lado de una fuente de alabastro, de la que saltaba un agua cristalina.

Al fin de esta alameda, sobre cuyo suelo el hermoso sol de Andalucía no podia casi hacer llegar sus rayos, tal era la espesura del follaje, se elevaba un pabellon de forma elegante, de los que en Granada se llaman *tocador* ó *mirador*, y desde donde se disfruta de una vista extensa y pintoresca.

El interior del mirador era una joya del cincelado morisco.

En el fondo, á través del hueco de la ventana, que se abría sobre un abismo, se extendia el más esplendido paisaje que la fantasía del hombre puede concebir.

En primer término, á través de un bosque de

enormes laureles, por entre rocas de mármol y pórfiro, corría el Genil, alegre y bullicioso, en direccion á Granada para reunirse á su hermano, el Darro; más lejos se extendía la rica Vega, con su opulenta vegetacion, y más al fondo, pero tan cerca que parecia poder tocárselas, se elevaban las montañas de Sierra-Nevada.

En aquel momento ocultábase el sol y tenía las nevadas cimas de un rosa que con nada puede compararse.

Un hombre y una mujer, jóvenes ambos, apoyados uno al lado de otro sobre el balcon, admiraban juntos aquel sublime espectáculo; el brazo de él enlazaba el talle de ella, con el casto abandono del amor correspondido.

Despues de algunos minutos de silenciosa contemplacion, levantó la jóven la cabeza y dejó ver un rostro encantador, que no era otro, como nuestros lectores habrán sin duda adivinado, que el de la señora de Salcedo ó Melitona, si este nombre, bajo el cual la conocimos en otro tiempo, es aún de su agrado.

No hay necesidad de decir que el jóven era Andrés.

Tan pronto como se hubo terminado el casamiento, Andrés y su esposa habian partido para

Granada, en donde él poseia una casa que habia heredado de sus tios. Feliciano habia seguido á Sir Eduardo á Lóndres. Cada pareja cedia como se vé á su instinto; la primera buscaba el sol y la poesia; la segunda la civilizacion y la niebla.

Melitona, cumpliendo la promesa que á sí misma se habia hecho, no quiso entrar de lleno en la sociedad aristocrática, en la que tenía derecho por su casamiento con Andrés; temia avergonzar á su marido con su ignorancia, y en este encantador retiro en que la encontramos, olvidaba los sencillos asombros de la pobreza.

Habia ganado mucho tanto física como moralmente. Su belleza, que se hubiera podido creer perfecta, habia aumentado. Algunas veces, en el taller de un gran escultor, se vé una estatua admirable que parece acabada, y sin embargo, el artista encuentra aún medio de añadirle nuevas perfecciones.

Tal habia sucedido con la belleza de Melitona; la felicidad le habia dado, como se suele decir, la última mano.

Andrés gozaba la felicidad de ver nacer, por decirlo así, en la mujer que amaba, una mujer superior á la primera.

En vez del desencanto de la posesion, hallaba cada dia en Melitona una nueva cualidad, una be-

lleza desconocida, y se aplaudía haber tenido valor para hacer lo que el mundo llama una tontería, es decir, casarse, siendo rico, con una jóven pobre aunque de clara inteligencia, admirablemente hermosa y enamorada apasionadamente de él.

Nada faltaba á la felicidad de Andrés y Melitona. Sólo ella pensaba algunas veces en Juanelo, de quien no había oído hablar más; hubiese querido que su dicha no causase la desesperacion de nadie, y la sola idea de los sufrimientos del desgraciado torero, la turbaba en medio de sus alegrías. Me habrá olvidado sin duda, se decía comó para consolarse; se habrá marchado á algun país extranjero, lejos, muy lejos.

¿Había Juanelo olvidado verdaderamente á Melitona? Dudosa es la respuesta. No estaba tan lejos como pensaba la jóven; porque en el momento en que ella se entregaba á esta idea, si hubiese mirado al caballete de la tapia hácia el lado del precipicio, hubiese visto, á través del follage, centellear una pupila fosforescente como la de un tigre, que habria reconocido en su brillo.

—¿Quieres que vayamos á dar un paseo por el Generalife? dijo Andrés á Melitona, á respirar el perfume de las rosas y á oír cantar á los ruiseñores sobre el ciprés de Zoraida?

—Hace todavía mucho calor, amigo mio, y no estoy vestida, respondió la jóven.

—¡Cómo! estás encantadora con tu vestido blanco, tu brazaletes de coral y esa flor de granado que realza el negro de tus cabellos. Ponte nada más que una mantilla, y los reyes moros serán capaces de resucitar cuando atravesies la Alhambra.

Melitona sonrió, púsose la mantilla y cogió su abanico, ese compañero inseparable de la mujer española, y los dos esposos se dirigieron al Generalife.

Nos adelantaremos algunos pasos á Andrés y Melitona, que caminan lentamente bajo la bóveda de hojas de granado, cogidos de la mano y balanceando los brazos como niños juguetones.

Detrás del tronco de una higuera, cuyas hojas de un verde oscuro cubren de sombra el sendero que al pié se bifureca, nos parece haber visto brillar una cosa parecida al cañon de un arma de fuego.

Un hombre se halla tendido boca abajo en el suelo, como un jaguar que acecha su presa y mide con la vista el salto que debe dar para caer sobre ella: este hombre es Juanelo, que vive hace dos meses en Granada, oculto en las cuevas trogloditas de los gitanos, construidas en la pendiente

del Sacro-Monte, en donde están las catacumbas de los mártires.

Veinte veces ya, porque ronda sin cesar alrededor de ella, invisible como un génio maléfico, espiando la ocasion, habia podido poner en ejecucion su proyecto; pero siempre en el momento preciso le habia faltado el valor.

Al ir á su emboscada, porque habia notado que todos los días, y casi á la misma hora, Andrés y Melitona pasaban por aquel camino, habíase jurado ejecutar su funesta resolucion y acabar de una vez para siempre.

Estaba, pues, allí, con un arma preparada al lado, espiando, escuchando los ruidos de pasos á lo lejos, diciéndose como última razon para el crimen:

—¡Ella ha matado mi alma, bien puedo yo matar su cuerpo!

Un ruido de voces risueñas y claras se dejó oír hácia el fin del sendero.

Juanelo se estremeció y se puso lívido; despues levantó el martillo de su pistola.

—¿No es verdad, decia Melitona á su marido, que esta senda parece que conduce al paraiso? ¡No hay más que flores y perfumes, pájaros y luz..... Con un camino como este, casi se siente llegar al más bello sitio!

Diciendo esto, habia llegado la jóven pareja cerca de la higuera fatal.

—¡Qué hermosa está la tarde, qué fresco hace aquí! Me siento alegre y feliz.

El cañon de la pistola invisible estaba tendido perfectamente en direccion de su cabeza, que jamás habia estado más hermosa ni más sonriente.

—Vamos, no más debilidad, murmuró Juanelo poniendo el dedo sobre la cresta del martillo. Es feliz, acaba de decirlo ella misma, nunca momento más oportuno. ¡Que muera sobre esta frase!

En el momento de sacrificar su ídolo, el corazon de Juanelo comenzó á latir como si quisiera saltarle del pecho; una nube pasó por delante de sus ojos; esta duda no duró más tiempo que el de un relámpago; pero salvó á Melitona, que jamás supo el peligro que habia corrido, y que acabó su paseo al Generalife con la más completa tranquilidad de espíritu.

—Está visto, soy un cobarde, dijo Juanelo, echando á correr á través de la maleza; no tengo valor más que contra los toros y los hombres.

Algun tiempo despues se esparció la fama de un torero que hacia prodigios de destreza y valor; jamás se habia visto cosa parecida: decia llegar de

América, de Lima, y á la sazón trabajaba en el Puerto de Santa María.

Andrés, que se encontraba con su mujer en Cádiz, á donde había ido á despedir á un amigo que partía para Manila, tuvo el deseo, bien natural en un aficionado como él, de ir á ver á este héroe de la tauromáquia; Melitona, aunque dulce y sencilla, no era mujer que rechazara semejante proposición, y ambos bajaron al muelle, á fin de tomar el vapor que hace la travesía de Cádiz al Puerto, ó, en su defecto, una de esas barquillas que tienen un ojo abierto, pintado á cada lado de su taja-mar, lo que da á su proa la apariencia de un rostro humano de los más singulares.

Andrés y Melitona tomaron asiento en la popa de una de ellas, cuyo patron tarareaba alegremente presentando el brazo á la jóven para hacerla subir á bordo, dos versos de la canción de los toros del Puerto:

De Cádiz al Puerto un salto pegué,
por ver á mi niña la punta del pié.

Verdaderamente estaba encantadora con su mantilla blanca de encaje, sus rosas en el cabello, su corpiño guarnecido de pasamanerías y cintas prendidas de los hombros, su falda de anchos volantes, sus medias caladas, cubriendo una pierna

hecha á torno, sus lindos zapatos de satén, calzando el pié más diminuto del mundo.

La hora de la corrida se acercaba, y todos fueron encaminándose hácia la plaza, contando maravillas del torero, el cual, si continuaba así y no le mataba un toro, no tardaría en sobrepujar á Montes, porque evidentemente tenía todos los diablos en el cuerpo.

Andrés y Melitona llegados que fueron tomaron asiento en su palco y comenzó la corrida.

Aquel famoso torero estaba vestido de negro; su chupa, guarnecida de oro y de alamares de seda, tenía una riqueza triste en armonía con la fisonomía feroz y casi siniestra del que la llevaba; una faja de seda amarilla ceñía su cintura y hacía destacar sus delgadas caderas; en aquel hombre no había más que músculos y huesos.

Su moreno rostro estaba cruzado de profundas arrugas, producidas más bien por las penas que por los años; pues, si bien la juventud parecía haber pasado por él, la edad madura no había aún podido dejar su huella.

Aquellas facciones, aquella apostura no parecían desconocidas para Andrés; pero por más que hizo no le fué posible recordar donde las había visto antes.

Melitona, por el contrario, no había dudado un sólo instante. A pesar de su poco parecido con él mismo, había enseguida reconocido á Juanelo.

Este profundo cambio, operado en tan poco tiempo la aterrorizó, mostrándole toda la intensidad de la terrible pasión que había hundido hasta tal punto á aquel hombre de bronce y acero.

Abrió precipitadamente el abanico para ocultar su semblante y se inclinó un poco hácia atrás diciendo á Andrés con voz breve:

—Es Juanelo.

Peró había retrocedido demasiado tarde; el torero la había visto; le hizo con la mano una especie de saludo.

—Vámonos, Andrés, dijo Melitona; no sé por qué no me hallo bien aquí; presiento que va á pasar algo terrible.

—¿Qué quieres que pase, respondió Andrés, si no es las caídas de los picadores y los consabidos despazurramientos de caballos?

—Temo que Juanelo cometa alguna de las suyas, que se deje llevar por algun arrebato de furor.

—Siempre tienes en la memoria el navajazo de marras. Si supieras latin, y felizmente lo ignoras, te diría que eso no puede suceder, segun la ley *non*

bis in idem. Además el pobre mozo debe haber tenido tiempo de calmarse.

Juanelo hizo prodigios; trabajaba como si hubiese sido invulnerable, á la manera de Aquiles ó Rolando; cogia á los toros por la cola y los hacia walsar; les ponía el pié entre las astas y los saltaba de un brinco; les quitaba las divisas, se cruzaba de brazos delante de ellos, y con una audacia sin ejemplo les echaba con la capa las suertes más peligrosas.

El público, entusiasmado, aplaudía con frenesí y decía que no se había visto jamás corrida parecida desde el Cid Campeador.

Todas las estocadas que daba Juanelo eran soberbias: despachaba á los toros de una sola, hasta la taza, sin que al cachetero le quedase nada que hacer.

—Pardiez, decía Andrés; Montes, el Chiclanero, Arjona y todos los demás, se van á quedar en pañales; Juanelo los aventajará muy pronto si no lo ha hecho ya.

Salió á la plaza el sexto toro.

Entonces sucedió una cosa extraordinaria, inaudita: Juanelo, despues de haber capeado magistralmente al toro y dado inimitables pases de muleta, tomó la espada, y en vez de hundirla, como era de esperar, en el morrillo de la fiera, la arrojó por el

aire con tanta fuerza, que fué á clavarse en la tierra á veinte pasos de él.

—¿Qué va á hacer? gritaron por todas partes. Eso no es valor, eso es locura; ¿qué nueva invención es esa? ¿Va á matar al toro de un puñetazo en el testuz?...

Juanelo dirigió hácia el palco en que se hallaba Melitona una inefable mirada en la que se fundian todo su amor y todos sus sufrimientos, y permaneció inmóvil delante del toro.

El animal bajó la cabeza, escarbó con su pezuña la tierra, y partió como una flecha introduciendo uno de los cuernos en el pecho del hombre y dando una fuerte sacudida volvió á sacarlo teñido de sangre hasta la raíz.

Un formidable grito de horror, compuesto de 10.000 voces, subió hasta el cielo.

Melitona se agitó convulsa sobre su silla, pálida como una muerta. Durante este supremo instante podía decirse que habia amado á Juanelo.

FIN.

2

AVATAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aire con tanta fuerza, que fué á clavarse en la tierra á veinte pasos de él.

—¿Qué va á hacer? gritaron por todas partes. Eso no es valor, eso es locura; ¿qué nueva invención es esa? ¿Va á matar al toro de un puñetazo en el testuz?...

Juanelo dirigió hácia el palco en que se hallaba Melitona una inefable mirada en la que se fundian todo su amor y todos sus sufrimientos, y permaneció inmóvil delante del toro.

El animal bajó la cabeza, escarbó con su pezuña la tierra, y partió como una flecha introduciendo uno de los cuernos en el pecho del hombre y dando una fuerte sacudida volvió á sacarlo teñido de sangre hasta la raíz.

Un formidable grito de horror, compuesto de 10.000 voces, subió hasta el cielo.

Melitona se agitó convulsa sobre su silla, pálida como una muerta. Durante este supremo instante podía decirse que había amado á Juanelo.

FIN.

2

AVATAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

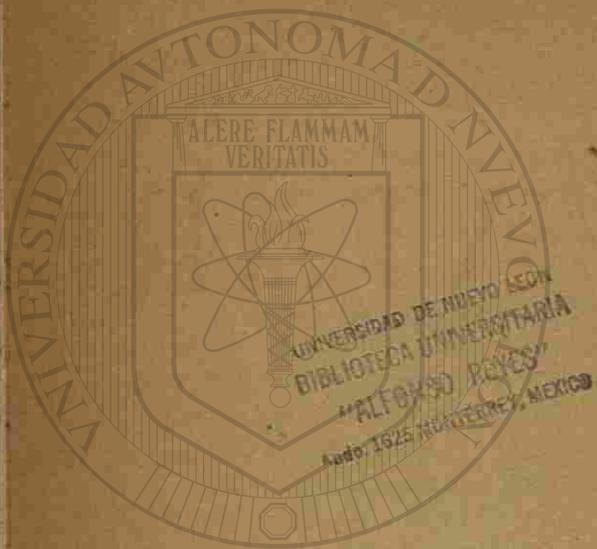
TEÓFILO GAUTIER

AVATAR

traducción de

C. A.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

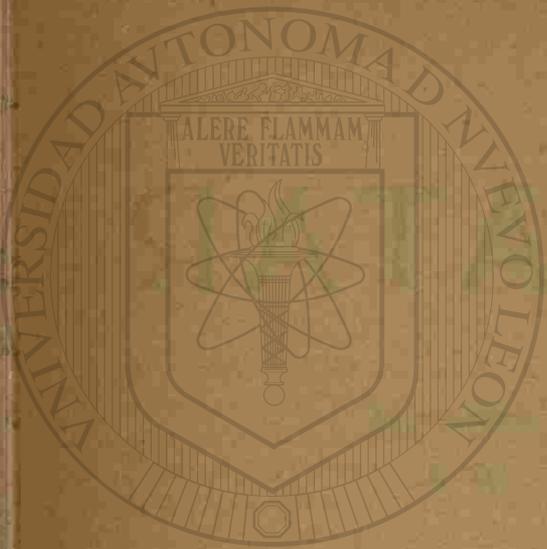
BARCELONA

EDITORIAL CERVANTES

RAMBLA DE CATALUÑA, 72

1923

NÚÑEZ Y C.ª, S. EN C. - S. RAMÓN, 5, BARCELONA



ES PROPIEDAD

Apoderado general en Sud-América:

JOSÉ BLAYA

Formosa, 463—BUENOS AIRES

1

Nadie podía comprender la enfermedad que minaba lentamente a Octavio de Saville. No guardaba cama y hacía su vida ordinaria; jamás salía de sus labios una sola queja y, sin embargo, se moría a ojos vistas. Interrogado por los médicos que iban a visitarle, a instancia de sus parientes y amigos, no podía precisar ningún sufrimiento y la ciencia no descubría en él ningún síntoma alarmante. Auscultado su pecho daba un sonido favorable, y apenas el oído aplicado a su corazón, sorprendía algún latido muy lento o muy precipitado. No tosía ni tenía fiebre, pero la vida se retiraba y huía de él por una de esas invisibles grietas de que, según Terencio, está el hombre lleno.

De vez en cuando un extraño síncope le hacía palidecer y le dejaba frío como el mármol. Durante uno o dos minutos se llegaba a temer que estuviese muerto; después el pulso, detenido por un

dedo misterioso, quedaba suelto, emprendía de nuevo su movimiento y Octavio se despertaba como de un sueño. Le enviaron a tomar baños, pero las ninfas termales nada consiguieron. Hizo un viaje a Nápoles y no se obtuvo mejor resultado. Aquel magnífico sol, tan alabado, le pareció negro como el de un grabado de Alberto Durero; el murciélago que lleva escrita en sus alas la palabra *melancolía*, azotaba el brillante azul con sus membranas polvorientas y revoloteaba entre la luz y él, y se quedó helado en el muelle de la Mergellina, donde los *lazzaroni*, medio desnudos, se tuestan al sol dando a su piel un tinte bronceado.

Había vuelto, pues, a su salita de la calle de San Lázaro, y al menos, aparentemente, recobró sus antiguas costumbres.

Esta habitación estaba tan bien amueblada como lo pudiese estar la de una muchacha; sin embargo, como el interior toma a lo largo la fisonomía y aun quizá el pensamiento de quien lo habita, el departamento de Octavio se había ido entristeciendo poco a poco: el damasco de las cortinas se había descolorido y sólo daba paso a una luz gris; los grandes ramos de peonía se marchitaban sobre el fondo menos blanco del tapiz; el oro de los marcos de algunas acuarelas y de varios bocetos de los buenos pintores había enrojecido lentamente bajo la acción implacable del polvo; el fuego se apagaba lánguidamente entre las cenizas, formando algunas espirales de humo; el viejo péndulo del reloj, in-

crustado de cobre y de concha verde, retenía el ruido de su tic tac, y el sonar de aquellas horas enojosas se oía muy bajo, como en el cuarto de un enfermo; las puertas se cerraban sin estrépito y los pasos de los que de tarde en tarde iban a visitarle se perdían en la alfombra de moqueta. La risa se detenía a sí misma al penetrar en aquellas habitaciones monótonas, frías y oscuras, en donde no faltaba nada de cuanto constituye el lujo moderno. Juan, el criado de Octavio, se deslizaba como una sombra, con un plumero debajo del brazo y un plato en la mano, porque impresionado, a su vez, por la melancolía del local, había acabado por perder su locuacidad. De las paredes colgaban varios trofeos, guantes de esgrima, mascarillas y floretes; pero fácilmente se podía comprender que hacía mucho tiempo que no se habían usado. Algunos libros arrojados con descuido sobre todos los muebles parecían indicar que Octavio había querido, por medio de una lectura maquinal, adormecer alguna idea fija. Una carta empezada, y cuyo papel se había puesto amarillento, parecía como que esperase, desde algunos meses antes, el momento en que su autor terminase, y se mostraba, en medio del escritorio, como un mudo reproche. Aunque habitado, el cuarto parecía que estuviese desierto. La vida se había ausentado de allí, y al penetrar recibía el rostro ese soplo de aire frío que sale de las tumbas cuando las abren.

En esta lúgubre estancia, donde nunca mujer

alguna ponía la punta de su zapatito, Octavio se encontraba mucho mejor que en cualquier otro punto; este silencio, esta tristeza y este abandono le gustaban; el alegre bullicio de la vida le repelía aunque hiciese todo género de esfuerzos para mezclarse a él. Cuando sus amigos le arrastraban a alguna mascarada, a alguna excursión o a alguna cena, volvía más sombrío que antes; cuando se privaba de esta clase de fiestas no luchaba contra su misterioso dolor y dejaba pasar los días con la indiferencia de aquel a quien nada le importa el mañana. No formaba ningún proyecto, no creía en el porvenir y había enviado a Dios tácitamente la dimisión de su vida, esperando que se la admitiese. Por otra parte, si el lector se figura ver en Octavio un rostro flaco y huesudo, un color terroso, los miembros extenuados, víctima de un gran estrago exterior, se equivoca; todo lo más que se podría distinguir son algunas manchas amoratadas debajo de los párpados, algunas nubes tempestuosas alrededor de la órbita, algún enternecimiento en las sienes, surcadas por venas azuladas. Sólo la pupila del alma no brillaba en sus ojos, de los cuales habían huído la voluntad, la esperanza y el deseo. Aquella mirada muerta en un rostro joven, formaba un contraste extraordinario y producía un efecto mucho más doloroso que la mascarilla descarnada, con los ojos iluminados por la fiebre, que caracteriza a las enfermedades ordinarias.

Octavio, antes de languidecer hasta tal punto,

había sido lo que vulgarmente se llama un buen mozo, y lo era todavía: sus negros cabellos con abundantes rizos se agrupaban brillantes y sedosos a ambos lados de la frente; sus grandes ojos aterciopelados, de un azul nocturno, adornados con largas pestañas, se iluminaban de vez en cuando con una luz húmeda; cuando se hallaban en reposo, esto es, cuando no les animaba ninguna pasión, se hacían notar por esa severa quietud que tienen los ojos de los orientales, cuando a la puerta del café de Smirna o de Constantinopla hacen el *kief*, después de haberse fumado su narguile. Su tinte no había sido nunca colorado y se parecía a esos meridionales de un blanco aceitunado que no producen todo su efecto más que a la luz artificial; su mano era fría y delicada, su pie estrecho y encorvado. Vestía con elegancia sin preceder a la moda ni seguirla a retaguardia, y sabía perfectamente hacerse valer sus ventajas naturales. Aunque no tenía ninguna pretensión de *dandy* o de *gentleman rider*, se le hubiese admitido sin escrúpulos en el Jockey-Club.

¿Cómo se explica, pues, que un joven apuesto, rico y con tantas circunstancias favorables para ser feliz, se consumiese de una manera tan miserable? Quizá creáis que Octavio estaba gastado, que las novelas de moda le habían trastornado el cerebro con sus ideas nocivas, que no creía en nada, que de su juventud y de su fortuna derrochadas en locas orgías no le quedaban más que deudas, y, sin embargo, nada de esto es cierto. Octavio no había abu-

sado de los placeres, y por lo mismo no podía encontrarse hastiado; no era de carácter melancólico, ni romántico, ni ateo, ni libertino, ni dilapidador; su vida había sido, hasta entonces, un conjunto de estudios y de distracciones como las de cualquier otro joven. Por la mañana tomaba asiento en las cátedras de la Sorbona, y por la noche se ponía al pie de la escalera del teatro de la Opera para ver pasar aquella cascada de trajes y tocados. No se le conocía ninguna entretenida y se gastaba el dinero sin dilapidar en locos caprichos su capital; así es que su procurador le quería mucho, y eso que era un señor muy económico, incapaz de tomar un sorbete en el verano y de encender la estufa en el invierno. Respecto a la causa de su singular estado, que tenía desesperados a los médicos, no nos atrevemos a decírla. — Tan inconcebible es en París y en medio del siglo XIX! — y por lo tanto dejaremos a nuestro héroe el cuidado de referirla.

Como los médicos ordinarios no entendían ni una palabra de tan extraña enfermedad, por lo mismo que no han presenciado nunca la disección de un alma en los anfiteatros de anatomía, se tuvo que recurrir por fin a un doctor muy extravagante, que había vivido durante muchos años en la India y que tenía fama de haber realizado curas maravillosas.

Octavio, presintiendo una perspicacia bastante poderosa para descubrir su secreto, trataba siempre de excusar la visita del doctor, y sólo ante las reite-

radas instancias de su madre consintió en recibir a Mr. Baltasar Cherbonneau.

Cuando el doctor entró, Octavio estaba reclinado sobre un sofá: una almohada le sostenía la cabeza, en otra apoyaba el codo, y, por último, tenía otra sobre los pies; una bata le envolvía con sus blandos pliegues; estaba leyendo, mejor dicho, tenía un libro en la mano, pues sus ojos no miraban, a pesar de que se hallaban detenidos sobre una página. Su rostro estaba pálido, pero, como hemos dicho, no presentaba ninguna alteración sensible. Una observación superficial no hubiese bastado para comprender el peligro que se corría en la habitación de aquel joven enfermo, cuyo velador sostenía una cigarrera en vez de redomas, tazas, medicinas, tisanas y otros objetos que son de rigor en tales casos. Sus puras facciones, aunque un poco fatigadas, no habían perdido casi nada de su gracia, y a no ser por la atonía profunda y la incurable tristeza de los ojos, hubiese parecido como que Octavio gozaba de una salud normal.

Por indiferente que fuese Octavio, no dejó de llamarle la atención el extraño aspecto del doctor, porque Mr. Baltasar Cherbonneau tenía todo el aire de un personaje escapado de un cuento fantástico de Hoffmann, y no dejaba de excitar la curiosidad el ver una creación tan rara agitándose en la realidad. Su rostro, extraordinariamente atezado, estaba devorado por un cráneo enorme que aun parecía mucho mayor a causa de su extremada cal-

vicie. Su cráneo desnudo y bruñido como el marfil, había conservado su color blanco, mientras que el rostro, expuesto a los rayos del sol, se había revestido, gracias al efecto de toda suerte de brisas, de un color de roble o de retrato esfumado. Las cavidades y los salientes de los huesos se acentuaban, de tal suerte, que la poca carne que la recubría atravesada en todos sentidos por las arrugas, no parecía otra cosa que una piel mojada puesta sobre la cabeza de un muerto. Los escasos cabellos grises que aún flotaban en su occipucio, los llevaba recogidos en tres mechoncitos, dos de los cuales corrían por encima de las orejas, y el otro partía de la nuca para morir en el nacimiento de la frente. Tan extraño peinado recordaba en seguida el uso de las antiguas pelucas de picaporte, y coronaba de una manera grotesca aquella fisonomía de cascanueces. Lo que más llamaba la atención en el doctor, eran, indudablemente, sus ojos. En medio de aquel rostro curtido por los años y calcinado por el cielo incandescente de la India, gastado por el estudio, y en el que las fatigas de la ciencia y de la vida estaban escritas por profundos surcos, patas de gallo resplandecientes y arrugas más prensadas que las hojas de un libro, brillaban dos pupilas de azul turquí, de una limpidez, de una frescura y de una juventud inconcebibles. Estas estrellas azules centelleaban en el fondo de unas órbitas negruzcas y de unas membranas concéntricas, cuyos círculos leonados recor-

daban vagamente las plumas colocadas, en forma de aureola, alrededor de la pupila noctámbula de los búhos. Cualquiera hubiera dicho que por medio de un sortilegio aprendido de los brahmas y de los panditas, el doctor había robado los ojos a un niño y se los había puesto en su rostro de cadáver. En el anciano la mirada señalaba unos veinte años; en el joven, sesenta.

Vestía el traje clásico de los médicos, esto es, levita y pantalón de paño negro, chaleco de seda del mismo color y en el pecho de la camisa un grueso diamante, regalo, al parecer, de algún rajah o de algún nabab. La ropa flotaba como si estuviese colgada de una percha y dibujaba unos pliegues perpendiculares que los fémures y las tibias del doctor cortaban en ángulos agudos cada vez que se sentaba. Para producir esta fenomenal delgadez no había bastado el sol devorador de la India. Sin duda Baltasar Cherbouneau se había sometido con el objeto de ser un iniciado, a los largos ayunos de los fakirs, o se había extendido sobre la piel de gacela de los yoghis entre las cuatro estufas encendidas. Sin embargo, esta pérdida de substancia no acusaba ninguna debilidad. Los sólidos ligamentos extendidos sobre las manos como las cuerdas sobre la plancha de un violín unían entre sí los huesos descarnados de las falanges y los movían sin que rechinaran demasiado.

El doctor sentóse en el sitio que le designó Octavio con la mano, al lado del diván. Al reclinarsse

recogió los codos, con movimientos que indicaban la costumbre inveterada de replegarse, pero que parecían los que se efectúan para recoger un metro, movimientos que acusaban la inveterada costumbre de sentarse sobre las alfombras. Así colocado Mr. Cherbonneau, volvióse de espaldas a la luz que daba de lleno en el rostro del enfermo, situación favorable para el examen y que adoptan generalmente los observadores, más partidarios de ver que de ser vistos. Aunque el rostro del doctor quedó bañado por la sombra y sólo la parte más alta de la cabeza reluciente y redonda como un gigantesco huevo de avestruz recogía algunos rayos luminosos, Octavio distinguía el brillo de las extrañas pupilas azules que parecían dotadas de una luz propia como los cuerpos fosforescentes. Uno de estos rayos agudos y claros llegaba hasta el pecho del joven enfermo y le producía un escozor y un calor algo parecidos a los del emético.

—Y bien, caballero—dijo el doctor después de un momento de silencio, durante el cual pareció como que había resumido los indicios recogidos en su rápida inspección—, veo que no se trata aquí de un caso de patología vulgar; no tenéis ninguna de esas enfermedades catalogadas, con síntomas característicos, que el médico descubre por sí o por empirismo. Cuando haya hablado con vos algunos minutos, no os pediré papel para formularos una receta tomada del *Codex*, y poner al pie de ella una

firma jeroglífica para que vuestro ayuda de cámara la lleve al farmacéutico de la esquina.

Octavio se sonrió débilmente como para darle las gracias a Mr. Cherbonneau porque le libraba de remedios inútiles y fastidiosos.

—No os alegréis tan pronto—dijo el doctor—. Aunque no padecéis una hipertrofia del corazón, ni tenéis tubérculos en el pulmón, ni reblandecimiento de la medula espinal, ni derrames serosos en el cerebro, ni fiebre tifoidea o nerviosa, no por ello os forméis la ilusión de que disfrutáis buena salud. Dadme la mano.

Octavio, creyendo que Mr. Cherbonneau iba a tomarle el pulso y a sacar el reloj para contar los segundos, levantóse la manga de la bata, descubrió la muñeca y se la largó maquinalmente al doctor. Este, sin buscar esa pulsación rápida o lenta que indica si el reloj de la vida se ha descompuesto en el hombre, aprisionó en su negra mano, cuyos huesudos dedos parecían la pata de una langosta, la mano delicada y húmeda del joven, la palpó y la estrechó de manera que parecía querer ponerse en comunicación magnética con su cliente. Octavio, quizá porque era algo escéptico en medicina, no pudo menos de experimentar cierta ansiosa emoción, porque le parecía que el doctor atraía su alma por medio de estos experimentos y que la sangre había abandonado de pronto su rastro.

Querido Octavio—dijo el doctor—, vuestra situación es mucho más grave de lo que os figu-

ráis, y la ciencia, tal como la practican los rutinarios médicos de Europa, no puede nada; no tenéis deseos de vivir y el alma se va desatando insensiblemente de vuestro cuerpo; no existe en vos ni hipocondría, ni lipemania, ni tendencia melancólica al suicidio. ¡No! El caso es raro y curioso; de manera que si yo no me opusiese a ello, podríais morir sin ninguna lesión interior o externa que se pudiera apreciar. Ya era tiempo de que me llamaséis, pues el alma está unida al cuerpo por un hilo muy débil y ahora vamos a hacer un buen nudo.

El doctor se frotó alegremente las manos, ensayando una sonrisa, que produjo un remolino de arrugas en los mil pliegues de su rostro.

—Mr. Cherbonneau, no sé si conseguiréis curarme, cosa de que, en verdad, no tengo muchos deseos; pero debo confesaros que desde el primer momento habéis descubierto la causa del estado misterioso en que me encuentro. Paréceme como que el cuerpo se ha hecho permeable y deja escapar mi sér como una criba abre paso al agua por sus agujeros. Siento que me hundo en el gran todo, sin que a pesar de ello pueda comprender adónde voy. La vida, a la que me consagro todo lo que es posible, la pantomima habitual, para no disgustar a mis padres ni a mis amigos, me parece que se halla tan lejos de mí, que hay instantes en los que llego a creerme fuera de la esfera humana; pienso en las causas que determinaban mis actos otras veces, cuya impulsión mecánica dura todavía, pero sin

darme cuenta de lo que hago. Me siento a la mesa a las horas ordinarias y parece como que realmente coma y beba, a pesar de que no siento ningún gusto aun en los platos más cargados de especias y en los vinos más fuertes; la luz del sol me parece tan pálida como la de la luna y las bujías producen para mí una llama negra. Tengo frío en los días más calurosos del verano, frecuentemente se produce dentro de mí un gran silencio, como si el corazón no latiese o como si los rodajes interiores se hubiesen detenido por una causa desconocida. La muerte debe ser parecida a tal estado, si es que pueden darse cuenta de ella los difuntos.

—Tenéis—dijo el doctor—una imposibilidad de vivir crónica, enfermedad moral mucho más frecuente de lo que vulgarmente se cree. El pensamiento es una cosa que puede matar lo mismo que el ácido prúsico y la chispa de una botella de Leyde, aunque la huella que deja a su paso no sea perceptible a los débiles medios de análisis de que dispone la ciencia vulgar. ¿Qué sentimiento ha clavado sus afiladas uñas en vuestras entrañas? ¿Desde lo alto de qué ambicioso secreto habéis caído roto y deshecho? ¿Qué amarga desesperación rumiais en la inmovilidad? ¿Es la sed del poder lo que os atormenta? ¿Habéis renunciado voluntariamente a un objeto colocado fuera del alcance humano? Aun sois demasiado joven para esto. ¿Os ha engañado alguna mujer?

—No, doctor—contestó Octavio—, ni siquiera he logrado esta dicha.

—Y, sin embargo—dijo Mr. Baltasar Cherbonneau—, leo en vuestros tiernos ojos, en la posición negligente de vuestro cuerpo, en el timbre sordo de vuestra voz, el título de una comedia de Shakespeare, y lo leo tan bien como si estuviese escrito en caracteres de oro sobre el lomo de una encuadernación en tafilete.

—¿Y cuál es esa comedia que yo represento sin saberlo?—preguntó Octavio, cuya curiosidad se despertaba más y más.

—*Love's labours lost*—dijo el doctor con una pureza de acento que denunciaba su larga residencia en las posesiones inglesas de la India.

—Lo cual quiere decir, si no me engaño, «Penas de amor perdidas».

—Exactamente.

Octavio no contestó; un ligero carmín coloreó sus mejillas, y para ver de contenerse, se puso a jugar con las borlas de los cordones de la bata; el doctor había replegado mientras tanto una pierna sobre la otra, lo cual producía el efecto de los huesos en cruz que suelen grabarse sobre las tumbas, y se cogía el pie con la mano, según es uso y costumbre en el Oriente. Sus azules ojos se introducían en los ojos de Octavio y los interrogaban con una mirada imperiosa y dulce.

—Prosigamos—dijo Mr. Baltasar Cherbonneau—, abridme vuestro pecho; yo soy el médico

de las almas y vos sois mi enfermo. Como el sacerdote católico, exijo de vos una confesión completa, la cual podréis hacer sin poneros de rodillas como el penitente.

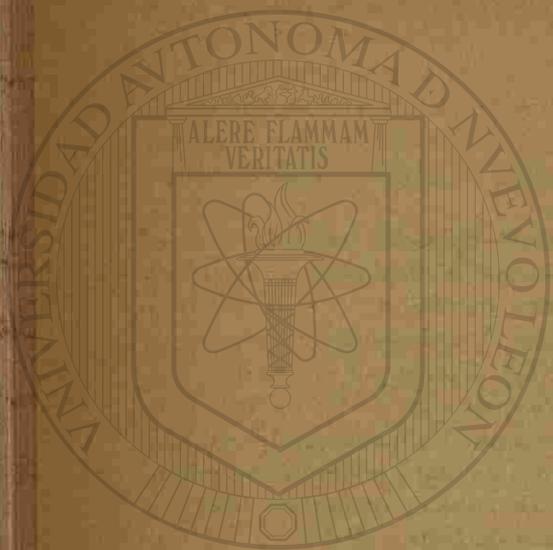
—¿Para qué? Suponiendo que hayáis adivinado mis dolores, no ha de aminorarlos el que os los cuente. Mi tristeza no tiene nada de comunicativa; ningún poder humano, ni aun el vuestro, es bastante para curarme.

—Tal vez—contestó el doctor reclinándose sobre la butaca como el que se dispone a escuchar una confidencia de alguna extensión.

—No quiero—dijo Octavio—que me acuséis de una terquedad pueril, y dejáros por efecto de mi silencio un medio para que os lavéis las manos cuando sobrevenga mi muerte. Ya que mostráis empeño en ello, os contaré mi historia; habéis adivinado el fondo y no estoy en el caso de disputaros los detalles. No esperéis nada extraño o novelesco. Es una aventura muy sencilla, muy común y muy usual; pero como dice la canción de Enrique Heine, aquel que pasa por ella le encuentra mucha novedad y parece como que se le desgarran el corazón. En verdad, siento el tener que referir una cosa tan vulgar a un hombre que, como vos, ha vivido en los países más fabulosos y más quiméricos.

—No temáis—dijo el doctor sonriendo—; sólo lo común es extraordinario para mí.

—Pues bien, doctor, yo me muero de amor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

II

—«Encontrábame en Florencia a fines del verano, el año 184..., la mejor estación para ver aquella comarca. Tenía tiempo, dinero, iba provisto de buenas cartas de recomendación, y era a la sazón un joven de buen humor que no pensaba más que en divertirse. Me instalé en el Long-Arno, alquilé una calesa y me dejé arrastrar por esa dulce vida florentina que tantos encantos tiene para el extranjero. Por la mañana iba a visitar alguna iglesia, palacio o galería artística tranquilamente, sin precipitación de ningún género, para no producirme esa indigestión de obras maestras que en Italia causa, aun a los más entusiastas, las náuseas del arte; unas veces contemplaba las puertas de bronce del Baptisterio, otras el Perseo de Benvenuto en la «loggia dei Lanzi», el retrato de la Fornarina en los Oficios, o la Venus de Canova en el palacio Pitti; pero nunca fui a ver más de un objeto a la vez. Después me

desayunaba en el café Doney con una taza de café helado, fumaba algunos cigarros, repasaba los periódicos, y con el ojal lleno de flores que, de grado o por fuerza, me ponían esas bellas floristas que con sus grandes sombreros de paja se colocan a la puerta de los cafés, retirábame a casa a dormir la siesta. A las tres volvía la calesa y me llevaba a los «Cascinos». Los Cascinos, son, en Florencia, lo que el bosque de Bolonia es en París, con la única diferencia de que todos se conocen, y de que el paseo forma una especie de salón al aire libre donde los sillones están reemplazados por los carruajes detenidos y arreglados en forma de semicírculo. Las mujeres, vestidas con sus mejores trajes y casi acostadas sobre los almohadones, reciben las visitas de los amantes y admiradores, de los *dandys* y de los agregados de legación que se detienen en el andén de pie y con el sombrero debajo del brazo.—Pero vos sabéis todo esto mejor que yo—. Allí se forman los proyectos para la noche, se conciertan las visitas, se dan respuestas, se aceptan invitaciones; es como una Bolsa del placer que está abierta de tres a cinco de la tarde a la sombra de árboles magníficos y bajo el cielo más bello del mundo. Es obligatorio para toda persona acomodada el hacer todos los días una aparición en los Cascinos. Yo nunca faltaba, y por la noche, después de comer, iba a algunos salones o a la Pergola, cuando la cantante valía la pena.

»Así pasé uno de los meses más felices de mi

vida; pero esta felicidad no podía ser duradera. Un día se detuvo en los Cascinos una magnífica calesa. Este excelente producto de la fabricación de carruajes de Viena, obra maestra de Laurenzi, charolada con un barniz brillante, adornada con un blasón casi real, iba tirada por el tronco de caballos más hermosos que han piafado nunca en Hyde-Park, o en Saint-James, en el Drawing-Room de la Reina Victoria, y conducida a la Daumont, de la manera más correcta, por un joven *jockey* con pantalón de piel blanca y casaca verde; el metal de los arneses, los guarda ruedas, y las empuñaduras de las portezuelas, brillaban como el oro y lanzaban rayos al mismo sol. Todos los ojos se fijaron en tan espléndido equipo que, después de describir un círculo tan regular como si lo hubiesen hecho con un compás, fué a situarse junto a los demás carruajes. Como supondréis, la calesa no estaba vacía; pero como fué tan rápido el movimiento, no pudo distinguirse más que la punta de un pieccecito apoyado sobre la almohada de delante, un gran pliegue del chal y el disco de una sombrilla con franja de seda blanca. Cerróse la sombrilla y dejó ver una mujer de una belleza incomparable. Como yo iba a caballo pude acercarme lo bastante para no perder ni un solo detalle de aquella obra maestra. La extranjera llevaba un vestido verde de agua con cambiantes de plata, es decir, ese color que hace aparecer negra como un topo a toda mujer que no posea un color irreprochable. Era una

rubia, segura de su color, que se presentaba haciendo alarde de él. Un gran crespón blanco, de China, todo lleno de bordados del mismo color, envolvía su vestido ligero y lleno de plieguecitos, como una túnica de Fidias. El rostro llevaba por aureola un sombrero de la más fina paja de Florencia, lleno de myosotis y de delicadísimas plantas acuáticas con sus estrechas hojas blancas. Por toda joya una argolla de oro llena de turquesas, adornaba el brazo que sostenía el puño de marfil de la sombrilla.

«Perdonadle, querido doctor, esta descripción propia de un diario de modas, a un amante para quien estos pequeños recuerdos tienen una importancia enorme. Espesos «bandeaux» rubios y encrespados, cuyos anillos formaban un oleaje de fuego, descendían en ondas opulentas desde su frente, más blanca y más pura que la nieve virgen caída durante la noche en la cima más alta de los Alpes; unas pestañas largas y delicadas como esos hilos de oro que los miniaturistas de la Edad Media ponen alrededor de la cabeza de sus ángeles, velaban a medias sus pupilas de un azul verdoso parecido a esas luces que se descubren en los hielos por un efecto del sol; su boca, divinamente dibujada, presentaba esas tintas purpúreas de las conchas de Venus, y sus mejillas parecían tímidas rosas blancas que hiciese enrojecer la declaración de un ruiseñor o el beso de una mariposa. Ningún pincel humano sería capaz de reproducir aquel tinte de una suavidad, de una frescura y de una transparencia inma-

teriales, cuyos colores no parecían producidos por la grosera sangre que ilumina nuestras fibras; los primeros tintes sonrosados de la aurora sobre las cimas de las sierras nevadas; el color carnoso que tienen algunas camelias blancas al nacimiento de sus pétalos; el mármol de Paros visto a través de un velo de gasa de color de rosa, pueden sólo daros una idea lejana. Lo que podía verse de su cuello entre las cintas del sombrero y lo alto del chal brillaba con una blancura que poseía los cambiantes del arco iris y los reflejos del ópalo. Aquella magnífica cabeza no satisfacía tanto por la corrección del dibujo como por el color a la manera de las obras de la escuela veneciana, y eso que sus contornos eran tan puros y delicados como los de los perfiles antiguos trazados en el ágata de los camafeos.

«Como olvida Romeo a Rosalinda al ver a Julieta, así olvidé todos mis primeros amores al aparecer aquella belleza suprema. Las páginas de mi corazón se quedaron en blanco; todos los nombres y todos los recuerdos se borraron. No me era posible comprender cómo había encontrado algún atractivo en esas alianzas vulgares que evitan muy pocos jóvenes y que yo mismo me arrojaba en cara como culpables infidelidades. Una nueva vida nació en mí desde el día de aquel fatal encuentro.

«La caleña dejó los Cascinos y tomó el camino de la ciudad, llevándose la deslumbradora visión. Por mi parte puse el caballo junto al de un joven ruso muy aficionado a correr los establecimientos

de baños, visitador de todos los salones cosmopolitas de Europa y que conocía a fondo el personal viajero de la alta sociedad. Hice recaer la conversación sobre la extranjera y supe que era la condesa Prascovia Labinska, una lituana de nacimiento ilustre y gran fortuna, cuyo marido estaba desde hacía dos años en la guerra del Cáucaso.

«Inútil será el decirlos la diplomacia que puse en juego para que me recibiese la condesa, a quien la ausencia de su marido obligaba a guardar cierta severidad respecto a las presentaciones. Por fin se me admitió; dos princesas viudas y cuatro barones entrados en años respondieron por mí con su antigua virtud.

«La condesa Labinska había alquilado una «villa» magnífica que en otro tiempo perteneció a los Salviati y que estaba situada a una media legua de Florencia. En pocos días había conseguido instalar todas las condiciones modernas en aquella antigua residencia, sin alterar en nada su belleza severa y su sobria elegancia. Unos grandes cortinajes llenos de blasones se agarraban con firmeza a las arcadas ojivales; los sillones y demás muebles de forma antigua armonizaban perfectamente con las paredes cubiertas de ensambladuras negruzcas, o de frescos con un color amortiguado como el de los viejos tapices. No se veía ningún color nuevo, ni hería la pupila un objeto dorado y brillante; el presente no estaba reñido con el pasado. La condesa tenía un aire tan natural de castellana, que aquel

viejo palacio parecía construído expresamente para ella.

«Si la radiante belleza de la condesa me sedujo, más me enamoré todavía cuando al cabo de algunas visitas pude descubrir en ella un talento raro, delicado y extenso. Cuando hablaba de algún asunto de interés, el alma asomábase a las ventanas de sus ojos, y por decirlo así, se hacía visible. Su blancura se iluminaba por un rayo interior, como el alabastro de una lámpara; había en su color algo de esas chispas fosforescentes, de esos temblores luminosos de que habla Dante al pintar los esplendores del paraíso; cualquiera hubiese dicho que era un ángel destacándose claramente en medio de un sol. Yo permanecí deslumbrado, estático y estupefacto. Abismado en la contemplación de su belleza, atraído por el sonido de su voz celestial, que hacía de cada idioma una música inefable, cuando tenía necesidad de responder balbucía algunas palabras incoherentes que debían darle pobrísima idea de mi inteligencia. De vez en cuando una imperceptible sonrisa, de una ironía amistosa, pasaba como una luz sonrosada por sus labios encantadores, y esto se debía casi siempre a ciertas frases que denotaban por parte mía una turbación profunda o una incurable tontería.

«Aun no le había confesado mi amor; ante ella estaba sin ideas, sin fuerzas y sin valor; mi corazón golpeaba como si quisiera salirse del pecho para arrojarse a los pies de su soberana. Veinte veces

intenté explicarme, pero una invencible timidez me detenía. El menor gesto de frialdad o de reserva por parte de la condesa me producía efectos mortales y comparables sólo a los del condenado a muerte que, puesta la cabeza en el tajo, espera que la hoja de la fatal cuchilla le corte el cuello. Algunas contracciones nerviosas me ahogaban, y de vez en cuando un sudor frío bañaba todo mi cuerpo. Tan pronto enrojecía como me quedaba pálido y siempre abandonaba la casa sin haberle dicho nada, temiendo no encontrar la puerta y tambaleándome por las escaleras como un borracho.

»Cuando ya estaba fuera me volvían todas las facultades y daba al viento los ditirambos más inflamados. Dirigía al ídolo ausente mil declaraciones de una elocuencia irresistible, e igualaba en mis apóstrofes mudos a los grandes poetas del amor. El «Cantar de los Cantares» de Salomón con su vertiginoso perfume oriental y su lirismo alucinado de «haschich», los sonetos de Petrarca con sus sutilezas platónicas y sus delicadezas etéreas, el «Intermezzo» de Enrique Heine con su sensibilidad nerviosa y delirante, no son nada al lado de la inconmensurable efusión que absorbía mi vida. Al terminar cada uno de estos monólogos me parecía que vencida la condesa había de descender en seguida desde el cielo a mi corazón, y más de una vez crucé los brazos sobre el pecho creyendo que iba a estrecharla entre ellos.

»Estaba tan completamente trastornado, que me

pasaba horas enteras murmurando en una especie de letanía de amor, estas dos palabras: «Prascovia Labinska», y encontraba un encanto indefinible en estas sílabas, pronunciadas unas veces lentamente, como si fuesen perlas, y dichas otras con la vulubilidad febril del devoto a quien exalta su misma plegaria. Otras veces escribía su nombre en magníficos trozos de vitela, reproduciendo las mejores muestras caligráficas de la Edad Media, como rosetones de oro, flores de azur y ramajes verdes. En este trabajo empleaba una minuciosidad apasionada y una perfección pueril durante las horas que separaban mis visitas a la condesa. No podía leer ni ocuparme en otra cosa que no fuese esto. Prascovia era lo único que en el mundo me interesaba, hasta el extremo de no abrir siquiera las cartas que recibía de Francia. Muchas veces hice esfuerzos para salir de este estado; traté de poner en juego los axiomas de seducción aceptados por los jóvenes, las estratagemas que empleaban los Valmont del café de París y los Don Juan del Jockey-Club; pero al ir a ponerlos en práctica me faltaba el valor y me quejaba de no poseer, como el Julián Sorel de Stendhal, un paquete de cartas progresivas para ir las copiando y enviándoselas a la condesa. Me contentaba con amarla entregándome en cuerpo y alma, sin pedirle nada en cambio y sin una esperanza, siquiera ésta fuese lejana, porque mis sueños más audaces apenas se atrevían a tocar con los labios las puntas de los sonrosados dedos de Pras-

covia. El joven novicio, con la frente sobre las gradas del altar, y el caballero arrodillado en su rígida armadura, no podían tener hacia la Virgen, en el siglo xv, una veneración más completa.»

Mr. Baltasar Cherbonneau había escuchado a Octavio con una atención profunda, porque para él el relato del joven no era sólo una historia novelesca; así es que murmuró durante una pausa del narrador: «Si; este es el diagnóstico del amor-pasión, una enfermedad curiosa que no he encontrado más que una vez—en Chandernagor—en una joven paria enamorada de un brahma. La pobre niña murióse, pero era una salvaje; vos, querido Octavio, pertenecéis a la raza civilizada y os curaremos.» Cerrado este paréntesis, le hizo a Mr. de Saville una seña con la mano para que continuase, y replegando la pierna sobre el muslo, como la pata articulada de un saltamonte, a fin de poder apoyar la barba en la rodilla, quedóse tranquilo en esta posición, imposible para cualquiera, pero que parecía muy cómoda para él.

—«No quiero fastidiaros con los detalles de mi secreto martirio—dijo Octavio—, y voy a llegar a una escena decisiva. Un día, no pudiendo moderar mi imperioso deseo de ver a la condesa, adelanté la hora de mi acostumbrada visita. Hacía un tiempo tempestuoso y horrible. No encontré a la señora Labinska en el salón. Se hallaba bajo un pórtico sostenido por una esbelta columnata que formaba una especie de galería por la que se bajaba al jardín,

Prascovia se había hecho llevar allí su piano, un sofá y algunas sillas de junco; gran número de jardineras colmadas de flores olorosas—en ninguna parte son tan frescas ni olorosas como en Florencia—llenaban los intercolumnios e impregnaban con sus perfumes los soplos de la brisa que venían de los Apenninos. Por entre las arcadas se veían los tejos y los recortados bojés del jardín, en medio de los cuales se levantaban algunos añosos cipreses que adornaban los mármoles mitológicos del gusto atormentado de Baccio Bandinelli o del Ammanato. En el fondo, y por encima de la silueta de Florencia, se erguía la iglesia de Santa María del Fiore y resaltaba la torre cuadrada del palacio de Vecchio.

«La condesa estaba sola, medio acostada sobre el sofá de junco; nunca me había parecido tan hermosa; su cuerpo negligente, con la languidez que producía el calor, estaba bañado como el de una ninfa marina por la blanca espuma de un ancho peinador de muselina de las Indias, que adornaba de alto a bajo una guarnición rizada como la franja de plata de una ola; un broche de acero niquelado del Khorassan, cerraba sobre el pecho este traje tan ligero como el ropaje que flota alrededor de la Victoria, sujetando su sandalia. Por entre las abiertas mangas aparecían, como los pistilos en el cáliz de una flor, sus brazos de un color más puro que el del alabastro del que se sirven los escultores florentinos para tallar las copias de las estatuas antiguas; un ancho cinturón negro atado a la cintura, y cuyas

puntas caían sobre la falda, se destacaba vigorosamente en medio de aquella blancura. Lo que podía tener de triste ese juego de colores consagrados al luto, estaba aminorado por la punta de una zapatilla circasiana de tafete azul llena de arabescos amarillos, la cual asomaba por debajo del último pliegue de la muselina.

»Los rubios cabellos de la condesa, cuyos flotantes rizos descubrían su frente como si los hubiese levantado el soplo del aire, dejaban ver las sienes en medio de una aureola que quebraba la luz y la reproducía en partículas de oro.

»Cerca de ella, sobre una silla, palpitaba al soplo del aire un gran sombrero de paja de arroz, adornado con largas cintas negras, parecidas a las del traje, y descansaba un par de guantes de Suecia que aun no se había puesto. Al presentarme, Prascovia cerró el libro que estaba leyendo—las poesías de Mikiewicz—y me acogió con un leve y afectuoso movimiento de cabeza. Estaba sola—circunstancia favorable y rara—. Me senté delante de ella en el sitio que me designó. Entre los dos reinó, durante varios minutos, uno de esos silencios penosos cuando se prolongan. No encontraba a mi disposición ninguna de esas expresiones propias de una conversación banal. Mi cabeza sentía los efectos del mareo, olas de fuego me subían del corazón a los ojos y mi amor me gritaba: «No pierdas esta ocasión suprema».

»Ignoro lo que hubiese hecho si la condesa, adi-

vinando la causa de mi turbación, no se hubiese medio levantado, alargando hacia mí su mano como para taparme la boca.

»—No me digáis ni una sola palabra, Octavio: me amáis, lo sé, lo siento y lo creo; no os lo prohíbo porque el amor es involuntario. Otras mujeres más severas se darían por ofendidas; yo os compadezco, porque no puedo amaros; y es verdaderamente triste para mí el ser la causa de vuestra desgracia. Siento haberme cruzado en vuestro camino y maldigo el instante en que pensé dejar Venecia para visitar Florencia. Creía que mi constante frialdad acabaría por mortificaros y por alejaros; pero el verdadero amor, cuyas señales se ven muy manifiestas en vuestros ojos, no se detiene ante ningún obstáculo. Que mi dulzura no haga nacer en vos ninguna ilusión, ningún sueño, y no toméis mi piedad por una inclinación hacia vos. Un ángel con escudo diamantino, con una espada de fuego, me guarda contra toda seducción mejor que la religión, mejor que el deber, mejor que la virtud; ese ángel es mi amor, porque yo adoro al conde Labinska, porque yo he tenido la dicha de encontrar la pasión en el matrimonio.

»Un río de lágrimas asomóse a mis párpados ante una confesión tan franca, tan leal, tan noble y tan púdica. En aquel momento sentí que se rompía el resorte de mi vida.

»Prascovia, conmovida, se levantó y por medio

de un movimiento debido a esa graciosa piedad femenina, pasó por mis ojos su pañuelo de batista.

»Vamos, no lloréis—me dijo—, yo os lo prohibo. Procurad acordaros de otra cosa; imaginaos que me he marchado para siempre, que me he muerto; olvidadme. Viajad, trabajad, ejerced el bien, mezclaos activamente en la vida humana; consolaos en un arte o en un amor...

»La hice un gesto negativo.

»¿Creéis que sufrirá menos vuestro corazón viéndome continuamente? Venid, pues, todos los días, yo os recibiré en mi casa. Dios aconseja que perdonemos a nuestros enemigos. ¿Por qué hemos de tratar peor a los que nos aman? Sin embargo, la ausencia me parece un remedio más seguro.—Dentro de dos años nos podremos estrechar la mano sin peligro... para vos—añadió tratando de sonreirse.

»Al día siguiente salí de Florencia; pero ni el estudio, ni los viajes, ni el tiempo, han disminuído mis sufrimientos, y me siento morir. ¡No me lo impidáis, doctor!»

—¿Habéis vuelto a ver a la condesa Prascovia Labinska?—preguntó el doctor, cuyos azules ojos brillaban de una manera extraordinaria.

—No—respondió Octavio—, pero está en París.

Y alargó al doctor Baltasar Cherbonneau una tarjeta que decía:

«La condesa Prascovia Labinska recibe en su casa los jueves.

III

Entre los escasos paseantes que en aquella época recorrían la avenida Gabriel de los Campos Elíseos, desde la embajada de Turquía hasta el Elíseo Borbón, prefiriendo al torbellino pavoroso y al elegante bullicio de la gran calzada el aislamiento, el silencio y la fresca calma de aquel paseo bordado de árboles por un lado y de jardines por el otro, había pocos que no se detuviesen con cierto sentimiento de admiración mezclado de envidia, delante de un poético y misterioso retiro, en donde, cosa rara, la riqueza parecía vivir en compañía de la felicidad.

¿A quién no le ha ocurrido muchas veces detenerse a la puerta de un parque, mirar largo rato la blanca residencia a través de las guirnaldas de verdura y alejarse con el corazón ensanchado, como si el sueño de la vida estuviese oculto tras de aquellas paredes? Por el contrario, otras moradas, vistas desde fuera os inspiran una tristeza indefinible; el

de un movimiento debido a esa graciosa piedad femenina, pasó por mis ojos su pañuelo de batista.

»Vamos, no lloréis—me dijo—, yo os lo prohibo. Procurad acordaros de otra cosa; imaginaos que me he marchado para siempre, que me he muerto; olvidadme. Viajad, trabajad, ejerced el bien, mezclaos activamente en la vida humana; consolaos en un arte o en un amor...

»La hice un gesto negativo.

»¿Creéis que sufrirá menos vuestro corazón viéndome continuamente? Venid, pues, todos los días, yo os recibiré en mi casa. Dios aconseja que perdonemos a nuestros enemigos. ¿Por qué hemos de tratar peor a los que nos aman? Sin embargo, la ausencia me parece un remedio más seguro.—Dentro de dos años nos podremos estrechar la mano sin peligro... para vos—añadió tratando de sonreírse.

»Al día siguiente salí de Florencia; pero ni el estudio, ni los viajes, ni el tiempo, han disminuído mis sufrimientos, y me siento morir. ¡No me lo impidáis, doctor!»

—¿Habéis vuelto a ver a la condesa Prascovia Labinska?—preguntó el doctor, cuyos azules ojos brillaban de una manera extraordinaria.

—No—respondió Octavio—, pero está en París.

Y alargó al doctor Baltasar Cherbonneau una tarjeta que decía:

«La condesa Prascovia Labinska recibe en su casa los jueves.

III

Entre los escasos paseantes que en aquella época recorrían la avenida Gabriel de los Campos Elíseos, desde la embajada de Turquía hasta el Elíseo Borbón, prefiriendo al torbellino pavoroso y al elegante bullicio de la gran calzada el aislamiento, el silencio y la fresca calma de aquel paseo bordado de árboles por un lado y de jardines por el otro, había pocos que no se detuviesen con cierto sentimiento de admiración mezclado de envidia, delante de un poético y misterioso retiro, en donde, cosa rara, la riqueza parecía vivir en compañía de la felicidad.

¿A quién no le ha ocurrido muchas veces detenerse a la puerta de un parque, mirar largo rato la blanca residencia a través de las guirnaldas de verdura y alejarse con el corazón ensanchado, como si el sueño de la vida estuviese oculto tras de aquellas paredes? Por el contrario, otras moradas, vistas desde fuera os inspiran una tristeza indefinible; el

fastidio, el abandono, la desesperación llenan la fachada con sus tintas grises y amarillean las copas casi deshojadas de los árboles; las estatuas sufren la lepra del musgo, las flores se musitan, el agua de los estanques enverdece, las hierbas malas invaden los senderos a pesar del rasero, y los pájaros, si por casualidad los hay, enmudecen.

Los jardines estaban separados del paseo por unos arroyos y se prolongaban formando unas cintas más o menos anchas hasta el edificio, cuya fachada daba frente a la calle del Faubourg-Saint-Honoré. Este del que hablamos lo circundaba una tapia formada con piedras muy gruesas y escogidas por la curiosa irregularidad de sus formas, las cuales se levantaban a ambos lados en forma de bastidores, cerrando sus rugosas asperezas y sus masas sombrías en fresco y verde paisaje colocado entre ellas. Entre las grietas de las rocas el cardo, la asclepiada encarnada, el milepertuis, la cimbalaria, la siempreviva y la yedra de Irlanda encontraban bastante tierra vegetal para alimentar sus raíces y destacaban sus verdes abigarrados sobre el fondo vigoroso de la piedra. Un pintor no hubiese podido poner mejor asunto en el primer término de un cuadro.

Las paredes laterales que cerraban este paraíso terrenal desaparecían bajo una cortina de plantas trepadoras, aristoloquias, pasionarias azules, campanillas, glycinas de la China, periplocas de Grecia, cuyos asideros, zarcillos y tallos se enlazaban formando un enrejado verde, porque la misma felici-

dad no quiere estar prisionera, y gracias a esta disposición, el jardín parecía el claro de un bosque, más bien que un *parterre* estrecho y cerrado por los cercados de la civilización.

Más allá de los montecillos de rocalla se agrupaban algunos bosquecillos de árboles de figura elegante y de vigorosa frondosidad, cuyo follaje formaba un contraste muy pintoresco: enebros del Japón, tuyas del Canadá, plátanos de Virginia, fresnos verdes, álamos blancos, lotos de la Provenza. Más allá de los árboles se extendía una pradera de ray-grass, en el que no había una punta de hierba más alta que otra; pradera más fina y sedosa que el terciopelo del manto de una reina, de ese verde esmeralda ideal, que sólo se obtiene en Inglaterra al pie de las escaleras de las mansiones feudales; blando tapiz natural que los ojos acarician con placer y que el pie pisa con temor; moqueta vegetal en donde durante el día pueden jugar al sol la gacela doméstica y el joven primogénito del duque, con su traje bordado de oro, y por la noche deslizarse a la luz de la luna alguna Titania del West-End con la mano enlazada a la de un Obrerón, inclinado sobre el libro de sus títulos de par y de barón.

Un andén de arena pasada por tamiz a fin de que ni un pedacito de concha ni de sílex pueda herir los aristocráticos pies que marcan allí su huella delicada, se extendía como una cinta amarilla alrededor de esta sábana verde, baja y espesa, que las tijeras

se encargaban de mantener siempre a igual altura y que la lluvia artificial de regadera mantenía en una constante humedad, aun en los días más secos del verano.

Al final de esta pradera estallaba, en la época en que ocurre esta historia, un verdadero castillo de fuegos artificiales producido por un macizo de geráneos en flor, cuyas estrellas de escarlata llameaban sobre el fondo oscuro de una tierra cubierta de maleza.

La elegante fachada de la casa completaba la perspectiva: esbeltas columnas de orden jónico sostenían el atrio, en cuyos ángulos se levantaban graciosos grupos de mármol, y le daban la apariencia de un templo griego transportado allí por el capricho de un millonario que, a impulsos de una idea poética y artística, tratara de corregir todo lo que este lujo pudiera tener de harto fastuoso; en los intercolumnios las cortinas rayadas con anchas bandas de color de rosa y casi siempre corridas, abrigan y dibujaban a la vez las ventanas que se abrían en el pórtico.

Cuando el fantástico cielo de París se dignaba vestirse de azul detrás de este *palazzino*, las líneas se dibujaban tan correctamente entre los grupos de verdura, que podía tomarse por el alojamiento de la reina de las hadas.

A ambos lados del edificio adelantábanse hacia el jardín dos cenadores o «serres», cuyas paredes de cristal brillaban diamantinas al sol entre sus

nervios dorados, prestando a numerosas plantas exóticas, tan raras como preciosas, la ilusión de su clima natal.

Si algún poeta madrugador hubiese recorrido la avenida Gabriel al despuntar la aurora, hubiese oído al ruiseñor terminar los últimos trinos de su nocturno y hubiese visto al mirlo pasearse con sus pantuflas amarillas por el andén del jardín, como un pájaro que está en su casa. Por la noche, cuando el ruido de los carruajes que vuelven de la Opera se apaga en las calles adormecidas, ese mismo poeta hubiese distinguido vagamente una sombra blanca cogida del brazo de un bello joven y habría subido a su solitaria buhardilla con el alma triste hasta la muerte.

El lector habrá adivinado ya que este era el palacio que habitaban hacía algún tiempo la condesa Prascovia Labinska y su marido, el conde Olavo Labinski, de regreso de la guerra del Cáucaso, después de una gloriosa campaña, donde si no se había batido cuerpo a cuerpo con el místico e insaciable Schamyl, en cambio había arreglado algunas cuentas con los más fanáticos defensores del ilustre jeque. Había evitado las balas como las evitan los valientes, arrojándose en medio de ellas, y los corvosables de los salvajes guerreros se habían roto en su pecho sin herirle. El valor es una coraza impenetrable. El conde Labinski poseía ese valor loco de las razas eslavas que aman el peligro por el peligro, y a las cuales puede aún aplicarse la frase de un viejo

canto escandinavo: «¡Matan, mueren y ríen!».
 ¡Con qué alegría se hablan encontrado de nuevo estos dos esposos, para quienes el matrimonio no era otra cosa que la pasión permitida por Dios y por los hombres; eso que sólo Tomás Moore sabría explicar en un estilo parecido al «Amor de los ángeles»! Sería preciso que cada gota de tinta se transformase en nuestra pluma en una gota de luz, y cada palabra se evaporase sobre el papel arrojando una llama y un perfume como un grano de incienso. ¿Cómo pintar estas dos almas fundidas en una misma y parecidas a dos lágrimas de rocío, que deslizándose sobre el pétalo de un lirio, se encuentran, se juntan, se absorben una a otra y acaban por formar una perla única? La felicidad es una cosa tan rara en este mundo, que el hombre no se ha tomado el trabajo de inventar muchas palabras para expresarla, mientras que el vocabulario de los sufrimientos morales y físicos llena innumerables columnas en el Diccionario de todas las lenguas.

Olavo y Prascovia se amaban desde niños; nunca su corazón había latido más que al pronunciar un nombre; sabían casi desde la cuna que se pertenecían el uno al otro y que el resto del mundo no existía para ellos; cualquiera hubiese dicho que les pedazos del andrógino de Platón, que en vano se buscan desde el divorcio primitivo, se habían encontrado y reunido en uno solo, formando esa dualidad en la unidad, que es la armonía completa, y que el uno al lado del otro marchaban, o mejor di-

cho, volaban a través de la vida con vuelo igual y sostenido, como dos palomas a quienes llama el mismo deseo, según la bella expresión de Dante.

Con el objeto de que nada pudiese turbar esta felicidad, una fortuna inmensa les envolvía como una atmósfera de oro. Allí donde se presentaba esa brillante pareja la miseria consolada abandonaba sus harapos y las lágrimas se secaban, porque Olavo y Prascovia tenían el noble egoísmo de la felicidad y no podían sufrir un dolor en el círculo de su influencia.

Desde que el politeísmo se ha llevado con él a los dioses jóvenes, esos genios sonrientes, esos efebos celestes con formas de una perfección absoluta, de un ritmo armonioso y de un ideal puro; desde que la Grecia antigua no canta el himno de la belleza en estrofas de Paros, el hombre ha abusado cruelmente del permiso que se le dió para ser feo, y aunque hecho a la imagen de Dios, la representa bastante mal. El conde Labinski no había abusado de esta autorización: el óvalo un poco prolongado de su rostro, su nariz pequeña, pero atrevida y correctamente acabada; su labio bien dibujado que acentuaba un bigote rubio terminado en agudas puntas, su barba levantada y adornada con un hoyuelo, sus ojos negros, cierta singularidad llamativa y algo de extraño y gracioso, le daba el aire de uno de esos ángeles guerreros como San Miguel o San Rafael, que luchan con el demonio vestidos con armaduras de oro. Hubiese sido demasiado bello sin

la mirada enérgica que brillaba en sus ojos y sin el moreno barniz con que el sol de Asia había cubierto su rostro.

El conde era de una estatura mediana, esbelto y nervioso, y ocultaba unos músculos de acero bajo una apariencia delicada; cuando en algún baile de las embajadas vestía su traje de magnate, todo cubierto de oro, todo sembrado de diamantes, todo bordado de perlas, pasaba entre los grupos como una aparición luminosa, excitando la envidia de los hombres y el amor de las mujeres, que Prascovia le hacía indiferentes. Nos falta añadir que el conde poseía las dotes de la inteligencia como las del cuerpo. Las hadas bienhechoras le habían dotado al nacer, y la maldita bruja que suele echarlo todo a perder, se encontraba aquel día de buen humor.

Bien comprenderá el lector que con semejante rival Octavio de Saville tenía poco que esperar, y que hacía muy bien dejándose morir tranquilamente sobre los cojines de su diván, a pesar de la esperanza que trataba de devolverle al corazón el fantástico doctor Cherbonneau. Olvidar a Prascovia era el único medio de curarse, pero esto era imposible; volverla a ver, ¿de qué le había de servir? Octavio comprendía demasiado bien que la resolución de la joven no se debilitaría nunca en su implacable dulzura, en su fría complacencia. Tenía miedo a que sus heridas no cicatrizadas se abriesen de nuevo y volviesen a sangrar delante de aquella que le había matado inocentemente, y no quería acusar a su dulce amada agresora.

IV

Dos años habían transcurrido desde el día en que la condesa Labinska había detenido en los labios de Octavio la declaración de amor que no debía oír. Octavio, al caer de lo alto de su ensueño, se había alejado, llevándose consigo el germen de una negra tristeza, y no había querido comunicarle noticias suyas a Prascovia; la única palabra que hubiera podido escribirle era la única que tenía prohibida. Más de una vez el pensamiento de la condesa, asustado ante aquel silencio, se había detenido melancólicamente en su adorador; ¿la había olvidado? En su divina ausencia de coquetería lo deseaba sin saberlo, porque la inextinguible llama de la pasión iluminaba los ojos de Octavio, y la condesa no había podido ser indiferente. El amor y los dioses se reconocen en la mirada. Esta idea empañaba como una nubecilla el límpido azul de su felicidad y le inspiraba la ligera tristeza de los ánge-

la mirada enérgica que brillaba en sus ojos y sin el moreno barniz con que el sol de Asia había cubierto su rostro.

El conde era de una estatura mediana, esbelto y nervioso, y ocultaba unos músculos de acero bajo una apariencia delicada; cuando en algún baile de las embajadas vestía su traje de magnate, todo cubierto de oro, todo sembrado de diamantes, todo bordado de perlas, pasaba entre los grupos como una aparición luminosa, excitando la envidia de los hombres y el amor de las mujeres, que Prascovia le hacía indiferentes. Nos falta añadir que el conde poseía las dotes de la inteligencia como las del cuerpo. Las hadas bienhechoras le habían dotado al nacer, y la maldita bruja que suele echarlo todo a perder, se encontraba aquel día de buen humor.

Bien comprenderá el lector que con semejante rival Octavio de Saville tenía poco que esperar, y que hacía muy bien dejándose morir tranquilamente sobre los cojines de su diván, a pesar de la esperanza que trataba de devolverle al corazón el fantástico doctor Cherbonneau. Olvidar a Prascovia era el único medio de curarse, pero esto era imposible; volverla a ver, ¿de qué le había de servir? Octavio comprendía demasiado bien que la resolución de la joven no se debilitaría nunca en su implacable dulzura, en su fría complacencia. Tenía miedo a que sus heridas no cicatrizadas se abriesen de nuevo y volviesen a sangrar delante de aquella que le había matado inocentemente, y no quería acusar a su dulce amada agresora.

IV

Dos años habían transcurrido desde el día en que la condesa Labinska había detenido en los labios de Octavio la declaración de amor que no debía oír. Octavio, al caer de lo alto de su ensueño, se había alejado, llevándose consigo el germen de una negra tristeza, y no había querido comunicarle noticias suyas a Prascovia; la única palabra que hubiera podido escribirle era la única que tenía prohibida. Más de una vez el pensamiento de la condesa, asustado ante aquel silencio, se había detenido melancólicamente en su adorador; ¿la había olvidado? En su divina ausencia de coquetería lo deseaba sin saberlo, porque la inextinguible llama de la pasión iluminaba los ojos de Octavio, y la condesa no había podido ser indiferente. El amor y los dioses se reconocen en la mirada. Esta idea empañaba como una nubecilla el límpido azul de su felicidad y le inspiraba la ligera tristeza de los ánge-

les que en el cielo se acuerdan de la tierra. Su alma encantadora no podía menos de sufrir al pensar que allá abajo había un ser desgraciado por causa suya; pero la estrella de oro que brilla en lo alto de los cielos, ¿qué puede hacer por el pobre pastor que eleva hacia ella sus brazos desfallecidos? En los tiempos mitológicos Febea descendió de los cielos en rayos de plata sobre Endimión dormido; pero no estaba casada con un conde polaco.

En cuanto llegó a París la condesa Labinska, envióle a Octavio esa vaga invitación que el doctor Cherbonneau volteaba distraídamente entre sus dedos. Al ver que no iba a visitarla como ella hubiese querido, se había dicho con un movimiento de alegría involuntario: «¡Todavía me ama!» Sin embargo, era una mujer de una pureza angelical y casta como la nieve de la última cima del Himalaya.

El mismo Dios, desde el fondo de su infinito, evita el fastidio de la eternidad con el placer que le proporciona el oír que late por él el corazón de una pobre criatura perecedera, allá, en un astro minúsculo perdido en la inmensidad. Prascovia no era más severa que Dios, y el conde Olavo no hubiese podido quejarse de esta delicada voluptuosidad del alma.

—He escuchado atentamente vuestro relato— dijo el doctor a Octavio—, y me he convencido de que es inútil toda esperanza por vuestra parte. La condesa no compartirá nunca su amor con vos.

—Ahora comprenderéis, Mr. Cherbonneau, cuánta razón tenía al no buscar un medio con que retener esta vida que se me escapa.

—He dicho que no había esperanza en los medios que ordinariamente se emplean—dijo el doctor—; pero existen poderes ocultos que desconoce la ciencia moderna, y cuya tradición se conserva en esos extraños países a quienes califica de bárbaros una civilización ignorante. Hace muchos siglos, en los primeros días del mundo, el género humano, puesto en contacto con las fuerzas vivas de la naturaleza, sabía secretos que hoy se consideran perdidos, porque no se los han llevado en sus emigraciones las tribus que más tarde han formado los pueblos. Estos secretos se transmitieron de iniciado en iniciado en las misteriosas profundidades de los templos, se escribieron en idiomas sagrados incomprensibles al vulgo, y se esculpieron en jeroglíficos a lo largo de las paredes crípticas de Elora. Aun se pueden encontrar en las cimas del monte Merú, donde nace el Ganges, o debajo de la escalera de mármol blanco de Benarés, la ciudad santa, o en el fondo de las pagodas arruinadas de Ceylán, donde algunos brahmas centenarios descifran manuscritos desconocidos; donde algunos yoghis ocupados en repetir el inefable monosílabo «om», no ven que los pájaros del cielo anidan en sus cabellos; donde existen algunos fakires en cuyas espaldas se ven las cicatrices de los ganchos de hierro de Jaggernat, los cuales poseen esos arcanos perdidos y obtienen re-

sultados maravillosos cuando quieren servirse de ellos. Nuestra Europa, absorbida por los intereses materiales, no tiene idea del grado de espiritualismo a que han llegado los penitentes de la India. Ayunos absolutos, contemplaciones de una fijeza espantosa, posturas imposibles, conservadas durante años enteros, extenuan de tal modo sus cuerpos, que vos diríais al verlos acurrucados bajo un sol de plomo, entre los braseros encendidos, dejando crecer sus uñas hasta taladrarles la palma de las manos, que eran momias egipcias sacadas de sus cajas y puestas en actitud de monos; su envoltura humana no es más que una crisálida, que el alma, mariposa inmortal, puede dejar o tomar de nuevo, según su voluntad. Mientras que su flaco despojo queda allí inerte, horrible a la vista, como una larva nocturna sorprendida por el día, su espíritu, libre de toda ligadura, se eleva en alas de la alucinación a alturas incalculables en los mundos sobrenaturales. Tienen visiones y sueños extraños; siguen de éxtasis en éxtasis las ondulaciones que hacen las edades que pasaron sobre el océano de la eternidad; recorren el infinito en todos sentidos; asisten a la creación de los universos, al genio de los dioses y sus metamorfosis y vienen a su memoria las ciencias que destruyeron los cataclismos plutonianos y diluvianos y los recuerdos olvidados por el hombre y por los elementos. En tan extraña situación murmuran palabras pertenecientes a lenguas que no ha hablado ningún pueblo desde hace

muchos miles de años en la superficie del globo, y encuentran el verbo primordial, el verbo que hizo brotar la luz de las antiguas tinieblas. ¡Se les tiene por locos y casi son dioses!

Tan singular preámbulo excitó, como es natural, la atención de Octavio, quien no comprendiendo hasta dónde quería ir Mr. Baltasar Cherbonneau, fijó en él sus ojos asombrados y preñados de preguntas: no le era fácil comprender qué puntos de contacto podían ofrecer los penitentes de la India con su amor por la condesa Labinska.

El doctor, adivinando el pensamiento de Octavio, le hizo una seña con la mano como para evitar sus preguntas, y le dijo:

—Paciencia, querido enfermo; ahora mismo comprenderéis que no me he entregado a una inútil digresión. Cansado de interrogar con el escalpelo, sobre el mármol de los anfiteatros anatómicos, los cadáveres, que no me respondían, y que me enseñaban la muerte cuando buscaba la vida, formé el proyecto—un proyecto atrevido como el de Prometeo al escalar el cielo para robarle el fuego—de buscar y sorprender el alma, de analizarla y de desecarla, por decirlo así; abandoné el efecto por la causa, y desdeñé profundamente la ciencia materialista, cuya inutilidad había experimentado. Trabajar sobre esas formas vagas, sobre esas reuniones fortuitas de moléculas, me parecía la función de un empirismo grosero. Traté de desatar, por medio del magnetismo, las ligaduras que encadenan el espí-

ritu a su envoltorio. Pronte adelanté a Deslon, Maxwell, Yuysegur, Deleuze y a los más hábiles en experiencias maravillosas, pero que aun no me satisfacían: catalepsia, somnambulismo, doble vista, lucidez estática, todos estos efectos inexplicables para el vulgo eran muy sencillos para mí y los producía a voluntad. Me remonté a mayor altura: del arrobamiento de Cardan y de Santo Tomás de Aquino pasé a las crisis nerviosas de los Pythias; descubrí los arcanos de los Eoptos griegos y de los Nebim hebreos, me inicié retrospectivamente en los misterios de Trofonius y Esculapio, reconociendo siempre en las maravillas que se refieren una concentración o una expansión del alma provocada por medio de gestos o de la palabra, por la mirada, por la voluntad o por cualquier otro agente desconocido. Llegué a rehacer uno por uno todos los milagros de Apolonio de Thyana. Sin embargo, mi sueño científico aun no se había cumplido: el alma se me escapaba siempre, la hacía aparecer, la oía, tenía poder sobre ella, amortiguaba o excitaba sus facultades, pero entre ella y yo había un velo que no podía rasgar sin que ella huyese. Me encontraba como el que tiene un pájaro metido en una red y no se atreve a abrirla por miedo a que se le escape.

Me marché a la India esperando encontrar la palabra del enigma en este país de la antigua sabiduría. Aprendí el sánscrito y el pácrito; los idiomas sabios y vulgares, de manera que pude con-

versar con los panditas y los brahmas. Atravesé las comarcas donde duerme el tigre acostado sobre sus patas; costé los estanques sagrados que pueblan los cocodrilos; franqué los bosques impenetrables obstruidos por las enredaderas, haciendo huir en tropel las nubes de murciélagos y de monos; me encontré frente de un elefante al penetrar en un sendero sólo transitado por las fieras, y todo por llegar hasta la cabaña de un voghi célebre, en comunicación con los Munis. Me senté durante mucho tiempo a su lado, compartiendo su piel de gacela, para notar los diversos encantamientos que murmuraba el éxtasis sobre sus labios negros y resquebrajados. De esta manera pude recoger palabras muy poderosas, fórmulas de evocación y sílabas del Verbo creador.

»Estudí las esculturas simbólicas en las habitaciones interiores de las pagodas que no ha visto ningún ojo profano y donde me permitía penetrar mi traje de brahma; allí leía muchos misterios cosmogónicos y leyendas de civilizaciones que desaparecieron; descubrí el sentido de los emblemas que tienen en sus múltiples manos aquellos dioses híbridos y frondosos como la naturaleza de la India; medité sobre el círculo de Brahma, el loto de Vichnú y la culebra de Shiva, el dios azul. Ganesa, desenvolviendo su trompa de paquídermo y cerrando sus ojuelos, franqueados por largas pestañas, parecía sonreír a mis esfuerzos como si me incitara a continuar en mis averiguaciones. Todas aquellas figu-

ras monstruosas me decían en su lengua de piedra: «Nosotros no somos más que forma, pero el espíritu agita la materia».

«Un sacerdote del templo de Tirunamalay, a quien participé la idea que me dominaba, me indicó cómo el hombre que había llegado al más alto grado de sublimidad era un penitente que habitaba en una gruta de la isla de Elefanta. Le encontré pegado a la pared de la caverna, metido en un traje de esparto; la barba entre las rodillas y en un estado de completa inmovilidad. Sus pupilas estaban ocultas y no dejaban ver el blanco del ojo; sus labios se doblaban sobre sus descarnados dientes; su piel, curtida por una increíble flaqueza, se adhería a los pómulos; sus cabellos, arrojados hacia atrás, pendían en mechones lacios como los filamentos de esas plantas que se descuelgan desde lo alto de las rocas; su barba se dividía en dos partes que casi le tocaban en el suelo y sus uñas estaban encorvadas como las garras de un águila.

«El sol le había secado y ennegrecido de tal suerte, que su piel de indio, naturalmente morena, había adquirido el tinte del basalto; puesto del modo que he indicado, parecía por su forma y su color un vaso canópico. A primera vista le creí muerto. Sacudí sus brazos, que parecían sufrir una anquilosis, producida por la catalepsia, le grité al oído con toda la fuerza de mis pulmones las palabras sacramentales que debían revelarme a él como un iniciado y, sin embargo, no observé movimien-

to alguno; sus párpados quedaron inmóviles. Iba a alejarme desesperado de conseguir cosa alguna, cuando oí un ruido singular. Una llama azulada pasó por delante de mis ojos con la fulgurante rapidez de una chispa eléctrica, revoloteó un segundo por los labios entreabiertos del penitente, y desapareció.

—»Brahma-Logum (este era el nombre del santo personaje) pareció despertarse de su letargo; las pupilas volvieron a su sitio; me miró con los ojos de los hombres y contestó a mis preguntas: «Tus deseos han quedado satisfechos; acabas de ver un alma. Yo he conseguido desatar la mía del cuerpo y cuando lo creo oportuno entra y sale como una abeja luminosa sólo perceptible a los ojos de los adeptos. He ayunado, rogado y meditado tanto, me he macerado de un modo tan riguroso, que he conseguido desatarla de las ligaduras terrestres que la encadenan y que Vichnú, el dios de las diez encarnaciones me revelase la palabra misteriosa que le guió en sus avatares, a través de las diferentes formas. Si después de haber hecho las genuflexiones del rito, pronunciase esa palabra, tu alma volaría para ir a animar al hombre o a la bestia que yo le designase. Soy el único del mundo que posee el secreto y te lo lego a ti. Me alegro de que hayas venido, porque no ha de pasar mucho tiempo sin que me hunda en el seno de lo increado como una gota de agua en el mar.»—Y el penitente balbució con voz débil, como el estertor de un moribundo y por

lo tanto distintas, algunas sílabas que me produjeron en la espalda esa pequeña frialdad de que habla Job.»

—¿Qué queréis decir, doctor?—exclamó Octavio;—no me atrevo a sondear la espantosa profundidad de vuestro pensamiento.

—Quiero decir, — respondió tranquilamente Baltasar Cherbonneau— que no he olvidado la fórmula mágica de mi amigo Brahma-Logum, y que la condesa Prascovia debe poseer una gran penetración si reconoce el alma de Octavio de Saville en el cuerpo de Olavo Labinski.

V

La reputación del doctor Baltasar Cherbonneau como médico y como taumaturgo empezaba a esparcirse por París; sus rarezas, reales o fingidas, le habían puesto de moda. Pero lejos de intentar, lo que vulgarmente se dice hacerse una clientela, se esforzaba en rechazar los enfermos cerrándoles la puerta u ordenándoles prescripciones extrañas, o regímenes imposibles. No aceptaba más que casos desesperados y les remitía a sus colegas con un soberano desdén las vulgares fluxiones del pecho, las ligeras enteritis y las vulgares fiebres tifoideas. En algunas ocasiones supremas obtenía curaciones verdaderamente increíbles. De pie, al lado de la cama, hacía gestos mágicos sobre una taza de agua, y cuerpos ya rígidos y fríos, prontos a ser metidos en el ataúd, después de probar algunas gotas de este brebaje, abrían las manos crispadas por la agonía, recobraban el soplo de la vida, los colores de la sa-

lo tanto distintas, algunas sílabas que me produjeron en la espalda esa pequeña frialdad de que habla Job.»

—¿Qué queréis decir, doctor?—exclamó Octavio;—no me atrevo a sondear la espantosa profundidad de vuestro pensamiento.

—Quiero decir, — respondió tranquilamente Baltasar Cherbonneau— que no he olvidado la fórmula mágica de mi amigo Brahma-Logum, y que la condesa Prascovia debe poseer una gran penetración si reconoce el alma de Octavio de Saville en el cuerpo de Olavo Labinski.

V

La reputación del doctor Baltasar Cherbonneau como médico y como taumaturgo empezaba a esparcirse por París; sus rarezas, reales o fingidas, le habían puesto de moda. Pero lejos de intentar, lo que vulgarmente se dice hacerse una clientela, se esforzaba en rechazar los enfermos cerrándoles la puerta u ordenándoles prescripciones extrañas, o regímenes imposibles. No aceptaba más que casos desesperados y les remitía a sus colegas con un soberano desdén las vulgares fluxiones del pecho, las ligeras enteritis y las vulgares fiebres tifoideas. En algunas ocasiones supremas obtenía curaciones verdaderamente increíbles. De pie, al lado de la cama, hacía gestos mágicos sobre una taza de agua, y cuerpos ya rígidos y fríos, prontos a ser metidos en el ataúd, después de probar algunas gotas de este brebaje, abrían las manos crispadas por la agonía, recobraban el soplo de la vida, los colores de la sa-

lud, e incorporándose paseaban a su alrededor unas miradas ya acostumbradas a las sombras de la tumba. Así es que se le conocía vulgarmente por el médico de los muertos o el resucitador. Muchas veces se negaba a realizar curas de esta clase y con frecuencia rehusaba sumas enormes de parte de los ricos moribundos. Para que se decidiese a luchar con la destrucción era preciso que se condoliese del dolor de una madre implorando la salud de su hijo único, de la desesperación de un amante pidiendo gracia para su adorada prometida, o que juzgase que la vida amenazada podía ser útil a la poesía, a las ciencias o al progreso del género humano. Arrebató de las manos de la muerte a un niño de pecho a quien la difteria estrechaba la garganta con sus dedos de hierro, a una preciosa joven que estaba en el último grado de la tisis, a un poeta próximo al *delirium tremens*, a un inventor, víctima de una congestión cerebral, que iba a ocultar el secreto de su descubrimiento debajo de algunos puñados de tierra. En cualquiera otra circunstancia decía que no debía contrariar la naturaleza, que ciertas muertes tenían su razón de ser y que se corría el riesgo, al evitarlo, de destruir alguna cosa en el orden universal. Ya habréis comprendido que el doctor Cherbouneau era el hombre de las paradojas y que había traído de la India una excentricidad completa. Su nombre, como magnetizador, estaba por encima del que había alcanzado como médico; delante de un círculo de personas escogidas había dado algunas

sesiones, de las que se contaban maravillas que sobrepasaban todas las nociones de lo posible y lo imposible y que dejaban muy atrás los prodigios de Cagliostro.

El doctor habitaba el piso bajo de un viejo edificio de la calle de Regard, con los cuartos en fila, según la antigua costumbre, y cuyas altas ventanas se abrían a un jardín lleno de grandes árboles de negro tronco y de follaje verde. Aun durante el verano había una porción de poderosos caloríferos que arrojaban por sus bocas de latón trombas de aire encendido en aquellos vastos salones, donde mantenían la temperatura a treinta y cinco o cuarenta grados de calor porque Mr. Baltasar Cherbouneau, acostumbrado al clima incendiario de la India, temblaba de frío bajo nuestros pálidos soles, como aquel viajero que habiendo salido de las fuentes del Nilo Azul en el Africa central no podría resistir el frío del Cairo, de manera que sólo saltó en carruaje cerrado, metido en una piel de zorro azul de Siberia y con los pies sobre un calorífero de agua hirviendo.

No había en estas salas más que divanes bajos, tapizados con telas malabares, llenas de elefantes quiméricos y de pájaros fabulosos; cabelleras cortadas, vasos del Japón llenos de flores exóticas; las paredes estaban pintadas y doradas con esa sencillez bárbara propia de los naturales de Ceylán, y sobre el piso se extendía de un extremo a otro del salón uno de esos tapices fúnebres con ramajes

negros y blancos que tejen por penitencia los Thugs encarcelados, y cuya trama parece hecha con el cáñamo de sus cuerdas de estranguladores; algunos ídolos indios con sus grandes ojos de almendra, su nariz llena de anillos, sus labios gruesos y sonrientes, sus collares de perlas cayendo hasta el ombligo, con atributos singulares y misteriosos y con las piernas cruzadas sobre los pedestales de los rincones, donde descansaban; a lo largo de las paredes había colgadas unas miniaturas pintadas a la aguada por algún artista de Calcuta o de Lucknow, las cuales representaban los nueve avatares, cumplidos por Vichnú, en pez, en tortuga, en cerdo, en león con cabeza humana, en enano brahmino, en Rama, en héroe combatiente con el gigante de mil brazos Cartasuciriarguno, en Kitsna, el niño milagroso en quien los soñadores ven un Cristo indio, en Budhá, adorador del gran dios Mahadevi, y, por último, se le veía durmiendo en medio del mar de leche con la culebra de las cinco cabezas, esperando el momento de reencarnarse por última vez en la forma de aquel caballo blanco y alado que al pisar con su casco el universo produciría el fin del mundo.

En la última de las salas, que estaba aún más caliente que las otras, se veía a Mr. Baltasar Cherbonneau, rodeado de libros sánscritos escritos por medio de un punzón sobre finísimas láminas de madera, agujereadas y pasadas por un cordón, de tal suerte que más parecían persianas que libros, a la manera que se comprenden en Europa. Una má-

quina eléctrica con sus botellas llenas de láminas de oro y sus discos de vidrio movidos por manubrios, dibujaba su figura inquieta, y complicada en medio de la habitación y al lado de una cubeta mesmérica en la que había un cilindro de metal del que partían numerosas barras de hierro. Mr. Cherbonneau no tenía nada de charlatán y, por lo tanto, era enemigo de las apariencias, lo cual no servía de obstáculo para que al penetrar en tan extraño retiro experimentase aquella misma impresión que debían producir en otro tiempo los laboratorios de los alquimistas.

El conde Olavo Labinski había oído hablar de los milagros realizados por el doctor y había hecho presa en él una curiosidad semicrédula. Las razas eslavas tienen una tendencia hacia lo maravilloso, que no es posible corregir ni aun por medio de la educación más cuidadosa. Como por otro lado personas dignas de todo crédito y que habían asistido a las sesiones del doctor, contaban cosas que era imposible creerlas sin haberlas visto, por grande que fuese la confianza que inspirase el narrador, se decidió a visitar al taumaturgo.

Quando el conde Labinski entró en casa del doctor se sintió rodeado por una llama vaga; toda la sangre le afluyó a la cabeza y las venas de la frente le silbaron: el extraordinario calor que reinaba en las habitaciones le sofocaba; las lámparas en que se quemaban aceites aromáticos, las anchas flores de Java balanceando los enormes cálices como si

fuesen incensarios, le turbaban con sus emanaciones vertiginosas y sus perfumes asfixiantes. Dió algunos pasos tambaleándose hacia Mr. Cherbonneau, que estaba acurrucado sobre su diván en una de esas extrañas posiciones de fakir o de sannyasi, con que el príncipe Soltykoff ha ilustrado tan pintorescamente su viaje a la India. Cualquiera hubiese dicho al verle dibujando los ángulos de sus articulaciones bajo los pliegues de su traje, que era una araña humana, acurrucada en medio de su tela y manteniéndose inmóvil delante de la presa. Al aparecer el conde, sus pupilas de turquesa se iluminaron con una luz fosforescente en el centro de una órbita parecida a la hepatitis; después se extinguieron como veladas por una nube voluntaria. El doctor, comprendiendo el malestar del conde Olavo, alargó hacia él las manos y dando dos o tres pases le rodeó de una atmósfera primaveral que era como un paraíso en medio de aquel infierno de calor.

—¿Os encontráis ahora mejor? Acostumbrados vuestros pulmones a las brisas del Báltico, que llegan enfiadas por las nieves centenarias del Polo, debían moverse como los fuelles de una fragua en este aire encendido, donde tiemblo yo, que estoy cocido, recocado y hasta calcinado por el fuego del sol.

El conde Olavo Labinski hizo una seña como para manifestarle que no le incomodaba la alta temperatura de la habitación.

—Conque—dijo el doctor con acento de buen humor—sin duda habéis oído hablar de mis pases y manipulaciones y queréis ver alguna muestra de mis conocimientos: ¡oh! yo he llegado a mayor altura que Comus, Comte o Bosco.

—Mi curiosidad no es tan frívola—contestó el conde—; miro con más respeto que todo eso a uno de los príncipes de la ciencia.

—No tengo nada de sabio en la acepción que vulgarmente se le da a esa palabra; antes al contrario, estudiando ciertas cosas que la ciencia desdeña, he llegado a hacerme dueño de fuerzas ocultas no empleadas hasta ahora, y a producir efectos que parecen maravillosos por más que sean muy naturales. A fuerza de expiar el alma he llegado algunas veces a sorprenderla; me ha hecho varias confidencias y me he aprovechado, repitiéndolas, de algunas palabras que he podido retener. Todo es espíritu; la materia no existe más que en apariencia; el universo no puede ser otra cosa que un sueño de Dios o una irradiación del Verbo en la inmensidad. Hago aquello que me da la gana de ese andrajo que se llama cuerpo; detengo o precipito la vida, cambio los sentidos, suprimo el espacio, amortiguo el dolor sin acudir al cloroformo, al éter, ni a ninguna droga anestésica. Armado con la voluntad, esa electricidad de la inteligencia, doy la vida o mato. Nada aparece obscuro ante mis ojos; mi mirada lo atravesaba todo; veo distintamente los rayos del pensamiento, y así como se proyectan los espectros sola-

res sobre una tela, puedo hacerlos pasar por mi prisma invisible y obligarles a reflejarse sobre la tela blanca de mi cerebro. Sin embargo, todo esto es muy pequeña cosa comparada con los prodigios que realizan algunos yoghis de la India que han llegado al más alto grado de ascetismo. Los europeos somos muy ligeros, muy distraídos y muy fútiles. Además, estamos sobradamente enamorados de nuestra prisión de arcilla para que intentemos abrir ventanas que nos enseñen la eternidad y el infinito. No obstante, yo he podido alcanzar resultados bastantes extraordinarios y vos mismo juzgaréis—dijo el doctor Baltasar Cherbonneau haciendo deslizar por la varilla las anillas de un gran portier, que ocultaba una especie de alcoba construida en el fondo de la sala.

A la luz de una llama de alcohol que oscilaba sobre un trípode de bronce, el conde Olavo Labinski vió un espectáculo espantoso que le hizo temblar de pies a cabeza a pesar de su bravura. Una mesa de mármol negro sostenía el cuerpo de un joven desnudo hasta la cintura y en una inmovilidad cada-
vérica; de su torso, erizado de flechas como el de San Sebastián, no brotaba ni una sola gota de sangre: cualquiera le hubiese tomado por una imagen iluminada de aquel santo si se hubiesen olvidado de pintar de bermellón los labios de las heridas.

«Este extraño médico—se dijo para sí el conde

Olavo—debe ser algún adorador de Shiva, que habrá sacrificado esa víctima a su ídolo.»

—Este no sufre nada; pinchadle sin temor de que altere un solo músculo de su fisonomía—y el doctor le arrancó las flechas del cuerpo como el que quita los alfileres de una almohadilla.

Algunos rápidos movimientos de las manos del doctor libraron al paciente de la red de estuivios que le aprisionaba y despertóse con la sonrisa del éxtasis en los labios, como el que sale de un sueño bienhechor. Mr. Baltasar Cherbonneau le arrastró con un gesto y le retiró por una puertecilla abierta en las ensambladuras que cubrían la alcoba.

—Muy fácil me hubiese sido el cortarle una pierna o un brazo sin que él se apercibiese—dijo el doctor replegando arrugas de su cara como para dibujar una sonrisa—. No lo he hecho porque no sé crear todavía y porque el hombre, inferior en esto al lagarto, no tiene una savia bastante poderosa para reconstruir los miembros que le cortan. Sin embargo, si no creo, en cambio rejuvenezco, y levantó el velo que cubría a una mujer de edad, adormecida magnéticamente en un sillón colocado a corta distancia de la mesa de mármol negro; sus facciones, que fueron, quizá, muy bellas, estaban ajadas y los estragos del tiempo se leían en los contornos enflaquecidos de sus brazos, de sus espaldas y de su pecho. El doctor fijó sobre ella durante algunos minutos toda la intensidad de la mirada de sus pupilas azules, y las líneas alteradas recobraron sus gracioso-

sas curvas; el gálivo del seno adquirió su pureza virginal; una carne blanca y satinada llenó los huecos que el enflaquecimiento había producido en el cuello; las mejillas se redondearon y adquirieron ese aterciopelado de los melocotones y toda la frescura de la juventud; los ojos se abrieron llenos de vivacidad; la máscara de la vejez, arrancada como por arte mágico, dejaba ver a la joven que mucho tiempo antes había desaparecido.

—¿Creéis que la fuente de la juventud ha vertido en alguna parte sus aguas milagrosas? — le dijo el doctor al conde, estupefacto ante esta transformación—. También yo lo creo, porque el hombre no inventa nada y cada uno de sus sueños es una profecía o un recuerdo. Pero abandonemos esta forma reconstruida por mí y consultemos a aquella joven que duerme tranquilamente en un rincón. Preguntadle lo que tengáis a bien, pues sabe más que las pithyas y las sibilas. Podéis enviarla a alguno de los siete castillos que poseéis en Bohemia y preguntadle lo que guarda el más secreto de vuestros cajones; ella os lo dirá en seguida, porque su alma no necesita más de un segundo para hacer el viaje. Todo esto no tiene nada de sorprendente, porque la electricidad recorre setenta mil leguas en el mismo espacio de tiempo, y la electricidad es para el pensamiento lo que un fiacre para un yagón. Dadle la mano para ponerlos en comunicación con ella, y no tendréis necesidad de formular la pregunta porque la leerá en vuestra alma.

La joven, con una voz débil, como si fuese la de una sombra, contestó a la pregunta mental del conde:

«En el cofrecillo de cedro hay un poco de tierra espolvoreada con arena muy fina sobre la cual se ve la huella de un piececito.»

—¿Ha adivinado?—preguntó el doctor con cierto abandono y como seguro de la infalibilidad de la somnámbula.

Las mejillas del conde se colorearon en seguida. Efectivamente, en la primera época de sus amores había recogido en uno de los andenes del parque la huella de un paso de Prascovia, y la guardaba como una reliquia en el fondo de una caja incrustada de nácar y de plata, divinamente construída, y de la cual llevaba la microscópica llave pendiente de un collar de Venecia.

Mr. Baltasar Cherbonneau, que era hombre de buena sociedad, viendo el embarazo del conde, no insistió y le condujo a una mesa sobre la cual había un vaso de agua tan clara como el diamante.

—Sin duda habréis oído hablar del espejo mágico en que Mefistófele hizo ver a Fausto la imagen de Margarita; sin tener cascos de caballo en los pies, ni llevar dos plumas de gallo en el sombrero, voy a proporcionaros este inocente prodigio. Inclinaos sobre ese vaso y pensad fijamente en la persona que deseáis que aparezca; viva o muerta, esté cerca o lejos, obedecerá a vuestro mandato des-

de un extremo del mundo o desde las profundidades de la historia.

El conde se inclinó hacia el vaso; el agua se enturbió en seguida a su vista y tomó tintes opalinos, como si hubiesen arrojado una gota de esencia; un círculo con todos los colores del prisma coronó los bordes del vaso, formando el marco del cuadro que empezaba a dibujarse ya en la nube blanquecina.

Disipóse la nube, y una joven con un peinador bordado, con los ojos verde mar, con los cabellos de oro encrespados y dejando errar como blancas mariposas sus bellas manos sobre las teclas de marfil del piano, se dibujó lo mismo que en un espejo, en el fondo del agua transparente. La perfección del cuadro era tal que hubiese hecho morir de desesperación a todos los pintores.—Prascovia Labinska, sin saberlo, había obedecido a la evocación apasionada del conde.

—Pasemos ahora a otro experimento más curioso—dijo el doctor tomándole la mano al conde y colocándosele sobre uno de los radios de hierro de la cubeta mesmérica. Apenas hubo tocado Olavo el metal cargado de magnetismo fulgurante, cuando cayó como herido por un rayo.

El doctor le tomó en brazos, le levantó como una pluma, le acostó en un diván, tocó el timbre y le dijo al criado que se presentó en la puerta:

—Id a buscar a Mr. Octavio de Saville.

IV

En el silencioso portal del hotel se oyó el ruido de las ruedas de un cupé y en seguida se presentó delante del doctor, Octavio de Saville. Cuando el doctor le enseñó el cuerpo del conde Olavo Labinski extendido sobre un diván y con todas las apariencias de la muerte, se asustó. En los primeros momentos se figuró que se había cometido un asesinato y quedóse mudo de horror; después de un examen más atento descubrió que una respiración casi imperceptible levantaba y bajaba el pecho del joven durmiente.

—Ya tenéis preparado vuestro disfraz—dijo el doctor—; es un poco más difícil de poner que un dominó alquilado en casa de Babín; pero Romeo, al encaramarse al balcón de Verona, no se acordó del peligro que iba a correr de romperse la cabeza. Sabía que Julieta le esperaba en su habitación con su traje desceñido... y la condesa Prascovia merece tanto como la hija de los Capuletos.

de un extremo del mundo o desde las profundidades de la historia.

El conde se inclinó hacia el vaso; el agua se enturbió en seguida a su vista y tomó tintes opalinos, como si hubiesen arrojado una gota de esencia; un círculo con todos los colores del prisma coronó los bordes del vaso, formando el marco del cuadro que empezaba a dibujarse ya en la nube blanquecina.

Disipóse la nube, y una joven con un peinador bordado, con los ojos verde mar, con los cabellos de oro encrespados y dejando errar como blancas mariposas sus bellas manos sobre las teclas de marfil del piano, se dibujó lo mismo que en un espejo, en el fondo del agua transparente. La perfección del cuadro era tal que hubiese hecho morir de desesperación a todos los pintores.—Prascovia Labinska, sin saberlo, había obedecido a la evocación apasionada del conde.

—Pasemos ahora a otro experimento más curioso—dijo el doctor tomándole la mano al conde y colocándosele sobre uno de los radios de hierro de la cubeta mesmérica. Apenas hubo tocado Olavo el metal cargado de magnetismo fulgurante, cuando cayó como herido por un rayo.

El doctor le tomó en brazos, le levantó como una pluma, le acostó en un diván, tocó el timbre y le dijo al criado que se presentó en la puerta:

—Id a buscar a Mr. Octavio de Saville.

IV

En el silencioso portal del hotel se oyó el ruido de las ruedas de un cupé y en seguida se presentó delante del doctor, Octavio de Saville. Cuando el doctor le enseñó el cuerpo del conde Olavo Labinski extendido sobre un diván y con todas las apariencias de la muerte, se asustó. En los primeros momentos se figuró que se había cometido un asesinato y quedóse mudo de horror; después de un examen más atento descubrió que una respiración casi imperceptible levantaba y bajaba el pecho del joven durmiente.

—Ya tenéis preparado vuestro disfraz—dijo el doctor—; es un poco más difícil de poner que un dominó alquilado en casa de Babín; pero Romeo, al encaramarse al balcón de Verona, no se acordó del peligro que iba a correr de romperse la cabeza. Sabía que Julieta le esperaba en su habitación con su traje desceñido... y la condesa Prascovia merece tanto como la hija de los Capuletos.

Octavio, turbado por lo extraño de su situación, no contestó nada; no apartaba sus ojos del conde, cuya cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y puesta sobre una almohada, parecía una de esas efigies de los caballeros acostados sobre sus tumbas en los claustros góticos, teniendo apoyada la nuca sobre una almohada de mármol. Esta bella y noble figura de la que iba a desposeer su alma, le inspiró a pesar suyo algunos remordimientos.

El doctor tomó la vaguedad de Octavio por la duda; una leve sonrisa de desdén erró por el pliegue de sus labios y le dijo:

—Si no estáis decidido despertaré al conde y se irá por donde ha venido, maravillado de mi poder magnético; pero acordaos bien de que puede ser muy fácil que no se os presente otra ocasión como ésta. Además, por mucho interés que me tome en vuestros amores, por mucho que desee hacer un experimento que nadie ha intentado en Europa, no por ello debo ocultaros que el cambio de alma ofrece sus peligros. Llamad a vuestro pecho y preguntadle al corazón: ¿Os queréis jugar la vida en esta carta decisiva? «El amor tiene la fortaleza de la muerte», dice la Biblia.

—Estoy a vuestras órdenes—contestó sencillamente Octavio.

—Bien, joven—le contestó el doctor, frotándose las manos ennegrecidas y secas con una rapidez extraordinaria y como si quisiese encender fuego a la manera de los salvajes—. Me gusta una pasión

como la vuestra que no retrocede ante nada. En el mundo no hay más que dos casos: la pasión y la voluntad. Si no lográis la felicidad no será por culpa mía. ¡Ah! Venerable Brahma-Logum, tú verás desde el fondo del cielo de Indra, donde los apsaras te rodean con sus coros voluptuosos, si he olvidado la fórmula irresistible que me dictaste al oído al abandonar tu máscara modificada. De todo me acuerdo, de las palabras y de los gestos.—¡Manos a la obra! Hagamos en el hornillo humano un guiso extraordinario, como las brujas de Macbeth, pero sin la innoble hechicería del Norte.—Sentaos delante de mí, en ese sillón; abandonaos completamente a mi poder. ¡Eso es! Los ojos fijos en los míos, las manos sobre mis manos.—Ya empieza a obrarse el encanto. Las nociones del tiempo y del espacio se pierden, la conciencia del «yo» se desvanece, los párpados se cierran; los músculos, como no reciben órdenes del cerebro, se detienen; el pensamiento se entorpece; todos los hilos delicados que retenían el alma al cuerpo están desatados. Brahma, metido en el huevo de oro donde durmió diez mil años, no estuvo más separado de las cosas exteriores; saturémosle de efluvios y bañémosle de rayos.

El doctor, mientras balbucía estas frases entrecortadas, no dejó ni un momento sus pases; de sus manos extendidas salían rayos luminosos que iban a parar a la frente o al corazón del paciente, alrededor del cual formaba poco a poco una especie

de atmósfera visible y fosforescente como una aureola.

—¡Muy bien!—dijo Mr. Baltasar Cherbonneau, aplaudiéndose a sí propio por su obra—. Ya le tengo como quería, Veamos, veamos, ¿qué es lo que resiste aún por aquí?—exclamó después de una pausa, como si leyese a través del cráneo de Octavio el último esfuerzo de la personalidad pronta a hundirse en la nada—. ¿Qué obstinada idea es esa que, arrojada de las circunvoluciones de la masa encefálica, trata de substraerse a mi influencia arrollándose a la mónada primitiva, en el punto central de la vida? Yo procuraré encontrarla y anonadarla.

Para vencer esta involuntaria rebelión, el doctor cargó con mucha mayor fuerza la poderosa batería magnética de su mirada y descubrió el pensamiento insurreccionado entre la base del cerebro y la inserción de la medula espinal; es decir, en el santuario más oculto y el tabernáculo más misterioso del alma. Su triunfo fué completo.

Entonces se preparó con majestuosa solemnidad al experimento inaudito que iba a intentar, se vistió como si fuese un mago con un traje de lino, lavóse las manos con agua perfumada, sacó de algunas redomas unos polvos, con los que hizo en las mejillas y en la frente algunos signos hieráticos; ciñóse al brazo el cordón de los brahmas, leyó dos o tres Slocaş de los poemas sagrados y no omi-

tió ninguno de los minuciosos ritos recomendados por el penitente de las grutas de Elefanta.

Terminadas estas ceremonias abrió todas las grandes bocas de los caloríferos, y bien pronto se llenó la sala por una atmósfera abrasadora que hubiese hecho desfallecer al tigre en medio del bosque, que hubiese hecho estallar la coraza de fango sobre el cuerpo rugoso de los búfalos, y abrirse con una detonación la magnífica flor de los álces.

—Es preciso que estos dos rayos divinos, que van a encontrarse desnudos y despojados durante algunos segundos de su envoltura mortal, no palidezcan o se extingan en nuestro aire glacial—dijo el doctor mirando el termómetro, que señalaba en aquel momento 120 grados Fahrenheit.

El doctor Baltasar Cherbonneau, entre aquellos dos cuerpos inertes y con sus blancas vestiduras tenía el aspecto de un sacrificador de las sanguinarias religiones que arrojan los cadáveres de los hombres sobre el altar de sus dioses. Recordaba al sacerdote de Vitziliputzili, el feroz ídolo mejicano de que habla Enrique Heine en una de sus baladas, pero sus intenciones eran seguramente mucho más pacíficas.

Se aproximó al conde Olayo Labinski, que permanecía inmóvil, y pronunció la sílaba inefable; la cual fué a repetir en seguida sobre Octavio que estaba profundamente adormecido. El rostro, ordinariamente extraño del doctor Cherbonneau, había tomado en aquel momento una majestad sin-

gular; la grandeza del poder de que disponía ennoblecía sus facciones desordenadas, y si alguno le hubiese visto cumplir estos ritos misteriosos con una gravedad sacerdotal, no hubiese reconocido en él al doctor hoffmánnico que llamaba hacia sí, o mejor dicho, desafiaba el lápiz de los caricaturistas.

Entonces ocurrieron cosas muy extrañas; Octavio de Saville y el conde Olavo Labinski se agitaron simultáneamente como por una convulsión de agonía; su rostro se descompuso; una ligera espuma apareció en sus labios; la palidez de la muerte se apoderó de su piel y dos lucecitas azuladas y temblorosas brillaron inciertas sobre sus cabezas.

A una señal fulgurante del doctor que parecía señalarles su camino en el aire, los dos puntos fosfóricos se pusieron en movimiento y, dejando detrás de ellos una estela luminosa, entraron en su nuevo domicilio; el alma de Octavio ocupó el cuerpo del conde Olavo Labinski y el alma del conde el cuerpo de Octavio. El avatar se había cumplido.

Un ligero tinte sonrosado en los pómulos indicó que la vida acababa de penetrar en aquellas arcillas humanas, que habían quedado sin alma durante algunos segundos y en las cuales hubiese hecho presa el Ángel negro sin el poder del doctor.

La alegría del triunfo iluminó las azuladas pupilas del doctor Cherbonneau, el cual decía paseándose por el cuarto a grandes pasos: «Hagan otro tanto los médicos más orgullosos, con tanta vanidad

como tienen porque arreglan bien o mal el reloj humano cuando se descompone: Hipócrates, Galeno, Paracelso, Van Helmont, Boerhaave, Tronchin, Hahnemann, Rasori, el fakir más insignificante de la India, acurrucado bajo la escalera de una pagoda, sabe mil veces más que vosotros. ¡Qué importa el cuerpo cuando se llega a mandar en el espíritu!

Al terminar este período, el doctor Baltasar Cherbonneau hizo una porción de cabriolas, hijas de la exaltación, y bailando como las montañas en el Sir-Hasirim del rey Salomón, cayó de narices porque se le enganchó el pie en su traje brahmínico. Este incidente le hizo volver sobre sí mismo y le devolvió toda su sangre fría.

—Despertemos a nuestros durmientes— dijo Mr. Cherbonneau después de haberse limpiado las rayas de polvos colorados con que se había estriado el rostro y de haberse quitado el traje de brahma, y colocándose delante del cuerpo del conde Labinski, habitado por el alma de Octavio, hizo los pases necesarios para sacarle del estado somnambulesco, sacudiendo a cada gesto los dedos, cargados con el fluido que quitaba.

Al cabo de algunos minutos Octavio Labinski (en adelante le designaremos así para la mejor inteligencia del relato) se incorporó, se pasó las manos por los ojos y dirigió a su alrededor una mirada de asombro que la conciencia de sí mismo no iluminaba aún. Cuando pudo recobrar la percep-

ción de los objetos, lo primero que vió fué un cuerpo acostado sobre un diván. Se veía, no reflejado por la luna de un espejo, sino en la realidad. Lanzó un grito, grito que no resonó con el timbre de su voz, lo cual le causó cierto espanto. El cambio de las almas se había verificado durante el sueño magnético; no guardaba de ello memoria y experimentaba un extraño malestar. Su pensamiento, servido por nuevos órganos, era como un obrero a quien le quitasen las herramientas de su uso ordinario y le diesen otras. Psyquis desterrada, batía sus alas inquietas en el interior de aquel cráneo desconocido y se perdía en las membranas de un cerebro, donde se encontraban aún las huellas de ideas extrañas.

—Vamos a ver—dijo el doctor, cuando hubo juzgado suficiente la sorpresa de Octavio Labinski—, ¿qué os parece de vuestra nueva habitación? ¿Se ha instalado bien vuestra alma en el cuerpo de este hermoso caballero, hetmann, hospodar o magnate, marido de la mujer más bella del mundo? Ya no tendréis ganas de dejaros morir, como queríais la primera vez que os ví en vuestra triste habitación de la calle de San Lázaro, ahora que las puertas del palacio Labinski están abiertas de par en par a vuestro paso, y que no tenéis miedo a que Prascovia os ponga la mano delante de la boca, como en la villa Salviati, cuando queríais hablarle de amor. Ya veis que el viejo Baltasar Cherbonneau, con su figura de mono, que no desea cambiar por

ninguna otra, posee aún en su saco de trampas algunas buenas recetas.

—Doctor—contestó Octavio Labinski—, tenéis el poder de un dios, o por lo menos de un demonio.

—¡Oh! Lo que es por ahí no tengáis miedo; ni hay ninguna diablura en todo esto. Vuestra salvación no pelagra en lo más mínimo; porque no os he de obligar a firmar un pacto con una rúbrica roja. Nada tan sencillo como lo que acaba de ocurrir. El verbo que ha creado la luz puede muy bien romper las ligaduras de un alma. ¡Oh! Si los hombres quisiesen escuchar a Dios a través del tiempo y del infinito, harían cosas mucho más notables.

—¿De qué manera, en qué forma podré pagaros este servicio?

—A mí nada me debéis; me ha interesado vuestra suerte y para un viejo Lascar como yo, curtido por todos los soles, empedernido por todos los sucesos, una emoción es una cosa bastante rara. Me habéis revelado vuestro amor y debéis saber que nosotros, los soñadores, que tenemos un poco de alquimistas, otro poco de magos y otro poco de filósofos, vamos siempre más o menos en busca de lo absoluto. Pero levantaos, moveos, andad y ved si vuestra nueva piel no dificulta los movimientos.

Octavio Labinski obedeció al doctor dando algunas vueltas por el cuarto y encontró ya menos embarazo. Aunque habitado por otra alma, el cuerpo del conde conservaba el impulso de sus anti-

guos hábitos, y el nuevo huésped se entregó a sus resabios físicos porque le importaba mucho tomar el paso, el aire y el ademán del propietario expulsado.

—Si no hubiera realizado en mis propias manos el cambio de vuestras almas—dijo riéndose el doctor Baltasar Cherbonneau—, creería que nada extraordinario se había verificado esta noche y os tomaría por el verdadero, legítimo y auténtico conde lituano Olavó Labinski, que está durmiendo todavía dentro de la crisálida que habéis abandonado desdeñosamente. Pero van a dar las doce ahora mismo; marchaos a casa en seguida no sea que Prascovia os riña, con razón, por haber preferido a su compañía el sacanete o el tresillo. Es preciso que no deis comienzo a vuestra vida de esposo con una disputa, porque esto sería de mal agüero. Mientras tanto yo me entretendré en despertar con todas las precauciones y cuidados que en realidad merece a vuestra antigua envoltura.

Octavio Labinski comprendió cuán justas eran las observaciones del doctor y se apresuró a salir. A la puerta de la calle piafaban impacientes los dos magníficos caballos bayos del conde, los cuales al relinchar habían cubierto de espuma el pavimento. Al oír los pasos del joven, un soberbio lacayo de casaca verde, de la perdida raza de los Heyducos, saltó al suelo y lo hizo resonar con estrépito. Octavio, que se había dirigido maquinalmente en el primer momento hacia su modesto carruaje, tomó

asiento en el alto y magnífico *coupé* y le dijo al lacayo para que se lo repitiese al cochero: «¡A casa!» Apenas cerrada la portezuela los caballos partieron al galope, y el digno sucesor de los Almanzor y los Azolan, se suspendió a los largos cordones de pasamanería con una ligereza que no era de sospechar en su colosal estatura.

Para caballos de tanto empuje no era largo el trecho que media entre la calle del Regard y el arrabal de Saint-Honoré; así es que fué devorado en muy pocos minutos y el cochero gritó con voz estentórea: ¡Abrid la puerta!

Las dos inmensas hojas, empujadas por el suizo, abrieron ancho paso al carruaje, el cual dió la vuelta a un inmenso patio enarenado y fué a detenerse con una precisión admirable bajo un toldo rayado de blanco y rosa.

El patio, que Octavio Labinski reconoció hasta en sus menores detalles con esa rapidez de visión que el alma adquiere en ciertas ocasiones solemnes, era vasto, lo formaban algunas paredes simétricamente construídas, y lo iluminaban unas lámparas de bronce en las que el gas ardía dentro de campanas de cristal, parecidas a las que en otro tiempo adornaban el Bucentauro y que daban un aspecto de palacio más bien que de casa particular: algunos cajones con naranjos, dignos de la explanada de Versalles, se hallaban colocados de trecho en trecho sobre el margen de asfalto que cerraba

como un bordado el tapiz de arena que constituía su parte central.

El pobre enamorado, al echar el pie a tierra, acordóse de su distray y tuvo que detenerse algunos segundos y llevarse la mano al corazón para contener los latidos. Es verdad que llevaba el cuerpo de Olavo Labinski, pero sólo le poseía en la apariencia física; todas las ideas, todos los conocimientos que contenía el cerebro habían desaparecido al marcharse el alma del primer propietario; la casa, que desde aquel momento le pertenecía, le era desconocida e ignoraba por completo su disposición interior: delante de él presentábase una escalera por la cual se decidió a subir aun a peligro de equivocarse, y de tener que decir que iba distraído.

Los escalones de piedra apomezada eran de una blancura infinita y hacían resaltar el color rojo de una larga tira de moqueta, sujeta por unas varillas de cobre dorado, que les señalaba a los pies su blando camino; algunas jardineras llenas de bellísimas flores exóticas se veían en los extremos de las gradas y subían con él.

Una inmensa lámpara formando cuadros y colgada de un grueso cordón de seda púrpura, adornado con borlas y nudos, arrojaba un haz de rayos de oro sobre las paredes vestidas con estuco blanco, pulimentado como el mármol, y proyectaba su luz sobre una copia, de mano del autor, de uno de

los grupos más célebres de Canova, «El amor abrazando a Psyquis».

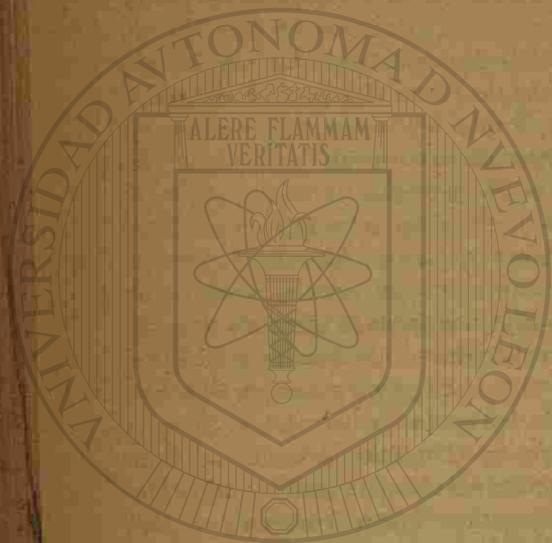
El rellano del único tramo de la escalera estaba pavimentado de mosaicos, formando un precioso dibujo. Unos cordones de seda sostenían en las paredes cuatro cuadros de París Bordone, Bonifazzio, Palma el Viejo y Pablo Veronese, cuyo estilo arquitectónico y pomposo armonizaba muy bien con la magnificencia de la escalera.

Frente al rellano se abría una gran puerta de sarga llena de clavos dorados; Octavio Labinski la empujó y se encontró en un ancho recibimiento donde dormitaban algunos lacayos vestidos de gran librea. A su aproximación se levantaron como movidos por un resorte y se pegaron a las paredes con la impasibilidad de los esclavos orientales.

Continuó su camino. Un salón blanco y dorado donde no había nadie seguía a la antecámara. Octavio tiró de un llamador, y acto continuo se presentó una camarera.

—¿La señora está visible?

—La señora condesa está a punto de desnudarse, pero en seguida podrá recibirle.



VII

Quando el doctor Cherbonneau se encontró a solas con el cuerpo de Octavio de Saville habitado por el alma del conde Olavo Labinski, se puso a trabajar para devolverle a esta forma inerte su vida ordinaria. Al cabo de algunos pases, Olavo de Saville (permítasenos reunir estas dos palabras para designar a un personaje doble) salió como un fantasma de los limbos del profundo sueño, o mejor aún de la catalepsia que le encadenaba, inmóvil y yerto, al ángulo del diván. Se levantó por medio de un movimiento automático, que aun no dirigía la propia voluntad, y tambaleándose bajo la influencia de un vértigo mal disipado. Los objetos vacilaban a su alrededor; las encarnaciones de Vichnú bailaban a lo largo de las paredes; el doctor Cherbonneau se le aparecía, bajo la figura del sannysi de Elefanta, agitando los brazos como si fuesen las alas de un pájaro, y moviendo sus

pupilas azules en aquellas órbitas formadas por las morenas arrugas, parecidas a los círculos de unas gafas; los extraños espectáculos a que había asistido antes de caer en el anonadamiento magnético pesaban aun sobre su razón, y lentamente iba volviendo a la realidad. Estaba como un durmiente que se despierta de pronto, tras de haber sido víctima de una pesadilla, y toma por espectros y les da formas humanas a los vestidos que se hallan diseminados por encima de los muebles, y por ojos encendidos de ciclope los rosetones de cobre que sostienen las cortinas y que se hallan iluminados por la pálida luz de la lámparilla.

Poco a poco evaporóse toda esta fantasmagoría y todo acabó por adquirir su aspecto natural; Mr. Baltasar Cherbonneau no era ya un penitente de la India, sino un simple doctor en medicina que dirigía a su cliente una sonrisa que retrataba su natural bondad.

—¿Ha quedado satisfecho el señor conde de los experimentos que he tenido el honor de hacer en su presencia?—preguntó el doctor con un tono de obsequiosa humildad, en la que se hubiese podido descubrir una ligera ironía—; me atrevo a esperar que el señor conde no se olvidará de esta noche y que se marchará convencido de que todo cuanto se cuenta respecto al magnetismo no es fábula o burla como pretende la ciencia oficial.

Olavo de Saville contestó por medio de una inclinación de cabeza que indicaba su conformidad y

salió acompañado por el doctor Cherbonneau, que a cada puerta le hacía profundos saludos.

El cochero adelantó el carruaje hasta la puerta, y el alma del marido de la condesa Labinska subió en compañía del cuerpo de Octavio de Saville, sin darse cuenta de que ni aquella era su librea, ni era aquél su carruaje.

El cochero preguntó adónde iban.

—A casa—contestó Olavo de Saville, confundidamente sorprendido por no haber reconocido la voz del criado de la casaca verde que ordinariamente le dirigía aquella pregunta con un acento húngaro muy pronunciado. El carruaje en que se encontraba estaba tapizado de damasco azul oscuro y no de satín dorado, que era el color del forro de su *coupe*. Al conde le extrañó esta diferencia, pero la aceptó como se hace ordinariamente en los sueños, donde los objetos más comunes se nos presentan bajo formas muy variadas, sin que por ello dejemos de reconocerlos; parecíale que era más pequeño que de ordinario; por otra parte creía recordar que había ido vestido de levita a casa del doctor, y sin que pudiese acordarse de haber cambiado de traje, se encontraba vestido con un paletó de verano de tela muy ligera que no había formado nunca parte de su guardarropa; su espíritu experimentaba una tortura desconocida, y las ideas, que por la mañana eran tan lúcidas, se desenvolvían ahora con muchísimo trabajo. Atribuyendo tan singular estado a las extrañas escenas que habían tenido lugar aque-

lla noche, y apoyando la cabeza en el ángulo del carruaje, se entregó en brazos de un sueño flotante, de una vaga somnolencia, que no era ni estar durmiendo ni estar despierto.

La brusca detención del caballo y la voz del cochero que gritaba: «¡Abrid la puerta!» le llamaron de nuevo a sí; bajó el cristal, sacó afuera la cabeza y vió a la claridad del reverbero una calle desconocida y una casa que en nada se parecía a la suya.

—¿Adónde me has llevado, animal?—exclamó Olavo de Saville—. ¿Acaso es esto el arrabal de Saint-Honoré, ni la casa Labinski?

—Dispense usted señor; es que no había entendido bien—murmuró el cochero, haciendo tomar al caballo la dirección indicada.

Durante el trayecto, el conde, transfigurado, se dirigió muchas preguntas a las que no sabía qué contestar. ¿Cómo se había ido su carruaje, siendo así que él le había dado orden para que aguardase? ¿Cómo era que él mismo se había metido en el carruaje de otro? Supuso que un ligero ataque de fiebre enturbiaba la limpidez de sus percepciones, o que el doctor taumaturgo, para excitar más vivamente su credulidad, le había hecho respirar durante su sueño algún frasco de haschich o de cualquier otra droga alucinadora, y esperaba que una noche de reposo disiparía las ilusiones.

Llegó el carruaje a la casa de Labinski, y el suizo interpelado se negó a abrir la puerta, diciendo que los señores no recibían aquella noche, que

el señor conde hacía más de una hora que había vuelto, y que la señora condesa se había retirado a sus habitaciones.

—Pícaro, ¿estás borracho o te has vuelto loco?—dijo Olavo de Saville, recriminando al coloso que se levantaba gigantescamente en el linderó de la puerta medio cerrada, como una de esas estatuas de bronce que en los cuentos árabes impiden a los caballeros andantes la entrada en los castillos encantados.

—Quien está loco o borracho es usted, señorito—replicó el suizo, a quien el color carmesí del rostro se le cambió en azul, gracias a la cólera.

—¡Miserable!—rugió Olavo de Saville—, si no tuviese algún respeto a mí mismo...

—Calle usted o le hago pedazos sobre mi rodilla para arrojarlos luego al arroyo—dijo el gigante, abriendo una mano más ancha y más grande que aquella tan colosal que tiene a la puerta de su casa el guantero de la calle de Richelieu—; bueno será, caballero, que se deje de gastarme bromas, aunque se haya bebido de más un par de botellas de Champaña.

Olavo de Saville, desesperado, empujó al suizo tan rudamente que logró atravesar la puerta. Algunos criados que aun no se habían acostado acudieron al ruido del altercado.

—¡Quedas despedido, animal, mal educado! No quiero que pases la noche en mi casa. Vete en seguida si no quieres que te mate como un perro ra-

bioso. ¡No me hagas derramar la vil sangre de un lacayo!

Y el conde, desposeído de su cuerpo, se arrojó con los ojos inyectados de sangre, la boca llena de espuma y los puños crispados hacia el enorme suizo, el cual, sujetando las dos manos de su agresor con una de las suyas, las contuvo y casi se las aplastó bajo la presión de sus dedos pequeños, gruesos y nudosos como los de un torticero de la Edad Media.

—Vamos, tenga usted calma—decía el gigante, bastante bondadoso en el fondo, que no temía ni poco ni mucho a su adversario, y al cual le daba algunas sacudidas para mantenerle a respetuosa distancia—. Se necesita muy poco talento para ponerse en tal estado un hombre que viste como las personas decentes, e irse después como un camorrista a promover escándalos nocturnos en casas respetables. ¡Todo lo consigue el vino y debe ser bueno el que le ha puesto a usted en tal estado! Dé usted gracias a su estado, que no le apaleo y me contento con ponerle tranquilamente a la puerta de la calle, donde la policía se encargará de llevárselo si continúa promoviendo escándalos. El aire de la noche le hará a usted un gran bien y le refrescará las ideas.

—¡Infames—gritó Olavo de Saville, interpellando a los lacayos—: dejáis que ese canalla abyecto insulte a vuestro señor el noble conde Labinski.

Al pronunciar este nombre los criados, como de común acuerdo, dieron un grito y soltaron una enor,

me carcajada, homérica y convulsiva, que levantó todos aquellos pechos cubiertos de galones.

—¡Conque este hombrecillo se cree nada menos que el conde Labinski! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!; la idea no deja de ser graciosa.

Un sudor glacial mojó las sienas de Olavo de Saville. Un pensamiento agudo le atravesó el cerebro como un punzón de acero y sintió que se le enfriaba la médula de los huesos. ¿Le había puesto Somarra su rodilla sobre el pecho, o aun vivía la vida real? ¿Se había perdido su razón en el Océano sin fondo del magnetismo, o era juguete de una maquinación diabólica? Ninguno de aquellos lacayos, que antes estaban tan temblorosos, tan sumisos y tan prosternados en su presencia, le reconocía ahora. ¿Le habían cambiado el cuerpo, como los vestidos y el carruaje?

—Para que se convenza usted de que no es ni con mucho el conde Labinski—dijo uno de los más insolentes de la banda—, mire allá y verá cómo desciende la escalinata atraído por este escándalo.

El cautivo del suizo, volvió los ojos hacia el fondo del patio y vió de pie, bajo la marquesina, a un joven de figura elegante y esbelta, de rostro oval, ojos negros, nariz aguileña, fino bigote, que no era otro que él mismo, o su espectro modelado por el diablo, con un parecido capaz de producir verdadero asombro.

El suizo soltó las manos que tenía prisioneras. Los criados se alinearon respetuosamente contra

el muro, con los ojos bajos, las manos colgantes, en una inmovilidad absoluta, como los icoglones al acercarse a ellos el padischa; rendían a este fantasma los honores que negaban al verdadero conde.

El esposo de Prascovia, aunque intrépido como buen eslavo, que ya es decir, sintió un indecible espanto al acercársele este Menéchme, quien, más terrible que el del teatro, se mezclaba a la vida positiva y hacía que fuera imposible reconocer a su gemelo.

Recordó una antigua leyenda de familia que aumentó todavía más su terror: cada vez que iba a morir un Labinski, era advertido por la aparición de un fantasma absolutamente igual que él. Entre las naciones del Norte, ver a su doble, aunque sea en sueños, se ha considerado siempre como un presagio fatal, y el intrépido guerrero del Cáucaso, ante esa visión exterior de su yo, sumióse en un invencible horror supersticioso; él, que hubiese metido sus brazos en la boca de los cañones a punto de disparar, retrocedió ante la imagen de sí mismo.

Octavio Labinski avanzó hacia su antigua forma, en la que se debatía, se indignaba y se estremecía el alma del conde, diciéndole en un tono correctamente altivo y glacial:

—Caballero, no siga comprometiéndose con esos criados. El conde Labinski, por si quiere hablarle, está visible de doce a dos de la tarde. La señora condesa recibe el jueves a las personas que han tenido el honor de serle presentadas.

Dichas estas frases, pronunciadas lentamente y acentuando cada sílaba, el falso conde se retiró con paso tranquilo, y las puertas volvieron a cerrarse tras él.

Olavo de Saville fué transportado a su carruaje desvanecido. Cuando recobró el sentido, estaba acostado en un lecho que no tenía la forma del suyo, en una cámara en la que no recordaba haber estado jamás. Junto a él se hallaba un criado desconocido que le sostenía la cabeza al par que aplicaba a sus narices un frasco de éter.

—¿Se encuentra mejor el señor?—preguntó Juan al conde, a quien consideraba su amo.

—Sí—respondió Olavo de Saville—. Sólo es una debilidad pasajera.

—¿Puedo retirarme o precisa que vele al señor?

—No, déjame solo; pero antes de retirarte enciende el candelabro que está junto al espejo.

—¿No teme el señor que le impida dormir esta luz tan viva?

—De ningún modo; no tengo sueño todavía.

—No me acostaré, y si el señor necesita algo, acudiré a la primera llamada—dijo Juan, interiormente alarmado al ver la palidez y las facciones descompuestas del conde.

Quando Juan se hubo retirado después de encender las bujías, el conde se dirigió presuroso hacia el espejo, y en el cristal profundo y puro, donde temblaba el centelleo de las luces, vió una cabeza joven, dulce y triste, de abundante cabellera ne-

gra, de pupilas de un azul oscuro, de mejillas pálidas, sombreadas por una barba sedosa y morena; una cabeza, en fin, que no era la suya, y que desde el fondo del espejo le miraba con aire sorprendido.

Se esforzó, al principio, en creer que un bromista de mal género encuadraba su rostro en el marco del espejo biselado de Venecia. Pasó la mano por detrás del espejo y sólo halló las planchas de madera. No había nadie. Sus manos, que se palpó, estaban más flacas, largas y cubiertas de venas; en el dedo anular se destacaba un anillo de oro con un engarce de venturina sobre el cual había grabado un blasón—un escudo franjeado de gules y plata y por sello las armas de barón—. Este anillo jamás había pertenecido al conde, que llevaba otro del que sobre un fondo negro blasonado se destacaba un águila de oro picuda, con garras y uñas, todo ello rematado por la corona de perlas.

Revolvió sus bolsillos y encontró en ellos una pequeña cartera conteniendo tarjetas de visita con este nombre: «Octavio de Saville».

La risa de los lacayos en el hotel Labinski, la aparición de su «doble», la fisonomía desconocida, substituída por su reflexión en el espejo, podían ser, en rigor, ilusiones de un cerebro enfermo; pero esos trajes diferentes, ese anillo que se sacaba del dedo, eran pruebas materiales, palpables, testimonios irrecusables. Una metamorfosis completa se había operado en él, sin que él lo supiera. Un mago, probablemente, un demonio, tal vez, le había

robado la forma, el título, el nombre, toda su personalidad, dejándole solo su alma sin medios para manifestarla.

Las historias fantásticas de Pedro Schlemil y de *La Noche de San Silvestre* cruzaron por su memoria; pero los personajes de Chamisso y de Hoffmann, sólo habían perdido, el uno su sombra, el otro su reflejo; y si esa rara privación de una proyección que todo el mundo posee, inspiraba tan inquietantes sospechas, nadie al menos les negaba que fuesen ellos mismos.

Su posición era mucho más desastrosa; no podía reclamar su título de conde Labinski, en la forma en que se hallaba aprisionado. Pasaría a los ojos de todo el mundo, por un imprudente impostor, ó cuando menos por un loco. Su propia mujer le desconocería bajo esa apariencia mentirosa. ¿Cómo probar su identidad? Ciertamente que había mil circunstancias íntimas, mil detalles misteriosos desconocidos de todos los demás, que recordados a Prascovia, le harían reconocer el alma de su marido bajo esa transformación; ¿pero qué valdría esa convicción aislada, caso de obtenerla, contra la unanimidad de la opinión? Estaba realmente y absolutamente desposeído de su «yo». Otro motivo de inquietud: ¿su transformación se limitaba al cambio exterior de la figura y las facciones o habitaba en realidad el cuerpo de otro? En este caso ¿qué habían hecho del suyo? ¿Lo había consumido un pozo de cal o se lo había apropiado un osado usurpador?

El «doble» advertido en el hotel Labinski, podía ser un espectro, una visión, pero era también un sér físico, viviente, instalado con esa piel que le habría hurtado, con una habilidad infernal, ese médico con cara de fakir.

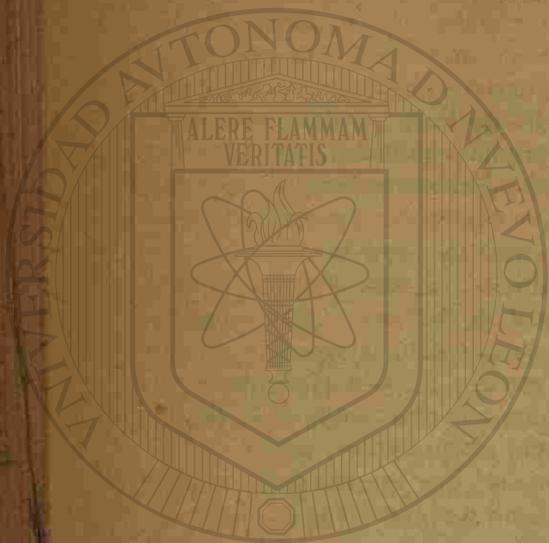
Una idea terrible le mordió el corazón con sus garras viperinas: «Ese conde de Labinski ficticio, que se ha adueñado de mi forma por artes del demonio, ese vampiro que habita ahora en mi casa, a quien mis criados obedecen contra mí, tal vez a esta hora pone su pie grosero en el umbral de esa estancia donde siempre he penetrado con la misma emoción que la primera noche, y Prascovia le sonríe dulcemente e inclina con un divino rubor su graciosa cabeza sobre esa espalda marcada por la garra del diablo, tomando por mí a esa larva mentirosa, a ese crápula, a ese fementido, a ese aborrecible hijo de la noche y del infierno. Si corriese al hotel, si le prendiera fuego para gritar entre las llamas a Prascovia: «¡Te engañan, no es tu adorado Olavo quien descansa sobre tu corazón! ¡Vas a cometer inocentemente un crimen abominable del que mi alma desesperada se acordará aún, cuando las eternidades se hayan cansado las manos de dar vueltas a sus relojes de arena.»

Oleadas de fuego affluían al cerebro del conde; lanzaba gritos inarticulados de rabia, se mordía los puños, daba vueltas por la estancia como una bestia salvaje: La locura iba a entenebrecer la obscura conciencia que de sí mismo le quedaba, cuando se

le ocurrió acudir al lavabo de Octavio, llenar una cubeta de agua y sumergir la cabeza, que salió humeante de ese baño helado.

Cobró sangre fría. Se dijo que el tiempo de la magia había ya pasado: que sólo la muerte podía desligar el alma del cuerpo; que no era posible escamotear así, en medio de París, a un conde polonés, acreditado de algunos millones, en casa de Rothschild, aliado las más ilustres familias, marido venerado de una mujer a la moda, condecorado con la orden de San Andrés, de primera clase, y que todo eso no era sin duda otra cosa que una broma de bastante mal gusto de Baltasar Cherbouneau, que se explicaría lo más naturalmente posible, como los «miedos» de las novelas de Ana Radcliffe.

Como estaba rendido, se echó sobre el lecho de Octavio y se adormeció con un sueño pesado, opaco, parecido a la muerte, que duraba aún cuando Juan, creyendo a su amo despierto, fué a poner sobre su mesa, cartas y periódicos.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

El conde abrió los ojos y dirigió en derredor suyo una mirada investigadora; vió un dormitorio confortable, pero sencillo; una alfombra con oscuros topos, imitando una piel de leopardo, recubría el suelo; unas cortinas de tapicería, que Juan acababa de entreabrir pendían en las ventanas y vestían las puertas; los muros estaban cubiertos de un papel aterciopelado de un tono verde unido, simulando tela. Un reloj formado de un bloque de mármol negro, con cuadrante de platino, rematado por una pequeña estatua en plata oxidada, de la Diana de Gabies, reducida por Barbedienne y acompañada de dos copas antiguas, también de plata, decoraba la chimenea de mármol blanco y venas azules; el espejo de Venecia, donde el conde había descubierto la víspera que no poseía ya su rostro habitual y un retrato de mujer anciana, pintado por Flandrin, sin duda el de la madre de Octavio, eran los únicos adornos de esa estancia, un poco triste

y severa; un diván, un sillón a la Voltaire situado junto a la chimenea, una mesa con cajones cubierta de papeles y libros componían un mobiliario cómodo, que no recordaba para nada, sin embargo, la suntuosidad de la casa de Labinski.

—¿El señor se levanta?—dijo Juan, con una voz suave, aprendida durante la enfermedad de Octavio, presentando al conde la camisa de color, el pantalón de franela y la *gandoura* de Argel, trajes matutinos de su amo. Aun cuando repugnó al conde ponerse los trajes de un extraño, no le quedó más remedio que aceptar los que Juan le presentaba, a menos de quedarse desnudo. Puso, pues, los pies sobre la piel de oso sedosa y negra que estaba junto a la cama, y se levantó.

Su *toilette* pronto estuvo lista, y Juan, sin parecer concebir la menor duda acerca de la identidad del falso Octavio de Saville, a quien ayudaba a vestirse, le dijo:

—¿A qué hora desea el señor desayunarse?

—A la hora de costumbre—respondió el conde, que a fin de no hallar dificultades en las diligencias que se proponía hacer para recobrar su personalidad, había resuelto aceptar exteriormente su incomprendible transformación.

Juan se retiró, y Olavo de Saville abrió las dos cartas traídas junto con los periódicos, esperando hallar algunos informes; la primera contenía amistosos reproches y se quejaba de la interrupción motivada de unas tan buenas relaciones amistosas;

la firmaba un nombre desconocido para él. La segunda era del notario de Octavio y le daba prisa para que fuera a recoger unas rentas vencidas hacía tiempo, o al menos asignara un empleo a ese capital que permanecía improductivo.

—Vaya; parece ser—se dijo el conde—que ese Octavio de Saville, cuya piel ocupó bien a pesar mío, existe realmente; no es un sér fantástico, un personaje de Arnim o de Brentano: no deja de haber una mansión, unos amigos, un notario, unas rentas que encauzar, todo, en fin, lo que constituye el estado civil de un gentleman. Sin embargo, yo aseguraría que soy el conde Olavo Labinski.

Una mirada al espejo le convenció de que esta opinión no sería compartida por nadie; a la viva luz del día, a la dudosa luz de las bujías el reflejo era idéntico.

Continuando la visita domiciliaria, abrió los cajones de la mesa: en uno encontró títulos de propiedad, dos billetes de mil francos y cincuenta lises, que se apropió sin escrúpulos para las necesidades de la campaña que iba a emprender, y en el otro había una cartera de piel de Rusia cerrada por medio de un resorte secreto.

Juan entró anunciando a Mr. Alfredo Humbert, quien atravesó la habitación con la familiaridad de un amigo antiguo, sin espera a que el criado fuese a darle la respuesta de su señor.

—Buenos días, Octavio—dijo el recién venido, que era un hermoso joven de fisonomía franca y

jovial—, ¿qué haces; qué piensas hacer? ¿Estás muerto o vivo? No se te ve en ninguna parte; te escriben y no contestas. Debía reñir contigo, pero no tengo bastante amor propio cuando media tanto afecto, y vengo para estrechar de nuevo tu mano. ¡Qué diablo!, yo no puedo permitir que un antiguo compañero de colegio muera de melancolía en el fondo de esta habitación tan lúgubre como la celda de Carlos V en el monasterio de Yuste. Te has llegado a figurar que estás enfermo y te fastidias, he lo ahí todo; yo te obligaré a distraerte, y en uso de mi autoridad, te voy a llevar a un alegre almuerzo en el que Gustavo Raimbaud entierra su libertad de soltero.

Después de esta relación, a la que dió un tono medio serio y medio cómico, cogióle la mano al conde y se la estrechó según el uso inglés.

—No—le contestó el marido de Prascovia, acordándose del papel que estaba desempeñando—hoy sufro más que de ordinario; no me siento en disposición de ir a una broma, de suerte que en vez de alegrar vuestra comida sería un motivo de tristeza.

—Efectivamente; estás muy pálido y tienes un aire fatigado; ¡qué buena ocasión te pierdes! Me voy corriendo, porque me está haciendo falta el comer tres docenas de ostras y beber una botella de Sauterne—dijo Alfredo dirigiéndose hacia la puerta—. ¡Cuánto sentirá Raimbaud el que no acudas!

Esta visita aumentó la tristeza del conde; Juan le tomaba por su señor; Alfredo por su amigo. Una

última prueba le faltaba. Abrióse la puerta; una señora en cuyos cabellos se entremezclaban algunos hilos de plata y que se parecía de una manera extraordinaria al retrato que había colgado en la pared, entró en el cuarto, se sentó en el sofá y le dijo al conde:

—¿Cómo te encuentras, querido Octavio? Juan me ha dicho que anoche volviste muy tarde y en un estado de extraordinaria debilidad; cúdate mucho, hijo mío, porque tú sabes lo que te quiero a pesar de la pena que me causa esa inexplicable tristeza que te devora, y cuyo origen aun no me has querido decir.

—No tengáis miedo, madre mía, esto no ofrece ninguna gravedad—contestó Olavo de Saville—; me encuentro mucho mejor que estós últimos días.

Mme de Saville, confiada en las palabras del que creía su hijo, se levantó y marchóse, porque sabía que a éste no le gustaba que le turbasen en su soledad.

—Pues, señor, decididamente me he convertido en Octavio de Saville—exclamó el conde cuando hubo salido la señora—; su madre me reconoce y no adivina un alma extraña bajo la epidermis de su hijo. Quizá me veo encerrado para siempre en esta envoltura. ¡Se puede dar al alma prisión más extraña que el cuerpo de otro! Es duro el tener que renunciar a ser el conde Olavo Labinski, perder sus armas, su mujer, su fortuna y verse reducido a una triste y vulgar existencia. ¡Ah!—yo rasgaré para sa-

lir de ella esta piel de Nessus que se une a mi sér y la arrojaré hecha jirones a los pies de su dueño. ¡Si volviese al hotel! ¡No! Daría un escándalo inútilmente y el suizo me pondría a la puerta de la calle, porque yo no tengo valor ni fuerza desde que visto este traje de enfermo; vamos a ver, procuraremos averiguar algo de la vida de este Octavio de Saville, cuyo papel desempeño yo mismo.

Trató de abrir la cartera. Casualmente dió con el resorte y quedóse abierta a su curiosidad. El conde sacó de los bolsillos de cuero muchos papeles ennegrecidos por un escrito menudo y estrecho; después encontró un pedacito de vitela, sobre el que una mano poco hábil, pero fiel, había dibujado con la memoria del corazón y con el parecido que pocas veces consiguen los grandes artistas, un retrato al lápiz de la condesa Prascovia Labinski. Era imposible no reconocerla a la primera mirada.

El conde quedóse estupefacto ante este descubrimiento. A la sorpresa sucedió un furioso movimiento de celos. ¿Cómo se encontraba el retrato de la condesa en la cartera secreta de aquel joven desconocido? ¿De dónde lo había sacado, quién lo había hecho, quién se lo dió? ¿Aquella Prascovia, tan religiosamente adorada, habría descendido de su cielo de amor a una intriga vulgar? ¿Qué burla infernal le había encarnado a él, el marido, en el cuerpo del amante de aquella mujer a quien hasta entonces había creído tan pura? ¡Sarcástica metamorfosis, cambio de posición capaz de volverle

loco, porque merced a ella podía engañarse a sí, ser a un mismo tiempo Clitandro y Jorge Dandín!

Todas estas ideas hervían tumultuosamente en su cerebro; comprendía que su razón estaba pronta a perderse, e hizo para recobrar la calma, un esfuerzo supremo de voluntad. Sin escuchar a Juan, que estaba diciéndole que el almuerzo le esperaba en la mesa, continuó con un temblor nervioso el examen de la cartera misteriosa.

Las hojas formaban una especie de diario psicológico abandonado y vuelto a emprender en diferentes épocas; he aquí algunos fragmentos que el conde devoró con una suprema ansiedad:

«¡Ella no me querrá nunca, nunca, nunca! He leído en sus dulces ojos quella frase tan cruel. Dante no encontró otra más dura para escribirla sobre las puertas de bronce de la ciudad Doliente: «Perded toda esperanza.» ¿Qué mal le ha causado a Dios para que me condene en vida? ¡Mañana, el otro y siempre estaré en la misma situación! Los astros pueden entrecruzar sus órbitas, las estrellas en conjunción unirse, pero en mi destino nada se puede cambiar. Con una sola palabra ha disipado el sueño; con un gesto ha roto sus alas a la quimera. Las combinaciones fabulosas de los imposibles no me ofrecen ninguna ventaja; las cifras, arrojadas un millar de veces en la rueda de la fortuna, no saldrán nunca. ¡No hay número posible para ganar yo!

»¡Cuán desgraciado soy! Sé que el paraíso está

cerrado para mí, y, sin embargo, permanezco estúpidamente sentado a su entrada y reclinado sobre su puerta, que nunca se abrirá, y lloro en silencio, sin agitación, sin esfuerzos, como si mis ojos fuesen dos fuentes de agua. No tengo suficiente valor para levantarme a penetrar en el desierto inmenso o en la Babel tumultuosa de los hombres.

«Algunas veces, me es imposible dormir cuando durante la noche me acuerdo de Prascovia, y si duermo, la sueño; ¡ah, cuán bella estaba aquel día en el jardín de la villa Salviati, en Florencia! ¡Aquel traje blanco, adornado con un cinturón negro, era precioso y fúnebre! ¡El blanco para ella, el negro para mí! ¡Algunas veces las cintas, agitadas por el aire, formaban una cruz sobre el fondo blanco, y mi espíritu invisible decía en voz baja la misa de difuntos de mi corazón!

«Si alguna catástrofe inaudita pusiese sobre mi frente la corona de los emperadores y de los califas; si la tierra sangrase para mí sus venas de oro; si las minas de diamantes de Golconda y de Visapur me dejasen escarbar sus brillantes gargantas; si la lira de Byron resonase bajo mis dedos; si las obras maestras del arte antiguo y moderno me prestasen sus bellezas; si, en una palabra, yo llegase a descubrir un mundo, no por ello habría adelantado nada.

«¿Cuál es mi destino? Tenía deseos de ir a Constantinopla y allí no la hubiese encontrado; me quedo en Florencia, la veo y me muero.

«De buena gana me hubiese suicidado; pero ella respira el aire en que vivimos y quizá mi labio aspire en su avidez—¡oh dicha inefable!—un effluvio lejano de su soplo embalsamado, y si por acaso fuese desterrada mi alma culpable a otro planeta, tampoco tendré la esperanza de que me ame en la otra vida. Y estar aún separados allá lejos, ella en el paraíso, yo en el infierno: ¡pensamiento horrible!

«¿Por qué he de amar precisamente a la única mujer que no puede amarme? Otras que pasaban por hermosas y que eran libres me sonreían con su más tierna sonrisa, y parecía que buscaban una declaración que nunca llegaba. ¡Oh, cuán feliz debe ser él! ¿Qué habrá hecho en su vida anterior que Dios le recompensa con el magnífico don de su amor?»

...Era inútil leer más. Las sospechas que el conde había podido concebir ante el retrato de Prascovia, se habían desvanecido desde las primeras líneas de estas tristes confidencias. Comprendió que la imagen querida, retocada mil veces, había sido acariciada lejos del modelo con esa paciencia infatigable del amor desgraciado y que era la Virgen de una capillita mística, delante de la cual se arrojaba la adoración sin esperanza.

¡Pero y si este Octavio hubiese hecho un pacto con el demonio para robarme el cuerpo y sorprender bajo mi misma forma el amor de Prascovia!...

Era tan increíble en el siglo XIX semejante supo-

sición, que la tuvo que desechar en seguida, a pesar de que le había turbado de una manera extraña.

Sonriéndose de su propia credulidad, comióse algo enfriado el desayuno que le había servido Juan, vistióse y pidió el carruaje. Cuando estuvo arreglado hizo que le condujese a casa del doctor Baltasar Cherbonneau; atravesó aquellos salones donde había penetrado el día anterior, llamándose aún el conde Olavo Labinski y de donde había salido saludado por todos con el nombre de Octavio de Saville. El doctor estaba sentado como de ordinario en el diván del último salón, con un pie entre sus manos y como sumido en una profunda meditación.

Al ruido de los pasos del conde, levantó la cabeza.

—¡ Ah! , sois vos, mi querido Octavio; iba a visitaros en vuestra casa, pero es una buena señal que el enfermo venga a ver a su médico.

—¡ Siempre Octavio! — exclamó el conde—. ¡ Creo que la rabia va a volverme loco!

Después, cruzando los brazos y encarándose con el doctor, le dijo mirándole con una terrible fijeza:

—Demasiado sabéis, Mr. Baltasar Cherbonneau, que yo no soy Octavio, sino el conde Olavo Labinski, supuesto que ayer por la noche me robasteis aquí mismo la piel por medio de vuestra exótica hechicería.

Al oír estas palabras, el doctor soltó una enorme

carcajada, se echó sobre los almohadones y se puso las manos en los costados para contener las convulsiones de su alegría.

—Moderad, doctor, esa intempestiva jovialidad, de la cual os podríais arrepentir. Hablo formalmente.

—Tanto peor para vos, porque esto probaría que la anestesia y la hipocondría, cuyas enfermedades son la causa de que yo os asista, degeneran en demencia. Será preciso que mudemos de régimen para poneros bien.

—¡ No sé cómo me contengo, doctor del diablo, y cómo no os he estrangulado ya por mis propias manos! — exclamó el conde adelantándose hacia Cherbonneau.

El doctor se sonrió ante las amenazas del conde, y tocándole con la punta de una varilla de acero, le hizo experimentar una conmoción terrible, hasta el punto de creer que le había roto un brazo.

—Nosotros poseemos medios bastantes para domar a los enfermos cuando se insubordinan—dijo el doctor dejando caer sobre él su mirada fría como una ducha—, medios que sujetan a los locos y hacen arrastrarse por el suelo a los leones. Volveos a casa, tomad un baño y se calmará la sobreexcitación en que os encontráis.

Olavo de Saville, aturdido por la corriente eléctrica, salió de casa el doctor Cherbonneau más incierto y turbado que nunca. Hizo que el cochero le

condujese a Passy, a casa del doctor B***, a quien quería consultar.

—Me encuentro—le dijo al célebre médico—propenso a una extraña alucinación: cuando me miro a un espejo, el rostro aparece con facciones distintas; la forma de los objetos que me rodean varía; no reconozco ni las paredes ni los muebles de mi habitación, y acabo por creer que soy otra persona distinta.

—¿Bajo qué aspecto os veís?—preguntó el médico—; el error puede ser hijo del cerebro o de los ojos.

—Me veo con los cabellos negros, los ojos de un azul subido, el rostro pálido y con barba.

—Las señas inscritas en un pasaporte no serían más exactas. No padecéis ni alucinación intelectual, ni perversión de la vista. Sois, efectivamente, tal cual decís.

—¿De ningún modo! Yo tengo los cabellos rubios, los ojos negros, el cutis tostado y el bigote retorcido a lo húngaro.

—¡Ah!—repuso el doctor—; empieza una ligera alteración de las facultades intelectuales.

—Es decir, doctor, que no estoy completamente loco.

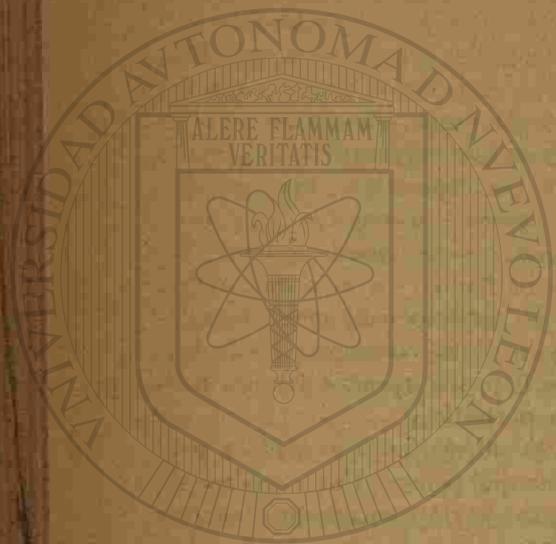
—Sin duda. Un poco de fatiga, algún exceso de estudio o de placer habrá causado esa turbación. Os equivocáis vos mismo; la visión es real, la idea es quimérica; en vez de ser un rubio que se ve moreno, sois un moreno que se cree rubio.

—Sucede, además, que tengo el convencimiento de que soy el conde Olavo Labinski, y todos, desde ayer, me llaman Octavio de Saville.

—Eso es precisamente lo que yo decía. Vos sois Mr. de Saville y os imagináis ser el conde Labinski, a quien recuerdo haber visto varias veces, y que es, efectivamente, rubio. De esta manera se explica muy bien el por qué de que encontréis en el espejo una cara distinta de la que esperabais; esa cara, que es la vuestra, no responde a nuestra idea interior y os sorprende. Reflexionad mucho sobre eso de que todos os llamen Octavio de Saville, y que por lo mismo no participen de vuestra creencia. Venid a pasar quince días conmigo; los baños, el reposo, los paseos bajo los grandes árboles disiparán esa influencia perjudicial.

El conde inclinó la cabeza hacia el suelo y prometió volver. No sabía qué pensar. Fué a su casa de la calle de San Lázaro, y vió casualmente, encima de la mesa, la tarjeta de invitación de la condesa Labinski que Octavio le había enseñado al doctor Cherbonneau.

—¡Con ese talismán—exclamó—podré ir a verla mañana!



IX

Cuando los criados habían metido ya en su carruaje al verdadero conde Labinski, arrojado de su paraíso terrenal por el falso ángel guardián que estaba de pie sobre el rellano, el Octavio transfigurado entró en el saloncito blanco y dorado para esperar a la condesa.

Apoyado sobre el blanco mármol de la chimenea, cuyo hogar estaba lleno de flores, se veía reproducido en el fondo del espejo, colocado simétricamente sobre la consola de pies tallados y dorados. Aun cuando estaba en el secreto de su metamorfosis, o mejor dicho, de su transposición, apenas podía formarse idea de que aquella imagen tan diferente de la suya fuese la reproducción de su propia figura; así es que no podía apartar los ojos de aquel fantasma extraño que se había convertido en él mismo. Se miraba y veía a otro. Involuntariamente se preguntaba si el conde Olavo no estaba apo-

yado junto a él sobre la meseta de la chimenea y proyectaba en el espejo su reflejo. Sin embargo, no había nadie más que él; el doctor Cherbonneau había hecho el cambio muy a conciencia.

Al cabo de algunos minutos, Octavio Labinski se olvidó del maravilloso «avatar» que había pasado su alma al cuerpo del marido de Prascovia y sus pensamientos tomaron un camino más conforme con su situación. ¡Este suceso increíble, separado de todas las posibilidades y que la esperanza más quimérica no hubiese soñado en su delirio, había llegado! ¡Iba a encontrarse frente a frente de la hermosa criatura a quien adoraba y ella no le podía rechazar! ¡La única combinación a la cual era dado conciliar su felicidad con la inmaculada virtud de la condesa, se había realizado!

Cerca ya del momento supremo, su alma experimentaba luchas y ansiedades horribles; los temores del verdadero amor le hacían desfallecer como si aun habitase la menospreciada forma de Octavio de Saville.

La presencia de la camarera puso fin al tropel de pensamientos que le combatían. Al acercarse no pudo dominar un sobresalto nervioso y toda la sangre le afluyó al corazón cuando ella le dijo:

—La señora condesa le aguarda.

Octavio Labinski siguió a la camarera, porque desconocía la disposición de la casa, y no quería revelar su ignorancia con la incertidumbre de su marcha.

La camarera le introdujo en una sala bastante grande, que no era otra cosa que una especie de tocador adornado con todos los detalles del lujo más delicado. Una serie de armarios de maderas preciosas esculpidas por Knecht y Lienhart, cuyos cuerpos estaban separados por columnas salomónicas, a cuyo alrededor se enroscaban en espiral ligeras ramas de convólulus de hojas en forma de corazón y campanillas esculpidas con infinito arte, formaba una especie de ensambladura arquitectural, cuya portada era de un orden caprichoso, de una rara elegancia y de una ejecución inestimable. En los armarios estaban guardados los trajes de terciopelo y seda, los cachemires, los abrigos, los encajes, las pieles de marta y de zorra azul, los sombreros de mil formas, y, en fin, todo el ajuar de aquella hermosa mujer.

Enfrente se repetía el mismo motivo, con la única diferencia de que las puertas eran espejos colocados sobre unas bisagras, que los movían en todos sentidos, a fin de que se pudiesen ver de frente, de perfil y de espaldas, para juzgar del efecto de un cuerpo o de un tocado.

En el tercer lienzo de pared se veía un gran lavabo, cuyos grifos de plata arrojaban agua caliente o fría en inmensas tazas del Japón colocadas sobre aros de aquel mismo metal; gran número de pomos de cristal de Bohemia, que brillaban a la luz de las bujías, encerraban las esencias y los perfumes.

Las paredes y el techo estaban tapizados de paño verde mar, como el interior de un estuche. Un espeso tapiz de Smirna, con vivos colores, cubría el suelo, que parecía de algodón en rama por lo blando.

En medio del cuarto, sobre un zócalo de terciopelo verde, había un gran cofre de forma extraña, de acero de Khorassan cincelado, empavonado y lleno de arabescos tan complicados, que casi hacía parecer sencillos los adornos del salón de Embajadores de la Alhambra. El arte oriental parecía haber pronunciado su última palabra en este trabajo, en el que sin duda debieron tomar parte los dedos de las hadas de Peris. En este cofre guardaba la condesa sus aderezos, sus joyas dignas de una reina y que se ponía muy raras veces, pareciéndole con razón que no valían tanto como el sitio que ocupaban. Era demasiado bella para tener necesidad de ser rica; su instinto de mujer se lo decía. Así es que no las sacaba a luz más que en aquellas ocasiones solemnes en que el fausto hereditario de la antigua casa Labinski, debía presentarse en todo su esplendor. Nunca hubo diamantes que luciesen menos.

Cerca de la ventana, cuyas anchas cortinas caían en grandes pliegues, delante de un peinador a la duquesa, enfrente de un espejo que sostenían dos ángeles esculpidos por Mlle. de Fauveau, con esa elegancia y ligereza que caracteriza su talento, e iluminado con la blanca luz de dos candelabros de seis bujías, estaba sentada la condesa Prascovia,

radiante de frescura y de belleza. Un albornoz tunecino, de finura ideal, atravesado de rayas azules y blancas, que alternativamente eran opacas o transparentes, la envolvían como una vaga nube; la ligera tela se había deslizado por la seda satinada que formaba el cuerpo y dejaba ver el nacimiento y fin de un cuello que hubiese ennegrecido el nevado de los cisnes. En los intersticios de los pliegues se veía el hervor de los encajes de una bata de batista, traje nocturno que no sujetaba ningún cinturón; los cabellos de la condesa estaban deshechos y se deslizaban por su espalda en ondas opulentas, como el manto de una emperatriz. ¡Las trenzas de oro flúido, de las que Venus Afrodita exprimía perlas, arrodillada en su concha de nácar cuando salió como una flor del azul de los mares, eran menos rubias, menos espesas y menos macizas! Mezclad el ámbar del Ticiano y la plata de Pablo Veronese con el barniz de oro de Rembrandt; haced pasar los rayos solares a través del topacio y estad seguros de que aun así no habéis de conseguir el tono maravilloso de esta magnífica cabellera, que parecía despedir luz más bien que recibirla, y que hubiese merecido, mejor que la de Berenice, brillar como una nueva constelación entre los antiguos astros. Dos mujeres la dividían, la alisaban, la enrospaban y la arreglaban en forma de bucles para que el contacto de la almohada no la destruyese.

Durante esta delicada operación, la condesa ha-

cía bailar en la punta de su pie una zapatilla de terciopelo blanco, bordada de canutillos de oro, tan pequeña, que hubiese hecho morir de celos a las odaliscas del Padischa. Algunas veces apartaba los sedosos pliegues del albornoz, dejaba ver su blanco brazo y con la mano separaba algunos cabellos que se habían escapado, lo cual efectuaba con un movimiento y una gracia inimitables.

Así, abandonada a su negligente posición, recordaba esas esbeltas figuras griegas que adornan los vasos antiguos, y de las que ningún artista ha podido encontrar de nuevo el puro y suave contorno, la belleza joven y ligera. Estaba aún más seductora que en el jardín de la villa Salviati, en Florencia, y si Octavio no hubiese estado ya loco de amor por ella, indudablemente se hubiese vuelto ahora. Afortunadamente para él no es posible añadir nada al infinito.

Octavio Labinski experimentó en su presencia la misma sensación que si hubiese visto un espectáculo muy terrible: las rodillas se entrechocaron y dobláronse bajo su peso; la boca se le secó; la angustia le apretó la garganta como la mano de un Thugg. Unas llamas rojizas obscurecieron sus ojos. Aquella belleza tenía un encanto medusino.

Hizo un valeroso esfuerzo, diciéndose que estas maneras tímidas, propias de un amante despreciado, eran muy ridículas en la persona de un marido, por mucho que le emocionase la presencia de su mujer, y marchó resueltamente hacia la condesa.

—¡Ah, sois vos, Olavo! ¡Cuánto habéis tardado esta noche!—dijo la condesa sin volverse, porque detenían su cabeza los largos cabellos que trenzaban las peinadoras. Y sacando por entre los pliegues del albornoz una de sus preciosas manos, se la alargó.

Octavio Labinski cogió esta mano, más dulce y más fresca que una flor; llevósela a sus labios e imprimió sobre ella un prolongado y ardiente beso; toda su alma se concentró sobre aquella mano tan leve.

No sabemos qué delicadeza de sentimientos, qué instinto de divino pudor, qué intuición nacida del fondo del corazón advirtió a la condesa; pero una nube sonrosada cubrió súbitamente su rostro, su cuello y sus brazos, los cuales tomaron ese tinte con que se colora en las altas montañas la nieve virgen al verse sorprendida por el primer beso del sol. Prascovia tembló y retiró lentamente su mano, entre malhumorada y vergonzosa; los labios de Octavio le habían producido la misma impresión que un hierro candente. Bien pronto se rehizo y se rió de su pueril temor.

—Nada me decís, querido Olavo, y eso que en más de seis horas no nos hemos visto; ya no os acordáis de mí—dijo, como reconviniéndole—; en otro tiempo no me hubieseis dejado completamente sola durante toda la noche. ¿Os habéis acordado sólo de mí?

—Siempre—contestó Octavio Labinski,

—¡Oh, no siempre! Yo sé bien cuándo os acordáis, aun cuando estéis muy lejos de mi lado. Esta misma noche estaba sola tocando al piano una pieza de Weber para matar el fastidio con la música, cuando he visto vuestra alma que daba vueltas a mi alrededor confundida con las notas que despedía el teclado; después se ha marchado yo no sé adónde con el último acorde y no ha vuelto. No me lo neguéis, porque estoy muy segura de lo que digo.

Prascovia, en efecto, no se equivocaba; era justamente aquel momento en que en casa del doctor Baltasar Cherbonneau; el conde Olavo Labinski se inclinaba sobre el vaso de agua mágica, evocando, con toda la fuerza de un pensamiento fijo, una imagen adorada. Desde aquel momento el conde, sumergido en el océano sin fondo del sueño magnético, no había tenido ni idea, ni sentimiento, ni voluntad.

Las mujeres, terminado el peinado nocturno de la condesa, se retiraron, y Octavio Labinski quedóse de pie siguiendo con sus ojos inflamados los movimientos de Prascovia. Detenida y quemada a la vez por esta mirada, la condesa se envolvió en su albornoz como Polymnia en su manto. Sólo su cabeza asomaba por encima de los pliegues blancos y azules, inquieta, pero hermosa.

A pesar de que ninguna penetración humana hubiese podido adivinar el misterioso cambio de almas efectuado por el doctor Cherbonneau merced a la fórmula del sannyasi Brahma-Logum, Prasco-

via no reconocía en los ojos de Octavio Labinski la expresión ordinaria de los ojos de Olavo; la de un amor puro, tranquilo, igual, eterno como el amor de los ángeles; una pasión terrestre inflamaba aquella mirada, que la turbaba y la hacía enrojecer. No podía darse cuenta de lo que había pasado, pero debía haber sucedido algo. Mil extrañas sospechas le asaltaron el pensamiento: ¿no era ya para Olavo más que una mujer vulgar, deseada por su belleza como una cortesana? ¿El acorde sublime de sus almas se había roto por alguna disonancia desconocida? ¿Amaba Olavo a otra? ¿Las corrupciones de París habían dañado su casto corazón? Prascovia se hizo rápidamente todas estas preguntas sin poderse contestar de una manera satisfactoria, y se dijo a sí misma que estaba loca, por más que allá en el fondo sintiese que tenía razón. Un terror secreto la invadía como en presencia de un peligro desconocido; pero adivinado por ese segundo sentido del alma, cuyos anuncios hace mal el hombre en no obedecer.

Levantóse agitada y nerviosa y se dirigió hacia su cuarto de dormir. El falso conde la acompañó con un brazo apoyado en su talle, como Otelo lleva a Desdémona cada vez que ambos salen en la obra de Shakespeare; pero cuando estuvieron en la puerta, Prascovia se volvió, detúvose un instante blanca y fría como el mármol, arrojó una mirada de espanto al joven, entró, cerró la puerta con precipitación y pasó el cerrojo.

—¡ La mirada de Octavio!—exclamó cayendo medio desvanecida en un sofá. Cuando hubo recobrado completamente los sentidos se dijo: —¿Cómo se explica que aquella mirada, cuya expresión no olvidaré nunca, brille esta noche en los ojos de Olavo? ¿Cómo he visto lucir a través de las pupilas de mi esposo, aquella llama sombría y desesperada? ¿Habrá muerto Octavio? ¿Será que su alma antes de abandonar la tierra ha brillado un momento delante de mí como para decirme adiós? ¡Olavo! ¡Olavo! ¡Si me he engañado, si he cedido locamente a un vano terror, tú me perdonarás; pero si te hubiese acogido esta noche hubiera creído que me entregaba a otro!

La condesa se aseguró de que el cerrojo estaba bien puesto, encendió la lámpara que pendía del plafón, se metió en la cama como un niño miedoso, con cierta sensación de angustia indefinida, y no se durmió hasta cerca del día; unos sueños incoherentes y extraños la atormentaron durante la noche. Unos ojos ardientes—los ojos de Octavio—se fijaban sobre ella desde el fondo de las tinieblas y le lanzaban miradas de fuego, mientras que al pie de la cama una figura negra y surcada de arrugas estaba acurrucada al mismo tiempo que murmuraba sílabas desconocidas; el conde Olavo se apareció también en este sueño; pero vestido de una forma que no era la suya.

No vamos a pintar el descorazonamiento de Octavio cuando se encontró frente a frente de una

puerta cerrada y más aún cuando oyó el chirrido del cerrojo. Su suprema esperanza se desvanecía. ¡Ah! Había pedido auxilio a medios terribles y extraños; se había entregado a un mago, tal vez a un demonio, jugándose su vida en este mundo y su alma en el otro, para conquistar a una mujer que se le escapaba, a pesar de pertenecerle, gracias a las hechicerías de la India. Había sido rechazado como amante y ahora merecía igual suerte como marido; la invencible pureza de Prascovia desafiaba las maquinaciones más infernales. En la puerta de su cuarto de dormir se le había aparecido como el ángel blanco de Swedenborg, hiriendo con el rayo al espíritu del mal.

Como no era posible que estuviese toda la noche en aquella posición ridícula, buscó el departamento del conde, y después de haber recorrido gran número de habitaciones, dió con una en la que había una cama con columnas de ébano y cortinas de tapicería, entre cuyos ramajes y arabescos había unas armas bordadas. Unas panoplias con armas orientales, varias corazas y cascos de caballería heridos por el reflejo de una lámpara, arrojaban algunas vagas luces en la sombra. Las paredes estaban tapizadas de cuero con dibujos dorados. Tres o cuatro grandes sofás esculpidos y un cofre todo lleno de figuras completaban aquel moblaje del gusto feudal, y que no hubiese desentonado en el salón de un castillo gótico. Por parte del conde no era esto una frívola imitación de la moda, sino un

piadoso recuerdo. Aquella habitación reproducía exactamente la que ocupaba en casa de su madre, y aunque había restaurado frecuentemente esta decoración de quinto acto, había procurado conservar siempre el estilo.

Octavio Labinski, rendido por la fatiga y las emociones, se acostó y durmióse maldiciendo al doctor Baltasar Cherbonneau. Por fortuna el día le trajo ideas más alegres. Prometió conducirse desde entonces de una manera más moderada, apagar su mirada y adoptar la conducta de los maridos. Ayudado por el mayordomo del conde, hizo su *toilette* de una manera sobria, y bajó con paso tranquilo al comedor, donde la condesa le esperaba para desayunarse.

X

Octavio Labinski descendió tras los pasos del mayordomo, porque ignoraba dónde se hallaba el comedor de aquella casa, de la que se le creía propietario. Dicho departamento era una gran habitación en el entresuelo con vistas al patio, que tenía un carácter de abadía y de castillo feudal; unas ensambladuras de madera de álamo negro, divididas en paños y cuadrángulos simétricos, subían hasta el techo, donde unos postes salientes formaban una especie de cajones hexágonos, pintados de azul y adornados con ligeros arabescos de oro; en los grandes planos de la ensambladura Felipe Rousseau había pintado las cuatro estaciones, representadas no por figuras simbólicas, sino por trofeos de naturaleza muerta, compuestos de productos propios de cada época del año; las cacerías de Jadin hacían juego con las naturalezas muertas de Felipe Rousseau, y de cada pintura brillaba como el dis-

piadoso recuerdo. Aquella habitación reproducía exactamente la que ocupaba en casa de su madre, y aunque había restaurado frecuentemente esta decoración de quinto acto, había procurado conservar siempre el estilo.

Octavio Labinski, rendido por la fatiga y las emociones, se acostó y durmióse maldiciendo al doctor Baltasar Cherbonneau. Por fortuna el día le trajo ideas más alegres. Prometió conducirse desde entonces de una manera más moderada, apagar su mirada y adoptar la conducta de los maridos. Ayudado por el mayordomo del conde, hizo su *toilette* de una manera sobria, y bajó con paso tranquilo al comedor, donde la condesa le esperaba para desayunarse.

X

Octavio Labinski descendió tras los pasos del mayordomo, porque ignoraba dónde se hallaba el comedor de aquella casa, de la que se le creía propietario. Dicho departamento era una gran habitación en el entresuelo con vistas al patio, que tenía un carácter de abadía y de castillo feudal; unas ensambladuras de madera de álamo negro, divididas en paños y cuadrángulos simétricos, subían hasta el techo, donde unos postes salientes formaban una especie de cajones hexágonos, pintados de azul y adornados con ligeros arabescos de oro; en los grandes planos de la ensambladura Felipe Rousseau había pintado las cuatro estaciones, representadas no por figuras simbólicas, sino por trofeos de naturaleza muerta, compuestos de productos propios de cada época del año; las cacerías de Jadin hacían juego con las naturalezas muertas de Felipe Rousseau, y de cada pintura brillaba como el dis-

co de un escudo, un inmenso plato de Bernardo Palissy o de Leonardo de Limoges, de porcelana del Japón o de barro árabe, con barnices adornados con todos los colores del prisma. Cabezas de ciervo y cuernos de rinoceronte alternaban con la loza, y a ambos extremos de la habitación se levantaban unos grandes aparadores, altos como los retablos de las iglesias españolas y llenos de trabajos y esculturas que rivalizaban con las mejores obras de Berruguete, Cornejo Duque y Verbruggen. Sobre sus estantes brillaban los ricos objetos de plata pertenecientes a la antigua casa Labinski: jarrones con asas caprichosas, saleros de rarísimas formas, tazas, copas y adornijos que revelaban en sus contornos la extraña fantasía alemana y que eran dignos de ocupar un sitio en la Voute-Verte de Dresde. Frente a objetos de platería antigua, brillaban los objetos maravillosos de la platería moderna, las obras maestras de Wagner, Duponchel, Rudolfi y Froment-Meurice; teteras de plata sobredorada con dibujos de Feuchere y de Vechte, bandejas empavonadas, jarrones para vino de *Champagne*, con las asas en forma de pámpanos y bacanales en bajo relieve; calentadores elegantes como los trípodes pompeyanos; sin hablar de los vidrios de Bohemia, de la cristalería de Venecia, ni de las antiguas vajillas de Sajonia y Sévres.

Una sillería de roble, tapizada de cuero verde, se extendía a lo largo de las paredes y alrededor de la mesa, cuyos pies estaban esculpidos en forma

de garras de águila. Por el techo penetraba una luz igual y pura, tamizada por unos cristales esmerilados que cerraban una claraboya central; una guirnalda transparente de hojas de vid servía de marco con su verde color a este blanco lienzo.

Sobre la mesa, servida según la costumbre rusa, estaban colocados los manjares, cada uno de los cuales se veía rodeado por un cordón de violetas. Los platos esperaban el cuchillo de los convidados bajo sus campanas de metal bruñido y brillante como los cascos de los emires; dos criados de calzón corto y corbata blanca se mantenían inmóviles y silenciosos detrás de los dos sillones puestos el uno delante del otro, como dos estatuas erigidas a la domesticidad.

Octavio se apoderó de todos estos detalles con una sola mirada rápidamente dirigida, a fin de que no le preocupase la novedad de objetos que debían serle familiares.

Un ligero ruido sobre las baldosas y el crujir de un traje de seda, le hicieron volver la cabeza. Era la condesa Prascovia Labinska que se aproximaba y que se sentó a su lado después de hacerle un signo amistoso.

Llevaba una bata de seda a cuadros verdes y blancos, con una guarnición de la misma tela, cortada en forma de dientes de lobo; los cabellos los llevaba reunidos en espesos bucles sobre las sienas y arrollados al nacimiento de la nuca con un cordón de oro, parecido a la voluta de un chapitel dórico,

con lo cual formaban un peinado tan sencillo como noble, en el que nada hubiese tenido que cambiar un estatuario griego; el tinte sonrosado de las mejillas había palidecido algún tanto a causa de la emoción de la víspera y del sueño agitado de la noche; una imperceptible aureola nacarada rodeaba aquellos ojos que ordinariamente estaban tan tranquilos y puros; tenía un aire fatigado y lánguido; pero aun así su belleza no hacía otra cosa que convertirse en más penetrante y en revestirse de algo humano. La diosa se convertía en mujer; el ángel replegaba sus alas y dejaba de volar.

Más prudente esta vez, Octavio veió la llama de sus ojos y disfrazó su mudo éxtasis con un aire indiferente.

La condesa alargó su piecito, calzado con una zapatilla de piel rojiza, y lo colocó sobre la blanda alfombra colocada debajo de la mesa con objeto de neutralizar el frío contacto del mosaico de mármol blanco y de jaspe de Verona que pavimentaba el comedor; hizo un ligero movimiento de espaldas, como si las hubiese helado el último escalofrío de la tierra, y fijando sus hermosos ojos de un azul polar sobre el convidado a quien había tomado por su marido, porque la luz había desvanecido los presentimientos, los terrores y los fantasmas nocturnos, le dijo con voz armoniosa y tierna, llena de castos mimos, una frase en polaco... Con el conde hablaba frecuentemente en la querida lengua materna, en los momentos de dulzura y de intimidad,

sobre todo en presencia de los criados franceses, a quienes era desconocido este idioma.

El parisiense Octavio sabía el latín, el italiano, el español y algunas palabras del inglés; pero, como todos los galorromanos, ignoraba por completo las lenguas eslavas. Los caballos de friso que en forma de consonantes defienden las raras vocales del polaco, le hubiesen impedido la aproximación cuantas veces lo hubiese intentado. En Florencia la condesa le había hablado siempre en francés o en italiano, y la idea de aprender la lengua en que Mickiewicz casi ha igualado a Byron, no se le ocurrió jamás. ¡Nunca se piensa en todo!

Al oír aquella frase, ocurrió en el cerebro del conde, ocupado por el alma de Octavio, un extraño fenómeno: los sonidos extraños al parisiense, siguiendo los repliegues de una oreja eslava, llegaron al punto habitual donde el alma de Olavo las recogía para traducirlas en pensamientos y evocaron una especie de memoria física; su sentido apareció confuso a Octavio y algunas palabras ocultas en las circunvalaciones cerebrales o en el fondo de los secretos cajones del recuerdo se presentaron en tropel prontas a la réplica; pero estas vagas reminiscencias no estaban en comunicación con el alma, por lo cual se desvanecieron muy pronto, quedando todo obscuro. La situación del pobre amante era horrible; no había soñado con ninguna de estas complicaciones al desear la piel del conde Olavo

Labinski, y comprendió que el robarle la forma a otro está muy expuesto a rudos contratiempos.

Prascovia, asombrada por el silencio de Octavio, y creyendo que alguna distracción le había impedido el oír, repitió su frase, lentamente y en voz más alta.

Si oía el mejor sonido de las palabras, no por eso el falso conde comprendía mejor que antes su significación; hacía esfuerzos desesperados para adivinar de qué se trataba; mas para aquellos que no las saben, las compactas lenguas del Norte no tienen ninguna transparencia, y si un francés puede sospechar lo que dice un italiano, permanecerá como si estuviese sordo al oír hablar a un polaco.

A pesar suyo, una llamarada asaltó sus mejillas, mordióse los labios, y como para ocultar su situación, se comió precipitadamente el plato puesto delante de su asiento.

—Cualquiera diría, querido Olavo—dijo la condesa en francés—, que no me entendéis o que no me comprendéis...

—Efectivamente...—balbució Octavio Labinski, sin saber lo que decía—¡este demonio de lengua es tan difícil!...

—¡Difícil!, sí; tal vez lo sea para los extranjeros; pero para aquel que la ha aprendido sobre las rodillas de su madre, brota de los labios como el soplo de la vida, como el mismo efluvio del pensamiento.

—Sí, sin duda; pero hay momentos en los que me parece que no la he aprendido.

—¿Qué decís, Olavo? ¿Seríais capaz de haber olvidado la lengua de vuestros mayores, la lengua de la santa patria, la que os hace reconocer a vuestros hermanos entre los demás hombres—y añadió en voz baja—, la lengua en que por vez primera me habéis dicho que me amabais?

—La costumbre de servirme de otro idioma...—se atrevió a decir Octavio, a falta de mejores razones.

—Olavo—replicó la condesa con marcadas muestras de enojo—, veo que París os ha cambiado. ¡Cuánta razón tenía al no querer venir! ¡Quién me hubiese dicho que cuando el noble conde de Labinski volviera a sus tierras no sabría responder a las felicitaciones de sus vasallos!

El hermoso rostro de la condesa tomó una expresión dolorosa. Por vez primera la tristeza había velado aquella frente pura como la de un ángel; tan singular olvido la hería en el fondo del alma, y le parecía casi una traición.

El resto del almuerzo se pasó en silencio: Prascovia estaba enfadada con aquel a quien tomaba por su esposo, Octavio estaba como en un suplicio, esperando otras preguntas a las que forzosamente no sabría qué contestar.

La condesa se levantó y fué a ocultarse en sus habitaciones.

Octavio se quedó solo jugando con el mango de

un cuchillo, y pensando si se lo clavaría en el corazón para salir de su apurado trance; había contado con sorprender a los otros, y se encontraba envuelto en las mallas sin fin de una existencia que no conocía; al apoderarse del cuerpo del conde Olavo Labinski, le había faltado el robarle también sus conocimientos anteriores, las lenguas que poseía, los recuerdos de la infancia y esos mil detalles íntimos que constituyen el «yo» de un hombre y los lazos que unen su existencia a la de otros; y para esto no habría bastado toda la ciencia del doctor Baltasar Cherbonneau. ¡Qué rabia! ¡Hallarse en aquel paraíso, del que apenas se había atrevido a mirar la tierra desde lejos, vivir bajo el mismo techo de Prascovia, verla, hablar con ella, besar su preciosa mano con los labios de su mismo esposo, no poder engañar su celeste pudor y denunciarse a cada momento por medio de alguna inexplicable estupidez!

«¡Estaba escrito allá arriba que Prascovia no me amaría nunca! Por lo tanto he hecho el mayor sacrificio a que puede descender el orgullo humano; he renunciado a mi existencia y he consentido en aprovechar, bajo una forma extraña, las caricias que se destinaban a otro!»

Había llegado a este punto de su monólogo cuando un *groom* se inclinó en su presencia con todas las señales del más profundo respeto, y le preguntó qué caballo quería montar.

Viendo que no respondía, el *groom* se decidió,

muy asustado de su atrevimiento, a preguntarle:

—¿*Vultur* o *Rustem*? Hace ocho días que no ha salido ninguno de los dos.

—*Rustem*—contestó Octavio Labinski, como hubiese podido decir *Vultur*, a no ser el último nombre el que mayor impresión le produjo en el oído.

Vistióse un traje de montar y se fué hacia el bosque de Bolonia con el objeto de hacerle tomar un baño de aire a su nerviosa exaltación.

Rustem, magnífico caballo de la raza Nedji, que llevaba en su petral, dentro de una bolsita de terciopelo bordado en oro sus títulos de nobleza, que se remontaban a los primeros años de la hégira, no necesitaba que se le excitase. Parecía comprender el pensamiento del que lo montaba, y desde el instante en que dejó el pavimento para pisar la tierra partió como una flecha, sin que Octavio le hiciese sentir la espuela. Después de dos horas de una carrera furiosa, caballo y caballero entraron en el hotel, éste calmado y aquél con las narices humeantes y enrojecidas.

El supuesto conde fué a ver a Prascovia, a quien encontró en el salón, vestida con un traje de seda blanco con volantes escalonados hasta la cintura y un lazo de cinta junto a la oreja. Era justamente el jueves, día que ella destinaba a recibir a sus amigos.

—Vamos a ver—le dijo Prascovia, con una graciosa sonrisa, porque el malhumor no podía descansar mucho tiempo sobre sus rojos labios—si ha-

héis encontrado nuevamente la memoria corriendo por las avenidas del bosque.

—Desgraciadamente no, querida mía—contestó Octavio Labinski—; pero necesito revelaros un secreto.

—¿No conozco yo, por ventura, todos vuestros pensamientos antes de que me los digáis? ¿No somos transparentes el uno para el otro?

—Ayer estuve en casa de ese médico de quien tanto se habla.

—Sí, el doctor Baltasar Cherbonneau, que ha residido largo tiempo en la India y que, según de público se dice, ha aprendido de los brahmas gran número de secretos a cuál más maravilloso. Queríais llevarme, pero no quise ir porque sé que me amáis, y que basta esta sola ciencia.

—Hizo en presencia mía experimentos tan extraños, realizó tales prodigios, que aun tengo el espíritu conturbado. Ese hombre extravagante, que dispone de un poder irresistible, me sumió en un sueño magnético tan profundo, que al despertar me encontré privado de algunas facultades: perdí la memoria de muchísimas cosas: el pasado flotaba en una confusa niebla y sólo mi amor hacia vos pudo quedar intacto.

—Hicisteis mal, Olavo, al someteros a la influencia de ese doctor. Dios que ha creado el alma, es el único que tiene derecho a tocarla; el hombre, al jugar con ella, comete una acción impía—dijo la condesa Prascovia Labinski con mucha formali-

dad—. Espero que no volveréis a su casa y que cuando yo os diga alguna frase amistosa en polaco me comprenderéis como anteriormente.

Octavio, durante su paseo a caballo, se había forjado esta excusa del magnetismo para contrarrestar las faltas que necesariamente cometería en su nueva existencia. Sin embargo, no había llegado al límite de sus contratiempos.

Un criado abrió la mampara de la puerta y anunció una visita, diciendo.

—El señor Octavio de Saville.

Aun cuando esperaba de un momento a otro este encuentro, el verdadero Octavio palideció al oír tales palabras, como si la trompeta del juicio final hubiese sonado de improviso en sus oídos. Tuvo necesidad de llamar en su auxilio todo su valor y decirse que él llevaba la ventaja de la situación para no vacilar. Instintivamente apoyó la mano en el respaldo de un sillón y procuró de tal suerte mantenerse de pie con cierta apariencia sosegada y tranquila.

El conde Olavo, resvestido con la apariencia de Octavio de Saville, se adelantó hacia la condesa, a quien saludó profundamente.

—Señor conde Labinski... M. Octavio de Saville...—dijo la condesa presentando mutuamente a los dos caballeros.

Uno y otro se saludaron fríamente, lanzándose una mirada feroz, a través de la máscara de már-

mol de la política mundana que tan atroces pasiones encubre muchas veces.

—No había tenido el gusto de veros, M. Octavio—dijo la condesa con voz amable y familiar—, y me hubiese sabido mal abandonar París sin veros. Erais mucho más asiduo a la villa Salviati, donde figurabais entre las personas de mi confianza.

—Señora—contestó procurando imitar a Octavio—, he viajado, he sufrido mucho, he estado enfermo, y al recibir vuestra amable invitación me he preguntado si la aprovecharía, porque es preciso que uno no sea egoísta, ni abuse de la indulgencia que se tiene para quien padece de fastidio.

—¡Fastidio! No—replicó la condesa—; lo que habéis tenido siempre es melancolía; pero uno de vuestros poetas ha dicho de la melancolía:

Après l'oisiveté, c'est le meilleur des maux (1).

—Es una frase que han puesto de moda las gentes felices para no tomarse el trabajo de compadecer a los que sufren—dijo Olavo de Saville.

La condesa lanzó una mirada de inefable dulzura al conde, encerrado bajo la forma de Octavio de Saville, como para pedirle perdón del amor que involuntariamente le había inspirado.

—Me tenéis por más frívola de lo que soy realmente, y habéis de saber que me compadezco de todo verdadero dolor, y que ya que no pueda evi-

(1) Después de la ociosidad, es el mejor de los males.

tarlo sé compartirlo. Quisiera veros feliz, amigo Octavio; pero ¿por qué os encerráis en una eterna tristeza, rehusando obstinadamente la vida que os brinda con sus dichas, sus encantos y sus deberes? ¿Por qué habéis rehusado la amistad que os brindaba?

Estas palabras tan sencillas y tan francas impresionaron de una manera muy distinta a los dos oyentes. Octavio oía la confirmación de la sentencia pronunciada en el jardín Salviati, por aquella preciosa boca que nunca manchó la mentira: Olavo poseía una nueva prueba de la inalterable virtud de la mujer que no podía sucumbir más que por una trampa diabólica; así es que una rabia súbita se apoderó de él al ver el espectro animado por otra alma instalada en su propio domicilio, y arrojándose encima del falso conde, exclamó:

—¡Ladrón, bandido, malvado, devuélveme la piel!

Al ver tan inesperada acción, la condesa cogió el llamador y tocó precipitadamente. Los lacayos entraron y se llevaron al conde.

—¡El pobre Octavio se ha vuelto loco!—dijo Prascovia mientras se llevaban al conde Olavo, que se debatía en vano.

—¡Sí, —contestó el verdadero Octavio—, loco de amor! ¡Decididamente, condesa, sois demasiado bella!



XI

Dos horas después de esta escena el falso conde recibió del verdadero una carta cerrada con el sello de Octavio de Saville. El desgraciado desposeído no tenía otro a su disposición. Esto prodújole un efecto extraño al usurpador de la identidad de Olavo Labinski, pues iba a romper el sobre de una misiva sellada con sus propias armas; pero todo debía ser singular en su extraña situación.

La carta contenía las siguientes líneas, escritas como por una mano violenta que hubiese querido falsificar la letra, porque Olavo no tenía aún el hábito de escribir con los dedos de Octavio:

«Cualquiera otro que no fueseis vos creería, al leer esta carta, que había sido escrita en una casa de locos; pero vos me comprenderéis. Un extraño conjunto de circunstancias que nunca se habían reunido desde que la tierra rueda alrededor del sol, me obliga a hacer una cosa que ningún otro hom-

bre ha hecho. Me escribo a mí mismo y pongo en el sobre un nombre que es el mío, un nombre que me habéis robado con mi persona. De qué maquinaciones tenebrosas soy víctima, en qué círculo de ilusiones infernales he puesto el pie, lo ignoro; pero vos, sin duda alguna, lo sabéis. Ese secreto, si no sois un cobarde, os lo pedirá el cañón de una pistola o la punta de un florete en el terreno en donde todos los hombres honrados o infames contestan a las preguntas que se les hacen. Yo necesito que mañana deje de ver la luz del sol uno de entrambos. El mundo, por grande que os parezca, es muy pequeño para nosotros dos. Mataré mi cuerpo habitado por vuestro espíritu impostor, o mataréis el vuestro, donde mi alma se indigna de vivir aprisionada.

»No tratéis de hacerme pasar por loco, porque yo tendré muy buen cuidado de conservar el cabal juicio, y allí donde os encuentre os insultaré con la delicadeza de un caballero y con la sangre fría de un diplomático. La presencia del conde Olavo Labinski podrá disgustarle a Octavio de Saville y esquivarla, pero yo sabré encontrarle todos los días a la salida de la Opera.

»Espero que mis palabras, aunque algo oscuras, no tendrán ninguna ambigüedad para vos y que mis testigos se entenderán perfectamente con los vuestros para señalar el lugar, la hora y las condiciones del duelo.»

Esta carta prodújole a Octavio una gran perple-

jidad. No podía rehusar el desafío del conde, y, sin embargo, le repugnaba el tener que batirse con él mismo, porque conservaba cierto cariño hacia su antiguo cuerpo. El temor de verse obligado a aceptar el combate por un ultraje escandaloso, le hizo decidir en favor de la admisión. Aunque realmente podía arreglarlo de manera que tuviese que ponerle a su adversario la camisa de fuerza de los locos y detener su brazo, el medio era muy violento y repugnaba a su delicadeza. Si arrastrado por una pasión invencible había cometido un acto digno de castigo y ocultado al amante bajo el disfraz del esposo, para triunfar de una virtud que se hallaba por encima de todas las seducciones, no por ello era un hombre sin honra ni valor. Aquella medida extrema no la había tomado sino después de tres años de luchas y de sufrimientos y en el momento en que su vida, consumida por el amor, se hallaba próxima a desaparecer. No conocía al conde; no tenía ninguna amistad con él; no le debía nada, y por lo tanto se había aprovechado del atrevido medio que le ofrecía el doctor Baltasar Cherbonneau.

¿De qué testigos iba a servirse? De los amigos del conde; pero Octavio en un solo día que habitaba la casa de éste no había tenido tiempo para conocer a ninguno de ellos.

Sobre la mesa había dos copas de cristal verde, con asas de oro en figura de dragones. La una contenía sortijas, alfileres, sellos y algunas otras alhajas pequeñas; la otra tarjetas de visita en las que,

bajo coronas de marqués, de duque o de conde, se hallaban escritos por hábiles grabadores y en letra gótica, redondilla o inglesa, gran número de nombres polacos, rusos, húngaros, alemanes, italianos y españoles que atestiguaban los continuos viajes del conde y los muchos amigos que tenía en todos los países.

Octavio tomó dos al azar: el conde Zamoiecki y el marqués de Sepúlveda. Mandó que le preparasen el carruaje y se fué a verlos. Encontró a los dos y ni el uno ni el otro se mostraron sorprendidos por el encargo de aquel a quien consideraban como el verdadero conde Olavo Labinski. Libres completamente de la sensibilidad de que dan muestras los testigos de la clase media, no preguntaron si el asunto era susceptible de un arreglo y guardaron, como verdaderos caballeros, un silencio de buen tono acerca del origen de la cuestión.

Por su parte el legítimo conde, o si se quiere el falso Octavio, se encontraba con las mismas dificultades; se acordó de Alfredo Humbert y de Gustavo Raimbaud, a cuyo almuerzo se había negado a asistir, y se decidió a llamarles como testigos de su duelo. Ambos se mostraron muy sorprendidos al ver mezclado en un desafío a su amigo, el cual hacía un año que apenas había salido de su casa y de quien conocían el carácter más bien pacífico que batallador. Sin embargo, como les dijo que se trataba de un combate a muerte y por un motivo

que no debía revelarse, no hicieron ninguna objeción y se dirigieron al palacio Labinski.

Las condiciones quedaron muy pronto pactadas: una moneda de oro arrojada al aire decidió las armas, después de haber declarado los testigos que lo mismo tenía el servirse de la pistola que del florete. A las seis de la mañana debían estar en la avenida de los Postes del bosque de Bolonia, junto a la cubierta de cabaña que sostiene algunos pilares rústicos. Aquel sitio, libre de árboles y enarenado, presentaba excelentes condiciones para el duelo.

Cuando todo quedó arreglado era ya cerca de media noche y Octavio se dirigió al cuarto de Prascovia. El cerrojo estaba corrido como la noche anterior y la voz burlona de la condesa le dirigió a través de la puerta la siguiente broma:

—Volved cuando sepáis el polaco, pues soy demasiado patriota para recibir a un extranjero en mi cuarto.

Por la mañana, el doctor Cherbonneau, a quien Octavio había anunciado lo ocurrido, se presentó en el palacio Labinski con gran número de instrumentos de cirugía y un paquete de vendas. Subieron en un carruaje y MM. Zamoiecki y Sepúlveda en una berlina.

—¿Conque la aventura, mi querido Octavio, va tomando un carácter trágico? De haberlo sabido habría dejado dormir al conde ocho días en un diván de mi casa. Algunas veces he prolongado más

tiempo los sueños magnéticos. A pesar de haber estudiado con la atención posible la verdadera sabiduría de los brahmas, los pandistas y los sannyasis de la India, siempre se le olvida a uno algo. ¿Cómo ha recibido la condesa Prascovia a su amante de Florencia disfrazado de esta suerte?

—Creo que me ha reconocido a pesar de mi metamorfosis—respondió Octavio—, o bien que el ángel de su guarda le ha dicho al oído que no se fiase de mí: la he encontrado tan casta, tan fría y tan pura como la nieve del polo. Bien os dije que no había remedio para mí, pues en la actualidad soy más desgraciado que cuando me hicisteis vuestra primera visita.

—¿Quién sería capaz de señalarles un límite a las facultades del alma—dijo el doctor Cherbouneau con aire pensativo—, sobre todo cuando no la preocupa ningún pensamiento terrestre, ni la ha manchado el barro humano y se mantiene tal cual salió de las manos del Creador a la luz, a la contemplación y al amor? Sí, tenéis razón, os ha reconocido; angélico pudor ha temblado bajo el influjo de la mirada del desco y por instinto se ha cubierto con sus blancas alas. ¡Os compadezco, querido Octavio, porque vuestro mal es, en efecto, irremediable! Si viviésemos en los tiempos de la Edad Media, os diría: Entrad en un convento.

—Lo he pensado muchas veces—contestó Octavio.

Habían llegado al sitio del combate. El carruaje del falso Octavio estaba ya en el sitio designado.

El bosque presentaba a estas horas de la mañana un aspecto verdaderamente pintoresco, que la moda le hacía perder durante el día: era ese tiempo del verano en que la luz aun no ha conseguido oscurecer el color del follaje; unas tintas frescas, transparentes, lavadas por el rocío de la noche, cubrían los macizos. Se aspiraba en todas partes el perfume de la tierna vegetación. Los árboles en aquel punto son bellísimos, bien porque hayan encontrado un terreno favorable o ya también porque son los únicos que quedan de una antigua plantación. Sus vigorosos troncos, cubiertos de musgo o satinados por una capa de plata, se agarran al suelo por medio de sus nudosas raíces y levantan al cielo su fantástico ramaje, que podría servir de modelo a los estudios de los pintores y decoradores que van muy lejos a buscar cosas mucho menos notables. Algunos pájaros a quienes los ruidos del día hacen callar, trinaban alegres en la hojarasca. Una liebre atravesó en tres saltos la arena del andén y fué a ocultarse en la hierba, asustada por el ruido de los carruajes.

Esta poesía de la naturaleza, sorprendida al despuntar el día, preocupaba muy poco a los adversarios y sus testigos, como se puede imaginar.

La presencia del doctor Cherbouneau produjo una impresión desagradable en el conde Olavo Labinski; pero supo contenerse en seguida.

Se midieron las espadas y señaláronseles sus respectivos sitios a los combatientes, los cuales, después de haberse quitado la levita, se pusieron en guardia el uno frente al otro.

Los testigos gritaron: «En guardia».

En todos los duelos, cualquiera que sea el ensañamiento de los contrarios, hay un momento de inmovilidad solemne; cada combatiente estudia a su enemigo en silencio y combina su plan meditando el ataque y preparándose a la defensa; después las espadas se buscan, se encuentran y se agarran fuertemente, por decirlo así; esto dura algunos segundos, que parecen minutos y hasta horas, según la ansiedad de los asistentes.

En el caso presente las condiciones del duelo, por más que pareciesen ordinarias a los ojos de los espectadores, eran tan extrañas para los combatientes que permanecieron en guardia más tiempo que de costumbre. Efectivamente, cada una tenía delante de él su propio cuerpo y debía hundir el acero en una carne que le pertenecía aún el día anterior.

La lucha tenía cierto carácter de suicidio no previsto, y aunque valientes los dos, Octavio y el conde experimentaban un horror instintivo al encontrarse con la espada en la mano, enfrente de sus propios cuerpos y dispuestos a herirse a sí mismos.

Los testigos, impacientes, iban a hacer de nuevo la señal, cuando los dos aceros se estrecharon.

Los primeros ataques fueron prontamente parados por una y otra parte.

El conde tiraba perfectamente, gracias a su educación militar, durante la cual había abollado más de una vez, el peto de los maestros más célebres; pero si aun era poseedor de la teoría, le faltaba ya aquel brazo nervioso acostumbrado a perseguir a los guerreros mouridas de Schamyl; era el débil puño de Octavio quien sostenía entonces la espada.

Por el contrario, Octavio en el cuerpo del conde encontraba un vigor desconocido, y aunque menos conocedor de la esgrima sabía, sin embargo, separar de su pecho el hierro pronto a herirle.

Olavo se esforzaba inútilmente en buscar a su contrario dirigiéndole atrevidas estocadas. Octavio, más frío y más firme, mataba todas sus esperanzas.

La cólera empezó a hacer presa en el conde, el cual tiraba cada vez más nerviosa y desordenadamente. Aun a cambio de quedar convertido para siempre en Octavio de Saville, quería matar aquel cuerpo impostor que podía engañar a Prascovia. Esta sola idea hacía que se apoderase de él una inexplicable rabia.

Corriendo el riesgo de que su contrario le pasase de parte a parte, intentó un golpe derecho para llegar, a través de su propio cuerpo, al alma y a la vida de su rival; pero la espada de Octavio se enlazó a la suya con un movimiento tan rápido, tan seco y tan irresistible, que le arrancó el acero de la mano,

y dando una vuelta en el aire fué a caer a algunos pasos de distancia.

La vida de Olavo estaba en manos de Octavio; no tenía más que irse a fondo para pasarle de parte a parte. El rostro del conde se crispó, no porque tuviese miedo a la muerte, sino porque pensaba en que iba a dejar a su mujer en manos de aquel ladrón de cuerpos a quien ya nadie podía desenmascarar.

Octavio, lejos de aprovecharse de su ventaja, arrojó su espada, y haciéndoles una señal a los testigos para que no interviniesen, se dirigió al conde, estupefacto, a quien cogió del brazo, y se lo llevó a la espesura del bosque.

—¿Qué queréis—dijo el conde—. ¿Por qué no me matáis cuando podéis hacerlo? ¿Por qué si os repugna matar a un hombre desarmado, no me habéis dejado empuñar la espada para continuar el combate? Demasiado sabéis que el sol no puede proyectar en adelante nuestras dos sombras en la arena, y que se necesita que la tierra sepulte a uno de los dos.

—Escuchadme con calma—respondió Octavio—. Vuestra felicidad se encuentra en mis manos. Yo puedo guardar para siempre este cuerpo que habito en la actualidad y del que vos sois el legítimo poseedor. Me complazco en reconocerlo ahora que no hay más testigos delante de nosotros que los pájaros, los cuales, aunque nos oigan, no han de ir a decirlo; si continuásemos el duelo, os mataría.

El conde Olavo Labinski, a quien represento todo lo menos mal que puedo, conoce la esgrima mejor que Octavio de Saville, de quien tenéis la figura, y al cual tendría que matar con no poco sentimiento de mi parte. Esta suerte, aunque no fuese real, porque mi espíritu viviría encarnado en otro cuerpo, desolaría a mi madre.

El conde, reconociendo la verdad de estas observaciones, guardó un silencio que se parecía mucho a una especie de aquiescencia.

—Nunca—continuó Octavio—conseguiríais apoderaros nuevamente de vuestro cuerpo si yo me opusiese a ello, y bien podéis comprenderlo así en vista del éxito de vuestros dos ensayos. Cualquiera otra tentativa daría lugar a que se os considerase como un monomaniaco; nadie creería una sola palabra de cuanto dijeseis, y aun cuando pretendieseis ser el conde Olavo Labinski, todos se os reirían en las barbas como habéis tenido ya ocasión de observar. Se os encerraría en un manicomio y pasaríais el resto de vuestra existencia afirmando bajo las *duchas* que erais, efectivamente, el esposo de la bella condesa Prastovia Labinska. Las almas compasivas dirían al veros: «¡Pobre Octavio!», y seríais como el Chabert, de Balzac, que quería probar que no se había muerto.

Todo esto era tan matemáticamente cierto, que el conde, abatido, dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Supuesto que momentáneamente sois Octa-

vio de Saville, habréis registrado su escribanía y hojeado sus papeles, con lo cual sabréis que desde hace tres años alimenta un amor inmenso y sin esperanza hacia Prascovia Labinska; que en vano ha intentado arrancárselo de su corazón, y que no se irá sino con su vida, si es que no le sigue también hasta la tumba.

—Lo sé—dijo el conde, mordiéndose los labios.

—Pues bien: para apoderarme de ella he empleado un medio horrible, espantoso, y que sólo una pasión delirante podía atreverse a probar; el doctor Cherbonneau ha intentado en favor mío una prueba capaz de asombrar a los taumaturgos de todos los siglos. Después de habernos sumido a los dos en el más profundo sueño magnético ha hecho cambiar de cuerpos nuestras almas. ¡Milagro inútil! Voy a devolveros mi cuerpo, porque Prascovia no me ama. Aun en la forma del esposo ha reconocido el alma del enamorado; su mirada ha sido tan fría en la habitación conyugal como en el jardín de la villa Salviati.

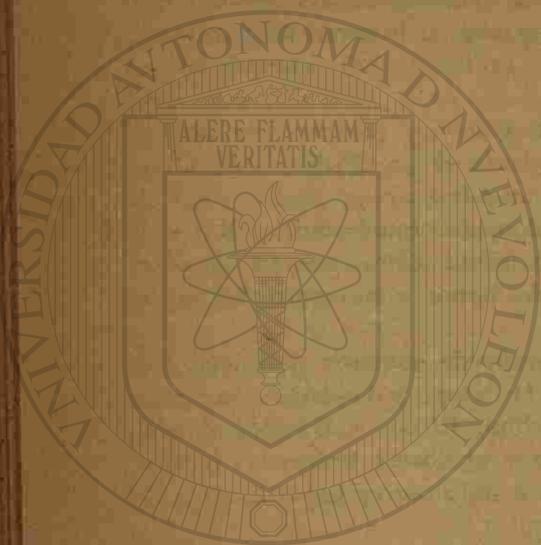
Había tal tristeza en las frases y el acento de Octavio, que el conde no pudo menos de dar fe a sus palabras.

—Yo soy un enamorado—añadió Octavio, sonriéndose—y no un ladrón; y ya que el único bien que he deseado sobre la tierra no me puede pertenecer, no veo la necesidad de conservar vuestros títulos, vuestro dinero, vuestros caballos, ni vuestras armas.

Ahora dadme el brazo, adquiramos el aire de los reconciliados, demos la gracias a nuestros testigos, llevémonos al doctor Baltasar Cherbonneau y volvamos al laboratorio mágico de donde salimos transfigurados; el viejo brahma sabrá deshacer lo que hacer supo.

—Señores—dijo Octavio, conservando por algunos minutos todavía el papel de conde Olavo Labinski—; entre mi adversario y yo han mediado explicaciones confidenciales que hacen inútil la continuación del duelo. Nada aclara tanto las ideas entre los hombres de honor como entrechocar sus aceros.

Zamoiecki y Sepúlveda subieron de nuevo a su carruaje. Alfredo Humbert y Gustavo Raimbaud entraron en su berlina. El conde Olavo Labinski, Octavio de Saville y el doctor Baltasar Cherbonneau se dirigieron a todo correr hacia la calle del Regard.



Durante el trayecto del bosque de Bolonia a la calle de Regard, Octavio de Saville le dijo al doctor Cherbonneau:

—Querido doctor, voy a poner a prueba una vez más vuestra ciencia: es preciso que volváis nuestras almas a su domicilio habitual. Esto no debe presentaros ninguna dificultad, y espero que el conde Olavo Labinski no os conservará ningún rencor porque le hayáis hecho cambiar su palacio por una cabaña, habitando por espacio de algunas horas su brillante personalidad en mi pobre cuerpo. De todos modos, tenéis muchos y poderosos medios a vuestro alcance para que no os cause miedo ninguna venganza.

Después de haber hecho una señal afirmativa, dijo el doctor Baltasar Cherbonneau:

—La operación será ahora mucho más sencilla que la otra vez; los imperceptibles filamentos que retienen el alma al cuerpo se han roto recientemente en vuestros respectivos cuerpos y no ha habido tiempo para que se reanuden. Por otra parte, vuestras voluntades no han de presentar ninguna resistencia instintiva al magnetizador. El señor conde perdonará, sin duda, a un viejo sabio como yo el no haber podido resistir al placer de practicar un experimento para el que no es fácil encontrar personas dispuestas. Esta prueba ha servido, por otra parte, para confirmar plenamente una virtud que nos lleva a lo más increíble de los adivinos, y que triunfa allí donde otro hubiera sucumbido. Consideraréis, si así os parece bien, como un sueño extravagante esta transformación pasajera, y quizá más tarde no os arrepintáis de haber experimentado una sensación extraña que muy pocos hombres han conocido: la de haber habitado dos cuerpos. La metempsicosis no es una doctrina nueva; pero antes de transmigrar a otra existencia las almas beben la copa del olvido, y no es dado a todos el acordarse como Pitágoras de haber asistido a la guerra de Troya.

—El hecho feliz de que se me reinstale en mi cuerpo—respondió el conde—equivale al desagrado de habérmelo expropiado, sea esto dicho sin ánimo de ofender a M. Octavio de Saville, cuya persona soy aún, si bien pronto dejaré de serlo.

Octavio se sonrió con los labios del conde La-

binski al oír estas palabras, que llegaban a su inteligencia a través de una envoltura extraña, y reinó de nuevo el silencio entre estos tres personajes, cuya anormal situación hacía difícil toda conversación.

El pobre Octavio soñaba con su desvanecida esperanza, y sus pensamientos no eran, es preciso confesarlo, de color de rosa. Como todos los amantes rechazados, se preguntaba por qué no era amado. ¡Como si el amor tuviese un «por qué»! La única razón que se puede dar es el «por qué sí», respuesta lógica en su laconismo y que las mujeres oponen a todas las preguntas fastidiosas. Sin embargo, se reconocía vencido y sentía que el resorte de la vida, recompuesto un instante por el doctor Cherbonneau, se había roto de nuevo y sonaba en su corazón como el de un reloj que ha caído al suelo. Octavio no hubiese querido causarle a su madre el disgusto de su suicidio y buscaba un modo de matarse silenciosamente, desfigurando su desconocida tristeza, bajo la capa de una enfermedad lógica. Si hubiese sido poeta, pintor o músico, hubiese cristalizado su dolor en sus obras maestras, y Prascovia, vestida de blanco, coronada de estrellas, parecida a la Beatriz del Dante, hubiese aparecido bajo el influjo de su inspiración, como un ángel luminoso. Ya lo hemos dicho al empezar este relato. Aunque instruido y distinguido, Octavio no era un talento de primer orden, de esos que marcan en el

mundo la huella de su paso. Alma sublime y obscura, no sabía más que amar y morir.

El carruaje entró en el patio del viejo edificio de la calle de Regard, patio cubierto de verde hierba, sobre la que el paso de los transeuntes había marcado una senda, y al cual las altas paredes grises de la casa daban unos tintes sombríos como los que despiden las arcadas de un claustro: el Silencio y la Inmovilidad velaban en el vestíbulo, como dos estatuas invisibles que protegían la meditación del sabio. Octavio y el conde bajaron, y el doctor entró en la casa con paso más rápido y seguro de lo que podía esperarse a su edad y sin apoyarse en el brazo que el lacayo le ofrecía, con esa delicadeza que los criados de las casas de los grandes afectan hacia las personas débiles o llenas de años.

En seguida que las dos hojas de la puerta se cerraron tras ellos, Olavo y Octavio se sintieron envueltos en aquella cálida atmósfera que recordaba al doctor la de la India, y en la cual sólo él podía respirar con facilidad, pues sofocaba casi por completo a los que no habían sido como él tostados durante treinta años por los soles tropicales. Las encarnaciones de Vichnú gesticulaban en sus cuadros y aparecían más extrañas a la luz del sol que a la de las bujías; Shiva, el Dios azul, se sonreía desde su zócalo; Durga, mordiéndose su endurecido labio con sus dientes de mono, parecía mover su collar de eráneos. El departamento conservaba su impresión misteriosa y mágica.

El doctor Baltasar Cherbonneau condujo a aquellos dos personajes a la habitación donde había tenido lugar la primera transformación; hizo rodar el disco de vidrio de la máquina eléctrica, agitó los radios de hierro de la cubeta mesmérica, abrió las bocas de los caloríferos con el objeto de hacer subir rápidamente la temperatura, leyó dos o tres escritos en unos papiros tan antiguos que parecían prontos a convertirse en polvo, y cuando hubieron pasado algunos minutos, díjoles a Octavio y al conde:

—Señores, estoy a su disposición; ¿quieren ustedes que empecemos?

Mientras el doctor se consagraba a estos preparativos, en la cabeza del conde se debatían las reflexiones más inquietadoras.

—Cuando me haya dormido — decía —, ¿qué hará de mi alma este viejo mago en figura de mono, que puede ser el mismísimo diablo en persona? ¿La restituirá a mi cuerpo o se la llevará con él al infierno? ¿Este cambio que ha de devolverme la perdida dicha, no será más que un sentimiento de piedad, una combinación maquiavélica para realizar un nuevo hechizo, cuyo objeto no puedo comprender? Sin embargo, mi situación no puede empeorar: Octavio posee mi cuerpo, y como él mismo decía muy bien esta mañana, me encerrarían en un manicomio si intentase reclamar su figura actual. Si hubiese querido desembarazarse por completo de mí, le bastaba con haber dirigido la punta

de su espada a mi corazón cuando estaba desarmado y a su merced; la justicia de los hombres no se hubiese mezclado para nada en el asunto, porque las formas del duelo se habían llevado a cabo según previene la costumbre. ¡Ea, acordémonos de Prascovia y desechemos todo temor pueril! ¡Probemos el único medio que me resta para reconquistarla!

En seguida tomó, juntamente con Octavio, la barra de hierro que les presentaba el doctor.

Fulgurados por los conductores de metal cargados de fluido magnético, los dos jóvenes cayeron bien pronto en un anonadamiento tan profundo que se hubiese parecido a la muerte para todos los que no estuviesen enterados del asunto: el doctor hizo los pases, cumplió los ritos, pronunció las sílabas como la vez primera, y bien pronto dos estrellitas aparecieron encima de las cabezas de Octavio y del conde, con un temblor luminoso. El doctor llevó a su primitivo domicilio el alma del conde Olavo Labinski, la cual siguió con vuelo precipitado la señal del magnetizador.

Durante este tiempo, el alma de Octavio alejóse lentamente del cuerpo de Olavo, y en vez de buscar el suyo fué elevándose, elevándose con toda la alegría de un sér libre y pareció no acordarse de volver a su prisión. El doctor se compadeció de aquella Psychis que batía sus alas y se preguntó hasta qué punto sería un beneficio el atarla de nuevo a este valle de miserias. Durante este momento de duda, el alma continuó subiendo. Acordándose

de su deber el doctor Cherbonneau, repitió con el acento más imperioso el irresistible monosílabo e hizo un pase fulgurante para manifestar su voluntad: la temblorosa lucecita se encontraba ya fuera del círculo de atracción, y atravesando el cristal superior de la cubierta, desapareció.

El doctor dejó de esforzarse en una cosa que ya consideraba inútil, y despertó al conde, el cual, al verse en un espejo, con sus verdaderas facciones, dió un grito de alegría, arrojó una mirada sobre el cuerpo inmóvil de Octavio, como para convencerse de que se había desprendido completamente de aquella envoltura, y salió corriendo a la calle después de haber saludado con la mano al doctor Baltasar Cherbonneau.

Algunos instantes después se oyó el sordo rodar de un carruaje sobre el pavimento, y el doctor Baltasar Cherbonneau se quedó solo con el cadáver de Octavio de Saville.

—¡Por la trompa de Ganesa!—exclamó el discípulo de Brahma de Elefanta cuando se marchó el conde—. He abierto la puerta de la jaula y el pájaro ha volado fuera de la esfera del mundo, tan lejos, que el sannyasi Brahma-Logum no podría alcanzarlo de nuevo, dejándome con el cadáver entre las manos. Fácil me sería disolverlo en un baño corrosivo tan enérgico, que no quedase un solo átomo apreciable, o hacer en algunas horas una momia de Faraón, parecida a las que encierran aquellas criptas llenas de jeroglíficos; pero empezarían las

averiguaciones, registrarían mi casa, abrirían mis cajones y me harían sufrir tantos y tan enojosos interrogaciones como les daría la gana...

Al llegar a este punto, cruzó por la mente del doctor una idea luminosa; cogió una pluma y trazó rápidamente algunas líneas sobre una hoja de papel que después encerró en el cajón de su mesa.

El papel contenía estas palabras:

«No teniendo parientes, ni colaterales, dejo todos mis bienes a Octavio de Saville hacia quien profeso un cariño particular, y a quien le encargo que pague un legado de cien mil francos al hospital brahmínico de Ceylán, para los animales viejos, cansados o enfermos; que entregue anualmente y mientras vivan mil doscientos francos a mi criado indio y otro tanto al criado inglés, y, por último, que remita a la biblioteca Mazarina el manuscrito de las leyes de Manú.»

Este testamento, hecho por un vivo en favor de un muerto, no es una de las cosas menos extrañas de esta historia increíble, pero real; pero esta rareza va a explicarse ahora mismo.

El doctor tocó el cuerpo de Octavio de Saville, a quien aun no había abandonado el calor; miró en el espejo su rostro arrugado y curtido como una piel de zapa, con cierto aire de desdén, y haciendo sobre sí mismo una acción parecida a la de aquel que arroja un traje viejo cuando el sastre acaba de llevarle uno nuevo, murmuró la fórmula del san-nyasi Brahma-Logum.

Al punto el cuerpo del doctor Baltasar Cherbonneau rodó por la alfombra como herido por el rayo, y el de Octavio de Saville se levantó fuerte y vivaz.

Octavio Cherbonneau detúvose algunos minutos ante aquel despojo flaco, huesudo y lívido, a quien momentos antes sólo sostenía el alma poderosa que lo vivificaba, e instantáneamente ofreció las señales de la más extrema senilidad, adquiriendo una apariencia cadavérica.

«¡Adiós, pobre harapo humano, miserable despojo abandonado en un recodo del camino de mi vida, después de haberlo paseado setenta años por las cinco partes del mundo! Me has prestado muy buenos servicios y te dejo con tristeza. ¡Hacía tanto tiempo que nos hablamos acostumbrado a vivir juntos! Con este nuevo cuerpo, que mi ciencia habrá robustecido muy pronto, podré estudiar, trabajar, leer todavía algunas palabras del gran libro sin que la muerte lo cierre en el párrafo más interesante, diciéndome: «¡Basta!».

Después de esta oración fúnebre dirigida a sí mismo, Octavio Cherbonneau salió con paso tranquilo para ir a tomar posesión de su nueva existencia.

El conde Olavo Labinski había vuelto a su palacio, y preguntando en seguida si la condesa podía recibirle.

La encontró sentada en un banco de musgo del invernadero del jardín, cuyos cristales, medio levantados, dejaban pasar un aire tibio y luminoso que penetraba en un verdadero bosque virgen de plantas exóticas y tropicales. Leía a Novalis (1), uno de los autores más sutiles, más rarificados e inateriales que ha producido el espiritualismo alemán; la condesa no amaba los libros que pintan la vida con colores fuertes y reales, pues en ellos le parecía demasiado grosera, después de haber vivido en un mundo de elegancia, de amor y de poesía.

Arrojó el libro y levantó lentamente sus ojos hacia el conde, en cuyas pupilas negras esperaba encontrar aún aquella mirada ardiente, tempestuosa, cargada de pensamientos misteriosos, que tanto la había turbado, y que aun a trueque de que se calificase de una aprensión loca y de una mirada extravagante, le parecía la mirada de otro.

En los ojos de Olavo brillaba un alegría serena, ardía con fuego igual al amor casto y puro: el alma extraña que había cambiado la expresión de sus facciones había volado para siempre: Prascovia reconoció en seguida a su adorado, y un ligero carmín nubló rápidamente sus transparentes mejillas. Aunque ignoraba las transformaciones realizadas

(1) Las mejores poesías de Novalis, las ha publicado la Editorial Cervantes, traducidas por Manuel de Montoliu. (N. del E.)

por el doctor, su delicadeza de sensitiva había presentado todos aquellos cambios sin poderse dar cuenta de ellos.

—¿Qué lees, querida Prascovia?—preguntó Olavo, recogiendo de encima del musgo el libro, encuadrado en piel azul—. ¡Ah! la *Historia de Enrique de Ofterdingen*. Es el mismo tomo que yo fui a comprar a Mohilev un día que me manifestasteis, mientras comíamos, deseos de leerlo. Aquella misma noche a las doce lo tenfais en vuestro aposento, junto a la lámpara. ¡Fué un verdadero milagro de ligereza!

—Por eso he prometido no manifestar nunca en vuestra presencia deseos de cosa alguna. Tenéis el mismo carácter de aquel grande de España que le rogaba a su amada que no mirase a las estrellas, pues no podía dárselas.

—Si te atrajera alguna—respondió el conde—, procuraría subir al cielo para pedírsela a Dios.

Mientras escuchaba a su marido, la condesa arrojó hacia atrás un rizo de sus cabellos que brillaba como una llama en un rayo de oro. Este movimiento hizo correr la manga hacia atrás y dejó desnudo su hermoso brazo, rodeado por un lagarto adornado con turquesas; el mismo que llevaba el día de aquella aparición en los Cascinos, tan funesta para Octavio.

—¡Qué miedo—dijo el conde—os causó en otro tiempo esta lagartija que yo maté con la punta del látigo cuando por vez primera bajasteis al jardín,

a ruegos míos! La hice engarzar en oro y adornarla con algunas piedras; pero aun bajo el aspecto de una joya os daba temor y sólo al cabo de algún tiempo os decidisteis a llevarla.

—¡Oh! Ahora me he acostumbrado tanto a ella, que de todas mis alhajas es la que prefiero, porque me trae a la memoria recuerdos muy gratos.

—Sí—dijo el conde—, aquel día convinimos en que al siguiente os pediría oficialmente en matrimonio a vuestra tía.

La condesa, que acababa de descubrir nuevamente la mirada y el acento del verdadero Olavo, se levantó arrastrada por aquellos detalles íntimos, le sonrió, cogióle del brazo y dió con él algunas vueltas por el invernadero, arrancando de paso, con la mano que le quedaba libre, algunas flores, cuyos pétalos mordía con sus labios frescos, recordando a aquella Venus de Schiavone que come rosas.

—Ya que tenéis tan buena memoria—dijo arrojando la flor que sostenía sus dientes de perlas—, espero que habréis recobrado el uso de vuestra lengua materna... que ayer no recordabais.

—Sí—respondió el conde en polaco—, porque esa es la misma que mi alma hablará en el cielo para decirte que te amo, si las almas conservan en el paraíso un lenguaje humano.

Prascovia, mientras paseaba, inclinó su cabeza sobre el hombro de Olavo.

—Así es como os quiero—murmuró ella—. Ayer

me dabais miedo y huía de vuestro lado como si fueseis un desconocido.

* * *

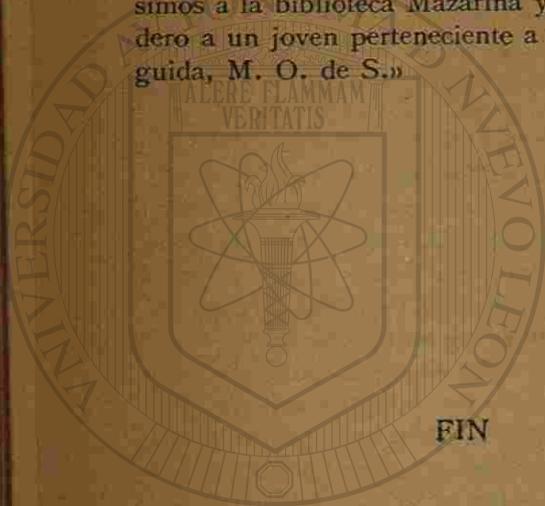
Al día siguiente, Octavio de Saville, animado por el alma del viejo doctor, recibió una carta mortuoria en la que le rogaban que asistiese a la conducción y entierro del cadáver del doctor Baltasar Cherbonneau.

El doctor, revestido con su nueva apariencia, siguió hasta el cementerio a su viejo despojo, se vió enterrar, y escuchó con aire compungido el discurso que se pronunciaba sobre su fosa y en el que deploraban la irreparable pérdida que la ciencia acababa de sufrir; luego fué a su casa de la calle de San Lázaro para esperar la lectura del testamento que él mismo había redactado en su favor.

Aquel mismo día se publicaron en la sección de *Hechos diversos* de los periódicos de la tarde, las siguientes líneas:

«El doctor Baltasar Cherbonneau, tan conocido por su larga residencia en la India, sus conocimientos filológicos y sus curaciones maravillosas, ha sido hallado muerto en su gabinete de estudio. El examen minucioso de su cuerpo rechaza por completo la idea de un crimen. El doctor Cherbonneau debe haber sucumbido víctima de una excesiva fa-

tiga intelectual o de algún audaz experimento. Se dice que en un testamento autógrafo, descubierto en la escribanía del doctor, lega manuscritos valiosísimos a la biblioteca Mazarina y que nombra heredero a un joven perteneciente a una familia distinguida, M. O. de S.»



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

